

Humanos, perros y gatos

Caracterización social de la tenencia de caninos y felinos en Medellín

Marielena Arboleda Torres

Trabajo de grado para optar por el título de Antropóloga

Asesor:

Juan Carlos Orrego Arismendi

Antropólogo

Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Sociales y humanas

Departamento de Antropología

Medellín

2019

Creo que podría retornar y vivir con los animales, son tan plácidos y autónomos.

Me detengo y los observo largamente. Ellos no se impacientan, ni se lamentan de su situación.

No lloran sus pecados en la oscuridad del cuarto. No me fastidian con sus discusiones sobre sus deberes hacia Dios. Ninguno está descontento.

Ninguno padece la manía de poseer objetos. Ninguno se arrodilla ante otro ni ante los antepasados que vivieron hace milenios. Ninguno es respetable o desdichado en toda la faz de la tierra. Así me muestran su relación conmigo y yo la acepto

Walt Whitman, Hojas de hierba

Humanos, perros y gatos

Caracterización social de la tenencia de caninos y felinos en Medellín

Resumen: Esta investigación está centrada en analizar la relación humana con los animales domésticos, a través de la tenencia de perros y gatos en la ciudad de Medellín. Esta interacción es un fenómeno complejo que además de biológico es social al ser atravesado por aspectos históricos, ontológicos, económicos y políticos. En el espacio doméstico se observó que estos animales son aceptados no sólo como cercanos a las sociedades humanas, sino como miembros de ella a través de la unidad familiar –práctica cultural–. El establecimiento de relaciones particulares con cada uno de ellos, da cuenta de la permeabilidad de la frontera cultura/naturaleza y de su sentido socialmente construido. En el espacio económico se observó que las prácticas culturales relacionadas con los animales domésticos interactúan con prácticas económicas que definen a los perros y gatos como mercancías y seres de inversión. En el espacio público se explicita cómo el animal se constituye como un asunto de interés para el Estado y la sociedad –práctica social–.

Palabras clave: Medellín, perros y gatos, tenencia de animales, naturaleza-cultura.

Abstract: This research is focused on analyzing the human relationship with domestic animals, through the possession of dogs and cats in the city of Medellin. This interaction is a complex phenomenon that, in addition to biological, is social as it is crossed by historical, ontological, economic and political aspects. In the domestic space it was observed that these animals are accepted not only as close to human societies, but as members of it through the family unit – cultural practice. The establishment of particular relationships with each of them, accounts

for the permeability of the culture / nature frontier and its socially constructed sense. In the economic space, it was observed that cultural practices related to domestic animals interact with economic practices that define dogs and cats as merchandise and investment beings. In the public space, it is explained how the animal is constituted as a matter of interest for the State and society – social practice.

Keywords: Medellín, dog and cat, animal holding, nature-culture.

Agradecimientos

Es difícil realizar un trabajo sobre las interacciones entre humanos perros y gatos sin sentirme inspirada por estos. Por esta razón quiero resaltar que diferentes peludos hicieron que me intrigara y pensara sobre mi posición frente a esta alteridad, inquietando mi ojo etnográfico para que este trabajo fuera posible.

Gracias a la *antropología* y a la *Universidad de Antioquia*, por permitirme cuestionarme y conocerme, por ser un medio para abrir mi mundo y ser consciente del otro, por ser un espacio en el que pude coincidir con otras personas maravillosas y fascinantes que cambiaron mi existencia.

A mis compañeros, en especial a *Ma Kuagro*, *Dañii* y *Sora a Lali*, *El Padrino*, *The Rat* y a *Heathcliff* por las conversaciones, las risas, el apoyo y por compartir lo que cada uno es conmigo.

A Juan Carlos Orrego Arismendi, por su guía y correcciones, para no dejarme perder en mi filosofía sobre los animales.

A *My Parents* por ser la moral de los días en este averno que llaman vida pese a tanto dolor que cada uno alberga.

Y muy especialmente a cada una de los *interlocutores* que aceptaron, sacaron el espacio y me permitieron observar su cotidianidad y conocer lo que piensan y hacen con los perros y gatos.

Contenido

Capítulo 1. Introducción.....	11
1.1 Presentación del problema.....	12
1.2 Justificación.....	13
1.3 Metodología.....	15
1.3.1 Investigación cualitativa.....	16
1.3.2 Trabajo de campo	18
Capítulo 2. Enfoques teóricos: La interacción con lo no humano.....	23
2.1 Naturaleza y cultura.....	24
2.2 Los inicios de la relación humano-animal: La domesticación.....	36
2.2.1 Los perros.....	37
2.2.2 Los gatos.....	40
2.2.3 La relación cultura-naturaleza en la domesticación.....	44

Capítulo 3. Prácticas cotidianas alrededor de la tenencia.....	54
3.1 Practicas necesarias.....	55
3.1.1 La llegada.....	56
3.1.2 El nombre.....	62
3.1.3 Adaptación al espacio.....	66
3.1.4 La alimentación.....	76
3.1.5 Las necesidades fisiológicas.....	85
3.1.6 Salidas con el perro o gato.....	89
3.1.7 El juego y los juguetes.....	93
3.1.8 El aseo/ la limpieza.....	97
3.1.9 El veterinario.....	99
3.2 Practicas por gusto.....	103

3.2.1 Decirles de diversas maneras.....	103
3.2.2 La dormida.....	105
3.2.3 Actividades según el miembro de la casa.....	110
3.2.4 Otros dueños.....	113
3.2.5 Caprichos o particularidades.....	115
3.2.6 Lugares de socialización.....	116
3.2.7 Regulación legal de la tenencia.....	120
3.3 Balance.....	120
Capítulo 4. Concepciones e imaginarios alrededor de la tenencia.....	125
4.1 Concepciones generales.....	125
4.2 Imaginarios específicos.....	153
4.2.1 Comportamiento del animal.....	153
4.2.2 Humanización.....	168

4.2.3 Beneficios.....	177
4.2.4 Restricciones.....	182
4.2.5 Propiedad.....	184
4.2.6 ¿Perro o gato?.....	187
4.2.7 Concepto de mascota.....	191
4.2.8 Unos a la mesa, otros a la casa.....	191
4.3 Balance.....	203
Capítulo 5. Análisis: Relación humano-animal.....	209
5.1 Naturaleza y Cultura.....	211
5.1.2 Humanización.....	216
5.1.3 El mercado y la industria.....	219
5.1.4 Lo urbano.....	223

5.2 Aspectos generales que caracterizan la tenencia.....226

Capítulo 6. Conclusiones.....241

Referencias.....246

Índice de fotos

Foto 1. Pelusa divisando desde la licorera.....	70
Foto 2 y 3. Amber, oculta en su lugar favorito.....	72
Foto 4. Canela viendo por la ventana.....	74
Foto 5. Sombra en la silla que nunca usaba, hasta que le pusieron cojín.....	75
Foto 6. A Nieve, la gata de Camilo desde pequeña le gusta montarse a los techos.....	78
Foto 7 y 8. Freya comiendo en el lugar establecido.....	80
Foto 9 Demonio no solo disfruta de beber agua de la lleve, sino que le gusta meter su cabeza.....	81
Foto 10. Dilan, en una de las rutas largas que hacen él y sus dueñas Cecilia y Paula.....	90
Foto 11. Misha afuera de su casa.....	93
Foto 12. Diego en la cama con su perro Ícaro.....	106
Foto 13. Floyd, recién llegada a la casa.....	109
Foto 14. Normas para la visita de perros y gatos al centro comercial.....	119

1. Introducción

Desde pequeña he estado atraída por los animales, y aunque no crecí cerca de alguno disfrutaba las oportunidades cuando tenía uno al lado; en especial, aquellas ocasiones que íbamos en familia a la finca de mi abuelo en Amalfi, disfrutaba esos días dándole guayabas a las vacas, maíz a las gallinas, pasto a los caballos y recorriendo aquellas montañas con los perros de la casa. Años después seguí pensando en esa interacción y una vez iniciado el proceso de formación académica como antropóloga mis preguntas sobre la relación con los animales se fueron acrecentando: sentía que debía acercarme al tema, y por eso, en los trabajos de cada semestre, fui indagando por los animales en diferentes contextos. Ahora, en la instancia del trabajo de grado, lo he asumido como la oportunidad de indagar sobre los animales cercanos, es decir, los domésticos.

Esta investigación no desconoce que está siendo atravesada por lo que soy, mis luchas, contradicciones y posición en el mundo, y que el interés radica en aprender sobre nuestra forma de relacionarnos con la otredad, con la naturaleza, con lo no humano.

Entre las posibilidades de especies para investigar se encontraban los animales de producción, los animales silvestres y las especies de compañía. Opté por estas últimas, porque a través de la relación que se establece con ellas puedo no solo analizar la dimensión simbólica atravesada por el afecto en contextos urbanos, sino que puedo acercarme a otros elementos como los económicos y políticos, que aunque no los aborde específicamente, no desconozco que se encuentran implícitos en esta interacción. Así, seleccioné dos especies en particular: perro y gato, dada su popularidad, con el objetivo de entender, desde la antropología, los elementos (sociales y culturales) que estructuran y caracterizan su tenencia como mascotas en la ciudad de Medellín.

1.1 Presentación del problema

Históricamente, animales y plantas han hecho parte de las sociedades humanas. Inicialmente, y hasta ahora, como fuente de alimento. Pero más adelante, mediante la domesticación, se permitió su acercamiento a los poblados humanos, generando un aprovechamiento de sus usos y beneficios a partir del conocimiento y el control de su comportamiento y reproducción. La antropología se ha interesado por comprender las dinámicas por las cuales el ser humano, como sujeto social, se relaciona con los elementos de su entorno a partir de prácticas diferenciadas espacial y temporalmente. Por esto, las manifestaciones culturales, religiosas, sociales, políticas y simbólicas de la acción humana en su ligazón con las especies naturales, son cuestiones de interés antropológico al ser el resultado de la articulación de diferentes factores a partir de las necesidades, intereses, gustos, problemáticas, contextos y motivaciones humanas.

Las relaciones entre hombres y animales han sido variadas y cambiantes. A lo largo de la historia, los animales han sido utilizados como medio de trabajo, como fuente de alimento, como medio de entretenimiento, como protección para el hogar o el territorio, como instrumento sagrado y objeto de culto, como modelos de investigación biomédica y conductual, como guía para personas discapacitadas y como fuente de afecto para sus dueños. Es así como no solo son objeto de consumo, sino que, como resultado de nuestras construcciones culturales —consecuencia de la experiencia cotidiana, de las necesidades y de nuestras creencias— hemos encontrado formas diferenciadas de incorporarlos a nuestra vida social para que realicen diferentes funciones que nos facilitan y complementan en diversas actividades, mismas que pueden ir desde lo utilitario hasta lo afectivo y simbólico. La presencia de los animales en las sociedades ha influenciado decisivamente

el desarrollo de las mismas, pues más allá de lo dicho son valiosos en las cosmovisiones de diversas culturas y forman parte de nuestra realidad y cotidianidad.

La antropología, al enfocarse en el comportamiento cultural del ser humano, señala que las características de las sociedades no responden a hechos fortuitos o al azar, sino que son el resultado de configuraciones influenciadas y organizadas en diferentes contextos por diversos fenómenos.

Uno de estos es la convivencia con animales domésticos.

1.2 Justificación

Los trabajos centrados en la fauna son enriquecedores. Su importancia radica, en parte, en que abordan la entrecruzada red de prácticas, significados y simbolismos que se crean alrededor de los animales en las diferentes sociedades. Son estudios valiosos porque son un campo interdisciplinar que explora los espacios que los animales ocupan en el mundo social y cultural humano y la interacción que los humanos tienen con los animales.

Las temáticas se han expresado de múltiples maneras, desde el uso de las especies en la alimentación, la domesticación, el papel que juegan como mercancías, el significado de los animales en los mitos y en espacios rituales y familiares, las implicaciones emocionales que conllevan las relaciones de la fauna con los humanos, el papel ecológico que tienen las especies, hasta el análisis de las relaciones sociales entre los animales. En palabras de Ulloa (2002b), este último aspecto es importante porque al marcar las identidades, jerarquías, el rango o el género, los animales se convierten en el espejo que evidencia u oculta las relaciones sociales. En este sentido, hablar de las relaciones con los animales es hablar de lo humano y de las relaciones entre humanos.

Estos elementos son los que interesan a la disciplina por reflexionar acerca de la alteridad con lo que nos relacionamos.

Por esto, es valioso realizar una caracterización sobre la tenencia de perros y gatos porque es algo que no se ha hecho propiamente. Las investigaciones se han centrado en manuales sobre la tenencia responsable (Carreño, 2017), y en aspectos relacionados con la salud pública como estimar las dinámicas de sobrepoblación de perros y gatos en zonas urbanas (Salamanca, Polo y Vargas, 2011), y en analizar las coberturas de vacunación contra la rabia y manejo de agresiones rábicas o en programas de zoonosis (Agudelo, 2017). Pero no hay, como tal, una caracterización de la tenencia; de las dinámicas implícitas y explícitas; de los factores que influyen en la relación; de los matices e implicaciones que se forman y se reflejan en las actividades e interacciones humanas, ni de las motivaciones, actitudes y conductas de la población que tiene animales domésticos, especialmente caninos y felinos, en la ciudad. Es importante analizar las relaciones humanas con animales, pues en ellas se expresan no pocas características de la sociedad. Conocer lo que esas relaciones significan para los diferentes actores sociales en sus dinámicas, contradicciones, prácticas y formas de convivencia, es acercarse a la percepción que tiene cada colectivo de la naturaleza: su noción del otro, la alteridad, lo diferente; es acercarse al significado que tiene para las personas el vivir y compartir con perros y gatos. Además de aportar a una comprensión profunda sobre el funcionamiento de los grupos sociales, hay que tener en cuenta que la tenencia responsable de animales no constituye un concepto global y único, sino que emerge desde un conjunto de valores, creencias y percepciones que dependen y varían de su contexto.

El objetivo general de este trabajo es realizar una caracterización de la tenencia de perros y gatos en la ciudad de Medellín. Se trata de describir las prácticas que se dan en esa convivencia con estos animales en la ciudad, y por eso se abordan todas las actividades que están relacionadas

en esa interacción, desde dónde duermen, qué comen, con qué juegan, hasta saber cómo llegó el animal a la casa, quién lo saca y a dónde, etc. Además, se identifican los imaginarios que tienen los dueños de los animales alrededor de esa convivencia, del día a día, de las percepciones que median, de cómo ellos entienden y asumen esa relación.

1.3 Metodología

Iniciar un camino, formalizar una tarea llamada trabajo de campo, es vivir y tomar conciencia de que la antropología es toda una actitud ante la vida. Cada vez más, el ejercicio de nuestra disciplina nos convoca a construir una antropología comprometida por acercarse a fenómenos sociales cercanos y cotidianos, aquellos que por ser íntimos no es tan común interrogarnos por ellos. Este camino requiere de una observación detallada y en el registro minucioso de la experiencia humana en sus diversas facetas y actividades. Esta investigación no parte de una hipótesis como tal, sino que se orientó a conocer, indagar, registrar, describir y reflexionar acerca de las características del fenómeno.

Por esto, pensar en el método para llevar a cabo la exploración siempre estuvo presente desde el momento que decidí abordar este tema; desde ese instante mi mente y cuerpo se enfocaron en prestarle atención a cada detalle relacionado con el vínculo ser humano-animal, de modo que los ojos detectaron situaciones que normalmente no observaba y las situaciones cotidianas adquirieron un matiz reflexivo. Definir una pregunta como tal, que recogiera lo que quiero saber, no fue sencillo: delimitar cuesta un poco, y cuando existe interés por un tema diversas preguntas rondan por la mente. Por esto, la pregunta central a la que se llegó no fue la única en este proceso

de indagación. Este trabajo ha sido un aprendizaje sobre la concreción de ideas, pasiones, preguntas y posibilidades reales de estudio. El objetivo consistió en responder a la pregunta de *¿cuáles son las prácticas y significados en la tenencia de perros y gatos en la ciudad de Medellín?* Al preguntarme por actividades y significados, puedo indagar por diferentes elementos como *¿qué lleva a las personas a convivir con perros y gatos? ¿Cuál es su impacto o la influencia en la vida de un individuo o colectivo? ¿Cuáles son las creencias, actitudes, conocimientos que giran en torno a la tenencia de perros y gatos? ¿Cuál es el discurso de los propietarios acerca de la tenencia de animales domésticos? ¿Por qué los perros y gatos reciben múltiples nominaciones a lo largo de su vida? ¿Cómo podemos definir o ubicar a los animales domésticos en la jerarquía social de los humanos? ¿Nos consideramos iguales, superiores o inferiores a ellos?*

1.3.1 Investigación cualitativa

La investigación cualitativa permite acercarnos a la comprensión de fenómenos sociales y culturales desde sus características más humanas y a partir de la voz del otro, del interlocutor que aporta su visión de la realidad. Este trabajo indaga por experiencias cotidianas e íntimas del día a día con una especie animal que es asumida como un miembro más del hogar. A estas experiencias se accede a través de la empatía o cercanía que se pueda entablar entre investigadora y sujeto investigado. Si no es por medio de la escucha, el diálogo y la comprensión de los sujetos, de lo que son y viven, de cómo se configura y se contradice su estar en el mundo, el resultado sería la superficialidad de los testimonios y la vaga ilusión de las expectativas de entender el fenómeno.

Durante el año 2018 se hizo revisión de diversos documentos que no necesariamente aparecen reflejados acá, pero que han servido de inspiración o cuestionamiento. Entre ellos, películas, documentales y videoclips frente a la relación que hemos tenido con los animales. De igual manera, se hace una revisión de algunos antecedentes desde la disciplina que indaga por esta interacción, para conocer las formas en las que se ha abordado el tema, los aportes y planteamientos de los autores, así como los análisis realizados. Una vez revisados los antecedentes y elaborado un balance sobre estos, se identificó la ruta a seguir que permitió lograr los objetivos.

Se tomó como centro de la investigación la ciudad de Medellín por ser un espacio ideal para analizar un fenómeno eminentemente urbano como la tenencia de mascotas. La ciudad no se abordó como espacio con delimitaciones físicas, sino como espacio social con interconexiones. Seleccioné lugares de indagación, pero en relación con ideas, objetos, actores, significados, tensiones y contradicciones que pudieran aportar a la comprensión del objeto de estudio. Los lugares no fueron interpretados como espacios físicos, sino como espacios sociales en donde confluyen relaciones humanas y relaciones animales. Tomé como referencia viviendas multifamiliares, barrios, parques, consultorios veterinarios, tiendas para perro y gatos, ferias de exposición, así como documentos, leyes, normas, políticas, noticias, programas y comerciales de televisión que, de alguna manera, son referidos en los espacios abordados.

Las situaciones cotidianas se presentaron como una forma de acercarse a la noción del otro sobre la convivencia con un animal, incluso con personas que no tuvieran perro o gato, puesto que estas también influyen los modos de interacción con sus ideas sobre la tenencia de animales. Entre otras cosas, conviene tener en cuenta que los animales domésticos también se relacionan con personas ajenas a su ambiente cotidiano.

1.3.2 Trabajo de campo

Los interlocutores fueron hombres y mujeres, de diferente edad, gustos, profesiones, barrio, etc. El criterio de elección fue que se tratara de personas que convivieran bajo el mismo techo con un gato o perro; podrían ser hermanos del dueño del animal; amigos, parejas de diferente o igual sexo, madre o padre con hijo o hija o cualquier otro tipo de relación, definida más por la convivencia que por el parentesco. La mayoría fue abordada por elección, porque captaron mi atención, por tratarse de personas con las que quería conversar. El método principal para acceder a sus experiencias fue la entrevista semi-estructurada, asumiendo la conversación como la forma en que puedo conocer sus experiencias, con los límites que se dan al ser extraños o por el poco tiempo de interacción. La habilidad para hacer preguntas e intuir cual camino tomar se hizo fundamental para llegar a un testimonio cargado en detalles. Los encuentros fueron previamente concertados y se explicó la forma de proceder en la indagación. El criterio para realizar más de una visita fue el grado de confianza que se adquirió con las familias y si la situación lo ameritaba.

Inicialmente, comenté a mis interlocutores de qué se trataba la investigación, la idea y la manera de llevarla a cabo, la cual consistió en ir a la casa a dialogar sobre el día a día con el animal. Las preguntas no siempre fueron las mismas: hubo un momento en que tuve que repensarlo porque estaba la sensación de que no estaba funcionando, que los datos no estaban respondiendo a los objetivos. Se aprende que algunas cosas deben inferirse y, también, que las preguntas deben remitirse, para el objetivo de este trabajo, directamente a las experiencias y no convertirse en pretextos para «filosofar». También cambiaron las preguntas según lo que permitía cada conversación, por ejemplo, las conversaciones dieron a conocer sus historias personales, pero a su vez las de amigos, conocidos o familiares, que podían estar involucrados con los animales o no. Esos elementos también son tenidos en cuenta.

Como la intención no es solamente registrar la práctica, sino la interacción humano-animal que se genera a partir de la práctica, se incluyeron preguntas acerca de las rutinas de las personas con respecto a los animales. También se prestó especial atención a la relación entre el significado del animal y las prácticas en su convivencia, así como a diferencias en estas actividades. Las conversaciones se dieron de forma abierta: la persona habló libremente sobre las razones por las que convive con un perro o el gato, cómo llegó a la casa, los cambios que trajo consigo, por qué le pusieron ese nombre, lo que come, dónde duerme, con qué juega, lo que le gusta, sus pertenencias, las actividades que realizan, sobre cómo es su relación con el animal y demás miembros. Para datos puntuales se hicieron preguntas específicas, se observó el espacio dónde vive, su comportamiento con el dueño y la interacción con extraños.

Al discurso —esto es, la forma de expresarse del dueño o responsable sobre animal— le presté particular atención, porque asumo que a través de este es posible que se evidencien estructuras lógicas propias de los sujetos; mecanismos que pueden ser observados en la cotidianidad y en su forma de interactuar con el ambiente, que operan y se crean en esferas privadas de los individuos, pero que salen a relucir cuando estos hablan sobre el tema. Esto se ve reflejado, en cierta medida, en que las tradiciones, roles, valores y normas del ambiente en que viven las personas se van internalizando poco a poco y generan regularidades que pueden explicar la conducta colectiva o individual.

Las entrevistas tuvieron una duración promedio entre una o dos horas, de acuerdo con la disponibilidad de tiempo de la o el entrevistado, pero, sobre todo, por la dinámica misma del encuentro. La grabación de las entrevistas fue de gran ayuda para el registro específico de los datos, y, por fortuna, las personas no manifestaron inconveniente en ser grabadas; no percibí signos de intimidación ante la grabadora. Aun así, no se desconoce que la presencia del investigador puede

provocar, por sí sola, una alteración o modificación en la conducta de los interlocutores. Sin embargo, no se trata de crear un distanciamiento, sino por el contrario de reflexionar sobre los efectos de su participación en el contexto que se está estudiando.

Se hizo ejercicio de diario de campo durante todo el proceso, desde el inicio con el diseño y hasta el final con la escritura. Se registró cada conversación, actividad, ideas, comentario, situación y análisis con relación al tema. Algunas conversaciones no fueron grabadas porque se presentaron en situaciones de socialización espontánea, aunque posteriormente se intentó registrarlas con detalle. Estas herramientas son fundamentales para escribir, describir, analizar y garabatear sistemáticamente, sobre los datos, impresiones y sucesos; son excelentes ayudas para la memoria, para tener a la mano todo tipo de datos como la descripción de experiencias en eventos de ciudad sobre el tema, entrevistas, comentarios de lectura, bibliografía por buscar, correcciones por hacer, entre otros. Esta tarea se realizó día a día, sobre la práctica, y se acompañó de un registro fotográfico que sirve de apoyo visual para casos y situaciones concretas. De la mano de estas técnicas y de un análisis riguroso, es que se pudo realizar una caracterización de las actividades, dinámicas e ideas, para así aglutinar lo que la gente vive de modo fragmentario.

También se visitaron dos parques de la ciudad: el Parque Juanes de la Paz, ubicado en el barrio Castilla, y Ciudad del Río, por ser espacios de alta concurrencia de personas con sus perros. En ellos se realizan juegos y caminatas, y hay grupos de adiestramiento y grupos de personas que se conocen y se reúnen constantemente con los animales. En esas visitas conversé con la gente sobre ese espacio, sobre la percepción que tiene de él, la frecuencia de visitas, si vivían cerca de ahí o no, y en especial sobre las actividades que hacen allí.

El abordaje metodológico que se tuvo en cuenta se acoge a las apreciaciones de Rosana Guber (2001) respecto a que la intención de la etnografía no es sólo «interpretativa, comprensiva o descriptiva de una realidad social, sino también explicativa desde la perspectiva del actor» (pág. 74). Siguiendo a la autora y teniendo en cuenta que las acciones son lo que son porque las personas tienen posturas específicas y razones para ejecutarlas, en esta investigación fue central captar lo que las personas piensan sienten y hacen —lógica cultural—, con respecto a los animales de compañía.

El proceso estuvo dirigido hacia el conocimiento de esos fenómenos, estructuras, contextos, historias y relatos valiosos de esas personas, experiencias que fueron contadas por ellos mismos sobre eventos reales, de forma genuina. Por medio de la observación pude percibir tanto el contexto físico como el social, las interacciones formales e informales y las interpretaciones de estos sujetos. Percibí la realidad exterior, haciendo uso sistemático de mis sentidos orientados hacia la recolección de datos valiosos para llevar a cabo la indagación. Así, se buscó aglutinar y presentar episodios —porciones de vida— documentados con un lenguaje natural. Se procuró describir lo más fielmente posible cómo se relacionan las personas con el animal, qué sienten, que saben, cómo lo conocen y cuáles son sus creencias, percepciones y modos de ver y entender la interacción con los perros y gatos.

Esa observación permitió aprender acerca de las actividades de las personas en su escenario natural. A través de esta y de la asistencia a algunas actividades pude describir, explicar, comprender y descubrir patrones propios de esa experiencia, para así entablar relaciones que permiten fluir en la labor investigativa. Con la observación, la realidad se capta no sólo en su objetividad sino también en su lado subjetivo, ya que permite captar los elementos constitutivos y

la manera cómo interactúan entre sí, con el fin de reflexionar sobre estos y así comprender su forma de operar.

2. Enfoques teóricos: La interacción con lo no humano

A continuación, se presentarán algunos de los desarrollos teóricos con relación al tema de naturaleza y cultura. Van de lo general a lo particular y soportan o contienen los conceptos centrales que marcan la ruta de la investigación, con el fin de crear un cuerpo unificado de criterios que sirva para comprender y analizar el tema.

Los conceptos en los que se apoya la indagación son naturaleza y cultura, que para este trabajo son entendidos uno en relación al otro, y no como elementos separados que se contraponen. Aunque la naturaleza ha sido vista tradicionalmente como un ámbito separado de la cultura, donde la segunda supera y controla a la primera, cada vez se hace evidente y se reitera que entenderlos como elementos separados dificulta la comprensión de las implicaciones y alcances de la actividad humana sobre la naturaleza y su entorno, además que lleva a desconocer las múltiples formas en que esta es incorporada a la vida. Por esto, en este caso se considerarán ambos aspectos como componentes relacionados en las sociedades humanas.

Los planteamientos de Astrid Ulloa nos acercan a las investigaciones y temáticas que se han trabajado desde la disciplina en relación a los dos conceptos, mientras que Philippe Descola aborda algunas de las diferentes nociones y objetivaciones sobre la naturaleza que él ha trabajado. Después, nos aproximamos a entender la domesticación como un hecho fundamental para comprender cómo ha sido el proceso de relacionamiento con estas especies, hasta llegar al punto de dormir con ellos. Para cerrar este apartado se encuentra el establecimiento conceptual de la relación cultura-naturaleza: la que se da en el contexto de la tenencia de mascotas.

2.1 Naturaleza y cultura

Desde sus inicios, la antropología se interesó por los modos en que los distintos colectivos sociales interactúan con su entorno. La pregunta por las relaciones de continuidad y discontinuidad entre la naturaleza y la cultura siempre han estado en el desarrollo de la disciplina. Esta ha dedicado gran parte de sus análisis a explorar las ideas, concepciones y nociones que diversos grupos establecen al percibir, representar, clasificar, usar y relacionarse con la fauna y las plantas lo que permite en cierta medida observar cómo cada cultura construye su noción sobre sí misma y sobre los otros. El impulso inicial en esta dirección se debió en parte a la expansión colonial que acumulaba datos en relación a la extraña forma en la que los pueblos asumían sus interacciones con las plantas y con los animales, identificando a estas especies como ancestros y tratándolas como a parientes próximos.

En esos inicios, las relaciones entre los humanos y su entorno fueron analizadas a la luz de la dicotomía de naturaleza y cultura. Se indagaba por factores ambientales y su influencia en los fenómenos sociales, con interés en cómo los humanos se adaptaban al ambiente condicionado por este, y también se hacían preguntas por los procesos culturales en el entorno, donde los humanos se adaptaban al medio ambiente para cubrir sus necesidades, lo que implica condicionarlo. También se analizaban las relaciones de los humanos con su ambiente y la manera como se establece un condicionamiento mutuo (Ulloa, 2002b).

En los años setenta e inicios de los ochenta ocurre un cambio en estas investigaciones. Con el establecimiento de nuevas perspectivas en los estudios sobre las relaciones de los seres humanos con su entorno, estos se dan de la mano de la antropología procesual y los debates

posestructuralistas que replantearon las nociones de naturaleza y cultura y en el contexto del surgimiento de los movimientos sociales y de la conciencia ambiental, relacionados con la escasez de los recursos naturales y su importancia social y cultural: «Como resultado del surgimiento de los movimientos ambientalistas, los movimientos indigenistas, la conciencia ambiental e investigaciones en el ámbito social y natural, se ha venido reconociendo la existencia de una diversidad de concepciones sobre la naturaleza» (Ulloa, 2002b, p.13). Estas formas de pensamiento diverso señalaron que existen otras formas de concebir y asumir el medio ambiente que se salen de las categorías y dicotomías conocidas, lo que hace necesario acercarse a conocer y comprender otras formas diferentes de interactuar con la naturaleza.

Otros trabajos de investigación replantean la categoría de lo animal y reposicionan a las especies como entes con capacidad de acción. En esta perspectiva es necesario mencionar a Eduardo Viveiros de Castro (citado en Ulloa, 2002a), quien analiza las cosmovisiones de los indígenas amazónicos y destaca cómo los humanos y los no humanos comparten una esencia interna similar: la humanidad, pero una diversidad corporal externa —envoltura humana o animal—, que permite establecer relaciones sociales entre ellos y aprehender la realidad como personas, desde diversos puntos de vista. Así, « [...] los no humanos son personas con capacidad de acción social y con una visión particular sobre sí mismos y los otros. Los animales se consideran como personas y sus características —plumas, pelos o garras— como características culturales » (Ulloa, 2002a, p.18). Esto, entendido como una pauta donde se debe analizar las relaciones entre los humanos y los no humanos no bajo la dualidad, sino en clave de una multiplicidad donde no se excluye lo social.

Al reconsiderar las categorías de naturaleza y cultura surgen otros planteamientos sobre cómo abordar y entender lo natural y lo animal en diversas sociedades. Esas posturas resaltan la imposibilidad conceptual de comparar actitudes, ideas y prácticas de lógicas tan diferentes como las indígenas con las de la sociedad actual. No se trata de comparar, sino de escudriñar y comprender esas diferencias. Así, se da una reconceptualización de la dicotomía naturaleza y cultura, buscando generar alternativas que analicen las relaciones de los diferentes grupos con el medio ambiente. Esos trabajos etnográficos proponen trascender la dicotomía al analizar estas relaciones, para que así den cuenta de la diversidad de procesos de objetivación de la naturaleza, rechazando la separación de naturaleza y sociedad y considerando a los humanos y el medio ambiente en un proceso de interrelación y reciprocidad.

Cada cultura construye su noción de lo humano, establece límites y entabla relaciones con otras entidades, ya sea que se las considere como no humanos, animales, muertos, espíritus, plantas u objetos. Esto refleja que cada grupo tiene diferentes concepciones de naturaleza, que varían y se encuentran influenciadas de acuerdo a instituciones sociales, nociones, ideologías y prácticas. En palabras de Ulloa. «Dichas fronteras pueden ser rígidas, fluidas, porosas o flexibles y se expanden, contraen o redefinen de acuerdo con las circunstancias propias de cada cultura, y con un tiempo y espacio particulares» (Ulloa, 2002^a, p.10). De esta forma, las actitudes hacia lo humano cambian de acuerdo a los intereses culturales y el contexto histórico y están influenciadas por relaciones simbólicas, utilitarias, o estéticas.

Identificar la interacción de las diferentes nociones de naturaleza implica el reconocimiento de esta como una construcción social que se va transformando de acuerdo a condiciones históricas y sociales especiales. Estas prácticas y concepciones establecen maneras de percibir, representar,

interpretar, usar e interrelacionarse con las entidades no humanas. Para Ulloa (2002b), «Género, clase, raza, edad, prestigio social y etnicidad también atraviesan las construcciones sobre la naturaleza dando como resultado diversos significados sobre la misma» (pág. 139). Es decir que, aunque puedan establecerse semejanzas, no debe considerarse que en todos los casos la relación con la naturaleza es material o simbólicamente igual.

Esas diversas imágenes sobre la naturaleza tienen en común la idea de una entidad externa que escapa al orden cultural y racional: una noción de naturaleza que «implica que ésta es un medio para satisfacer necesidades individuales y sociales. Así mismo, que puede ser poseída, lo que implica la noción de propiedad» (Ulloa, 2001, p.192).

Puesto que la noción de la naturaleza incluye la intervención del ser humano en la construcción de formas de relacionamiento concretas, debe tenerse en cuenta que la interacción de diferentes concepciones sobre la naturaleza implica el reconocimiento de esta como una construcción social que se crea y transforma de acuerdo a condiciones y situaciones históricas y sociales particulares: «La naturaleza es sentida, conceptualizada y construida de manera diferente de acuerdo con procesos sociales basados en contextos materiales, instituciones sociales, nociones morales, prácticas culturales e ideologías particulares » (Ulloa, 2002a p.139).

El antropólogo francés Phillipe Descola transforma, bajo la denominación de antropología de la naturaleza, la dimensión comparativa tradicional. Ya no se trata de comparar las culturas teniendo una única y estable forma de entender lo natural, sino de entender las diferentes nociones de naturaleza y cultura de los diferentes colectivos y momentos históricos de los mismos. Para Descola, la antropología debe ser una disciplina no dualista que, más allá de hablar de naturaleza y de cultura, debe referirse a los ámbitos de lo humano y de lo no humano sin desconocer que, sin

ser aspectos diferenciados, se encuentran en relación continua mediante diversas formas de relacionamientos que derivan en la construcción de formas de pensamientos y de acciones mediadas por contextos culturales e históricos.

Partiendo de esta idea, el autor se ha interesado en estudiar las relaciones entre la sociedad y su medio ambiente natural, teniendo en cuenta que la forma en que el ser humano se relaciona con este involucra tanto el campo simbólico como el campo social sin reducirse a una visión utilitarista (Descola, 1989, p.17). Es decir, la relación con el medio ambiente no se reduce a la utilidad o al uso que pueda brindarle al ser humano sino que en la medida en que le sea funcional a nivel material o ideológico, se constituye en un elemento con significado dentro de la sociedad humana, el cual responde a diferentes dinámicas, permitiendo distinguir en importancia, uso de relaciones y con el resto de la naturaleza y con la sociedad.

Así, Descola entiende la naturaleza como ese «conjunto de seres y fenómenos que se distinguen de la acción humana» (2001, p.11). Sin embargo, el ser humano se relaciona con ella mediante la mezcla de condiciones simbólicas y materiales denominadas como praxis social (Descola 1989, p. 18). Por medio de esta la naturaleza es incorporada a la vida social a partir de un proceso de mediación cultural en el que intervienen tanto las modalidades de utilización como las modalidades de representación, es decir tanto el uso y utilidad de la planta o el animal, como también las elaboraciones simbólicas que ocupan un lugar en la sociedad.

La objetivación de la naturaleza se refiere al proceso por el que cada grupo establece formas de relacionamiento con lo no humano a partir de los significados que les atribuyen y de las características que adquieren importancia dependiendo del contexto socio cultural e histórico del

que hace parte, así como la cosmovisión del grupo humano que la estructura (Descola, 2001). Lo que evidencia que el ser humano no se relaciona de manera arbitraria con el medio ambiente sino que lo hace a través de prácticas culturales.

Para el autor, las formas de relacionamiento con la naturaleza pueden identificarse bajo tres modalidades: modos de identificación, modos de relación y modos de categorización. Cada uno establece formas particulares de relación con lo no humano que orientan el comportamiento y las actitudes hacia el medio natural según su clasificación y su función.

Los *modos de identificación* se refieren a las fronteras que definen el ser de lo diferente — la alteridad—, a partir de la significación de lo no humano; se definen diferencias entre estos y los humanos. Son una especie de sistema de distribución de propiedades, es decir que el ser humano da una u otra propiedad a un objeto, una planta, un animal o una persona. Entre los modos de identificación se encuentran el *totemismo*, el *animismo* y el *naturalismo*.

En el totemismo, los no humanos son tratados como signos que sirven para pensar el orden social dentro de un sistema de carácter dicotómico, donde su potencial práctico y simbólico es la fragmentación del grupo humano. Para Lévi-Strauss, el totemismo como un conjunto de ideas y prácticas que se basan en la creencia de la existencia de una relación de parentesco, de carácter místico, entre un grupo o individuo y un objeto de la naturaleza, hace que animales y plantas sean un apoyo para el establecimiento de un sistema clasificatorio en el que un conjunto de unidades sociales están asociadas con objetos naturales, es decir, las diferencias entre especies animales o vegetales son utilizadas para señalar las diferencias entre diversas unidades sociales de manera que son significantes de una relación social.

Así, Descola señala la función totémica de animales y plantas para remitir a la posibilidad de que sean utilizados como indicadores de relaciones sociales, aunque, en otros contextos, esta relación no esté vinculada al totemismo. En este caso se da una forma de atribución de significado que incorpora a lo no humano en la vida social.

Por su parte, el animismo dota a los seres naturales de atributos sociales: «utilizan las categorías elementales que estructuran la vida social para organizar en términos conceptuales las relaciones entre los seres humanos y las especies naturales» (Descola 2001, p.108). El animismo es un modo de identificación en la que los humanos no son los únicos poseedores de subjetividad y vida social. Diversos seres no humanos están dotados de las mismas cualidades de interioridad y de sociabilidad que aquella que se atribuye a los humanos. En el animismo predomina el multinaturalismo ontológico o la idea de que lo que cambia no es la representación que los existentes tienen del mundo, sino el mundo que ellos ven.

El totemismo se distingue del animismo en que este dota a los seres no humanos de atributos sociales a partir de las prácticas sociales, es decir, a diferencia del totemismo que parte de lo no humano para organizar lo humano, el animismo parte de la praxis social humana para atribuir significados a lo no humano.

El naturalismo se basa en la idea de que la naturaleza existe, de que ciertas cosas deben su existencia y su desarrollo a un principio ajeno a la suerte y a la voluntad humana: «El naturalismo crea un dominio ontológico específico, un lugar de orden y necesidad, donde nada ocurre sin una razón o una causa, ya sea originada en Dios o inmanente en el tejido humano (las leyes de la naturaleza)» (Descola 2001, p.108). El naturalismo reconoce la influencia de las acciones humanas

viendo la naturaleza como externa a la praxis social humana en la medida en que su existencia depende de las intenciones humanas.

El animismo, el totemismo y el naturalismo son tejidos abstractos que distribuyen identidades específicas dentro del conjunto de humanos y no humanos: «Estas entidades se vuelven diferenciadas, y en consecuencia antropológicamente significativas, cuando son mediadas por esquemas de interacción, que reflejan la variedad de estilos y de valores que se encuentra en la *praxis* social» (Descola 2001, p.110). Por consiguiente, validan unas u otras formas de relacionamiento, ordenando los criterios que respaldan las relaciones diferenciales con los elementos del entorno. Así, define tres modos de relación: rapacidad, reciprocidad y protección.

Estos *modos de relación* tratan de lo que el ser humano ofrece y de lo que recibe, es decir, si en la medida en que obtiene una utilidad del medio recibe los beneficios de manera unilateral o si estos son retribuidos. Cuando el beneficio solo es asimilado por los seres humanos, se establece una relación de *rapacidad*, siendo el resultado no intencional de un rechazo general de la reciprocidad. Por ejemplo, en las comunidades jíbaro del oriente de Ecuador y Perú, los no humanos son considerados como personas, que comparten algunos de los atributos del ser humano, con los que están unidos por lazos de consanguinidad (para las plantas domesticas) o de afinidad (los animales de la selva). Sin embargo, no participan en una red de intercambio con los humanos y no se ofrece ningún equivalente por la vida que se les quita. Contrasta esto con la *reciprocidad*, en que humanos y no humanos reciben beneficios dentro de una relación equilibrada; es decir, ambos se sustituyen mutuamente y contribuyen, por medio de sus intercambios recíprocos, al equilibrio general. De esta relación puede derivar el relacionamiento por *protección*, que hace alusión a las

especies domesticadas y la relación de dependencia que implica el contacto directo entre humanos y no humanos, y, por ende, la distribución para asegurar beneficios.

El tercer modo de relación, la protección, se refiere a los no humanos cuando estos dependen de los humanos para su reproducción y bienestar. Puede estar formada por algunas especies de plantas y animales domesticados que están tan vinculados a los humanos de forma colectiva e individual, y que aparecen como auténticos componentes ya sea de toda la sociedad (ganado, porcinos) o de unidad de parentesco como las mascotas familiares, los animales sagrados, etc. Para Descola, «El vínculo de dependencia con frecuencia es recíproco y algo utilitario, porque la protección de los no humanos generalmente asegura efectos benéficos; puede garantizar una base de subsistencia, llenar una necesidad de apego emocional o ayudar a perpetuar un vínculo con una divinidad benevolente» (Descola, 2001, p.110).

Mientras tanto, los *modos de categorización* distribuyen los componentes del mundo de lo humano y lo no humano con el propósito de configurar categorías socialmente reconocidas (Descola, 2001,

p.112); es decir, definen una clasificación de naturaleza para animales y plantas, para así poder identificarlos y ubicarlos en el entorno social según sus características y posibilidades en el ámbito social.

Para la identificación de los animales en categorías específicas es necesario conocer los dispositivos de clasificación de los seres humanos, los cuales se fundamentan en la forma en que lo no humano es ubicado en un sistema de categorías que selecciona cualidades para discernir entre diferentes, como puede ser acomodarlo en diferentes grados con relación a lo social. Se debe

distinguir las clasificaciones biológicas que se basan en rasgos anatómicos específicos, de las clasificaciones creadas social y culturalmente, las cuales se apoyan en aspectos que incluyen lo afectivo. Cada vez que el ser humano reconoce y objetiviza las propiedades de la naturaleza, animales y plantas, les está asignando significados específicos, y a su vez está configurándose como grupo humano con características sociales y culturales concretas.

Una característica común de todas las conceptualizaciones de no humanos es que se expresan por referencia al dominio humano:

Esto conduce ya sea a modelos sociocéntricos, cuando las categorías sociales se utilizan como una especie de diagrama mental para el ordenamiento del cosmos, o a un universo dualista, como en el caso de las cosmologías occidentales, en las que la naturaleza es definida negativamente de la acción humana. Por lo tanto, la objetivación social de los no humanos, ya opere por inclusión o por exclusión, no se puede separar de la objetivación de los humanos; ambos procesos están directamente animados por la configuración de ideas y prácticas de la que cada sociedad extrae sus conceptos del propio ser y de la otredad (Descola, 1996, p.105).

Por esto, para Descola, entre humanos y no humanos la diferencia básica reside en la conciencia reflexiva, la subjetividad, el poder significar, el dominio de los símbolos y el lenguaje por medio del cual esos aspectos se expresan.

Naturaleza y cultura son, para Lévi-Strauss, dos esferas juntas, cuya relación será determinada por configuraciones lógicas, asociaciones u oposiciones que pueden ser formalizadas bajo códigos totémicos o de cualquier otro tipo. En consecuencia, el modelo base de las

clasificaciones no necesariamente es la sociedad, aunque esta es una de las posibilidades lógicas. La relación con la naturaleza contiene el comportamiento ecológico del ser humano con su interacción con el medio ambiente según elementos socioculturales más que utilitaristas, lo que, a nivel material, puede representar la relación con un animal o una planta. Esta relación puede responder a una construcción cultural que, como señala Lévi-Strauss (1964), «no sólo se refiere a una utilidad práctica» (p. 22) sino a una organización intelectual y reflexiva del mundo sensible.

Para comprender estas formas de relacionamiento con la naturaleza es necesario tener en cuenta las formas de ordenar y clasificar los componentes del entorno, ya que procesamos y ordenamos la información percibida a través de los sentidos; lo que implica definir categorías de objetos o seres, establecer jerarquías y relaciones de exclusión e inclusión, ya que estas influyen en la manera de usarlos y percibirlos según la cosmovisión del grupo que la desarrolla. A su vez, la clasificación del medio ambiente permite a los individuos comprender el entorno que los rodea y ser parte de él en la medida en que participan de códigos culturales colectivamente construidos y aceptados, como lo señala la antropóloga Sandra Turbay (2002).

Esos códigos han sido el resultado de «siglos de observación activa y metódica, de hipótesis atrevidas y controladas» (Lévi-Strauss 1964, p.31) sobre el entorno con el cual se relaciona el ser humano. Esto significa que las construcciones simbólicas relacionadas con la forma en que organizamos y, por ende, percibimos el mundo, no son el resultado del azar sino de intereses humanos y de la capacidad reflexiva para pensarse el entorno. Es decir que la elección del modelo para cualquier clasificación será arbitraria en cada cultura y el mecanismo bajo el cual se establecerán relaciones partirá de un esquema lógico basado en oposiciones denominadas

«operadores lógicos» que permiten integrar al esquema clasificatorio dominios muy diferentes los unos de los otros.

La concepción acerca de lo que es natural viene de la propia definición que construimos sobre la naturaleza, pero esta mirada está culturalmente mediada. Es decir, toda visión sobre lo no humano supone una construcción cultural. Pero al mismo tiempo, aquellas nociones que permean nuestra experiencia cotidiana, a pesar de formar parte de construcciones culturales particulares, frecuentemente son vividas, pensadas y sentidas como fácilmente extensibles a los distintos colectivos humanos, de modo que, cuando presentan actitudes, comportamientos o valoraciones diferentes de las propias, nos llevan a reflexionar acerca de lo relativo de nuestras concepciones (Milesi, 2013). En cierta medida, entonces, naturalizamos las construcciones de nuestro entorno sin desconocer que las representaciones que construyen los distintos grupos sociales respecto a su contexto están influenciadas y relacionadas directamente con la forma en que usan y viven en su ambiente.

No se trata, en este momento interpretativo, de especificar empíricamente un ámbito exhaustivo de la naturaleza, ni de la cultura, sino de aprehender de qué manera la forma de suponer uno, a un tiempo, excluye y especifica al otro. De este modo, las fronteras de validación de los dos conceptos no están fijas por un fenómeno inmanente. Lo que es cultural en un momento puede ser concebido como natural en otro y viceversa.

2.2 Los inicios de la relación humano animal: La domesticación

La domesticación es un proceso complejo en múltiples aspectos. Se entiende como una técnica de orden social que mediante diferentes mecanismos logró que algunas especies se adaptaran a las condiciones que hacen posible la vida humana, mutando características comportamentales, morfológicas, fisiológicas y genéticas mediante procesos artificialmente gestionados para suplir necesidades también humanas. Este concepto alude a la unión entre conocimiento y dominio de ciertas prácticas por parte del ser humano, que permiten ejecutar una actividad determinada con un grado de destreza, un instrumento que consiente la adecuación de medios para la adquisición de fines (Briceño, 2014).

Para Raúl Valadez (2003), la domesticación es el proceso por el cual una especie animal puede reproducirse en condiciones creadas por el ser humano, es decir, que el animal doméstico es aquel que puede suplir su ciclo de vida completo en condiciones dadas por el ser humano. Este proceso involucra aspectos biológicos y culturales y se da únicamente cuando los animales domesticados se incorporan a la estructura social del grupo humano y llegan a ser objetos de propiedad, de modo que la transformación morfológica del animal es consecuente con su integración en la sociedad humana. El lobo se convirtió en un perro no solo porque sus características físicas y de comportamiento cambiaron, sino también porque estos cambios se dieron tras la adaptación del animal a fines materiales, estéticos y rituales de las comunidades humanas.

Irvine (citada en Acero, 2017) plantea que el registro histórico evidencia que los primeros seres humanos domesticaron animales de todo tipo, y que habilidades útiles de los caninos como la caza, la vigilancia y el pastoreo pueden haber influido en la relación, pero probablemente no

fueron la razón principal. En cambio, comenta la autora, que características físicas y de comportamiento de los perros como su tendencia a estar en manadas jerárquicas, los predispuso a la domesticación. Los perros tuvieron entonces varios significados en estas comunidades: socios de caza, animales de tiro, fuente de alimento y seguramente también compañía. Después del final de la última glaciación, hace unos 12.000 años, hubo un cambio cultural masivo: la domesticación de animales y plantas que definió nuevas relaciones. Esto fue un proceso gradual, la cercanía con los humanos llevó a que los lobos fueran de los primeros animales en ser domesticados hasta transformarse en el perro que hoy conocemos.

2.2.1 Los perros

En opinión de Eduardo Barona (2016), el perro fue una especie adecuada para el proceso de domesticación por varios aspectos: por vivir en manada y ser fácil de controlar en grupos; por tener un período largo de cachorro en el que se le puede enseñar diferentes cosas y crear vínculos con los humanos; por su intenso interés en el juego; porque de joven se ve como un ser dependiente que provoca cuidar y darle afecto; porque al igual que el humano es de actividad diurna y descansa en la noche; porque los humanos lo encuentran fácil de antropomorfizar (condición necesaria para establecer lazos cercanos), y porque es una especie comunicativa que tiene expresiones que los humanos creen entender. Por estas razones, afirma el autor, los perros estaban predispuestos a cumplir el papel de compañía humana y fue posible su domesticación.

Desde hace miles de años, seres humanos y cánidos —perros, lobos, zorros, coyotes, chacales— han mantenido diversas interacciones (económicas, sociales, religiosas y afectivas) con los seres humanos. Adquirieron ese lugar frecuente en la sociedad, hace miles de años, cuando la relación entre los habitantes de Europa y los cánidos silvestres dio origen al animal doméstico más antiguo y versátil: el perro. Esto marcó el nacimiento de una estrecha y duradera relación entre humanos y animales. Se cree que aparecieron hace más de 18.000 años, posiblemente en Europa central, luego de un proceso complejo de interacción entre seres humanos y jaurías de lobos. No solo fueron el primer animal doméstico: resultaron el único capaz de acompañar a los humanos a cada rincón habitable de la Tierra. Entraron en América con los seres humanos y adquirieron gran diversidad de características anatómicas y de conducta que les permitieron ejercer diferentes funciones económicas, sociales y simbólicas, tanto entre grupos de cazadores-recolectores como en sociedades con organización más compleja. Los cazadores-recolectores se convirtieron por primera vez en sedentarios, domesticaron plantas y animales, desarrollaron la agricultura y construyeron aldeas urbanas, el conjunto de innovaciones culturales y consecuencias conocidas como la Revolución Neolítica. A través de una relación simbiótica, los humanos accedieron a la capacidad de caza y de transporte de material en ambientes fríos de los perros a cambio de comida y abrigo (Valadez, 2000).

Al ser la primera especie animal en participar en un proceso de domesticación, ocupan un lugar especial en las interacciones que los seres humanos tenemos con otros animales. Esta dimensión particular del perro se manifiesta simbólicamente a través de su presencia en enterramientos desde el Paleolítico Superior. Esta domesticación es, además, la única que parece estar antes al desarrollo de las primeras sociedades agrícolas (Valadez, 2000).

La domesticación proporcionó diversas fuentes de alimento y abrigo, permitiendo un cambio en las formas de vida nómadas. También concedió ventajas en la guerra a los ejércitos con caballerías, facilitó el uso de perros en la caza y dio un papel importante a diferentes especies de animales en el transporte, en el desarrollo de flotas comerciales y en la protección ofrecida por perros a hogares en diferentes lugares. De igual forma, la posesión de algunos animales exóticos es símbolo de prestigio en diferentes organizaciones sociales. El ser humano, a través de la domesticación de las diferentes especies, ha establecido múltiples formas de interactuar con los animales, y la manera de relacionarse con estos ha influido en aspectos importantes para su adaptación (García, 2011).

Los perros se originaron por la manipulación de especies silvestres como los lobos, dingos, coyotes y chacales. Aunque hasta hace algunas décadas se pensaba que el proceso había sido iniciado de modo intencional y unilateral por los humanos —con el objetivo de obtener un animal para defensa, un ayudante de caza o doméstico—, ahora se plantea que el proceso fue más complejo y que consistió en una coevolución de cánidos y humanos. Los cánidos podrían haberlo desencadenado, posiblemente con el creciente acercamiento de jaurías silvestres en busca de alimento a los asentamientos y sitios de cacería de los grupos de humanos. El comportamiento oportunista de los cánidos más curiosos habría facilitado una familiarización con la gente y favorecido la selección genética natural de los individuos más mansos y sociables. Al mismo tiempo, se habría despertado el interés por esos animales en los humanos y llevado a que estos procuraran acentuar la selección reproductiva de los más sociables y, posiblemente, dotados de otros rasgos deseables, tanto físicos como de conducta. Independientemente de que dicha selección haya sido intencional o accidental, sus efectos se acumularon con el transcurso del tiempo y las

generaciones, y se fueron acentuando las diferencias de esos cánidos crecientemente domésticos con sus congéneres silvestres (Berón, Prates y Prevosti, 2015).

2.2.2 Los gatos

El gato es importante para las sociedades humanas como agente de control de plagas, objeto de valor simbólico y animal de compañía. En contraste a lo que sucedió con el perro, los gatos domésticos surgieron más tarde, hace aproximadamente 10.000 años, después de que los humanos construyeron casas, granjas y se asentaran. Los gatos salvajes del norte de África —*Felis sylvestris libyca*— y los gatos domésticos tienen esqueletos muy similares; varían poco de su antecesor. Por esto, ha tomado tiempo que los investigadores armen el rompecabezas de cuándo y dónde los gatos se domesticaron por primera vez (Valadez, 2003).

Las pistas vinieron gracias a la información genética y los datos arqueológicos recopilados sobre un período de 10.000 años, donde se han identificado cómo se propagó el felino a partir de una segunda ola de la domesticación que comenzaría en Egipto en la Antigüedad (aproximadamente, entre los años 700 a.C. y 300 d.C.). Durante este período, el gato egipcio se convirtió en un fenómeno de moda debido a que su comportamiento se volvió más familiar. Ese gato se extendió hacia Europa mientras seguía a los humanos durante sus intercambios comerciales por tierra y mar (Zaz, 2018).

El descubrimiento arqueológico en Chipre de un gato enterrado junto a un niño, 7500 años a.C., aporta una nueva pista sobre la domesticación del gato. Esos datos indicaban que esta se había producido durante el Neolítico en Oriente Medio y en la región conocida como el Creciente Fértil

o Luna Fértil,¹ donde se originó el cultivo de los cereales. El inicio de la relación entre el gato salvaje africano y los humanos fue propiciado por la presencia en esa región de reservas de granos y, por ende, de roedores alrededor de ellas. La hipótesis defendida desde hace tiempo es que los humanos tolerarían que los gatos merodearan en su entorno porque impedían en parte que el grano fuera destruido por ratas y ratones. Los gatos se domesticaron por primera vez en el Cercano Oriente, y se especula que el proceso comenzó hace 12.000 años. Aunque hace 12.000 años podría parecer una estimación atrevida —casi 3.000 años antes de la fecha del gato de la tumba de Chipre—, en realidad es perfectamente lógico, ya que es precisamente cuando las primeras sociedades agrícolas comenzaron a florecer en la Media Luna Fértil del Medio Oriente (Valadez, 2003).

Cuando los humanos eran predominantemente cazadores, los perros eran de gran utilidad y, por lo tanto, se domesticaban mucho antes que los gatos. Los gatos, por otro lado, se volvieron útiles para las personas cuando comenzaron a establecerse, a trabajar la tierra y almacenar los cultivos excedentes. Con las tiendas de cereales llegaron ratones, y cuando los primeros gatos salvajes vagaron por la ciudad, se creó el escenario para que ambos (gatos y humanos) obtuvieran un beneficio. Los gatos estaban encantados con la abundancia de presas en los almacenes, y la gente estaba encantada con el control de plagas.

Entre dioses y demonios los gatos han tejido su historia con los humanos, relación que ha ido cambiando con el tiempo. Fueron adorados y respetados por los egipcios y cazados en la

¹ Es un área que limita al norte con la cordillera del Cáucaso y al sur con el desierto de Arabia, y que se extiende desde Palestina hasta los montes Zagros, al suroeste de Irán. Es una región muy fértil, marcada por la presencia de los ríos Tigris y Éufrates. Estos dos ríos ofrecieron las condiciones necesarias para que el ser humano se dedicara a la agricultura por primera vez: su caudal abundante hizo posible las labores de regadío, a pesar de ser una zona montañosa y desértica, los aluviones (sedimentos) que arrastraban las corrientes servían de fertilizantes.

inquisición. Los egipcios admiraban las cualidades de los felinos como expertos y hábiles cazadores, hasta el punto de atribuir sus características a diferentes deidades, tanto guerreras como protectoras. Al ser excelentes cazadores de roedores protegían el principal medio de sustento de las familias, que eran las reservas de cereales y granos, y a la par o quizás derivada de esta consideración, fueron muy apreciados por su significado simbólico. Se puede decir que en el antiguo Egipto los gatos vivieron su mejor época, en la que gozaron de leyes que los protegían, de templos para honrarlos y de expresiones artísticas que los retrataban e immortalizaban. A América del Norte llegaron mucho después con los migrantes europeos y a América del Sur con la invasión española (Castro, 2014).

Sin embargo, durante los siglos XV a XVII, a los gatos se les consideraba diabólicos, crueles, desleales, falsos, manipuladores, portadores de enfermedades y compañeros de las brujas. Por eso, miles de mujeres y gatos fueron perseguidos, torturados y asesinados a menudo juntos, si se pensaba que la sospechosa de bruja tenía un felino familiar. Ambos fueron sacrificados de las formas más crueles, hervidos en agua, en aceite, quemados vivos en hogueras o arrojados desde lo alto de las iglesias en espectáculos públicos; también, se prohibió a cualquier persona alimentar o ayudar de alguna forma a un gato y si la persona desobedecía era acusada de herejía (Irvin, 2008).

Según Eduardo Barona (2016), al igual que los perros, los gatos se adaptaron con cierta facilidad a la vida humana por varias razones, como por ejemplo por el hecho de que ellos tienen un período de socialización largo durante su juventud que les facilita su vinculación con los humanos. Esto se debe, comenta el autor, a que duermen durante el día, pero también tienen —en la mañana y noche— periodos de actividad para interactuar con las personas, así como por su pequeño tamaño y porque son juguetones y esto facilita el vínculo. Sin embargo, la incorporación

de los gatos a la vida humana es distinta a la de los perros. Como especie, los gatos no son dados a vivir en manadas, son territoriales, les gusta la comodidad y, aunque tienen una relación simbiótica con los humanos, se mantienen como cazadores solitarios e independientes. De hecho, en algunos casos su domesticación se pone en entredicho, como lo demuestra su cría selectiva: mientras que existen más de 400 razas de perros, solo existen unas 50 razas de gatos que difieren casi que exclusivamente en el color del pelaje y no en características mayores como sucede en los perros.

Según Von Arcken (2011), los perros y los gatos estaban predispuestos a vivir con los humanos y contaban con una serie de características biológicas y de comportamiento que facilitaron el proceso posterior de manipulación de rasgos instintivos para la domesticación. Esta relativa facilidad con la que los perros y los gatos se adaptaron a la vida con los seres humanos explica el inicio de esa relación mutua; de hecho, se sabe que los humanos somos la única especie que adopta a otras especies de manera intencional. Además del tipo de relaciones que estableció el humano con los perros y los gatos, la domesticación animal tuvo unos alcances mayores. Von Arcken (2011) sugiere que la domesticación incorporó el proceso de autodefinición humana en las sociedades derivadas de la europea, estableciendo las líneas divisorias entre lo humano y lo animal y entre la naturaleza y la cultura que tomó fuerza en Occidente.

De la domesticación no se puede decir que sea un hecho puntual en la historia de la humanidad, sino más bien que es gradual y procesual. La idea de domesticar lo salvaje no pierde vigencia, incluso la mascota actual surge —entre otros hechos—, bajo el espíritu colonizador victoriano del siglo XIX, el cual, en un ambiente de conquista, quiso dominar la naturaleza salvaje e incorporarla a los espacios íntimos. Los animales domésticos representan en parte esa conquista.

2.3 La relación cultura-naturaleza en la domesticación

Los trabajos sobre la fauna tienden a realizarse en contextos rurales donde se dimensionan y posicionan las especies en relación con lo humano. Pero, ¿qué pasa con aquellas especies que están en los límites afectivos entre lo humano y lo no humano, como es el caso de los animales domésticos? ¿Cuál y de qué tipo son las interacciones y los afectos que se establecen entre los humanos y estos animales? ¿qué pueden decir de nuestras identidades estas relaciones?

Para este caso interesan esas relaciones de apego, estima y cariño. Se tiene en cuenta que el vínculo entre humano y animal no siempre es del todo claro, tampoco tiene líneas divisorias y es diverso dependiendo de cada cultura. Por esto, la antropología se ha interesado por la búsqueda de explicaciones a los órdenes que regulan estas interacciones (Tovar, 2002).

En este apartado, se aborda el tipo de relación cultura-naturaleza que se da en el contexto de la tenencia de animales domésticos.

El interés por el mundo natural y la vida silvestre surge en un ambiente de cambios. Antes, los animales solo eran clasificados de acuerdo a su utilidad, pero con los trabajos de naturalistas y botánicos se dio paso a la clasificación por género y especie, de modo que se reconoce el carácter específico de los animales como especies diferenciadas. También influyó la teoría de la selección natural de Darwin (1859), que, siendo carente de la idea de designio divino, cambia la noción de un plan divino por el de semejanza y parentesco. Sin embargo, esto no dejó de lado la explicación evolucionista que mantiene la jerarquía. Aun así, la diferencia estaba en que ahora el poder no venía

de Dios sino de la naturaleza, aunque manteniendo las dicotomías: silvestre/doméstico, salvaje/civilizado (Acero, 2017).

Estos cambios marcaron otro tipo de relación con el mundo natural. Pasar de asumir la naturaleza como hostil a pensarla domesticada, tuvo que ver con avances económicos y tecnológicos. Por un lado, están los progresos en ingeniería (como los que se dieron en la ganadería y en la medicina veterinaria), que mostraban la posibilidad de atravesar y moldear ese mundo hostil. El cambio en las percepciones de la naturaleza y en este caso de las percepciones hacia los perros se manifestó en las expresiones artísticas y culturales. En el siglo XVIII, el perro, más que ser representado con afecto en la iconografía, era símbolo de bestialidad y vulgaridad, y cuando aparecían en las pinturas era porque estaban al lado de las personas y de manera casual lo representaban como parte del escenario (Acero, 2007).

La iglesia veía de mala manera convivir con animales, hasta el punto de prohibir a sus órdenes religiosas el tener perros: los consideraban impuros, y asumían la caza como símbolo de desviación carnal para los miembros del clero. Además, alimentar animales desviaba las limosnas (Irvine, 2008). Los gatos, en cambio, sí eran permitidos porque cazaban ratas.

A nivel social, la tenencia de perros era satirizada: algunos, nombrados despectivamente «falderos» por acompañar a las mujeres, fueron clasificados como inútiles por su talla pequeña y ojos salidos; fueron vistos como juguete y eran motivo de burlas. También, su cuidado se asoció a la debilidad y bondad femenina: mientras el hombre se asociaba a perros fuertes y cazadores, las damas cuidaban de perros falderos y eran criticadas por cuidar más a sus perros que a sus esposos e hijos. De los hombres, también se decía que cuidaban mejor a sus perros de caza que a sus

servientes humanos. A finales del siglo XVIII, cuando la caza dejó de ser una actividad de supervivencia para convertirse en un pasatiempo de la élite masculina, se consolidó la entrada del perro al círculo humano, esto impulsado también porque ayudaban a matar a otros animales (Irvine, 2008). Pero no a todos los perros se les dio este privilegio, pues la visión utilitarista de los animales hizo que se crearan razas que sirvieran para diversos fines: cazadores de ratas, probadores de comida, guardianes o ayudantes de cacería, y otros eran solo compañeros (Irvine, 2008).

Se considera que las mascotas surgen como un tipo de lujo privilegiado de las clases altas y de algunos eclesiásticos, quienes a escondidas mantenían algún animal como compañía sin pena de ser sancionados. Esto evidencia la condición social construida del límite humano-animal. Para transgredirlo se necesitaba recursos que permitieran proteger animales que no tenían una función económica como los perros y los gatos. Quienes cumplían con estos requisitos eran los miembros de la élite, y por esto pudieron tenerlos. Aunque en el siglo XIV la iglesia prohibía esta tenencia, se seguía realizando entre la aristocracia. En cierto sentido esto se puede entender como una clase de conquista sobre la naturaleza, al hacer menos amenazante lo que antes era asumido como hostil.

A comienzos del siglo XIX, en Inglaterra, hay evidencia del aumento de mascotas (especialmente perros). Se cree que este es el lugar y el momento en donde se ubican los antecedentes de su actual cuidado. Se plantea esto porque es un momento clave en la institucionalización del movimiento para la protección animal. Este movimiento surge como reacción de algunos ante la brutalidad inglesa reflejada en prácticas como la vivisección de los perros o como la muerte de caballos en las vías públicas por agotamiento por sobrecarga de trabajo. Así, es en este contexto donde se institucionaliza el movimiento proteccionista con el interés por

el cuidado de mascotas entre la aristocracia, pero también en la emergente clase media (Ritvo citado en Acero, 2017).

Para la mitad del siglo XIX, la tenencia de mascotas se desarrolla como hoy en día —por placer o compañía—. Diferentes factores se dieron para hacer de esta una práctica generalizada. De las clases altas el cuidado de mascotas pasó a la clase media de las ciudades, influenciado por el proceso de urbanización y de industrialización (Ritvo citado en Acero, 2017). Este cambio en la percepción de estos animales surge entre la aristocracia, que era la que tenía tiempo de ocio, recursos económicos y la que podía trasgredir las prohibiciones religiosas. Poco a poco se fueron imitando estos pasatiempos por parte de otros estratos sociales, en lo que también influyó el anhelo por las cosas del campo, producto de la revolución industrial. Cuando el comercio y la manufactura superaron la agricultura, se generó una migración hacia las ciudades influenciando el inicio de nuevas sensibilidades hacia los animales. La separación del campo y un menor contacto con la naturaleza hicieron que cambiara la relación humano-animal hacia formas menos utilitarias y más afectivas. Es en este punto donde los desarrollos científicos económicos y tecnológicos hicieron parecer a la naturaleza como menos amenazante, y es ahí donde surge el sentimentalismo hacia las mascotas (Ritvo citado en Acero, 2017).

El caso de los gatos es diferente. Entre símbolos diabólicos y cazadores de ratas, los gatos tardaron más en hacerse populares: solo años después se puede observar que tienen de nuevo de una posición privilegiada en la sociedad. La naturaleza poco domesticada de los gatos hizo que resistieran más tiempo su categorización como mascota, unido a la carga que traían de la Edad

Media europea. Los gatos no simbolizaban, como los perros, fidelidad y afecto, sino otras pasiones. Hasta el siglo XX los gatos llegan a considerarse como compañía. Acero (2017) menciona varios aspectos relacionados con este cambio: por un lado, el hecho de que ciertas atribuciones que

se les habían dado a los gatos como su independencia, promiscuidad, indiferencia, deslealtad e indolencia, fueron poco a poco desvaloradas y vistas como proyecciones humanas inexactas, esto unido a la defensa de cualidades que hicieron los amigos de los gatos. También, la modernización ayudó a incorporar lo exótico en la vida cotidiana, y entraron así razas como la siamés o persa, que, además, sugerían algo inusual y misterioso (Valadez, 2003b).

Así, entre dioses y demonios, perros y gatos pasan por la historia de la cultura occidental hasta llegar a formarse como animales domésticos. Sin embargo, hay que tener en cuenta que en cada lugar en la historia tuvo sus particularidades, fue muy diferente el proceso en Estados Unidos, en Francia o en Colombia. En este último país se considera que tanto los perros y los gatos —al igual que algunas prácticas y significados asociadas a ellos— fueron traídos con los europeos, pero esto no sugiere que la relación, especialmente con los perros, iniciara allí. La escritora Soledad Acosta (1833-1913) sugería que antes de la llegada de los españoles ya existían en diferentes partes del continente perros mudos que no sabían ladrar, ni tampoco parece que defendieran a sus dueños de los enemigos, sino que eran acompañantes de cacería (Acosta, 1883).

Aunque no hay muchos escritos que daten cómo fueron las relaciones con estos perros mudos, posiblemente fueron más allá de la utilidad del animal como acompañante de cacería o como alimento; o quizás por esa misma utilidad los perros tuvieron que tener un carácter simbólico muy importante. Por eso, se supone que antes de la llegada de los europeos ya existían relaciones complejas con los perros precolombinos.

La poca información sobre la historia de los perros y de los gatos en Colombia hace que apenas se puedan mencionar algunos hechos de sus significados. Esta situación deja ver un vacío

en la investigación histórica que es necesario abordar, y por esto lo que se presenta a continuación solo debe tomarse como una aproximación incipiente necesaria, para entender la coherencia histórica del fenómeno de la tenencia actual de estos animales en Medellín.

Juan Carlos Jurado, historiador colombiano, en su artículo «La zoociedad antioqueña en los siglos

XVIII y XIX», describe las relaciones simbólicas de hombres y animales en la Colonia y la República. Afirma este investigador:

En los archivos criminales de Antioquia, en los casos por robo, vagancia o injurias, es común encontrar disputas entre los vecinos motivadas por gallinas, cerdos, vacas, caballos, perros y gatos, que constituían la fauna doméstica de la población antioqueña, predominantemente campesina en los siglos XVIII y XIX. Las relaciones con estos animales de casa o huerta eran muy estrechas por ser tan cercanos y útiles al campesino (Jurado, 1998, s.p).

Se cree que la imagen del perro no era buena en la época colonial, lo que es contradictorio con el papel valioso que este animal tenía en la vida cotidiana del campesino, pues servía de compañero para defenderlo de animales salvajes, para la vigilancia doméstica y para la caza, o como apoyo en la labor de arrear el ganado. Sin embargo, Jurado expone que el estereotipo canino aparece comúnmente como un insulto y es asociado con comportamientos violentos y sangrientos debido a su capacidad de intimidar. En cuanto al gato, las pocas referencias se encuentran en documentos criminales sobre hechicería aludiendo a su significado demoníaco o como apodos para ofender a otros (Jurado, 1998). Este autor considerando que los simbolismos animales a los que se acudía para señalar características de un grupo social, hacían parte de las formas de diferenciación

social de las relaciones de poder y de los valores sociales en la Antioquia de los siglos XVIII y XIX.

Aunque la imagen del perro y del gato no fuera la mejor, es de imaginar que también representaban compañía y eran estimados por sus servicios. Fue en comunidades rurales que estos animales adquirieron un lugar importante, especialmente por su utilidad como guardianes, pastores o cazadores. Así, se cree que a la par de ese tipo de configuración también se le fue dando un sentido como animales de compañía. Un hecho que marca fuertemente el cambio en la relación con los animales domésticos en el país es el proceso de urbanización. Para el caso de Medellín:

La industrialización ayudó al acelerado crecimiento demográfico de (la) ciudad en las tres primeras décadas del siglo XX, conformado en gran medida por migración campesina. En 1905 esta ciudad tenía 59.815 habitantes que llegaron a ser 70.547 en 1912, creciendo un 17,9%. Para 1918 hubo un aumento intercensal del 12,2%, llegando a 79 146 personas. En 1928 Medellín contaba con 120.044 habitantes, es decir que la población creció el 51,7% con respecto al censo anterior (Gómez, 2010, p. 185).

En el siglo XIX el país comienza a urbanizarse, y con esto, va cambiando gradualmente la relación que se tenía con los animales. Esta transición se fue dando de a poco, y los límites entre lo rural y lo urbano no estaban definidos, por esto en las nuevas viviendas urbanas era común tener animales como ovejas, cabras, cerdos, caballos, vacas y gallinas. Aunque no tanto como antes, los perros y los gatos siguieron cumpliendo funciones útiles. La función de guardia del

perro y la de cazador de roedores del gato se valoró ante las condiciones de inseguridad y de falta de higiene en el nuevo contexto urbano (Acero, 2017). A medida que la frontera entre lo rural y lo urbano se hacía más evidente, los animales considerados como rurales fueron siendo reubicados hacia los campos, regulados por normas que prohibían su convivencia a nivel urbano. Para los perros y los gatos la situación fue diferente puesto que estos podían pertenecer a ambos contextos, debido a su tamaño, su facilidad de tenencia, el acostumbramiento a la convivencia con humanos y el no ser considerado como alimento. El lugar que poco a poco fueron ganando como compañeros además de sus otras funciones útiles, hizo que fueran tolerados por los grupos humanos.

El alejarse del campo hizo sentir a las personas cierta nostalgia de la naturaleza que, en parte, fue reemplazada con la presencia de animales como perros, gatos y pájaros en las viviendas urbanas. El trato hacia los animales no era el mejor, ni en lo rural ni en este nuevo contexto urbano. El surgimiento de la primera Sociedad Protectora de Animales del país en Medellín, en 1917, deja ver la necesidad de intervención social ante el maltrato animal. Las protestas de esta organización contra el envenenamiento de perros callejeros por parte de las autoridades municipales muestran —además de la sensibilidad frente al dolor de los animales— el crecimiento de la población canina y la preocupación estatal por su control. Es posible que esas manifestaciones en busca de un mejor trato a los animales contribuyeran a la constitución del animal mascota. Aunque pasarían varias décadas para que el concepto de mascota se comenzara a instaurar en el país (Acero, 2017).

La manera como se fue estableciendo la relación con los perros y los gatos en un principio siguió las características del campo, es decir, una relación un poco distante y utilitaria. Esto se

puede ver en la delimitación del lugar destinado a la permanencia y descanso de los animales; generalmente fuera de las casas, en los patios, en las terrazas o en las azoteas en construcción, rara vez cerca a los dormitorios humanos. La alimentación estaba hecha a base de sobras de comidas, pero debido a la escasez la alternativa era alimentarlos con sopas de harina con sustancia de hueso.

La categoría *mascota* en el caso colombiano es reciente y tiene que ver con el surgimiento de las clases burguesas en las ciudades masificadas. Pero, para que la mascota surgiera, se necesitaba un cambio en la sensibilidad hacia los animales y también un excedente económico para invertir en «suntuosidades». Tuvieron que darse cambios en la sensibilidad tanto del mismo animal y su capacidad de conquistar los corazones humanos como también de la influencia extranjera. Es posible que la influencia europea se haya reflejado en la importación de razas de perros y de gatos en el periodo colonial y también en las formas de tenencia de esos animales que, poco a poco, se fueron tomando como referentes de un trato civilizado (Acero, 2017).

Con lo anterior, tenemos una idea de cómo fue el establecimiento de los perros y gatos en las casas. Estos animales domésticos, que desde hace siglos viven en compañía y en cercanía con los humanos, tienden a ser el reflejo de las condiciones sociales y vida de las poblaciones humanas. Cada hábitat tiene una capacidad específica para cada especie y esta depende de la disponibilidad, distribución y calidad de recursos. En el caso de los animales de compañía en áreas urbanas, la capacidad del hábitat se encuentra influida por las decisiones del ser humano, donde se entrelazan aspectos biológicos con factores relacionados con la satisfacción de necesidades y la influencia de las demandas sociales. Las actitudes son el reflejo de los valores sociales del grupo y de los patrones

conductuales propios de los miembros de ese grupo y sus interacciones, es decir, la conducta social (Tovar, 2002).

Las asociaciones simbólicas que hace el dueño sobre su mascota, al ser el resultado «de la preeminencia que la sociedad atribuye a ciertos rasgos observables en los animales y de la interpretación del comportamiento animal a la luz de la vida social de los seres humanos» (Turbay, 2007, p. 294), expresan la relación entre el ser humano y su mascota como una relación social producto de una serie de procesos de interacción entre lo humano y lo no humano en un contexto urbano, que a su vez es social.

3. Prácticas cotidianas alrededor de la tenencia

En el capítulo anterior se revisó la construcción histórica de la relación humano-animal. En este se expondrán las prácticas de la tenencia en el ámbito doméstico –desde los relatos de la gente–, buscando entender cuáles son los hechos que actualmente definen la relación con estas especies. La tenencia de perros y gatos en la ciudad de Medellín se concreta en actividades definidas entre los miembros de la casa y el animal. Son diversas y las recojo en dos aspectos: las prácticas que se hacen para suplir las necesidades del animal y las prácticas que se realizan por interés, que aluden a lo que la persona hace con ellos por gusto. Estas actividades remiten a la vida material en torno de estos animales domésticos, al día a día, que se refiere a lo que la gente hace con ellos, a cómo se comportan ambos, a cómo interactúan, a lo que hacen entre ellos, a la rutina que tienen, etc. Algunas de estas actividades son comunes o generales en los tenedores, tienen aspectos similares y su variación radica para este caso en si se trata de un perro o un gato y del contexto en el que se encuentre.

Las prácticas por necesidad contienen las reglas de conducta. Estas condicionan y son la base de una convivencia responsable con los animales domésticos, al facilitar la relación con los miembros de la casa; no solo permiten que el perro o gato entienda que algunos comportamientos no están permitidos, sino que posibilita que aprenda a controlar su fuerza y a desarrollar ciertas habilidades y destrezas, como por ejemplo reaccionar adecuadamente a los estímulos. Los estímulos son los que permiten que el perro y el gato responda de determinada forma a una indicación dada, como lo puede ser una caricia, un sonido, o un gesto.

Dentro de las actividades por necesidad, están los cuidados básicos, como son asignarle un nombre, suplir la alimentación, regañarlo, encargarse de la limpieza tanto del animal como del espacio que habita, jugar o hacer ejercicio. También puede incluirse, dependiendo de la condición

de las personas o del animal, el hecho de identificar el comportamiento del animal con los miembros de la casa y viceversa. Especialmente en las casas que tienen niños, se hace necesario que el animal se relacione de cierta manera con los pequeños. Por su parte, las actividades por gusto o interés se refieren a los hábitos —como querer dormir con ellos—, a las cosas que pasan en relación al espacio, a enseñarles cosas como trucos, juegos específicos, o a que responda a ciertos sonidos o actitudes.

3.1 Prácticas necesarias

Antes de entrar a desarrollar las diferentes prácticas en la tenencia de perros y gatos en la ciudad de Medellín, es importante exponer algunas de las formas en las que estos seres llegan a una casa, reconociendo que estas historias también hacen parte de lo que caracteriza la tenencia. Son muchas las razones por las que una persona termina con un animal en la casa, por esto, las reúno en tres ideas que de cierta manera recogen las múltiples historias que pude conocer. Los perros y gatos pueden llegar porque la persona quiere tener uno y lo adopta —pero, a su vez, la adopción contiene otra variedad de posibles situaciones, porque existen diversas formas de hacerlo—. Otra posibilidad es que le regalen el animal a algún miembro de la casa. Y está la persona que quiere tener uno y va y lo compra. De las razones anteriores la más frecuente es la adopción: la mayoría de las personas rescatan perros y gatos de las calles, de casas donde se encuentran en mal estado, reciben a los que necesitan un hogar, buscan por internet, se los encuentran o llegan directamente a la casa, como se evidenciara a continuación en el desarrollo de los temas orientados a identificar cómo son las prácticas de cuidado y la forma de interacción que se establece con las personas a través de estas prácticas en la tenencia, que se exponen por medio de historias particulares de las que se presentan extractos de entrevistas.

3.1.1 La llegada

Partiendo de que la adopción se presenta de diferentes maneras, y que su significado encierra distintos contextos, se traen a colación algunas situaciones que lo evidencian, como la de Jaqueline² que adoptó a Slash a través de unos vecinos del barrio que tenían una perra que acaba de tener crías y estaban buscando la forma de darlos en adopción:

Recuerdo que tenía muchas ganas de llevar un perro a la casa, pero no había buscado. Un día, la señora del frente –una vecina- me dijo que los de la curva tenían unos perritos que estaban regalando porque la perra de ellos, Mona, había parido; sin pensarlo dos veces fui hasta donde ellos y efectivamente, a los días, después de que los destetaran, me traje un orejón de esas (Entrevista a Jaqueline, 12 de septiembre de 2018).

A Danelly³, por su parte, le sucedió algo similar, pero con una gata que vivía en la estación de policía de su casa: «En la casa ya teníamos dos gatos, pero cuando una amiga me contó que en el CAI de por la casa tenían unos gatitos que estaban regalando, le hice ojitos a mi mamá hasta que la convencí y fuimos por ella» (Entrevista a Danelly, 11 de enero de 2019).

Otra forma es buscar en internet a través de páginas de adopción. Generalmente la persona con solo ver una foto se convence de organizar una cita para ir a conocer el animal, como le pasó a Juan Felipe⁴ con su perra Amber:

² Jaqueline, 20 años, artista plástica, habitante del barrio Calasanz; tiene un perro criollo: – Slash– (3 años) y una gata: –Negra– (5 años).

³ Danelly, 23 años, estudiante de administración de empresas, habitante del barrio Manrique; tiene tres gatos, dos machos: –Demonio– (3 años), –Niño– (2 años) y la hembra: –Zoe– (1 año).

⁴ Juan Felipe, 28 años, cocinero, habitante del centro de Medellín; tiene una perra criolla: – Amber– (3 años).

Cuando decido que voy adoptar un perro, entro a Facebook y busco en unas páginas que sabía que posteaban animales en busca de casa. La primera que encontré fue ella, una negrita con cara de loca, de ojos expresivos, me gustó mucho y de una les escribí por interno cómo era el proceso de adopción y qué tenía que hacer, fue muy fácil, yo fui a verla un jueves al lugar de paso donde ella estaba, llené un formulario con mis datos e información de mis actividades y al otro día me llamaron y dijeron que podía pasar por ella a recogerla (Entrevista a Juan, 13 de marzo de 2019).

Una manera común de adoptar es dirigirse a los hogares de paso o centros especializados que ayudan a gatos y perros. Esta forma es un tanto compleja, porque los futuros propietarios se enfrentan a una variedad de miradas, ladridos y actitudes por parte de los animales que tratan de hacerse notar para que los lleven como le sucedió a Sneider.⁵ –Es una decisión difícil elegir entre tantos–:

Teníamos a Oro, y como habíamos visto que un gato acompañado por otro gato tiene con quién jugar, se desenvuelve mejor y tiene una compañía, decidimos ir a un centro de adopción a buscar un compañero. Desde que entramos a la zona donde estaban todos, eso fue un despelote, porque unos se me montaban encima mío, otros a mi novia, como que cada uno intentaba captar nuestra atención como fuera, pero había uno que no hacía nada, estaba muy serio, muy tímido, la muchacha del lugar nos contó que el gato no socializaba con nadie ni con gatos ni humanos, y hasta feo nos miraba, entonces pensamos, a este gato nadie se lo va llevar, la gente escoge a los que más monerías hacen, este no va tener oportunidad, mejor nos llevamos este y así fue (Entrevista a Sneider, 14 de febrero de 2019).

⁵ Sneider, docente, habitante del barrio La Villa, tiene cuatro gatos: Tirso, Miro, Rojo y Oro.

Algunas personas no tienen que recurrir a lugares de adopción, ni buscar por internet, sino que estos se encuentran con los animales de un momento a otro mientras están o se dirigen a sus actividades cotidianas, como le pasó a Santiago⁶ un día que iba para la universidad:

Eso fue en la estación Caribe, yo iba pasando por ahí, y antes de cruzar para subir las escalas de la estación, vi un perro negro que estaba como jugando con un tarro, el perro no se veía mal, pero tampoco bien, entonces cuando él me vio, como que le caí bien y me llevó el tarro para que se lo tirara, jugamos un momentico y yo pensé: ¿será que me lo llevo? Yo la pensé porque en la casa ya tenía dos perros y dos gatos, y llevar otro siempre implica muchas cosas [...] entonces le pregunté a la gente que estaba ahí que si sabían de quién era el perro, ellos dijeron que de nadie, eso hizo que decidiera traerlo a la casa, ese día no fui a clase, me devolví con él y véalo ya como está (Entrevista a Santiago, 22 de marzo de 2019).

Otros como Carolina⁷ se encuentran con animales, pero no precisamente solos:

Yo iba por el centro a pagar una cuenta, y delante de mi iba un señor que llevaba una perrita, todo mal cargada, a lo mal hecho, y yo le vi como algo raro al señor, como un visaje, entonces yo me acerqué y le pregunté que para donde llevaba la perra, y él sin pensarlo mucho me dijo que la iba a botar por allí ¡Ay!, yo no soy grosera, pero cuando se meten con los perros, se me sale el diablo, y yo, cómo así, venga deme esa perra, y se la arrebaté, y cómo es que este descarado me dice: muchacha me la cuida bien (Entrevista a Carolina, 25 de septiembre de 2018).

⁶ Santiago, 26 años, estudiante de ingeniería electrónica, habitante del barrio Los Cerros, tiene un perro criollo: –Negro– (2 años) y dos gatos: –Ramón– (3 años) y –Timbal– (1 año). ⁷ Carolina, 26 años, artista y paseadora de perros, habitante del barrio Castilla, tiene cinco perros: un labrador –Scratch– (6 años), una pitbull –Asia– (1 año) y tres perras criollas: – Pandora– (4 años), –Narayana– (3 años) y –Uma– (5 años).

Otro tipo de adopción es la historia de Isabel,⁷ quien compró por dos mil pesos a su perro Simón a un habitante de la calle, que estaba por Parque Berrio: «Pasaba por ahí y noté como cierta actitud desprendida del señor con el perro, me le acerqué y le dije que si el perro era de él, dijo que sí, que cuánto le daba por él, yo solo tenía dos mil pesos, y eso fue lo que le di para traerme a este Moneco» (Entrevista a Isabel, 6 de abril de 2019).

También hay personas a las que les regalaron el animal, como a Margarita:⁸

Eso fue un día que yo llegué de trabajar, de vender las empanadas, llegué a la casa y sale mi niño todo contento, mostrando el perro que le había regalado una conocida. No me gustó, le dije que no lo podíamos tener, nosotros no habíamos pensando en tener un perro, pero al ver la felicidad del niño, como decirle que no, además fue un regalo para él, no podíamos quitárselo así como así, entonces se quedó Lucas, y desde pequeño siempre me acompaña a trabajar, todos los clientes lo conocen y lo saludan, así yo lo deje en la casa, él se viene solo hasta acá donde tengo el puesto (Entrevista a Margarita, 6 de noviembre de 2018).

Los diversos casos de adopción dejan ver como las personas se afectan ante ciertas situaciones de vulnerabilidad de los animales, generando en ocasiones un deseo de impedirlo. El hecho de adoptar un animal causa en la persona la sensación de darle una oportunidad a un perro o gato el cual en algún momento de su vida tal vez fue abandonado, maltratado o simplemente olvidado, y que además solo tiene dos opciones, ser adoptado o morir abandonado. Por esto, adoptar significa para el individuo tener el poder de transformar una vida, de hacer un cambio, de

⁷ Isabel, 30 años, psicóloga, habitante del barrio Palenque-Robledo, tiene una gata: –Amapola– (2 años) y dos perros criollos: –Simón– (5 años) y –Julieta– (3 años).

⁸ Margarita, 47 años, vendedora, habitante del barrio Guayabal, tiene un perro criollo: –Lucas– (4 años).

incluirlo en una casa y todo lo que esto implica. Las personas se sienten bien haciendo esto, en ocasiones se sobrecogen porque los animales que son adoptados vienen con historias que conmueven:

Cuando pienso en como encontré a Nieve, —metida en una bolsa a punto de morir—, y como está ahora, —tranquila en mi cama, jugando— me siento muy bien de haberla adoptado, me siento muy bien de haberla sacado de esa bolsa, de haberme hecho responsable de ella y haberla llevado a mi casa, a mi espacio, de saber que tuve la oportunidad de cambiar su vida, de que viviera y lo hiciera en un buen lugar donde nos preocupamos por ella. También siento que haberla adoptado hace que la quiera mucho, yo hasta la molesto diciéndole recogida (Entrevista a Daniela 18 de septiembre de 2018).

Desde ese momento que el individuo toma la decisión, el animal pasa automáticamente a ser responsable de él, a estar a cargo de esa vida. No es que el hecho de adoptar genere más afecto en las personas hacia el animal por haberlo salvado de ese destino no, esto no está garantizado, —aunque se observó que esta práctica si puede influir en la forma que el individuo se relacione con el animal—, porque incluso al comprar a un perro o gato también lo pueden estar salvando de una situación complicada, teniendo en cuenta que gran parte de los animales vendidos en criaderos o tiendas de mascotas son criados en fábricas de crianza donde fueron hacinados en minúsculas jaulas y en ocasiones hasta sucios. Sin embargo, esto es un arma de doble filo porque al hacerlo se estaría apoyando este tipo de fábricas y otro animal será criado para repetir el ciclo.

Este hecho socialmente es complejo; por un lado las personas, grupos ambientalistas y de protección animal promueven la adopción de animales que han sido abandonados por individuos basados en diversos motivos cuestionables, por otro lado la venta de animales responde al deseo

humano por querer cierto tipo de animal, con ciertas características específicas, lo que ha generado lugares especializados en esto, que tampoco se escapan de malos tratos, y que incluso en ocasiones teniendo en cuenta esta situación, la persona elige comprar para sacar al animal de esa situación. También hay que tener en cuenta que muchas personas por voluntad compran o consiguen animales de raza, para sacarles crías ellos mismos y venderlas, en estos casos las personas que los compran no perciben que aunque no venga de un criadero, se está contribuyendo a la reproducción de estas prácticas, como el caso de Miguel⁹ «Yo no me siento mal por haber comprado a Noto, yo quería un pitbull y la perra de un amigo la pusieron y tuvo crías, entonces ahí tuve la oportunidad de hacerlo» (Entrevista a Miguel, 3 de marzo de 2019).

En este sentido el abandono, venta, compra y adopción de animales está determinada por la perspectiva que tenga la persona de la situación, del animal, y lo que quiera. Las personas toman la decisión de llevar un perro o gato a casa motivados generalmente no por una sola razón, sino más bien como un acto en el que confluyen imaginarios, ideales y significaciones de lo que ese animal representa. A veces estas representaciones coinciden con la realidad y derivan en relaciones agradables para los humanos y para los animales. En otras el ideal se desvanece derivando en relaciones problemáticas que terminan en situaciones indeseadas como el abandono animal o en una carga para el humano. A veces los imaginarios cambian en el acto mismo de compartir el día a día con los animales. No en pocas ocasiones los participantes hicieron manifestaciones del tipo «yo no sabía lo que era tener un animal hasta que me llegó». Las razones para tenerlos en estos casos pasan a convertirse en las razones para no quedarse con ellos.

⁹ Miguel, 25 años, deportista, habitante del barrio San Pablo-Robledo, tiene dos perros: un pug – Marco– (9 años) y un pitbull –Notorius– (8 años).

3.1.2 El nombre

Luego de adoptar, recibir, rescatar o comprar, lo siguiente es asignarle un nombre al perro o al gato. El nombre es un elemento especial dentro de esta relación: más allá de ser la palabra que se va utilizar siempre (así tenga variaciones como se expondrá mas adelante) para dirigirse a él, llamarlo, regañarlo o felicitarlo, es una de las maneras de hacerlo parte de la familia, grupo o individuo, de asignarle pertenencia al núcleo familiar y doméstico. Es una de las primeras cosas que se hace cuando se tiene la certeza de que se va a convivir con un animal doméstico, a no ser que este ya tengo asignando un nombre y no se le quiere cambiar. Es un hecho que marca el inicio de un vínculo entre dos especies.

Los nombres se asignan generalmente a gusto del propietario o de algún miembro de la casa. Algunos se inclinan por usar los de personas, como Soranny¹⁰, quien eligió los nombres de sus gatos pensando en los que le gustan a ella, así sean de seres humanos: «La gata mayor se llama Julieta y luego está el otro gato, Noah, elegí esos para ellos, porque me gustan mucho esos nombres, yo nunca pensé en un nombre para gato, pensé en un nombre que me gustara» (Entrevista a Soranny, 5 de marzo de 2019).

Por su parte Ana¹², que no quería nombres de animales solamente, sino uno que fuera una mezcla entre ambos: «Yo no quería nombres particulares, esos nombres de perros solamente, yo quería un nombre que uniera y tuviera algo de perro y algo de humano, entonces la perra se llama

¹⁰ Soranny, 23 años, estudiante de antropología, habitante del barrio La Milagrosa, tiene tres gatos: una hembra –Julieta– (5 años) y dos machos: –Noah– (4 años) y –Niño– (2 años). ¹² Ana, 22 años, estudiante de comunicación audiovisual, habitante del barrio Buenos Aires, tiene dos perros french poodle: un macho –Pepper– (7 años) y una hembra –Lola– (7 años).

Lola María y el perro se llama Pepper David, ambos con mis dos apellidos» (Entrevista a Ana, 9 de noviembre de 2018).

Otras personas, como Byron,¹¹ nombran al animal por su serie favorita: «Le puse Sakura a la gata por una serie de *anime* que me gusta muchísimo, que se llama *Sakura Card Captor*. Apenas vi a Saku supe que la iba a llamar así, aunque reconozco que me gusta más el personaje de Tomoyo, pero pensé que no era un buen nombre para una gata» (Entrevista a Byron, 9 de febrero de 2019).

O por su cantante preferido, como el caso de Miguel, que nombró así a su Pitbull: «Cuando fui a ver el perro y lo escogí, él era el más gordito, se veía que iba a ser grande, de una pensé en Notorious: además de ser uno de mis cantantes favoritos, pensé que tienen cosas parecidas» (Entrevista a Miguel, 3 de marzo de 2019).

Algunas personas optan por nombrar a sus animales dependiendo de sus características físicas. Como en el caso de Camila,¹² cuando su papá llevo una gatita a la casa que se había encontrado a la salida de su trabajo:

Ella llegó muy sucia, llena de smog y de mugre. Cuando la bañamos fue que nos dimos cuenta que era blanca con negra, ahí yo dije que la pusiéramos Galleta, pero mi papá dijo que no, que muy feo, entonces él estaba hablando por teléfono con una tía y le contó lo que había pasado,

¹¹ Byron, 40 años, fotógrafo, hace comics, habitante del barrio Santa Mónica, tiene una gata: – Sakura– (3 años).

¹² Camila, 24 años, docente, habitante del barrio Poblado, tiene una gata: –Cookie– (6 años). ¹⁵ Estefanía, 28 años, antropóloga, habitante del barrio Laureles, tiene dos perros criollos: – Coffee– (4 años) y –África– (5 años).

y ella le dijo, Marino muy fácil, póngale Cookie, que es galleta en inglés, y así se quedó (Entrevista a Camila, 10 de octubre de 2018).

Estefanía,¹⁵ por su parte nombró a sus dos perros criollos basada en el color de su piel: «A Coffee le puse así, por el color de su piel, y porque es tan agradable como un café, y a la negra, desde que la vi, supe, acompañada de una amiga, que se iba a llamar África: no lo pensamos dos veces, nunca imaginé otros nombres para ellos» (Entrevista a Estefanía, 5 de octubre de 2018).

Lina¹³ por su parte, nombró a su gata Pelusa porque desde que llegó ha sido como una bola de pelos: «Cuando mi papá trajo a la gata, era solo pelo, un pelo muy suave y como delicado, entonces yo propuse que le pusiéramos pelusa, y mis hermanas estuvieron de acuerdo, y así quedó» (Entrevista a Lina, 4 de mayo 2018).

También están las personas que nombran a sus perros o gatos basados en ciertas actitudes o comportamientos que estos tengan. Como lo hicieron los tíos de Juan Pablo¹⁴ cuando llegó el gato a la casa para acabar con los ratones:

Realmente el gato al principio le llamamos el Mono, pero como en mi casa somos tantos, mi abuela, mis dos tíos, mi hermana y mi mamá, entonces mi tío le empezó a decir Pitolo porque parecía un Pitolo según él, porque era una cosa pequeñita que saltaba, muy inquieto, que jugaba mucho y hacía daños, después despescuezó un ave que había en la casa, entonces le empezaron a

¹³ Lina, 29 años, secretaria, habitante del barrio San Javier, tiene dos gatas: –Luna– (6 años) y –Pelusa– (4 años), y dos perras: –Coral– (3 años) y –Canela– (13 años).

¹⁴ Juan Pablo, 30 años, vendedor, estudiante de ingeniería ambiental, habitante del barrio Carlos E Restrepo, tiene un gato: –Mono– (4 años).

decir Piscuezo, entonces al final le decimos Mono y Piscuezo, más que todo Piscuezo (Entrevista a Juan Pablo, 13 de octubre de 2018).

La acción de darles un nombre a los animales está atravesada por el gusto de la persona, implica un reconocimiento de singularidad del animal. Esta práctica demuestra además de la importancia del lugar que ocupan los animales en las familias, el establecimiento de una relación específica con cada perro o gato en particular. El nombre que se les asigna a los animales demuestra ciertos cambios; antes se utilizaban nombres como Danyi, Guardián o Maravilla que hacían alusión a la labor del animal o características físicas. Actualmente, se observó, que la asignación del nombre sigue atravesado por las cualidades físicas del animal, mezclado con otorgar nombres de personas como Julieta, Marco o Tulio, –incluso con los apellidos de la familia–, con nombres comunes de perros y gatos como Drako, Ónix, Canela, con nombres de comida, como Wasabi, o de artistas como Tirso, Uma, Notorius. Estos cambios responden a una concepción diferente de los animales, donde se les ha ubicado en una categoría especial: miembros de la familia.

El hecho de ponerle un nombre al animal indica la existencia de un lazo con este ser y una pertenencia al núcleo familiar y doméstico, es una de las formas de incluirlo al grupo familiar. Nombrar otorga sentido, carga de simbología esta relación, al compartir un entorno común surge la necesidad de nombrar. En palabras de Ternal (2000), «La nominación confiere un grado particular de pertenencia y de entidad en el seno de la unidad social, y a partir de esa relación también se desarrolla un nivel de afectividad concreto» (pág. 3). La acción de nombrar caracteriza la entrada del perro o el gato en el espacio doméstico, porque este se traduce en un signo de afecto e individualización, implica salir del anonimato para brindar cuidados. La nominación concede un grado particular de pertenencia al entorno familiar y social, a partir de este hecho se desarrolla una relación particular.

3.1.3 Adaptación al espacio

La llegada de un animal a una casa implica ciertas adaptaciones. Por un lado, se da el establecimiento de reglas para el animal y por el otro la adecuación del espacio físico. Las primeras se refieren a delimitar lugares, se le muestra al animal dónde va a comer, a dormir, cuáles son los lugares de acceso y cuáles no, los regaños, las cosas que puede coger. Se le empieza a mostrar qué puede hacer y qué no, al ser ese primer encuentro un momento emotivo, en ocasiones se ignora un poco que se está frente a un animal que va a hacer lo que se haga con él. En ocasiones el no establecer límites puede generar problemas de comportamiento como nerviosismo, agresividad o destrucción; sensaciones que se expresan a través de, ladridos excesivos que llegan a incomodar a los vecinos, o que haga sus necesidades por toda la casa, gruñidos y mordiscos. Esto en parte se debe al desconocimiento de que los perros y gatos son como una especie de esponja que todo lo absorben; y todo lo que se le haga o diga con ellos influye en ellos durante toda su vida.

Dentro de ese establecimiento de reglas, se encuentran los regaños y las diversas maneras en las que los dueños regañan a sus animales. Las más comunes son ignorarlos y quedarse serio con ellos y ser indiferente:

Cuando la regaña, lo que le aplico es la ley de hielo por decirlo así, la regaña, ella sabe que estoy enojado, se va para un rincón y se queda allá, yo le hago énfasis como en el daño que le hizo le muestro que fue, la cagada que cometió y ya, ella se queda en su rincón y cuando me está buscando la ignoro, la ignoro, la ignoro, esos días no duerme conmigo pues en la cama, le toca dormir en la cama de ella aparte, o se mete debajo del sofá que es donde se mantiene, dos o tres noches así, dependiendo también del daño que haga que sepa que así no es, y le sirve: total, ella sabe (Entrevista a Juan, 23 de marzo de 2018).

Otras formas, es decir un no certero o un basta, también está la más clásica que es con el periódico hacer un ruido fuerte, ellos lo reconocen y después solo con mostrárselos ya saben que significa, o una que se ha venido utilizando los últimos años que está relacionada con la humanización como lo es explicarle al animal por qué no puede hacer eso: «Mi hermano se burla de mi porque yo cuando regaño a Simón y Julieta lo hago explicándoles la situación, y porque no pueden hacerlo, él dice que los confundo, pero antes yo creo que ellos entienden, no es que entiendan cada palabra, pero sí creo que sirve más que decirles no» (Entrevista a Isabel, 6 de abril de 2019). Cuando esto sucede en parte se debe porque la persona asume al animal como un ser con la capacidad de entender situaciones y palabras, lo ubica en una categoría que lo hace merecedor de un trato similar al de humano, en el que se le explica porque no debe actuar de cierta forma.

La adecuación del espacio varía dependiendo de la percepción de las personas; para algunas, el hecho de colocar recipientes para comida y agua en un lugar establecido, no representan una adaptación al espacio. En otras situaciones se presentan modificaciones de menor grado, como lo expresa Alexander:¹⁵ «Desde que el perro llegó, mi mamá cambió pocas cosas en la casa, reubicó los muebles para hacer espacio para poner la cama de Camus y también le abrió lugar en un closet para guardar las cosas de él, ah, y cuando nos pasamos de casa y estamos organizando siempre se cuenta con el espacio para colocar la cama, las cocas y todo lo de él» (Entrevista a Alexander, 18 de mayo de 2019).

En otras situaciones, estas modificaciones suelen estar más marcadas cuando se vive con más de dos perros o gatos, como sucede con Carolina:

¹⁵ Alexander, 24 años, estudiante de sociología, habitante del barrio Altamira Robledo, tiene un cocker spaniel: –Camus– (1 año).

A nosotros nos ha tocado modificar varias cosas en la casa, por ejemplo mi habitación no tiene puerta, es que por ahí se entra a la terraza, entonces como ellos suben y bajan todo el tiempo tiene que tener acceso y es por mi habitación, entonces por eso, lo que hicimos fue; –es una habitación muy rara–, digamos que acá esta la cama y acá hay como un marco entonces lo que hicimos fue como poner una puerta más bajita, entonces pusimos una en las escalas para dejarlos abajo, otra en el tercer piso para dejarlos en el segundo y en el primero y otra donde está mi cama, pero igual siguen teniendo acceso por mi cuarto, entonces estamos viendo si hacemos otra modificación, donde ellos solamente tengan la entrada para la terraza. Con los muebles toco sacarlos, se comieron un grande, dos chiquitos, un mueble que yo tenía en un corredor, otro sofá cama que tenía en mi habitación, mi colchón. Fueron muchos meses de destrucción (Entrevista a Carolina, 25 de septiembre de 2018).

Para el caso de los gatos, la adaptación tiene otro sentido, en parte por las peculiaridades de su especie. Algunas personas coincidieron que lo más importante, más allá de delimitar lugares donde no puedan estar, era establecer el lugar donde va a estar la caja de arena o aserrín, y que el gato lo reconociera como tal. Para facilitar esto, desde que el animal llega se coloca sobre la caja de arena, con la intención de que el animal reconozca su espacio a partir del lugar que ha sido destinado para hacer sus necesidades, como lo hizo Byron cuando adoptó a su primera gata, Astrid:

Mi prima, que ha tenido gatos toda su vida, me enseñó que cuando se trae un gato la casa lo primero que hay que hacer es poner la arena y soltar al gato en ella, buscando que él animal sepa que ese es el espacio destinado para hacer sus necesidades. Es necesario que se sientan cómodos porque a partir del arenero es que ellos crean su espacio, y se relacionan con el lugar, si no, el gato va hacer sus necesidades por toda la casa (Entrevista a Byron, 9 de febrero de 2019).

Otras personas coincidieron en que, aparte de llevarles algunas cajas, los gatos son los que se ocupan de acomodarse, como lo cuentan Laura¹⁶ y Lina:

Ellos fueron los que se encargaron de acomodar su propio espacio derribando lo que les estorbara, ja, ja, porque nosotros no, o al menos yo nunca pensé en eso, no, aquí está tu arena y ya, que fue a lo único que le buscamos espacio, donde no molestara ni oliera por toda la casa, de resto ellos fueron conociendo la casa y metiéndose donde les gustara (Entrevista a Laura, 26 de agosto de 2018).

En la casa nunca se corrió algo o se movió algo por las perras o las gatas. Las perras se hacen donde uno esté, pero a las gatas si les encanta montarse por ahí, en todo lo que esté alto, o meterse en los rincones que uno menos piensa, más bien yo creo que, nosotros fuimos los que nos adaptamos a verlas montadas en los escaparates y alacenas y a verlas en todos los lugares de la casa (Entrevista a Lina, 4 de mayo de 2019) (véase foto 1).

¹⁶ Laura, 35 años, artista plástica, tatuadora, habitante del barrio Pedregal, tiene dos gatos: – Jack– (9 años) y –Cooper– (4 años).



Foto 1: Pelusa divisando desde la licorera. Fuente: Elaboración propia.

En otros contextos, como cuando se convive con un gato enfermo de VIF, si se deben hacer ciertas modificaciones en la casa:

Tirso dormía en el cuarto de visitas y Miró en la biblioteca, los otros por el resto de la casa. Tocó volver a reenmallar el apartamento para que tuviesen más espacio, a Tirso se le cambió la puerta que tenía por una de vidrio de ventana para que él puede ver a los otros y ellos verlo, saludar, además se tiene una puerta y una contrapuerta para poder hacer una zonas de aislamiento mientras se entra y se sale al cuarto de Tirso (Entrevista a Sneider, 14 de febrero de 2019).

Sea en mayor o menor grado las adaptaciones reflejan la intención de la persona por incluir al animal en su espacio. El trabajo de campo permitió observar que la tenencia de perros y gatos

se caracteriza generalmente (con excepciones) porque la casa está dispuesta para el animal: donde él se quiera hacer, estar o dormir, puede hacerlo. Relacionado con esto, Efrey¹⁷ expresó:

Wasabi puede hacerse donde le dé la gana en la casa, no tiene restricciones, se monta dónde quiere, y a nosotros no nos molesta, por el contrario antes nos gusta que nos asuste de un momento a otro montado en la biblioteca, en la alacena, o lanzando garritas cuando quiere jugar con uno, él se hace en el lugar que quiera de la casa y afuera también, porque sale a callejear (Entrevista a Efrey, 8 de octubre de 2018).

En esto hay una constante, y es que cada animal tiene un espacio o dos favoritos de la casa para estar ahí; es ese lugar donde siempre le gusta hacerse, sea un cajón como lo es para Cookie la gata de Camila, o debajo de la sobrecama como Amapola la gata de Isabel, o en una silla como Coffee el perro de Estefanía, o en la cama como Pepper David el perro de Ana, o debajo del mueble como Amber la perra de Juan:

Recién llegada Amber, un día, yo no la veía por la casa, y donde vivíamos en ese momento era un espacio pequeño, y yo: ve, dónde estará la negra, y nada que la encontraba, yo no la llamaba porque yo quería saber dónde se metía, entonces después de un rato me dio por mirar debajo del mueble y cómo es que ahí estaba, ja, ja, solo se veía algo negro grande ahí enroscado. Yo creo que ahí es donde más le gusta hacerse (Entrevista a Juan Felipe, 13 de marzo de 2019) (véanse fotos 2 y 3).

¹⁷ Efrey, 27 años, cocinero, skaters, habitante del barrio Boston, tiene un gato: –Wasabi– (3 años).



Foto 2 y 3: Amber, oculta en su lugar favorito. Fuente: Elaboración propia.

Fueron escasos las situaciones donde se le restringen espacios al gato o perro, como en la casa de Cecilia, donde es ella misma la que no deja que Dilan entre al cuarto de ella y su esposo, aunque a su esposo le guste que el perro entre:

El perro puede hacerse por toda la casa, donde quiera, ¡aunque él es más bobo! No está en un lugar solo, siempre le gusta hacerse donde esté alguien y en el cuarto de mi hija, el único lugar donde no lo dejo estar es mi cuarto, no me gusta porque él ensucia mucho, suelta mucho pelo, babea el piso y hace pegotes, entonces yo no lo dejo y él lo sabe y no lo hace... solo ha entrado cuando mi hija está allá, yo le hago caritas y los dos saben y entonces él se va (Entrevista a Cecilia, 22 de abril de 2019).

Soranny, por su parte, tampoco deja entrar a Niño —el último gato que adoptaron ella y su madre— a su cuarto, porque es muy necio y, como ella tiene tantas cosas, él las tira:

Yo sí dejo que entre Niño a mi habitación, pero solo, cuando mi mama está ahí, o sea que todos estamos ahí juntas con las gatas, entonces comemos por ejemplo por la noche y todos estamos, porque es que el bandido ese yo no sé por qué se orina en mis cosas, entonces no es solo que me las dañe, sino que se orina en mi cuarto, lo que es terrible, por eso tome medidas y no lo dejo entrar (Entrevista a Soranny, 5 de marzo de 2019).

Existe otro tipo de adaptación que se refiere a colocar ciertos objetos en un lugar específico para el perro o gato. No son cambios aparatosos: por el contrario, son acciones sutiles que se hacen por el animal, como colocar una silla para que el perro se monte y vea por la ventana (véase foto

4), o colocar un cojín en una silla para el gato (véase foto 5). Comenta Diego:¹⁸ «Mi mamá le pone una silla a Canela, porque de todos los perros ella es la única que no alcanza a ver por la ventana. Desde que mi mamá puso la silla ahí, ella fue la única que se montó, como si supiera que era para ella» (Entrevista a Diego, 3 de septiembre de 2018).



Foto 4: Canela viendo por la ventana. Fuente: Elaboración propia.

¹⁸ Diego, 33 años, artista y fotógrafo, habitante del barrio Villa Guadalupe-Popular, tiene cuatro perros: un Beagle –Lucas– (10 años), y tres criollos, dos hembras –Canela– (4 años), Freya (3 años) y un macho –Ícaro– (2 años).

Por otro lado: «Sombra nunca se montaba en esa silla, ni bolas le paraba, hasta que un día mi esposa le dijo que iba a poner un cojín ahí para que fuera cómodo sentarse; yo le dije que para qué iba a colocar eso ahí si a ella no le gustaba esa silla, y cómo es que al rato me doy cuenta que la gata estaba ahí montaba» (Entrevista a Juan Carlos, 20 de marzo de 2019).



Foto 5: Sombra en la silla que nunca usaba, hasta que le pusieron cojín. Fuente: Elaboración propia.

Lo anterior evidencia cómo el perro y el gato tienen ciertas normas o restricciones en algunos espacios de la casa, dependiendo del contexto. Sin embargo, también se observó que entre estos animales y las personas comparten ciertas similitudes dentro de la casa, en el sentido de

apropiación del espacio, esto se reflejada en la forma en la que estos animales se apropian de los espacios sociales (sala, comedor, concina, corredor y habitaciones), las sillas y los muebles de la casa. Igualmente, los perros y gatos son libres de caminar y jugar dentro de la mayoría de los lugares de la casa. A su vez, se puede sentir su presencia en las casas gracias a los juguetes que se encuentran repartidos en el suelo o encima de las camas. Como generalidad, dentro de las viviendas, las personas han adaptado para sus animales un espacio o rincón, con el fin de agrupar los accesorios (camas, juguetes, correas y collares) y brindar un lugar personalizado dentro de la casa, para uso exclusivo de sus perros y gatos.

3.1.4 La alimentación

La alimentación de los perros y gatos es uno de los aspectos fundamentales: es lo primero que se tiene en cuenta cuando se tiene un animal. Entre las dos especies existen ciertas similitudes en este aspecto, no en el tipo de cuidado, sino en la forma de suministrarlo y en los complementos que se les dan. Tanto a perros como a gatos, cuando son pequeños, se les da un concentrado especial para esos primeros meses de crecimiento. Si el animal llega muy bebé a la casa, como Sadam, el perro de Felipe¹⁹, que llegó sin cumplir el primer mes, se le debe de suministrar otro tipo de alimentación más específica:

Los primeros días fueron muy tediosos porque él estaba muy pequeño, tenía veinte días de nacido, apenas estaba abriendo los ojos, sino que la mamá ya lo estaba rechazando, entonces por eso lo traje tan pequeño, me tocó aprender a cuidarlo porque yo no tenía ni idea de qué hacer, en la

¹⁹ Felipe, 26 años, constructor, habitante del barrio Zafra-Belén, tiene un pitbull americano: – Sadam– (6 años).

casa me ayudaron, tocó comprarle un tetero, una leche especial, mejor dicho terminar de levantarlo (Entrevista a Felipe, 23 de septiembre de 2018).

Al cumplir el año, la regla es que se cambia el cuidado de cachorros a adultos. Para el caso de los gatos hay dos opciones de concentrado: uno es para gatos caseros y delicados -por decirlo así-, que son los que prefieren quedarse en casa, pero no siempre en el mismo lugar; estos por lo general tienen un sistema digestivo muy sensible a la alimentación, por eso su dieta debe ser a base de alimentos que reactiven su flora intestinal. El otro cuidado es para los que salen y son más activos, que son esos gatos juguetones, acróbatas, que suelen buscar la compañía de su amo, por ejemplo los criollos y los siameses. Como les gusta salir de sus casas, subirse a los techos y explorar la vida exterior, están expuestos a virus y bacterias, por lo que necesitan de buenas defensas (véase foto 6). Aunque no todos los dueños se interesan por identificar qué tipo de gato tienen.



Foto 6: A Nieve, la gata de Camilo,²⁰ desde pequeña le gusta montarse a los techos. Fuente: Elaboración propia.

Para los perros el concentrado se elige a gusto de la persona, y varía dependiendo de si el perro requiere un tipo de cuidado específico, sea por sus características físicas o por una enfermedad, como Tirso, el gato que Sneider se trajo desde Villavicencio aun sabiendo que era positivo para el virus de inmunodeficiencia felina: «A Tirso, por tener VIF, le damos un cuidado especial para ellos,

²⁰ Camilo, 30 años, abogado, habitante del barrio Doce de Octubre, tiene una gata: –Nieve– (3 años).

que tiene unos refuerzos y unos complementos que él necesita debido a su condición» (Entrevista a Sneider, 14 de febrero de 2019).

O por una alergia como Copo, uno de los diez perros de Graciela²¹, que no tolera la proteína de pollo:

Cuando empecé a ver al perro todo brotado en la parte de atrás, como con algo en el pelaje, y no se le quitaba ni le mejoraba, tuve que llevarlo al veterinario; allá me preguntaron cómo vivía el perro y qué comía, le hicieron unos exámenes y a los días me dijeron que el perro era alérgico a la proteína de pollo, que le tenía que dar otro cuidado que no tuviera pollo y entonces toco cambiarle el cuidado por uno mejor, y darle unos complementos vitamínicos (Entrevista a Graciela, 6 de agosto de 2018).

Tanto el perro como el gato tienen su espacio fijo para comer (véanse fotos 7 y 8), y ahí están las respectivas cocas del agua y el cuidado. En algunas casas hay horarios establecidos y estos responden a esos horarios, como el gato de Daniela,²⁵ que se acostumbró a desayunar a las cuatro de la mañana porque su papá se levantaba a esa hora para ir a trabajar: «Cuando mi papá dejó de trabajar porque se jubiló, me tocaba levantarme a mí a esa hora a darle la comida a Paco, porque él como que quedó con ese horario interiorizado, entonces a esa hora siempre había que darle el desayuno, si no se colocaba a maullar y rasguñar mi puerta» (Entrevista a Daniela, 18 de septiembre de 2018).

²¹ Graciela, 66 años, ama de casa, habitante del barrio Florencia, tiene diez perros criollos: – Ónix– (1 año), –Chui– (6 años), –Copo– (4 años), –Canela– (2 años), –Negro– (5 años), – Pelusa– (2 años), –Pecas– (3 años), –Manchas– (8 años), –Negro– (4 años) y –Boby– (5 años).

²⁵ Daniela, 28 años, estudiante de veterinaria, habitante del barrio Altavista-Belen, tiene dos gatos: un macho –Paco– (5 años) y una hembra –Snowy– (6 años), y una perra criolla: – Duquesa– (3 años).



Fotos 7 y 8: Freya comiendo en el lugar establecido. Fuente: Elaboración propia.

Los gatos se caracterizan por ser muy exactos con sus tiempos de alimentación, de sueño y actividad: «Es como si tuvieran un reloj por dentro», comenta Byron sobre su gata Sakura, que es muy precisa con la hora de comer. Además, estos felinos son particulares a la hora de beber agua, porque no lo hacen directamente de la coca, sino que les encanta beber agua de la llave (véase foto 9). Generalmente beben del agua que sale de la llave del baño o del patio, por esto la mayoría de los gatos no tiene coca para el agua, sino que solo tienen para el cuidado:

A Demonio le encanta tomar agua de la llave, cuando yo estoy en el baño, llega y entra, yo dejo la puerta abierta porque sé que a él le gusta entrar, entonces maúlla para que yo abra la llave del lavamanos, él se sube y empieza a tomar agua de ahí. O cuando me termino de bañar que salgo de la ducha, le gusta ir a tomar del agua que queda ahí, en el piso de la ducha, y también le gusta

tomar de la llave de la cocina y hasta mete la cabeza en el chorro (Entrevista a Danelly, 11 de enero de 2019).



Foto 9: Demonio no solo disfruta de beber agua de la llave, sino que le gusta meter su cabeza. Fuente: Archivo de Danelly Zabala.

Algunos son más exclusivos y curiosos y les gusta beber del agua de las plantas:

No sé porque hacen eso, descubrí que lo hacían como al mes largo de vivir con ellos. Como yo siempre he tenido plantas de diferentes tipos, entonces hay unas que son plantas de agua, tiene muy poca tierra, más que todo tiene agua, y ellos siempre beben de ahí, más raro, quien sabe a qué les sabrá o que sentirá o por qué lo hacen, me gusta verlos hacer eso (Entrevista a Santiago, 22 de marzo 2019).

En algunas casas no se condiciona al animal a una hora fija para la comida, sino que se les mantiene la coca del cuidado siempre llena para que coman cuando quieran, como los perros y gatos de Isabel: «A mí me gusta que coman cuando quieran, yo no como en horas establecidas, entonces con ellos tampoco lo hago, que coman cuando tengan hambre y quieran hacerlo» (Entrevista a Isabel, 6 de abril 2019). Este es un ejemplo de como el animal es criado como un reflejo de su dueño y en general, de lo humano (en el siguiente capítulo se desarrolla esta idea).

La alimentación, tanto de perros como de gatos, no se reduce solo al cuidado. Todos los dueños complementan el cuidado con algún snack especial para ellos, que pueden ser galletas, cábanos, patas desecadas de gallina, comida húmeda que venden en sobres, hasta brownies para animales, algunas verduras como zanahoria y brócoli, algunas frutas, especialmente la papaya y el mango, como es el caso de la familia Flórez,²² que todos los días les dan de algo a su labrador y su salchicha, como papaya con kumis: «Nosotros siempre hemos vivido con perros y gatos, y desde que recuerdo continuamente les hemos dado de algo de papaya con kumis, a ellos les encantan, y se volvió una costumbre» (Entrevista a Flórez, 15 de noviembre de 2018).

²² Familia Flórez: Oscar, 56 años, y Emilia, 48 años, habitantes del barrio Gratamira; tienen una gata –Misha– (4 años), un labrador –Mono– (2 años), y un salchicha –Tulio– (4 años).

Algunas personas como el papá de Estefanía, un veterinario jubilado, no están de acuerdo con que los perros coman solo cuido: para él, deben comer lo mismo que nosotros, incluso esa fue una de las condiciones que le puso a ella para apoyarla en tener un perro:

Él me dijo que si quería que le alcahueteara lo del perro, tenía que tratarlo como un miembro más de la familia, pasar tiempo con él, especialmente con lo de la alimentación me hizo mucho hincapié de que debía ser muy completa, y no podía reducirle al cuido, sino que este sería como una especie de complemento. Entonces desde que llegó el primer perro Coffee, nosotros le damos sopa de pollo con arroz día por medio, al desayuno yo le doy huevo con galletas, si yo salgo a comerme un perro, les compro unos para ellos, frutas también le damos y les encantan (Entrevista a Estefanía, 5 de octubre de 2018).

A los gatos, por su parte, les encanta el pescado, y cada vez que lo preparan la exigencia es darle un pescado al animal, como Pescuezo el gato de Juan Pablo, que desde que su mamá lo saca a descongelar él hace guardia hasta que le den su porción:

El gato sabe antes que yo cuándo se va a preparar pescado, desde que mi mamá lo saca a descongelar él ya está en la cocina pendiente, haciendo guardia, ñarreando para recibir su porción, nosotros le damos una pequeña parte cruda, y se ve como se lo come con gusto, también le damos pollo y algunas veces atún, pero para él su favorito es el pescado (Entrevista a Juan Pablo, 13 de octubre de 2018).

En los casos donde se vive con varios perros, la hora de la comida está establecida y se reparte por jerarquías, primero se le sirve al más viejo y de último al nuevo:

Cuando uno vive con una manada hay que estar muy atento y debe realizar ciertas cosas para tener el control y generar una buena convivencia, porque al tener varios perros cada uno quiere

ser el alfa, quieren dominar, por esto tengo que establecer límites y respetar los rangos que hay entre ellos, que se dan entre otras cosas por el tiempo que lleven en la casa, o dependiendo de las características del comportamiento. Entonces con la comida es así, yo les sirvo en orden, primero el que lleva más tiempo en la casa que es Scratch, luego Pandora, y así sucesivamente hasta llegar al último perro que es Asia (Entrevista a Carolina, 25 de septiembre de 2018).

Las horas de comida, el lugar y el tipo de alimento son establecidos por la persona, y la rutina que esta tenga. Como evidencian los ejemplos, si es una persona que come a ciertas horas, condiciona al animal a esto, del mismo modo si es una persona que no tiene horarios fijos somete al animal a esto y deja la posibilidad de que el perro o el gato coman cuando quieran. Los *snacks* están asociados con el deseo del individuo de premiar al animal por un comportamiento o acción, reflejan la intención de darles algo rico aparte del cuidado. Lo que puede expresar que la persona considera que el animal merece algo más que solo cuidado, esto asociado a que la alimentación de los animales ha cambiado. Hoy en día existe una amplia variedad de concentrados, comida húmeda y gourmet enfocada para gatos y perros, teniendo en cuenta que desde hace años se viene ofertando toda clase de alimentos dependiendo de las características del animal. Esto, como parte de una lógica mercantil que se promueve —avalada por profesionales veterinarios— y según la cual, aunque se trate de animales de la misma especie, no se deben alimentar igual. La industria de alimentos para perros y gatos ha tenido uno de los papeles protagónicos tanto en la expansión del hábito de tener animales domésticos como en el direccionamiento de prácticas adecuadas de tenencia: no solo orientan la tenencia, sino que además inventan la necesidad de ciertos productos. Así, el individuo en su idea de que el perro o el gato merecen y necesita lo mejor, aprueba e incurre en este tipo de prácticas, condicionado por un sistema que le dice cuál es la forma y con qué productos se debe alimentar al animal.

3.1.5 Las necesidades fisiológicas

Otro aspecto fundamental en la tenencia de perros y gatos es tener un espacio adecuado para que ellos hagan del cuerpo. Los gatos, si pueden salir, lo común es que hacen por fuera; si son caseros y no salen de la casa, tienen una caja de arena o aserrín que se limpia constantemente, pues generalmente los gatos son escrupulosos y si la caja está sucia no les gusta hacer ahí. Al perro generalmente se lo saca para que deposite sus residuos. Tres veces al día es lo común, a veces son dos salidas, una por la mañana y otra por la tarde-noche. En las casas donde el animal puede hacer adentro es porque cuenta con un espacio propicio para esto, sea una terraza, un patio o manga.

Para el caso de los perros, esta es una actividad fundamental, que requiere de cierta constancia en las casas donde no hay espacios para esto, es un aspecto que genera cierta disputa al interior, por lo que implica; salir varias veces y recoger residuos. Dependiendo de la composición de la familia, y de la persona que allá llevado al animal es que este deber recae sobre unos u otros, sin embargo, se observó que es una actividad que no deja de generar disputa hacerlo. Relacionado con esto, Valeria²³ expreso:

En la casa sacamos los perros, mi hermana, un tío y yo, depende de quien este y que tan ocupado estemos, normalmente yo soy la que respondo y siento ese deber como mío, porque yo traje a los perros, pero ellos me ayudan porque dicen quererlos también, aunque a veces chocamos por eso y alegamos, porque aunque ellos me ayuden, yo veces no puedo y ellos no quieren hacerlo o no pueden, entonces se empiezan a sacar en cara que ella lo saca más y luego el tío dice que es el, y eso me da desespero, también he notado que desde que yo esté en la casa, a ellos no les gusta

²³ Valeria, 34 años, bailarina, habitante del barrio Estadio, tiene dos rottweiler: un macho – Yako– (4 años) y una hembra –Dominica– (5 años).

que les pida ese favor, de una responden feo, pero si estoy por fuera lo hacen sin tanto reproche como cuando estando en la casa les pido el favor (Entrevista a Valeria, 20 de mayo de 2019).

El hecho de tener que sacar al perro, es una actividad demandante que genera ciertas fricciones independiente del afecto y la disposición que tenga la persona de vivir con el animal, incluso en ocasiones esta puede ser la causa de que algunas personas decidan no tenerlo.

No es que sea una pelea por quien va a sacar a Dilan, no, pero mi hija siempre le reclama al papá cuando el sale por acá y no lleva al perro, según ella hay que llevarlo siempre que uno sale por acá, para mí esa es la actividad más demandante de tener un perro, y por la que muchas personas no tiene uno, porque hay que hacerlo todos los días y varias veces en el día, más lo que pueda suceder afuera que uno no está exento de que pase algo con el perro, una pelea con otro, o hasta con una persona. Acá el perro sale como mínimo tres veces al día, –aunque si fuera por Dilan mantendría en la calle, le gusta mucho salir–, y a mi hija le gusta mucho sacarlo, pero a veces veo que entre el papá y ella se hacen reclamos y hasta chistes de que el uno hizo esperar mucho al perro para sacarlo o que el otro lo dejo morir, y también cuando estamos los tres por fuera, está la tensión de que hay que ir a la casa a sacar al perro y de hecho mi hija, lo primero que hace siempre que llega, por más cansada que este es ir y darle una vuelta al perro (Entrevista a Cecilia, 22 de abril de 2019).

Además de sacarlo, el manejo de los residuos es otro elemento importante: es un aspecto generador de disputas entre las personas por los lugares donde lo hacen, porque algunas no lo recogen y porque, si lo hacen, en ocasiones no los depositan en los lugares adecuados. Por esto, los entes institucionales han establecido multas para las personas que incurran en esto: Según el Artículo 124 del Código de Policía «Omitir la recogida de los excrementos de los animales, por

parte de sus tenedores o propietarios, o dejarlos abandonados después de recogidos, cuando ello ocurra en el espacio público o en áreas comunes. Es un acto merecedor de una multa».

El tema de los espacios para realizar las necesidades fisiológicas y para depositarlos es un aspecto que está sujeto a condiciones físicas (terreno) y varía dependiendo del contexto. Es decir, en los barrios conocidos como «populares» que no cuentan con zonas verdes o mangas donde los perros puedan hacer sus necesidades fisiológicas, o con sitios destinados para depositar los residuos, es común que los animales lo hagan en aceras o en las calles, y que la basura quede represada en esquinas, lo que genera conflictos entre los dueños y los vecinos porque muchos de ellos no quieren que este suceda cerca a su casa, al punto de presentarse agresiones hacia el animal o la persona:

Mantengo peleando con los vecinos por los perros, por acá se ve mucha intolerancia hacia los animales, así uno recoja el excremento sale la gente a echarle agua caliente a los perros, o a tratarlo mal a uno porque el perro hizo al frente de la casa o al lado, como si hubieran otros lugares para hacerlo y uno de maldad lo llevara a las casas, no, uno no elige donde el animal va a hacer. A la gente no se le da nada lastimar al perro o a uno por una mierda, como si no vieran como es el barrio que todo está pegado (Entrevista a Diego, 3 de septiembre de 2018).

Este tipo de situaciones no son tan comunes en otros barrios que cuentan con espacios para los animales, como lo expresa Isaac:²⁴

Por acá hay varios parques donde uno puede llevar a los perros, yo voy mucho con ellos porque es un espacio muy agradable para llevarlos, para uno que los saca varias veces en el día, allá ellos corren, se revuelcan en la manga, juegan con otros perros, mientras yo hablo con los otros dueños, ambos nos relajamos un rato, otro parque por acá tiene hasta una zona de hidratación y hay bolsas y canecas para que uno recoja el excremento y lo bote y eso ayuda mucho, por eso yo apuesto por que haya más espacios así, incluso que sean parques pensados para los animales, que tengan herramientas para uno jugar con ellos, que tenga capacidad para varios animales (Entrevista a Isaac, 6 de septiembre de 2018).

Lo anterior evidencia cómo la tenencia responde a unas lógicas sociales, determinadas por el espacio y la interacción con este. Son elementos que a la vez influyen en la percepción y construcción de la relación entre humanos y animales, en estos casos, el espacio es el que determina una parte de las dinámicas con el animal y las relaciones con las personas. Debido a las condiciones físicas del barrio, se generan ciertas actividades en ese lugar, en estos casos se puede dar; por un lado una interacción con los vecinos de encontrarse en los parques y conversar, o por el otro se pueden generar ciertas dificultades que no propician una interacción positiva con el vecino porque para estos es el animal la causa del conflicto.

Los lugares que se habitan influyen en las decisiones y en la personalidad, entendiendo el espacio como lienzo y extensión del pensamiento humano. Vivir en un tipo de barrio (espacio),

²⁴ Isaac, 30 años, entrenador y paseador de perros, habitante del barrio Los Colores, tiene dos perros criollos: –Limón– (3 años), –Talía– (4 años), una pastora holandés –Isis– (3 años), y una gata –Zamba– (2 años).

puede afectar la forma en que él humano se relaciona con otras personas, además influye en la manera en que el individuo se identifica a sí mismo y sus capacidades. En el espacio se encuentran diversos fenómenos: hechos naturales, humanos y sociales que están en constante interacción, expresando el modo cambiante y diverso de las relaciones sociales y el entorno. El lugar es apropiado por las personas, se acoplan y lo transforman, le atribuyen un valor, un sentido, su significado está representando por las relaciones tejidas por las personas en sus espacios de vida a través de la historia y de la cultura de las sociedades.

3.1.6 Salidas con el perro o el gato

Otro aspecto característico de la tenencia son las actividades que se realizan con el animal. Con el perro, una de ellas son las salidas largas a caminar, ya no exclusivamente a hacer sus necesidades, sino con el objetivo de caminar por el barrio, el parque o una vereda, como lo hace Cecilia²⁵ (véase foto 10), o ya salidas más largas como hacer senderismo, como el caso de Felipe y su perra Amber, que hacen parte de un grupo de personas que les gusta salir a andar grandes trayectos con los perros:

Lo primero que me dijeron los compañeros del trabajo cuando llevé a Amber era que ya tenía con quien ir a las caminadas y a los parches, y eso es lo que hacemos tratado de hacer cada quince días, antes de ese día ya hemos planeado la ruta y el lugar, las cosas que vamos a llevar, que

²⁵ Cecilia, 53 años, ama de casa, habitante del barrio El salvador, tiene un lobo siberiano: – Dilan– (5 años).

tipo de terreno es, y así. A ella le gusta bastante salir, se la lleva bien con todos los otros perros, y aguanta el ritmo que es muy importante (Entrevista a Juan Felipe, 3 de marzo de 2018).



Foto 10: Dilan, en una de las rutas largas que hacen él y sus dueñas Cecilia y Paula. Fuente: Elaboración propia.

Con los gatos no es tan común salir, lo que ocurre en algunos casos es que si el animal le gusta o está acostumbrado y la persona lo deja, sale a la calle como Jack el destripador, el gato de Laura:

Nosotros a Jack lo dejamos salir desde pequeño, a él le gusta estar por las mangas que están al frente de la casa, aprendió a defenderse porque en la calle hay muchos peligros. Pero desde que

supimos que tenía el virus de inmunodeficiencia felina, le restringimos las salidas, ya no lo dejamos salir hasta muy tarde, entonces hace tiempo tiene horario de entrada, uno lo llama y él viene, responde al llamado (Entrevista a Laura, 26 de agosto de 2018).

Suele ser común que las personas dejen salir solos a sus gatos, pero no es tan común que las personas saquen a sus gatos, sin embargo existen algunos casos particulares de personas que les gusta salir con sus gatos, es decir, llevarlos con una correa a dar un corto paseo, como el caso de Juan Carlos que saca a Sombra con un collar para que camine un poco por los alrededores de su casa: «A ella le gusta que yo la saque, se deja colocar la correa, a veces hasta me maúlla para que la lleve, a ella le gusta oler las yerbas, las plantas, es muy curiosa y tranquila, cuando salimos anda despacio, también le gusta que la gente la salude y la acaricie» (Entrevista a Juan Carlos, 20 de marzo de 2019).

En otra casa, la de los Flórez, su gata Misha se acostumbró a salir a la manga que hay a unos pasos de la puerta; es una gata muy casera que disfruta de estar en el césped sin moverse mucho (Véase foto 11):

Misha es especial, le hace señas a uno cuando quiere que le abramos la puerta para salir a la manga. Al principio teníamos miedo de que se fuera más lejos o se la llevaran, porque es una gata muy hermosa, entonces la dejamos salir, pero le poníamos cuidado, con el tiempo nos dimos cuenta que no le gusta irse, sino que se queda ahí o camina un poco, entonces dejamos que salga sola y entra cuando quiere (Entrevista a Flórez, 15 de noviembre de 2018).

Si son rutas extensas, al perro se le lleva agua, comida y uno que otro snack, y si el dueño sabe que va estar por fuera a la hora de la comida le carga la ración de cuido:

Para las buenas rutas —como las llama mi hija— siempre cargamos agua, una especie de coca plástica que se abre y cierra, alguna galleta o cábano para el perro, y si por ejemplo salimos muy madrugados, que yo sé que Dilan desayuna más bien tarde, tipo diez de la mañana, le llevo unos granos de cuidado, poquito, porque él cuando sale no le gusta comer mucho, a no ser que sean los snacks, eso sí le encanta (Entrevista a Cecilia, 22 de abril de 2019).

Este tipo de actividades responden a la construcción que se ha hecho de estos animales en los últimos años. Del perro como un animal para salir a caminar, hacer ejercicio, y actividades al aire libre. Del gato como un ser nocturno que sale a deambular por las calles. Aunque, como se observó con Misha estas dinámicas pueden variar, no son categorías fijas, sino que responden al contexto de la persona que a su vez sujeta el animal. Por ejemplo, una persona que viva en un octavo piso seguramente tendrá dificultades para dejar que su gato salga.

Así mismo, una persona que tenga un perro puede sentirse incitada a salir a caminar, a trotar o hacer senderismo con el animal, sin desconocer que también se puede dar que la persona ya realizara estas actividades antes de vivir con el animal, en este caso lo que puede suceder es que estas se intensifiquen o no. Igualmente este tipo de actividades pueden generar que el individuo se relacione con otras personas que también las realizan, además de los beneficios que produce para la salud.



Foto 11: Misha afuera de su casa. Fuente: Elaboración propia.

3.1.7 El juego y los juguetes

Otra actividad de igual importancia que se hace con los perros y gatos es el juego. Los juegos dentro y fuera de casa estimulan la relación entre el dueño y el animal: al ayudarlo al perro o al gato a desarrollarse intelectualmente y emocionalmente, les facilita comprender su entorno y conocer ciertos funcionamientos de las cosas, como saber esperar, traer un objeto, entregarlo, manejar la ansiedad; les ayuda a socializar, tanto si juegan con otros perros o con humanos, y

desarrollan diferentes habilidades con distintos compañeros de juegos. Los juegos entre perros estimulan la fuerza bruta y el instinto cazador, y los juegos con humanos posibilitan desarrollar la cooperación y la inteligencia y les permite ser dinámicos, además de ayudar a reforzar el vínculo amo-perro o amo-gato. En ambas situaciones, los perros aprenden a respetar a los demás, sin dejar de lado que liberan energía y se desahogan, lo que impide la aparición de estrés.

Los juegos van desde tirarle un objeto o un palo hasta esconder un juguete, pero algunos son más extraños, en el sentido de no ser tan comunes, como hacer ciertos sonidos, gestos o movimientos de tal manera que el perro se emocione y corra por toda la casa, como Isis, la perra pastor negra de Isaac: «Yo la molesto mucho. Cuando le hago este sonido, ella de una se activa, entonces yo hago como si la fuera a coger y esa perra sale corriendo con esa felicidad, se estalla, yo sigo haciendo lo mismo y ella es matada» (Entrevista a Isaac, 6 de septiembre de 2018).

Con el gato los juegos no son al aire libre: se basan en mover un cordón, una pita o una tira, algo con plumas, un láser, o algo que capte su atención; son animales muy curiosos y les encanta meterse dentro de cajas o lugares escondidos, como a Cookie, la gata de Camila:

Los primeros días con la Cookie fueron raros, porque ella se escondía, nosotros la buscábamos por todos lados y nada, no la encontrábamos, hasta que una vez abrí mi cajón de las medias y ahí estaba metida, desde ahí nos dimos cuenta que a ella le gusta mucho hacerse en ese lugar, es su favorito, aunque también le gusta hacerse debajo de las cobijas, mejor dicho le gusta estar escondida (Entrevista a Camila, 10 de octubre de 2018).

Algunos dueños juegan de maneras extrañas —por decirlo así— con sus gatos, como Laura con Jack:

A Jack le gusta jugar con el láser, pero yo creo que le gusta más cuando yo lo cargo y lo paseo por toda, toda la casa, camino con él en mis brazos cargado y lo lleva donde mi papá, mi hermano y mi mamá, para que lo saluden; también lo alzo para que alcance a oler los lugares que no alcanza, me quedo un rato así con él, hasta que no puedo más, lo bajo y se nota que se queda relajado (Entrevista a Laura, 26 de agosto de 2018).

También se presentan situaciones en donde las caricias terminan siendo un juego, como Juan Pablo con su gato: «Al Mono le gusta que primero le acaricie la barriga, después él empieza a mandar garrazos, yo los trato de esquivar y a la vez intento tocarlo, yo creo que le gusta, uno lo ve todo concentrando, y de paso yo me divierto molestándolo» (Entrevista a Juan Pablo, 13 de octubre de 2018).

Los dueños de los gatos hacen claridad en que los juegos con ellos solo se dan en la medida en que el animal quiera y esté dispuesto, no es cuando la persona tenga ganas o desee hacerlo; si el gato no quiere, no sirve de nada insistir. Un ejemplo de esto es el relato de Danelly: «Ellos son todos creídos, se hacen las cosas cuando ellos quieran, por decirlo así, entonces yo siempre quiero jugar con ellos, molestarlos, mover las cortinas, pero si Demonio no quiere o Ágata tampoco, es imposible jugar, me ignoran por completo y hasta se van para otro lado» (Entrevista a Danelly, 11 de enero de 2019).

Por el contrario, el perro siempre está dispuesto a jugar en todo momento, es como si nunca se cansara, a no ser que sea un perro perezoso que no le guste hacer mucha actividad física, pero de no ser así más fácil se cansa la persona que el animal. Así lo expresa Andrés:²⁶ «Yo me quedo

²⁶ Andrés, 29 años, comerciante, habitante del barrio Golondrinas-Villa Hermosa, tiene una perra criolla: –Chava– (3 años).

aterrado con Chava, esa perra nunca la he cansado, y eso pues que yo la saco mucho, juego con ella, le tiro el palo, ella juega con otros perros, pero esa verraca tiene mucha energía, nunca ha rechazado un juego, una salida, o que la moleste» (Entrevista a Andrés, 26 de abril de 2019).

Si se convive con más de un animal, las dinámicas del juego cambian un poco, al ser ellos mismos los que se encargan de suplir esta necesidad, ya que juegan entre ellos, hasta gatos con perros como en la casa de los Flórez: «Tulio, el perro, juega con la gata hasta más no poder, la molesta todo el día; cuando ya la tiene muy acorralada, el otro perro, Mono, se mete para defenderla, entonces ahí se hace la recocha entre todos, ellos molestan bastante entre ellos, cuando uno menos piensa los ve todos alborotados jugando» (Entrevista a Flórez, 15 de noviembre de 2018).

Jugar con el animal implica para la persona crear o fortalecer esta relación al ser una actividad de contacto, además estimula el instinto del perro y el gato porque ayuda a canalizar su energía e impide la aparición de estrés o ansiedad facilitando la interacción de la persona con el animal. Los momentos de juego son aprovechados por el humano para educar al animal, generar obediencia y demostrar que es el dueño el que tiene el control. El juego significa para la persona divertirse, establecer confianza, disfrutar y distraerse viendo la actitud del animal en esos momentos. Lo que sucede es que la persona ve en el juego la oportunidad de conocer al animal, de observar cómo actúa ante ciertas situaciones y hasta qué punto puede llegar.

3.1.8 El aseo/ la limpieza

Este es un aspecto muy importante dentro de la tenencia de gatos y perros, necesario y vital para el bienestar tanto del animal como de la persona. Partamos de que hay diferencias entre el perro y el gato. De por sí los gatos no necesitan un baño, ya que estos dedican gran parte de su día a asearse y acicalarse, y por ende el baño solamente se recomienda solo en casos muy concretos. Se cree que ese comportamiento, el de lamerse, se asocia con que estos animales conservan su característica salvaje de eliminar cualquier tipo de olor propio y “escabullirse” así de su presa. Esto se traduce en que los mininos no quieren entregarse a sus depredadores y eliminan pistas. Sin embargo, no es perjudicial o dañino que estos reciban un baño a gusto del dueño.

Los perros, por el contrario, necesitan un baño cada mes aproximadamente, dependiendo del ritmo de vida que lleven: hay perros que se ensucian más rápido y más seguido que otros. El baño incluye limpieza de orejas, cortada de uñas en algunos casos y cepillada de dientes, aunque esto último no es tan común que se haga. Algunas personas prefieren pagar por estos servicios; esto se da especialmente con los perros pequeños, a los que les hacen cortes, o los que necesitan un corte porque el pelo les tapa los ojos. También ocurre que cuando una persona es mayor y tiene varios perros, no le da para bañarlos a todos, como sucede con Graciela: «Yo los voy turnando para llevarlos a bañar, porque yo ya no soy capaz de hacerlo, de pronto cuando mis hijos me ayudan, pero eso pasa muy rara vez, entonces me toca pagar para que lo hagan» (Entrevista a Graciela, 6 de agosto de 2018). Por su parte, Ana comenta:

Nosotros llevamos a Pepper David y a Lola María a la tienda de mascotas para que los bañen, los cepillen y los dejen bien lindos cuando hay la forma, porque cuando no, toca bañarlos como sea, aunque son un poco necios, no es que les guste. Se busca la manera de llevarlos allá

porque les estripan esa glándula que ellos tienen cerca al ano que causa mal olor, porque yo no soy capaz de hacerlo (Entrevista a Ana, 9 de noviembre de 2018).

La mayoría de las personas prefieren realizar esta labor ellos mismos, y aunque no es un trabajo fácil, es una actividad que disfrutan los que la hacen como Alexander:

Yo siempre he bañado a Camus, desde cachorrito, lo hago cada vez que lo veo sucio o que huele mal. Me demoro como una hora media, haciendo todo bien, lo baño en el patio y luego lavo el patio para que quede limpio, porque él también se relaja ahí en el patio entonces para que no se ensucie. Nunca lo he llevado para que lo bañen, es una actividad que yo puedo hacer y me gusta, además llevar el perro donde un extraño a que haga algo tan delicado como bañarlo, no, no confío (Entrevista a Alexander, 18 de mayo de 2019).

Cuando se vive con varios perros y la persona se encarga de bañarlos, lo hace por días o al que vaya viendo muy sucio:

Como son varios perros, no me da para bañarlos a todos el mismo día: un día baño uno y después otro, o depende de cómo estén, yo voy viendo quién necesita baño. Es una labor un tanto desgastante cuando son perros grandes, hay que jugarlos muy bien, limpiarles las orejas, revisar que no tengan bolas o cosas raras en la piel, secarlos muy bien, porque si se dejan húmedos eso les puede causar hongos en el cuero (Entrevista a Carolina, 22 de septiembre de 2018).

La limpieza del animal y de su espacio hace parte de los cuidados que este necesita, expresa el interés de la persona por mantener en buenas condiciones las pertenencias del perro y el gato (cocas, arenero, cobijas o camas). Para el caso de los perros donde es necesario un baño cada tanto tiempo depende de la disposición y la capacidad de la persona para hacerlo ella misma. Sin

desconocer que algunas personas prefieren pagar por estos servicios. Cuando el animal es introducido en un entorno doméstico, él individuo lo incluye en las lógicas culturales de esa sociedad, como lo es la limpieza, tanto del espacio que habita como del animal especialmente para el caso de los perros. También se puede entender como una forma de expresar el afecto.

3.1.9 El veterinario

Para cerrar el tema de prácticas por necesidad se hará con este aspecto. La ida al veterinario se hace generalmente bajo tres motivos: se va para que los vacunen y desparasiten, cuando el animal tiene enfermedades específicas y, en general, en los casos en que el dueño cree necesario buscar ayuda profesional. Sobre esto último dice Soranny: «Uno aprende a conocerlos, entonces uno ve cuando están diferentes, como desanimados, o durmiendo mucho, o con algún cambio raro en su comportamiento, entonces ahí uno sabe que hay que llevar a los gatos al veterinario para consultar qué les pasa» (Entrevista a Soranny, 5 de marzo de 2019).

Sin desconocer que hay perros y gatos a los que no vacunan ni los desparasitan, lo más común es que sí ocurra: «A Dominica, a no ser que esté enferma la llevo al veterinario cada año, para que la vacunen o le suministren el purgante, aunque para esto último no necesariamente voy al veterinario, porque ya sé qué medicamento darle y en cuánta cantidad» (Entrevista Valeria, 20 de mayo de 2019).

El otro motivo se da en casos especiales donde el gato o el perro tienen enfermedades que requieren tratamiento constante y seguimiento por parte del veterinario. Tal es el caso de Ana, cuya

su perra Lola se accidentó por estar saltando de cama en cama, lo que causó un daño severo en la cadera del animal, con afección de su vejiga:

A Lola constantemente la llevamos al veterinario, para que la revisen a ver cómo va de la cadera y la vejiga, a ella no le gusta, pero es necesario hacerlo porque cuando el animal sufre un daño permanente puede agravarse sin que uno lo perciba, puede estar peor y no mostrar signos entonces hay que hacer visitas con frecuencia para saber que todo ande bien dentro de la discapacidad que tiene (Entrevista a Ana, 9 de noviembre de 2018).

Otra situación como estas es el caso de Tirso, el gato color chocolate de Sneider que tiene VIF: «Como el VIF es tan delicado, porque lo que sucede es que ellos tienen las defensas muy bajas, entonces cualquier virus les pega más fácil y muy duro, entonces nosotros lo llevamos a revisión constantemente para estar al tanto de que no tenga algo más o se haya contagiado de otra cosa» (Entrevista a Sneider, 14 de febrero de 2019).

Un elemento importante dentro de este aspecto, tanto para gatos como para perros, es que las personas suelen tener su veterinario de confianza. Es una persona que ya conoce al animal, sabe de sus procesos y de sus particularidades, lo que facilita en cierto sentido estas visitas por necesidad, porque tanto el animal como el dueño se sienten en confianza por conocerse a lo largo del tiempo, lo que a la vez genera cierta seguridad:

Jack tiene su veterinaria de confianza, es la misma mujer que lo ha tratado desde pequeño, que ya conoce sus mañas y sabe cómo manejar el temperamento de él, que es bastante fuerte y cascarrabias. Se genera como cierto vínculo en triple vía, por decirlo así: de mi parte hacia la veterinaria, de la veterinaria hacia el gato y hasta de Jack hacia ella porque se puede decir que con

el tiempo él se ha calmado un poco con ese tema, yo creo que, por eso mismo, por ser la misma persona que lo ha tratado siempre (Entrevista a Laura, 26 de agosto de 2018).

El veterinario funciona como una especie de puente entre el animal y la persona, al haberse capacitado para entender el comportamiento biológico y físico de los perros y gatos ayuda a resolver las situaciones de salud y en algunos casos de comportamiento que puedan presentarse. Socialmente existe un reconocimiento de esta profesión como la que tiene la verdad, en el sentido de manejar el conocimiento para saber qué hacer y cómo actuar respecto al animal, esto hace que en ocasiones se desconozca que estos (los veterinarios) también hacen parte de unas lógicas de mercado en las que se fomenta que se haga uso de estos servicios y de sus productos. Esto no quiere decir que sus funciones no sean necesarias, sino que se tiene en cuenta que responden a una industria que se ha venido estableciendo en la medida que los perros y gatos se han ido incorporando en la sociedad y las familias.

Estas prácticas por necesidad que se desarrollaron responden a la forma en que socialmente se ha establecido la tenencia, teniendo en cuenta las necesidades del animal. Exigen tiempo, dedicación y dinero a cambio de vivir con el perro o el gato. Las personas aceptan esta transacción y se preocupan por responder ante estas obligaciones, aunque estas mismas en ocasiones cuando conviven varias personas generen disputas entre los miembros por quien va hacer una u otra. O en otras situaciones son las causantes de que una persona decida abandonar a un animal, al no poder suplir estas necesidades. Estas actividades cotidianas, como servir la comida, las salidas, los juegos, pueden influir en la creación de lazos entre la persona y el animal, por la constancia y la cercanía que implica llevarlas a cabo. Las personas aceptan estas prácticas y se han acogido a ellas transformándolas e imprimiéndole su toque personal.

La relación que se establece entre humanos y animales a través de estas prácticas, evidencio que hay varios aspectos que median esta interacción en el ámbito doméstico. Por un lado, las significaciones del animal y las representaciones de su tenencia. De otro lado el afecto; no se trata simplemente de bañar o alimentar, se trata de hacerlo bien y hacerlo con respeto a la especie; hay diferencias en las prácticas y en la relación según se trate de perro o de gato. Un cambio importante en la relación humano-animal contemporánea es la significación de los perros y gatos como miembro de la familia. A través de las prácticas los cuidadores establecen relaciones muy estrechas que expresan la identificación de estas especies como parte de la familia.

Si lo pensamos en términos de naturaleza y cultura, estas prácticas por necesidad se entienden como el resultado y la confluencia de estos dos fenómenos. La cultura como el medio para que ambas especies se adapten y puedan vivir a un punto tal que el humano llega a disfrutar de esa interacción con el animal. Ambos (naturaleza y cultura) son los elementos que estructuran esta relación, la naturaleza como el escenario donde confluyen maneras de ser e intereses, la cultura como el mecanismo por el cual se incluye al animal en la cotidianidad, de la cual se despliegan los simbolismos, significados e imaginarios que el individuo construye a partir de esta (cultura) la relación. Es decir, la naturaleza –en este caso el animal– es incorporado a la vida social a partir de un proceso de mediación cultural en el que intervienen tanto las modalidades de utilización como las modalidades de representación. En la relación con los animales domésticos, las manifestaciones de la cultura surgen en representaciones de lo que es un animal, de cómo se cuida o cómo se trata.

3.2 Prácticas por gusto

Ahora abordaremos las prácticas por gusto o interés. Estas se refieren a esas actividades o particularidades que hacen los dueños con sus perros o gatos, ya no por necesidad, sino por gusto. Empezaremos con un aspecto que me atrevo a decir que sucede con todas las personas que conviven con estos animales domésticos.

3.2.1 Decirles de diversas maneras

Durante toda su vida los gatos y los perros no reciben una, sino múltiples denominaciones. Coloquialmente llamamos a esto apodos, pero en términos más específicos sería hipocorísticos, que según la RAE es la forma diminutiva, abreviada, deformada o infantil del nombre habitual, que se usa como apelativo afectivo, familiar o eufemístico. Se puede decir que ningún animal se escapa de esto. Lo curioso de este asunto, más allá de las diversas formas, particulares y divertidas que las personas usan para referirse al animal, es la creencia de que ellos atienden a estas palabras. Relacionado con esto, Carolina expresó: «¡Jum!, no, yo a todos les tengo apodos, yo a Scratch le digo Negro y él viene de cualquiera de las dos, a Pandora le digo Pandóberman, Panderitos, Gorda, les digo de todas formas y ella con todas entiende» (Entrevista a Carolina, 25 de septiembre de 2018).

Relacionado con esto Diego expresó:

Claro, yo les digo de muchas maneras, a Ícaro, le digo Carroso, Karros, mi mamá le dice Chícharos, mi novia le dice Íncaro; a Canela, le decimos Canechas, Caneca; a Lucas le decimos Rucas o aspiradora perruna, porque se come todas las migas que caen al piso; a Freia le decimos Frechosky o Afrecho. Todos en la casa les decimos de diferentes maneras, lo peor de todo es que

es como si ellos supieran que uno está hablando de ellos, porque lo miran a uno o hasta van (Entrevista a Diego, 3 de septiembre de 2018).

Con los gatos también se presenta esa particularidad: «Esa es de las cosas que más me gusta hacer con el gato, decirle de diferentes maneras. A veces le digo Mono o le decimos Piscuezo, Misimisi, Gordo, Bola de Pelos. Muy charro esos apodos, cada persona en la casa le dice como quiere» (Entrevista a Juan Pablo, 13 de octubre de 2018).

A veces, estos apodos se usan como contraste al aspecto y a la personalidad: «A Jack le decimos Jack el destripador porque él siempre ha sido muy bravo, un tanto agresivo, y como antes cuando era más joven era muy fornido y grande, le decíamos Jack pequeño, ahí como para compensar su fiereza. A Cooper le decimos Cooper Antonio porque es muy montañero, es súper bobo y asustadizo» (Entrevista a Laura, 26 de agosto de 2018).

Mi hija es la que más molesta con eso, mantiene diciéndole de muchas maneras a Dilan desde que estaba pequeño. Le dice Señor Orejas, Ratón, Chantroterman; mi esposo le dice Coyote o Peludo, yo no le cambio el nombre, porque yo no soy tanto de llamarlo, sino que con la mirada le digo y le expreso las cosas, solo le digo Dilan-Marrano porque en realidad parece uno (Entrevista a Cecilia, 22 de abril de 2019).

El hecho de que el perro o el gato sean reconocidos como un miembro de la familia, ha generado nuevas maneras de denominar al animal que varían dependiendo del tipo persona. Como se evidenció, en algunos casos esas maneras de nombrar no son únicas, sino que se modifican en relación al entorno en el que se encuentre y puede ser diferente a lo largo de su existencia. Estas hacen alusión a formas abreviadas del nombre habitual, apodos, diminutivos, aunque estas aludan

al mismo animal, no tiene el mismo valor, porque cada apodo o eufemismo la persona le otorga un sentido diferente que expresa un estado del individuo.

Estas denominaciones suelen usarse de manera espontánea en el ámbito doméstico, siendo este el que ofrece alternativas expresivas y en el que las personas tienen cierta disposición a hacer uso de recursos lingüísticos para dirigirse al otro, que a su vez son un reflejo de como el individuo percibe al animal.

3.2.2 La dormida

La dormida es un elemento importante dentro de la convivencia con el animal. No en todos los casos las personas duermen con el perro o el gato, pero en las casas en que sí, es una situación que el animal y la persona disfrutan. Se basa en el deseo de la persona por compartir ese momento, que de cierta forma puede fortalecer el vínculo con los animales. Hace unos años era una situación impensable y no negociable, pero ahora las cosas han cambiado y tanto gatos como perros duermen con sus dueños o con los miembros de la casa, o por lo menos en la investigación fueron escasas las situaciones donde el animal durmiera aparte. Un caso en particular llama la atención: a Dilan, un lobo siberiano —el perro de Cecilia—, no le gusta subirse a las camas, lo cual es curioso teniendo en cuenta que la mayoría de los animales disfrutan de estar en las camas, muebles o en algo acolchado:

 Mi hija, desde que el perro llegó pequeño, lo subía a la cama de ella, no le importaba que yo le dijera que no y me enojara. Lo raro es que él siempre se bajaba, ella hasta lo obligaba a subirse, pero él no, siempre se bajaba, incluso a veces cuando lo bañábamos yo decía que lo subiera al mueble porque se veía muy lindo un marrano (así le dice Cecilia al perro)... un marrano de esos

montado ahí, pero Dilan siempre se bajó, nunca le gustó y hasta mejor porque a mí no me gustan los animales en las camas o muebles (Entrevista a Cecilia, 22 de abril de 2019).

La constante es que las personas duerman con el perro o el gato desde que este llega a la casa, pero aunque lo disfruten hay personas que no suelen hacerlo todas las noches, como Diego, a quien le gusta dormir con Ícaro (véase foto 12), pero no todos los días:

Desde la primera noche que Ícaro pasa en la casa durmió conmigo, solo que él es muy grande y yo también, y en ocasiones no me deja dormir porque no puedo mover los pies, porque él se echa ahí, atravesado como una morsa y no hay nada que lo mueva, entonces cuando quiero dormir cómodo, del todo bien, no dejo que él entre a mi cuarto de noche, y él se va a dormir al mueble, no se enoja ni nada (Entrevista a Diego, 3 de septiembre de 2018).



Foto 12: Diego en la cama con su perro Ícaro. Fuente: Archivo de Diego Alzate.

Solo en dos casas manifestaron —y tuve la oportunidad de verlo— que no les gusta que el perro estuviera en las camas o muebles. Ocurre así, por ejemplo, en la casa de Elbar,²⁷ un jefe de seguridad de una empresa canina, que sabe de comportamiento animal y no está de acuerdo con dormir con su perra Estrella y su perro Drako:

Yo pienso que entre el ser humano y el animal tiene que haber una jerarquía, como en toda manada o en cualquier relación de la naturaleza. Entonces, cuando un animal llega a la casa, nosotros, como miembros de esa manda que somos los alfa y líderes, tenemos que enseñarle a la mascota cuál es su lugar en la manada; no quiere decir que lo vamos a maltratar o a ser indiferentes, no, lo vamos a querer y darle todo cuanto su bienestar necesite, una alimentación, un techo, cariño, atención médica, espacio para esparcimiento, pero no le vamos a permitir que porque es muy lindo o porque cuidamos de él va a hacer lo que quiere, no. Por eso no duermo con ellos, el perro tiene que entender que él tiene su espacio y que su lugar es abajo y no en la cama conmigo o mi esposa (Entrevista a Elbar, 14 de agosto de 2018).

En la casa de Felipe tampoco están de acuerdo con que Sadam esté en las camas:

A mi mamá nunca le ha gustado que Sadam se monte a las camas o en los muebles, él lo sabe y no lo hace, yo a veces muy de vez en cuando que me da por sentirlo en la cama le digo que se suba a la mía y de una se monta, pero muy raro que pase, lo normal es que él duerma debajo de las camas, ahí sí le gusta mucho hacerse o encima de un tapete que hay en la sala (Entrevista a Felipe, 23 de septiembre de 2018).

²⁷ Elbar, 45 años, jefe de seguridad canina, habitante del barrio Zamora, tiene un labrador – Drako– (10 años) y una pincher –Estrella– (9 años).

También están los que intentan ser serios y no dejan que el perro duerma con ellos, pero a mitad de la noche acceden a que se suban a la cama, como en la casa de Carolina. Esta chica, estudiante de artes plásticas y paseadora de perros, vive con su madre y una manada de cinco perros grandes. Su madre quiere no dormir con ellos, porque hace unos meses llegó Asia, la última perra que rescataron y al ser una perra inestable que apenas está en ese proceso de adaptación a las dinámicas de la casa y a la tranquilidad de la manada, ha generado que los otros perros se desestabilicen un poco y hagan daños. Entonces acordaron no dormir con ninguno, y que todos duerman juntos en un cuarto sólo para ellos, donde cada uno tiene su respectiva cama. Sin embargo, para la mamá ha sido muy difícil:

Cuando me voy a acostar voy y me despido de ellos al cuarto y les digo que se queden juiciosos ahí, pero a eso de la media noche siento que se sube un bulto y es Pandora, en ese momento no soy capaz de bajarla, entonces duermo con ella, igual tampoco soy capaz de cerrar la puerta de mi cuarto por la noche. Entonces yo no quiero, pero a la vez dejo que pase (Entrevista a Mamá de Carolina, 25 de septiembre de 2018).

Al preguntarles a estas personas por qué les gusta dormir con su perro o gato, respondieron cosas como estas:

No sé exactamente por qué me gusta. Desde que la gata llegó bebé, he dormido con ella; me gusta sentirla en medio de la noche, escuchar su ronroneo cuando sueña, si tiene pesadillas o está cómoda; también disfruto sentir ese sonido que se parece a un motor que hacen algunos gatos, es placentero y aparte me arrulla (Entrevista a Jaqueline, 12 de septiembre 2018) (véase foto 13).

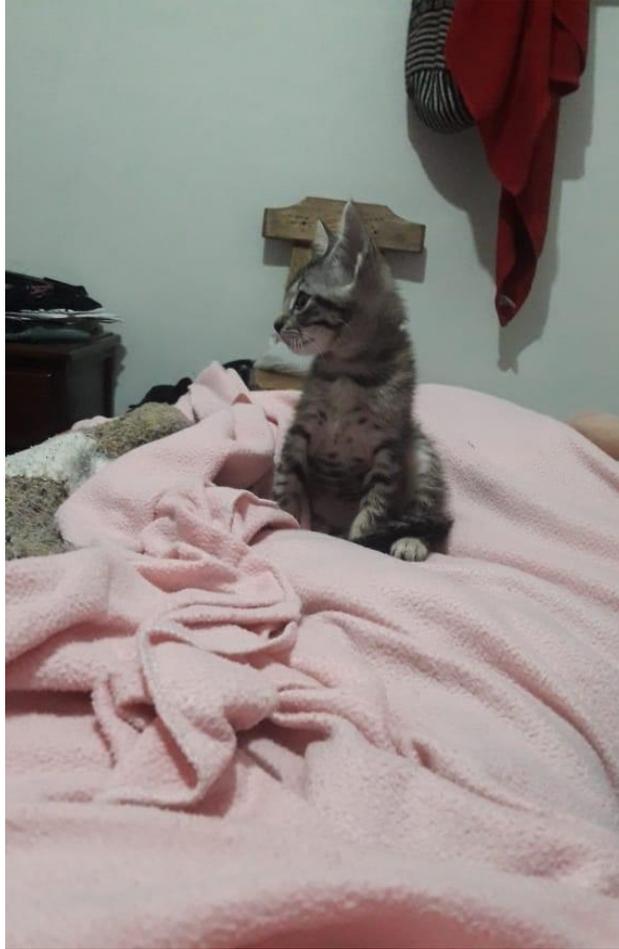


Foto 13: Floyd, recién llegada a la casa. Fuente: Archivo de Jaqueline Giraldo.

En general, las personas que duermen con el o los animales disfrutan de esto y lo consideran como algo valioso y necesario:

Siento que es una experiencia muy bonita, muy del compartir, me gusta sentir al Negro al lado mío cuando estoy dormido, es una sensación relajante y placentera. Aunque él a veces ronca, ja, ja, me toca moverlo un poquito para que deje de hacerlo; de resto dormimos bien, es más, hasta duerme mejor él, porque cuando madrugo él se puede quedar ahí echado. Cuando no duermo con él es porque se va a dormir donde mis papás, me hace falta, también por la costumbre de sentirlo al lado mío por la noche (Entrevista a Santiago, 22 de marzo de 2019).

Es de las cosas que más me gusta hacer con Paco, nunca he pensado en dejar de hacerlo, se siente tan cálido y acogedor, lo disfruto mucho, es bello compartir algo tan íntimo como la dormida con tu gato, y yo sé que a él también le gusta, yo siento que él también, por los gestos que hace, los sonidos, la postura que toma, parece un culebra enroscada durmiente. En ocasiones que Paco se va dormir con mi hermana, paso la noche diferente, no duermo igual y me despierto, me hace mucha falta dormir con él (Entrevista a Daniela, 18 de septiembre 2019).

Al principio nos costó un poquito acomodarnos, porque mi cama no es grande y Coffee y África son de tamaño medio, entonces siempre terminaba yo prácticamente en el suelo, pero luego nos fuimos acomodando y cada uno se hace en la parte que le gusta. Coffee prefiere hacerse por mi hombro y África es más de hacerse a los pies. Yo soy feliz durmiendo con los dos, siento que hacerlo intensifica o fortalece de algún modo el vínculo que tenemos los tres. Es muy bello dormir con seres tan puros (Entrevista a Estefanía, 5 de octubre de 2018).

Dormir con el perro o el gato depende de la persona y la sensación que esto le produzca y lo cómoda que logre sentirse, depende también de si al animal le gusta, como se evidenció con Dilan, el perro de Cecilia. Además, implica dejar de lado las secuelas que esta práctica trae consigo, como soltar pelos y babas en la cama y almohada. Esto significa, para las personas, fortalecer su relación por el hecho de compartir un espacio íntimo como lo es la cama y una necesidad tan importante para ambas especies como lo es dormir.

3.2.3 Actividades según el miembro de la casa

En estas prácticas por gusto, se tiene en cuenta que, en algunas casas donde viven varias personas, este es un aspecto que influye en las actividades que se hacen con el animal. Se observó

que el perro y el gato se comportan y actúan de maneras diferentes con cada miembro de la casa, en parte porque cada uno se relaciona con ellos de formas diversas; Cecilia expresó:

Mi hija se enoja conmigo porque yo le digo que el perro con ella es diferente, se pone más ansioso, como ella sale tanto con él, lo jonjolea y le hace tanto mimo, entonces por eso; sino que cada uno trata de maneras diferentes al perro, entonces yo con el juego es en la terraza, pero yo no le toco el juguete ni nada, yo camino por la terraza y él se va detrás de mí con la llanta y la revuelca, y así jugamos. En cambio, con mi esposo, a él le gusta dar una caminata y e irse a tomar tinto con él a la esquina y como ya lo conocen, allá le buscan juego al perro, en cambio mi hija, es mas de irse a rastrojear con él, se lo lleva a charcos, a la montaña, camina mucho con él, sale y todo en la bicicleta y con el perro, cada uno tiene su forma de hacer cosas con Dilan (Entrevista a Cecilia, 22 de abril de 2019).

Por otra parte, relacionado con esto, Santiago expreso:

Acá en la casa cada uno hace cosas diferentes con los animales, por ejemplo a mí me gusta jugar escondiendo galleticas o cosas que le gustan, entonces yo las oculto por la casa y le digo a Negro que vaya y busque. Mi prima es más de compartir con los gatos, los peina, los pone a brincar, les mueven unos hilos. Mi papá es más de salir con el Negro, se lo lleva a hacer visitas a otras casas, y mi mamá se lleva al perro a hacer aeróbicos a una cancha por acá cerca donde también van las amigas; como él es juicioso se queda jugando solo mientras ella se ejercita, y ya se viene juntos (Entrevista a Santiago, 22 de marzo de 2019).

Los gatos también presentan actitudes diferenciadas con las personas de la casa:

Los gatos se comportan diferente con cada uno en la casa, con mi papá es como si reconocieran que él es el proveedor, entonces el respeto por ese lado, y como él les da los sobres

de comida húmeda, entonces le hacen caso a él cuando los llama. A mi mamá no le hacen caso, como ella los mimaba tanto, como que no ven una figura de autoridad. En cambio conmigo sí, porque yo he sido mano dura con ellos, sobre todo con Jack, yo soy la única que lo regaña, que le da medicinas, que le hace las curaciones, por eso creo que nunca me ha atacado y me respeta, también se ve en la forma de jugar de ellos con las personas (Entrevista a Laura, 26 de agosto de 2018).

Lo anterior evidencia cómo la forma de ser de la persona y las actividades que realiza influyen en la manera en que esta se relaciona con el animal. Lo que sucede es que el individuo, desde su percepción, personalidad y dinámicas, interactúa y realiza ciertas actividades con el perro o el gato. En ese sentido también se puede incluir a las personas que les gusta enseñarles trucos o ciertas conductas a sus animales domésticos —acción que también contribuye a realizar ciertas prácticas—, reconociendo que estas permiten controlar las diversas situaciones que se presentan:

En la casa, a mi hermana y a mí nos gusta enseñarles a los perros lo básico, como dar la pata, que se siente, que suelte el juguete, porque hemos visto que esto ha permitido realizar otras actividades con ellos; porque ellos hacen caso a las diferentes señales que uno les da, uno siente la seguridad de poder hacer otras cosas con ellos, como estar en lugares con varios perros, estar en caminatas caninas, estar con gente extraña o en lugares de mucho movimiento y ruido, uno siente la seguridad de hacerlo porque sabe que al perro se le han enseñado estas habilidades (Entrevista a Diego, 3 de septiembre de 2018).

Las personas que, además de vivir con perros y gatos, trabajan con ellos, tienden a fomentar otro tipo de habilidades, enfocadas en actividades con otros animales y personas, aprovechando las características del animal:

Yo les he enseñado a ellos y ellos a mí. Entonces yo, que trabajo con jauría, una de mis asistentes es Isis, ella es mi perra asistente, yo a ella le doy el poder y le permito regañar, Isis les

marca el espacio. Con Talía estoy empezando hacer escuela de rastreo, y con Limón actividades de recuperación con animales que presentan traumas; entonces, aunque salgamos en manada, con cada uno realizo una actividad diferente, porque cada perro tiene características particulares, que yo trato de observar cuáles son y realizarlas, que también ayuda a canalizar toda esa energía que tienen (Entrevista a Isaac, 6 de septiembre de 2018).

Este último aspecto refleja el interés de algunas personas por conocer, explorar, explotar y fomentar ciertas habilidades de los perros. Debido a sus características, como excelente olfato, agilidad, seguridad, cierta indiferencia a elementos perturbadores y la capacidad de soportar condiciones desfavorables —calor, frío, polvo, humo, olores fuertes y trabajo prolongado—, los humanos los consideran aptos para ciertas labores de búsqueda, rescate, guía, vigilancia, detección de explosivos y sustancias, entre otros. En estos casos, dependiendo de la raza y de la actitud del animal, este es entrenado para cumplir estas funciones, sirviendo de gran ayuda a los humanos para afrontar estas situaciones.

3.2.4 Otros dueños

Que las personas vivan con gatos y perros se ha vuelto común, y esto ha permitido la posibilidad de generar relaciones con otras personas que también tienen este tipo de animales, como hablar sobre ellos, contarse historias, y hasta hacer planes y actividades juntos:

Yo siempre llevo a Simón y a Julieta a una manga que hay detrás de mi casa, y en esas conocí a una pareja que también sacaba a sus perros. Poco a poco fuimos hablando, y ahora nos llevamos bien, en parte porque los perros también lo hacen, entonces se ha creado una amistad,

salimos juntos, hacemos planes de caminadas, y en ocasiones invitamos a otras personas de por acá para que también vayan, hagan ejercicio ellos y los perros. Es muy bueno porque todos estamos pendientes de los perros, aprendemos de la experiencia del otro y uno se divierte (Entrevista a Isabel, 6 de abril de 2019).

Aunque no es tan común salir con los gatos, los dueños de estos también pueden establecer relaciones con otros dueños, no influenciadas necesariamente por las salidas, sino por el hecho de ser personas que comparten esta experiencia: «Yo creo que todos los que tenemos gatos somos amiguis, estos animalitos generan —digamos que sin darse cuenta, indirectamente— relaciones con otras personas» (Entrevista a Danelly, 11 de enero de 2019). Esto no quiere decir que la mayoría de individuos que tienen perros y gatos se la va a llevar bien por el hecho de compartir esto, no, sin embargo no se desconoce la posibilidad de que el animal actúe como puente para entablar conversaciones.

Algunas personas que tienen perros identifican a los otros perros que se encuentran dentro del perímetro de su casa:

Con el tiempo fui conociendo a los perros del barrio, y también, como me encuentro con las personas en el parque, uno ya sabe qué perro es bravo, con cuál se puede jugar y así. También los vecinos más cercanos, me parece a mí, se han encariñado con el perro y obviamente pues ya lo conocen, y él ya los identifica también, entonces hay como cierta afectividad entre el perro de esta casa y los vecinos, así como yo, que también tengo identificado uno que otro perro del barrio y voy y lo saludo (Entrevista a Andrés 26 de abril de 2019).

Estas situaciones son un ejemplo de cómo una necesidad del animal, como lo es el hecho de salir —al menos en el caso del perro—, se puede prestar para entablar interacciones con otras

personas que también se encuentran en esta situación. También evidencia cómo en algunos casos el individuo consciente o inconscientemente hace una especie de «cartografía» de los perros que se encuentran cerca de la casa de él.

3.2.5 Caprichos o particularidades

Tanto perros como gatos tienen ciertos caprichos o resabios para algunas situaciones; por ejemplo, querer hacer sus necesidades en un lugar específico y de cierta manera, como Scratch el labrador negro de Carolina: «El Negro solo hace sus necesidades en una manga alta que lo tape, si no es así no hace, yo creo que es porque a él le pegaban antes por dar del cuerpo y a él quedo como con ese trauma; si no es así, se aguanta» (Entrevista a Carolina, 22 de septiembre de 2018).

Otros animales solo se dejan acariciar de cierta forma, como Cookie, la gata de Camila: «A ella le gusta que la soben con los pies, pero tiene que estar una chancla: la Cookie se acuesta en la chancla y una la soba con el pie y le gusta, pero si usted la acaricia con la mano no se deja, tiene que estar la chancla debajo de ella o si no tampoco se deja» (Entrevista a Camila, 10 de octubre 2018). O les gusta que se usen con ellos con ciertos objetos específicos, como el gato de Laura: «A Coper le encanta que yo lo peine con este cepillo, es matado, pero tiene que ser con este cepillo, si no, no se deja, está obsesionado con él» (Entrevista a Laura, 28 de agosto de 2018).

Estas particularidades también se presentan con ciertas actividades: «Lucas es muy charro, porque siempre que lo saco tira para que lo lleve a una manguita que hay por acá para que le tire la pelota, pero en serio lo jala a uno, y si uno no lo lleva prefiere entrarse, es horrible, le gusta ir mucho allá, yo no sé porque, yo trato de llevarlo a otros parques pero él muestra que no» (Entrevista

a Margarita, 6 de noviembre de 2018). O como Tulio, el salchicha de la casa Flórez, al que le tienen que echar algunos granos de cuidado al agua porque, si no, no toma:

A veces cuando le cuento a las personas esto, no me creen, seguramente porque piensan que es bobada de nosotros o que es que a nosotros nos gusta hacerlo, y va usted a ver y no. Una vez mi esposa vio a Tulio como tratando de meter unos granos al agua, ella no le prestó atención, después como que se percató de que el perro no estaba tomando agua y que cuando lo hacía tenía granos regados en la coca y alrededor, entonces ella me conto, y a mí me pareció muy raro y, contándole a la hija, ella nos dijo que hiciéramos la prueba, lo hicimos y fue raro ver que sí, fue raro pero no le echamos cabeza a eso, lo hacemos y ya (Entrevista a Flórez, 15 de noviembre de 2018).

Identificar este tipo de conductas implica, para la persona, observar el contexto y la actitud del animal frente a ciertas situaciones. Luego de reconocerla, lo que sucede es que la persona no encuentra dificultad en seguir y propiciar estos «caprichos», que no dejan de ser curiosos y difíciles de explicar. Incluso se puede decir que las personas pueden llegar a disfrutar de seguir con esas particularidades, al significar conocer al animal. En ocasiones, como en el caso del labrador negro de Carolina —Scratch—, se justifican esas actitudes como la consecuencia de un suceso traumático que atravesó el animal como lo expreso su dueña.

3.2.6 Lugares de socialización

La sociedad reconoce y se acoge al fenómeno de la tenencia de animales domésticos, y por esto se han venido expandiendo los lugares para socializar y los locales conformados bajo el rotulo de *petfriendly*, que buscan incluir a los perros y gatos en diferentes espacios y actividades. Esto, en parte como respuesta a un mercado con una demanda creciente. Así, cada vez son más las zonas

verdes permitidas para ellos, los parques que cuentan con los implementos para jugar y hacer pruebas de *agility*,²⁸ bebederos de agua, juegos y rampas. Asimismo, casi todos los centros comerciales de la ciudad permiten circular con los perros y gatos. En estos centros se buscan, a partir de unas simples reglas de convivencia (véase foto 14), que las personas puedan compartir con los animales en espacios que han sido pensados para el ocio humano. La industria comercial identifica la importancia de estos animales para las personas, y propicia estos espacios y actividades para fomentar esta relación, expande lugares para el ocio y el entretenimiento individual para que la persona pueda compartir con los perros y gatos. Esto promueve cierta particularidad en las personas, que puede generar en ocasiones que los seres humanos se piensen de manera peculiar, en el sentido de abstraerse con sus animales haciendo uso de estos. Sin embargo, no se trata de aislar a estos animales y a las personas en lugares hechos solo para ellas, sino de integrarlas a las dinámicas humanas y sociales en general, que de cierta manera es lo que se viene haciendo.

Las personas se han apropiado de estos espacios y ahora es común encontrarse con perros (y en algunos casos con gatos) en lugares públicos, como centros comerciales, cafés, librerías, *spas*, entre otros. Muchas personas están de acuerdo con esto, sin embargo algunas creen que no son espacios donde los animales puedan divertirse:

Nosotros no somos de ir a centros comerciales, pero una vez nos dio por ir con Dilan. Fue muy raro porque estamos acostumbrados a estar con él en otro tipo de lugares, más rústicos, más al aire libre, donde él pueda correr, tirarle el palo que tanto le gusta. En este caso el perro se la pasó

²⁸ Es una modalidad competitiva donde un guía dirige a un perro sobre una serie de obstáculos, los cuales tiene que pasar de manera limpia y lo más exacta posible, compitiendo contra reloj. Los perros participan sin correa, sin juguetes y sin incentivos. El guía no debe tocar al perro ni a los obstáculos.

sentado mientras mi hija loliaba; sí se saludó con otros perros y algunas personas, pero no fue mayor cosa, pues creo que no es un lugar para estar con ellos. Lo llevamos como por tenerlo cerca, pero no es un sitio para el disfrute del perro o para que se desestrese no, son lugares para que las personas disfruten, ¡y como ya quieren meter al perro en todo! (Entrevista a Cecilia, 22 de abril de 2019).

Según la percepción que tenga el individuo sobre estos lugares y lo que permiten, se decide ser parte de esas prácticas o no. Pero, sean partícipes o no de estas dinámicas, las personas no desconocen que, dependiendo del espacio donde se esté con el animal (un parque, centro comercial), existen unas pautas de comportamiento —como se expondrá en el siguiente apartado— para el animal y la persona que ambos deben asumir, independientemente del instinto del perro:

En la casa somos partidarios de dejar ser al perro, por decirlo así. Yo disfruto soltarlo... Aunque no en todos los espacios puede dejar uno que *sea* el perro, porque en espacios abiertos y lugares de encuentro como un parque o una cancha hay otros perros. Lo normal de los perros es que se huelan y se reconozcan entre ellos mismo, pero hay algunos perros que son groseros, agresivos o territoriales, entonces en ciertos lugares no se pueden soltar los perros, usted tiene que tener el perro amarrado, entonces ahí no lo estás dejando ser, está el código normativo para cualquier lugar, entonces es algo que hay que tener en cuenta cuando se saca al animal (Entrevista a Felipe, 23 de septiembre 2018).



NORMAS DE LA CASA



Los mejores amigos son inseparables, por eso tu perro es bienvenido en Plaza Central. Sigue estas normas y construyamos juntos un ambiente agradable para que tu peludito y tú disfruten al máximo su visita.

Al ingresar con tu perro, entendemos que aceptas cumplir el **reglamento** de Plaza Central.

- + 18** Recuerda que tu perro ingresa bajo responsabilidad del dueño o tenedor quien debe ser mayor de edad y solo podrá entrar con un perro. ¡Cuida todo el tiempo a tu peludo!
- Por favor, si tu perrita está en el celo, lo mejor será que no ingrese al centro comercial, como sabes, esto puede alterar el comportamiento de otros peludos y puede ser incómodo para ti y tu peludita.
- ¿Tu mascota ya fue al baño? Un ambiente agradable para todos permitirá que cada vez existan más lugares Dogfriendly. ¡Carga siempre tu kit básico! (bolsas, paños absorbentes, guantes) y asegúrate de llevar a tu peludo a hacer sus necesidades, antes de ingresar al centro comercial. ¡Limpiar los desechos sólidos y líquidos de tu mascota es tu responsabilidad!
- Los perros no podrán acceder al cuarto piso ni a la Plazaleta de comidas del tercer piso, ni a ningún establecimiento en donde se vendan comidas, esto para cumplir con lo establecido por la Secretaría de Salud. Ten en cuenta que tampoco está permitido su ingreso a las baterías de baños. Solo se permitirá el tránsito y su estadía por estos sitios para los perros guía o lacanillos.
- Utiliza las escaleras fijas o los ascensores ubicados en Plaza Teatro y Plaza Noticias acondicionados para que puedas movilizarte con tu perro, esto es para garantizar tu seguridad y la de tu peludo. En Plaza Central hemos realizado un gran esfuerzo para que tu perrito pueda pasear por el Centro Comercial. Ten en cuenta que está prohibido subir o bajar por las escaleras eléctricas o los ascensores no señalizados. Ten especial cuidado al movilizarte por los parqueaderos.
- Tu perro debe estar todo el tiempo controlado por ti con su collar, trailla y/o accesorios necesarios según El Código de Policía. Si tu perro es de las razas establecidas como peligrosas, (American Staffordshire Terrier, Bullmastiff, Dáberman, Dogo Argentino, Dogo de Burdeos, Fila Brasileño, Mastín Napolitano, Pit Bull Terrier, American Pit Bull Terrier, De presa canario, Rottweiler, Tosa Japonés), debe llevar bozal y cumplir con las exigencias que nos impone la ley.
- Recuerda que cada local maneja sus propias políticas, así que algunos se reservan el derecho de admisión de tu peludo, por eso es mejor que consultes antes de ingresar.
- No puedes dejar a tu peludo solo y mucho menos atado en algún pasillo o entrada, recuerda que siempre debes llevarlo de su correa para que se sienta cómodo y tranquilo, dejarlo solito puede alterarlo.
- No permitas que tus peludos se suban al mobiliario del Centro Comercial.
- Es tu responsabilidad que sus vacunas estén al día, por su bienestar y el de toda la comunidad. ¡Ten siempre a la mano su carné de vacunación!
- ¡Asegúrate de que tu perro se comporte bien en todo momento! ¡Procura que las personas amen cada vez más a todos los peludos! Plaza Central Centro Comercial se reserva el derecho de admisión de perros cuyo comportamiento afecte a la comunidad. ¡Pero sabemos que el tuyo es MUY educado!
- Evitemos entre todos los accidentes! No subas a tus perritos en carros de mercado. Si deseas alquilar un coche, puedes hacerlo, pregunta al personal de seguridad o en un punto de información.
- En eventos masivos como conciertos o fiestas con mucho público, no podrán ingresar los perros a menos que sea un evento específicamente para ellos. ¡Ante todo, pensamos en la seguridad y tranquilidad de tu peludo!
- Si hay riñas entre perros, el humano debe responsabilizarse por los daños causados, por eso te invitamos a que estés atento y seguro no habrá necesidad.
- Si tu perrito requiere distancia de personas desconocidas o de otros peludos, es importante que lo identifiques con un listón amarillo muy visible, sobre esta iniciativa puedes conocer más consultando sobre Yellow Dog Project.
- En Plaza Central respetamos y velamos por la protección de las mascotas, así que si evidenciamos algún tipo de maltrato, abuso, violencia o trato cruel por parte de los amos u otros hacia los peludos que se encuentren dentro de nuestras instalaciones, daremos aviso a las autoridades competentes para que tomen las medidas de protección establecidas por la Ley.

Es importante que tengas en cuenta que los tenedores de los perritos exoneran de cualquier responsabilidad a Plaza Central Centro Comercial por cualquier evento donde resulten o puedan resultar perjudicados tanto ellos como sus acompañantes, otras mascotas, usuarios o visitantes del centro comercial y cualquier persona, por hechos o actos realizados por tu peludo.

Tu Perrito es tu responsabilidad, tenlo presente en este o cualquier otro lugar que visites con él. Ayúdanos a cumplir estas normas para que siempre te lleves a casa la mejor experiencia.

PREGUNTA POR ESTOS SERVICIOS EN NUESTROS PUNTOS DE INFORMACIÓN O AL PERSONAL DE SEGURIDAD:

- Acceso por escaleras de paso.
- 2 ascensores exclusivos para mascotas ubicados en Plaza Teatro y Plaza Noticias.
- 8 torres de aseo, allí encuentras bolsas y dispensador de desechos en caso en que necesites limpiar lo que hizo tu peludo.
- Alquiler de coches en Plaza Deportes, piso 1.

Foto 14: Normas para la visita de perros y gatos al centro comercial. Fuente: Página web del centro comercial Plaza Central: https://ccplazacentral.com/post_noticias/conoce-nuestro-reglamento-plaza-pet/

3.2.7 Regulación legal de la tenencia

Socialmente existe un reconocimiento de la importancia que han adquirido estos animales en la población, y por esto ha sido necesario delimitar leyes que regulen la tenencia. Así, desde hace algunos años, organismos gubernamentales y otros sectores de la población vienen discutiendo la posición de los animales dentro del campo político y jurídico, dando como resultado la implementación en enero del 2016 de la Ley 1774. Esta logra incorporar una variación en el Código Civil Colombiano, como se expresa en el primer artículo:

Artículo 1°. Objeto. Los animales como seres sintientes no son cosas, recibirán especial protección contra el sufrimiento y el dolor, en especial, el causado directa o indirectamente por los humanos, por lo cual en la presente ley se tipifican como punibles algunas conductas relacionadas con el maltrato a los animales, y se establece un procedimiento sancionatorio de carácter policivo y judicial.

Artículo 2°. Modifíquese el artículo 655 del Código Civil, así: Artículo 655. Muebles. Muebles son las que pueden transportarse de un lugar a otro, sea moviéndose ellas a sí mismas como los animales (que por eso se llaman semovientes), sea que sólo se muevan por una fuerza externa, como las cosas inanimadas.

Parágrafo. Reconózcase la calidad de seres sintientes a los animales.

Sin embargo, aunque el Artículo 1° afirma que los animales no son cosas, de acuerdo con Padilla (2016) no hay un cambio específico en la división clásica del Código Civil y sus dos aspectos: el de las personas y el de las cosas, puesto que los animales siguen perteneciendo a esta

última categoría. De modo que, en opinión de esta representante del movimiento animalista, los animales entrarían a ser «cosas sintientes», categorización que mantiene el impedimento el acceso a la casa de las personas, teniendo en cuenta que es en donde ocurren la mayoría de abusos hacia los animales. Esto último evidencia la contradicción entre no ser una cosa y a la vez ser propiedad de otro.

Este punto remite a pensar en la interacción de lo privado y lo público. La familia, reducida al orden de lo doméstico y natural, separada en este caso de la estructura política de la sociedad, deja el trato hacia los animales por fuera del alcance de la justicia. De modo que el animal es público en la medida que represente una amenaza para la sociedad, pero es privado al ser considerado como una posesión de la familia.

Más adelante, en 2017, el Ministerio de Salud desarrolló unos lineamientos para la tenencia responsable de animales domésticos y producción, donde se definen, entre otros elementos, las responsabilidades de las diferentes entidades e instituciones y de la comunidad en general, ya que se presentan vacíos en la normatividad vigente; vacíos sobre a quién le compete regular sobre temas como el abandono de animales, su manejo, su albergue o el tipo de sanciones a quien se le compruebe el abandono. Estas pautas parten del deber de cada individuo de responder por el animal que está a su cargo:

La tenencia responsable de animales implica el hecho de que quien se denomina propietario o tenedor de un animal de compañía o de producción, asuma la responsabilidad de garantizarle sus necesidades básicas, como la alimentación, la bebida, el techo, el recreo, la libertad de movimiento, la atención médico veterinaria, que va más allá del simple hecho de una purga y un plan sanitario para las enfermedades inmuno prevenibles; también es necesario tener en cuenta la necesidad de

controlar su reproducción cuando sea necesario y tomar la decisión de garantizarle una muerte digna sin dolor, cuando el animal por situaciones de salud, vejez y accidentes este sufriendo y no se amerite prolongar su agonía, lo que también implica el disponer de manera adecuada el cadáver del animal como una posible fuente de riesgo biológico (Carreño, 2017, p. 4).

Estos lineamientos buscan aportar elementos para una tenencia responsable, además de definir las intervenciones de los diferentes actores y sectores públicos y privados —incluida la comunidad en general— que, según el documento, estarían obligados a cumplir constitucionalmente y de acuerdo a las normas vigentes. Sin embargo, se observó un desconocimiento por parte de las personas sobre este tipo de pautas y leyes alrededor de la tenencia y cuidado del animal o del conducto regular a seguir en casos de emergencia.

3.3 Balance

Las prácticas a las que nos hemos referido se han establecido a través del tiempo como formas de relación entre los seres humanos, los perros y gatos. En buena parte, permiten suplir y median entre las necesidades del animal y los intereses de la persona. Además, definen y validan la posición que ocupan esos animales en la sociedad. Las personas las reconocen y aceptan, y varían de acuerdo al contexto, clase social, especie y gustos de la persona. Es la forma de incorporar al animal en las dinámicas, de interactuar y compartir, es la manera de significar esta relación, de legitimarla y darle valor a través de estas actividades.

Las personas han incluido a los animales en su espacio y rutinas. Aunque en algunos casos se restringen ciertos lugares para el perro o el gato, se observó que en general humanos y animales comparten ciertas similitudes dentro de la casa en el sentido de apropiación del espacio, aspecto

que se refleja en la forma de estos de estar por la casa, además de que su presencia se percibe por las pertenencias de ellos ubicadas en diferentes espacios.

Son pocas las situaciones donde se indaga previamente sobre estos animales y sus cuidados, pues esto apenas se da en casos específicos, como que el animal tenga una condición particular de salud.

En esas circunstancias, los dueños investigan y aprenden sobre su estado para saber cómo llevar y afrontar la situación. O también sucede con las personas que pasean animales o los entrenan y, además, tienen los propios. Por lo general se observó que la tenencia y las actividades que en ella se realizan se basan en aspectos que ya han sido establecidos por la sociedad y entes institucionales; se tiene en cuenta lo que las personas han visto y ven de otras personas, el sentido común, la televisión, la publicidad y lo que se cree que se debe hacer.

Vivir con un animal no es un asunto simple, requiere de disposición, dedicación y responsabilidad. Generalmente las personas lo reconocen y están dispuestos a llevar a cabo las exigencias que esto requiere, a cambio de compartir con un ser diferente. La incorporación de los perros y gatos dentro del contexto familiar, y la validez de estos en la familia, generan cambios y transformaciones no solo dentro de las estructuras familiares, sino que a su vez cuestiona e incorpora nuevas nociones para entender esta noción. Por un lado se da la adecuación de los perros y gatos hacia las expectativas humanas de comportamientos apropiados para la familia; por el otro los individuos realizan ciertos cambios y esfuerzos para incluir a los felinos y caninos en las rutinas y prácticas diarias, sumado al carácter único y la agencia de estos animales como organizadores activos de la forma de la familia en el día a día.

En cuanto a la relación de las prácticas con el estrato socioeconómico, aunque se encontraron diferencias en el tipo de actividades realizadas entre personas con poder económico bajo, medio o alto, estas diferencias son mínimas. Las prácticas básicas para la subsistencia del animal, como alimentar, asear, proteger y estar pendiente de la salud, son similares aunque difieran los productos, la periodicidad, el lugar y la clase de servicios que se utilizan.

Así, estas prácticas dan cuenta de que aunque estén influenciadas por el contexto, la especie y los gustos de la persona, en general responden a un interés particular: tener bien a sus animales. Esto es un aspecto importante porque cuestiona la subordinación que históricamente se ha establecido sobre los animales y la relación que se ha construido con estos a través de la idea de que los segundos deben estar sometidos por los primeros, en parte por la capacidad de los humanos de razonar. En ese sentido, socialmente se piensa que la cultura ubica a los humanos por encima de otros animales y del mundo natural; sin embargo, esta manera de posicionarse llega a ser contradictoria y cuestionable con el hecho de que una persona dedique tiempo, dinero y energía a cuidar, alimentar, asear y pasear a estos animales. Y que además el individuo lo hace por elección propia, en ocasiones por gusto, en otras pensando en un beneficio no en el sentido de sacar utilidad material, sino que valorar la presencia de estos animales. De aquí, se puede pensar la posibilidad de invertir el sentido de la jerarquía que promueve una sociedad en la que los animales se encuentran subordinados, teniendo en cuenta que con independencia del estrato socioeconómico, las personas se preocupan y desviven por tener bien sus animales (o al menos en lo que se percibe como básico, que no es realmente lo básico sino lo que hace que se vea la vida animal como reflejo de la humana).

4. Concepciones e imaginarios alrededor de la tenencia

Este capítulo exhibe los imaginarios y las asociaciones mentales que la gente hace respecto a la tenencia de gatos y perros en la ciudad. Es decir, se expone lo que la gente piensa, siente, opina y cree; las nociones y la relación que las personas tienen con sus animales en la convivencia. Cuando hago alusión a estas ideas o imaginarios sobre esta relación, no es una mera referencia a cualquier cosa que se le ocurre o se les pasa por la mente a estas personas, sino que son pensamientos que se han construido a través de la experiencia y la convivencia, que permiten ver diferentes situaciones de la tenencia y entenderlas de cierta manera. Las personas hablan y creen en ellas porque tienen motivos y argumentos para hacerlo, no es algo que surge a la ligera.

Estas percepciones son agrupadas en las siguientes categorías: primero se exponen los imaginarios generales sobre la tenencia, luego las concepciones en relación a temas específicos como el comportamiento, la humanización, los beneficios, luego se abordan las posibles restricciones que trae consigo convivir con un animal, el concepto de propiedad, las preferencias (gato o perro), lo que piensan las personas de querer a unos y comerse a otros y el sentido que se le otorga a la palabra *mascota*. Para cerrar este capítulo se presenta un análisis en relación a lo que hay detrás de estas creencias y que significan socialmente estas ideas.

4.1 Concepciones generales: El animal y sus significados

Este apartado aborda las concepciones generales que se identificaron en la tenencia de perros y gatos en la ciudad de Medellín: se expone lo que las personas creen, piensan, sienten y saben sobre los animales y la convivencia con ellos. Son las ideas que se han formado a lo largo de la relación, sobre diversos aspectos que van desde los cambios que se han dado en el trato del

animal, lo que genera esta interacción, hasta lo que se cree de la muerte y otros animales. Teniendo en cuenta que es un tema amplio, se seleccionaron las ideas relevantes y constantes, sin desconocer que cada persona construye su relación con los animales de diferentes maneras.

El trato hacia los animales y la forma de verlos ha venido cambiado. Hace unos años era extraño creer que las personas debían aprender sobre cómo tener un perro o un gato, pues la tenencia de estos animales domésticos no se entendía como algo que hubiera que aprender, tal como se ha asumido el rol de manejar el ganado o los cerdos. En la relación que construyeron mis abuelos con sus animales domésticos nunca escuché decir que necesitaban de un trato especial. Por el contrario, si se enfermaban se curaban con medicamentos de la casa o se esperaba su muerte, siempre se dejaban solos durante muchas horas, se alimentaban con comida preparada en casa, nunca tenían que llevarlos a un psicólogo y cuando morían se empacaban en bolsas de basura para que fueran recogidos en la calle y arrojados en el basurero de la ciudad. Sin embargo, lo anterior no desconoce que hoy en día se presentan este tipo de situaciones y este trato.

Este trato que se tenía con los animales domésticos fue heredado de sus padres o abuelos, para quienes resultaba descabellado incluir a los animales dentro de la casa o peor dentro del presupuesto familiar, en parte porque en la ciudad era difícil encontrar lugares especializados en animales. Además, esto representaba una gran cantidad económica que no estaban dispuestos a pagar, ya que ellos argumentaban tener las técnicas y herramientas de cuidado necesarias para sus animales; por lo que no era imprescindible acudir a un experto o profesional.

Ahora las cosas han cambiado y las personas que conviven con perros y gatos creen que es necesario e importante que la gente se informe sobre la forma adecuada para hacerlo, donde se suplan las necesidades del animal:

La gente debería estar certificada, todo el que quiera tener un perro debería tener un certificado de tenencia, que diga que se ha educado para tener un perro, porque se desconocen cosas de la naturaleza del animal, lo que hace que se maltrate, porque también es considerado como maltrato no hacer nada por solucionar los problemas de conducta que asume el animal a causa del mal manejo a sus características, porque un perro inestable va estar sometido a mas situaciones de estrés, a que lo amarren, que no le permitan socializar tanto, a que le griten (Entrevista a Isaac, 6 de septiembre de 2018).

Debido a este cambio en la concepción de los perros y gatos, estos pasaron de estar aislados a ciertos espacios y labores a estar por toda la casa, de estar excluidos de la familia, a ser incluidos en ella. Las personas les han dado otro lugar, percibiendo al animal en otra categoría, una importante, lo suficiente para creer que todo aquel que quiera vivir con uno, debe informarse sobre su tenencia.

Este cambio en la tenencia de animales domésticos también se dio en aspectos relacionados con el trato y los imaginarios hacia estos. Respecto a esto, Lina expresa: «Recuerdo que cuando yo era pequeña, estaba la creencia de que las perras debían tener un parto como mínimo en su vida, porque si no se enfermaban, mi papá creía esto, entonces se generó las condiciones para que Cane tuviera crías, el segundo parto si fue con un perro que a ella le gustaba, luego de esto se operó» (Entrevista a Lina, 4 de mayo 2019).

Esta transformación en la tenencia también tiene que ver con que la sociedad reconoce y se acoge a este fenómeno, como se explicó en el capítulo anterior. Se está incluyendo a los perros y gatos en diferentes espacios y actividades. Como respuesta a un mercado con una demanda creciente, cada vez son más los espacios permitidas para ellos, los parques que cuentan con los

implementos para jugar, bebederos de agua, juegos y rampas; casi todos los centros comerciales de la ciudad permiten circular con los perros y gatos. Estos buscan a partir de unas simples reglas de convivencia, que las personas puedan compartir con los animales en espacios que han sido pensados para el ocio humano. La industria comercial identifica la importancia de estos animales para las personas, y propicia espacios y actividades para fomentar esta relación, expande lugares para el ocio y el entretenimiento individual para que la persona pueda compartir con los perros y gatos. Esto promueve cierta particularidad en las personas, generado que los seres humanos se piensen de manera individual, y que en ocasiones suplan carencias afectivas y emocionales a través de los animales. Sin embargo, no se trata de aislar a estos animales en lugares hechos solo para ellos, sino de integrarlos a las dinámicas humanas y sociales en general, que de cierta manera es lo que se viene haciendo.

Por esto, desde hace algunos años, organismos gubernamentales y otros sectores de la población vienen discutiendo la posición de los animales dentro del campo político y jurídico. Implementando en enero del 2016 la Ley 1774, la cual reconoce a los animales como seres sintientes:

Artículo 1°. Objeto. Los animales como seres sintientes no son cosas, recibirán especial protección contra el sufrimiento y el dolor, en especial, el causado directa o indirectamente por los humanos, por lo cual en la presente ley se tipifican como punibles algunas conductas relacionadas con el maltrato a los animales, y se establece un procedimiento sancionatorio de carácter policivo y judicial (Ley 1774 de 2016).

Estas variaciones en la concepción de esta relación también se evidencian en la participación del gobierno a través de la promoción de lineamientos para una tenencia responsable,

como se evidencio en el capítulo anterior. Las personas reconocen la participación institucional en este fenómeno:

Ahora se están abriendo muchos espacios desde la Secretaria de Gobierno, creo que hay más educación sobre el control y esterilización, se le está apuntando mucho a la promoción de las prácticas deportivas y se está incluyendo más a la mascota en la vida social, cada vez son más los lugares donde permiten entrar con mascotas, friendly-pets, y otra vez se está empezando a ver mascotas de trabajo, de búsqueda, de servicio para personas con discapacidad (Entrevista a Danelly, 11 de enero de 2019).

Esta es una idea generalizada tanto en personas con perros y gatos, como en las que no conviven con animales:

En parte la ciudad se ha acoplado a estos animales, sí, porque ya vos ves en muchas partes que las personas anden con sus perros, hasta con sus gatos, aunque es raro ver que lleven un gato como un perro en los centros comerciales (yo he visto). En cualquier sitio público ya permiten el ingreso de mascotas, también en los parques colocan las bolsitas para que la gente recoja el excremento, por eso te digo aunque yo no tengo animales, pienso que el perro hace parte de la familia, ya se integró (Entrevista a Marcela,²⁹ 1 de febrero de 2019).

Lo anterior como evidencia de la idea generalizada sobre la intervención de los entes institucionales en la tenencia de animales, tanto en los espacios para estos como en su regulación. Por otro lado, cuando les pregunte a las personas si tendrían otro animal, estas concuerdan en que lo harían si tuvieran otro espacio, más dinero y tiempo. Las personas que sí tienen más de un animal, consideran que es mejor así: tener más de uno, porque al ser dos o más se hacen compañía

²⁹ Marcela, secretaria, habitante del Centro de Medellín, no tiene animales.

mutuamente, juegan y se protegen entre sí, y se podría decir que esto aliviana en cierto sentido la responsabilidad del dueño, ya que el animal, al tener con quien jugar y acompañarse, el individuo no tiene que estar todo el tiempo supliendo estas necesidades. Relacionado con esto, Daniela expresó:

Como están los tres juntos en la casa, entonces se entienden mejor, para ellos es más tranquilizante diría yo ver otros como ellos, pues, porque aunque uno también juega con ellos y los acompaña, es diferente que lo hagan entre ellos mismos, entonces siento que estar rodeados de otros animales también les ayuda a relacionarse con nosotros, porque si ellos están tranquilos, los demás también (Entrevista a Daniela, 18 de septiembre de 2018).

Personas que han tenido animales durante toda su vida hacen hincapié en lo positivo de que el animal esté acompañado por humanos y animales. Al ser seres que toda la vida han cumplido funciones necesitan hacer algo para estar estables, los perros y gatos necesitan movimiento, acción, jugar y actividades, como lo expresa Isabel: «He notado que es importante tanto para gatos y perros estar siempre acompañados por otros animales, a ellos les hace mucho falta la atención, estar con alguien, hacer algo por la jauría, ellos no se sienten bien estando ahí porque sí, les hace falta participar, tener interacción con otros» (Entrevista a Isabel 6 de abril de 2019).

Tener en cuenta las características del animal, significa que la persona se interesa por facilitar esta interacción. La decisión de una persona de llevar otro perro o gato a la casa está influenciada por el interés de esta en vivir con otro, en ocasiones pensando que esto va beneficiar al que ya está por la compañía.

Retomando a las personas que solo tienen un animal, estas piensan y justifican este hecho por varias razones, una de estas es porque se sienten plenos con uno solo, y no se animan a tener otro porque no lo ven como algo necesario: «Nosotros nos sentimos muy bien con la gata, cuando hablamos de traer otro animal no encontramos un motivo para hacerlo, ninguno en la casa ha manifestado deseos de hacerlo, estamos conformes y contentos con ella, nos llena y es suficiente» (Entrevista a Juan Carlos, 20 de marzo de 2019).

Otros no lo hacen por cuestiones de dinero o espacio: «Lo único que le impide a mi hija para traer otro animal a la casa, es porque ella sabe la situación económica —como vivimos—, que en ocasiones no hay para algunas cosas, entonces tener otro animal para no darle lo necesario, no estamos de acuerdo, por eso ella se ha contenido tantas veces de hacerlo, de resto tendríamos otro perro y un gato» (Entrevista a Cecilia, 22 de abril de 2019).

En este tipo de situaciones se piensa en el animal, al reconocer que no se presentan las condiciones necesarias para su tenencia, antes que en el deseo de la persona, de querer tener otro. Por otra parte, están los que no llevan otro animal a la casa porque creen que va pelear con el perro o gato que ya está, o que posiblemente no se van a llevar bien porque no están acostumbrados. Esto significa que la persona pone de antemano sus suposiciones para justificar un comportamiento, una decisión, en este caso, quizás por el trabajo que implica en ocasiones realizar una socialización; lo que no significa desconocer que, con paciencia e información, viven gatos, perros y humanos, al punto de establecer vínculos entre especies. Relacionado con esto, Alexander expresó:

Yo les he dicho a mis papás que adoptemos otro gato o un perro, pero ellos son muy reacios a esto, dicen que no que porque van a pelear entre ellos, que no se van a llevar bien. Yo no estoy de acuerdo con esto, yo pienso más bien es en cómo hacer que se conozcan, a eso si le hecho cabeza

porque creo que no puedo traer otro animal a la casa y dejarlo ahí sabiendo que acá ya vive otro y que esto puede generar fricciones entre ellos, debo primero infórmame y saber cómo hacerlo (Entrevista a Alexander, 27 de enero de 2019).

En los casos donde se toma la decisión de llevar otro animal diferente al que está en la casa, la persona es cuidadosa, está atenta y se asegura que se propicie una aceptación por parte de ambos:

Al principio era difícil porque igual ellos no se conocían, no habían interactuado entre sí, yo trataba de que el perro oliera y reconociera las cosas del gato, y lo mismo con el gato, mantenía muy pendiente porque no quería que se lastimaran o algo, dejaba que se vieran pero que no estuvieran muy juntos, y poco a poco se fueron acercando, y con el tiempo ellos se familiarizaron y no hubo ningún inconveniente, de hecho mi mamá siempre dice: ‘Vea que los animales le enseñan a uno a convivir’, porque es una creencia muy arraigada que perros y gatos no se llevan bien, pero cuando uno tiene la experiencia se da cuenta que eso no tiene validez, que los perritos se aprenden a relacionar muy bien con los gatos y viceversa, y que incluso pueden entre ellos establecer relaciones muy cercanas (Entrevista a Estefanía, 5 de octubre de 2018).

Lo anterior evidencia cómo la persona identifica las habilidades, las explora, las explota y las fomenta, para generar que el animal se relacione con otras especies. Además, es un ejemplo de cómo el humano es el que condiciona y dirige esta relación, y cómo dependiendo de la disposición que esta tenga determina el tipo de interacción con el animal. Entonces, si la persona está dispuesta a afrontar lo que implica en cuanto a energía, responsabilidad, tiempo, dinero y demás llevar otro animal a la casa, es porque para esta es más importante lo que da y brinda esta relación que el engranaje necesario para propiciarlo. Además, si es adoptado contribuye a darle una oportunidad a un animal sin casa. Aunque el individuo tiene en cuenta las implicaciones de llevar otro perro o gato a su casa —sabemos que en algunos casos esto es lo que determina esta decisión—, en otras

situaciones prevalece el deseo de querer tener otro animal, de seguir experimentando todo lo que trae consigo vivir con ellos.

Otra concepción común entre los dueños, es que, estos aseguran que los animales serán como el humano los críe, es decir, se asume que ellos se comportarán como usted los trate, les enseñe y a las dinámicas que los habitúen. Relacionado con esto, Mariela expresó: «Ellos son lo que usted haga con ellos, a lo que uno los acostumbre, eso está comprobado, eso no le busque, uno tiene el poder de hacer de ellos algo bueno o malo» (Entrevista a Mariela, 3 de marzo de 2019).

Esta creencia es una forma de validar el poder que tiene el humano sobre el animal, no en el sentido de que el perro o el gato va a ser exclusivamente lo que la persona quiera, sino en el sentido de que el contexto en el que este, —y este contexto se refiere al mando o tutela de la persona—, será el que determine e influya en el comportamiento del animal. Lo que implica que el animal es criado como un reflejo de su dueño, y en general, de lo humano.

La persona no desconoce el dominio que tiene sobre el animal, aunque sea un poco inconsciente, en el sentido de que, aunque el individuo sabe que puede determinar la conducta del perro o el gato y que carga al animal de lo que él es, esto no lo ve como una relación de poder, sino como algo natural y establecido. Es decir, la persona reconoce que como críe o enseñe al animal este va a ser, pero no asume lo que esta posición significa en términos sociales y culturales, en la que el humano se relaciona a partir del control que ejerce sobre su entorno, en este caso sobre el animal. Es difícil escapar de esta posición, que ha sido la base en la manera de relacionarse con la naturaleza. El asunto es qué tan consciente es la persona de su postura y cómo esta influencia su percepción de la vida y el animal.

Los individuos creen que la convivencia con perros y gatos propicia que se vaya generando cierta sensibilidad hacia otros animales, lo que influye en que el individuo ya no los vea igual que antes; esto es, no le es indiferente un perro o un gato callejero, o de otras casas. En algunos casos compartir con un animal provoca cierta empatía hacia los otros, así estos sean extraños. Relacionado con esto, Jaqueline expresó:

Desde que tengo a la gata y los perros no volví a ver igual a los otros animales, y menos si están en una situación vulnerable, siempre trato de acercarme, acariciarlos, molestarlos o preguntarle al que lo lleve por el nombre o la edad, es como si viera a Mamba o a Slash en los demás animales, eso también es duro porque uno quisiera ayudarlos a todos y que ninguno sufriera, pero no se puede, pero sí, tenerlos a ellos hace que sienta afinidad por los animales en general (Entrevista a Jaqueline, 12 de septiembre de 2018).

Esta sensibilidad de la que hablan las personas es selectiva para ciertas especies y se genera a partir de la experiencia de la persona viviendo con un perro o gato. Sucede, curiosamente, cuando el individuo relaciona los otros animales que ve por ahí con el suyo. Es decir, esta empatía que menciona Jaqueline hacia otros perros y gatos, se genera a través del animal propio. Para que esto suceda la persona tiene que compartir con un animal, porque a partir de esta interacción es que se motiva el trato hacia los otros, lo que hace que las personas que tienen perros y gatos no sean indiferentes a los demás. Sin embargo, esto no excluye que hay personas que rechazan a otros animales, aun conviviendo con uno. El humano se relaciona con la naturaleza a partir del reconocimiento y la interacción que tenga con esta. Una persona que nunca haya tratado a un perro o un gato es un poco difícil que se incline hacia esta empatía, en relación con una persona que vive y se relacione constantemente con estos.

Convivir con animales requiere de hacer actividades, desde limpiar el espacio y las pertenencias del animal y jugar, hasta comprar la comida y servirla. Es claro que esta relación da algo que hacer, el punto está en cómo las personas asimilan esta responsabilidad que implica y genera diferentes actividades. Para una persona que tiene buen tiempo libre, vivir con un animal lo hace tener una rutina, una obligación, alguien por el cual responder. Esto implica para el individuo asimilar al perro o al gato como tener algo que hacer, algo agradable que se hace con gusto, donde, a su vez, la persona se siente útil porque contribuye a la supervivencia de un ser vivo:

Sin Pepper y Lola quién sabe dónde estaría, ellos me dan algo que hacer aparte de estudiar, antes yo llegaba a la casa y era una aburrición todo el día, sin nada que hacer, solo veía tv, en cambio con ellos, sé que debo sacarlos, entonces me voy a caminar por acá o el parque, salgo y compro la comida o juego con ellos y así. Entonces ellos me dan que hacer, pero son cosas que disfruto, que hago porque me nacen, porque me gusta saber que soy útil a otro ser, aunque a veces sí tengo pereza, pero solo con mirarlos me animo a hacerlo (Entrevista a Ana, 9 de noviembre de 2018).

Para las personas vivir con un perro o un gato hace sentir que se invierte el tiempo en algo valioso, que se hace algo por un ser que lo necesita y lo disfruta. El animal exige movimiento, implica un accionar constante en diversos aspectos, como conseguir la comida, las salidas que requiere el perro, la limpieza (del animal y el espacio), el juego, relacionarse con otros dueños, y las demás actividades específicas que le gusta a cada persona. Depende del estilo de vida que lleve la persona y de su rutina el que tome estas actividades como algo beneficioso o restringido. El ser humano propicia y disfruta el ser productivo, contribuir en algo, hacerse cargo de las cosas, tener el control de lo que le rodea.

En la interacción humano-animal hay una relación de poder establecida desde la domesticación: el trato entre estas especies fluye en la medida que el ser humano lo permite. La posición que tiene el dueño frente al animal es una posición de control ante ese ser, ambos suplen necesidades a través del otro, pero en los roles establecidos el humano tiene la ventaja. De cierta manera existe una conciencia sobre esto, que influye en el trato que se les da a los animales. La persona representa autoridad para el animal, y este muestra actitudes de sumisión y obediencia que el humano recibe de buena manera. Refuerza su figura de mando a través de su interacción con el animal, al percibir que el perro o el gato permiten esa potestad sobre ellos se naturalizan las posiciones donde uno dirige y el otro sigue. Respecto a esto, Carolina expresó:

Yo digo que mi mamá se apegó tanto a ellos como por ese vínculo de respeto que se da entre los seres humano y los animales, porque mi mamá siempre ha sido de jerarquías y a ella le gusta que le hagan caso, poder mandar en cierto sentido, que le copien, y yo he sido más bien rebelde, en cambio los perros le hacen caso a ella, le obedecen, y eso le gusta, entonces cuando yo le digo que los quiere más a ellos que a mí, ella responde que sí, porque ellos no le contestan ni le hablan grosero (Entrevista a Carolina, 22 de septiembre de 2018).

Esta posición de poder que existe frente a los animales no excluye que estos sean considerados como parte de la familia. Esta postura de dominio está presente en la relación, cada persona la asume, pero no es algo de lo que el individuo habla cuando se indaga por su convivencia con el animal. Las personas no utilizan esta noción como argumento, tampoco se refieren a esto cuando hablan de sus animales. Es algo que se sabe, que está ahí e influye, pero que no se suele poner sobre la mesa para cuestionarlo, porque socialmente se ha naturalizado en el sistema cultural, la jerarquía del humano sobre la naturaleza. Así, no se habla de cómo se condiciona al animal desde cosas simples como no dejarlo jugar con cierto perro porque la persona no se lleva bien con

el dueño, o regañarlo porque se emocionó con la visita o no dejarlo tomar mucha agua porque orina mucho; o situaciones más complejas como ponerle accesorios y cosas que no necesitan, o sobrecargarlo de afecto y no dejarlo expresar. La persona sumergida en su posición se siente cómoda con la respuesta sumisa del animal frente a su papel de autoridad.

El día a día con un animal, compartir espacios íntimos como la cama, el jugo y las caricias, crean una sensación de confianza entre ambas especies. Esto hace que las personas creen y en ocasiones juren que el perro o el gato jamás los van a atacar, lastimar o herir. Pareciera que por momentos se olvida que, así existan vínculos con los animales, estos no dejan de ser bestias y que sus instintos, aunque estén un poco apaciguados, no están erradicados. Las personas llegan a un punto extremo de proximidad con el animal, en el que no se tiene en cuenta su instinto, lo sumergen tanto en las lógicas humanas que obvian sus características innatas en las que estos, si se sienten agredidos, van a reaccionar independientemente de si es el dueño o no. En ocasiones las personas se interrogan en el porqué de esa seguridad:

A veces me quedo mirándolo y lo veo tan grande, puro músculo, esa mandíbula letal que rompe lo que sea y pienso en por qué no me da miedo; por qué estoy tan seguro de que no me va hacer daño. Es algo raro, porque yo creo tener presente que el Negro es un animal salvaje que se ha domesticado, pero después siento que es más el tiempo que lo olvido, y él también en ocasiones me recuerda que es una fiera y que no debo olvidarlo (Entrevista a Santiago, 22 de marzo de 2019).

Las personas están tan seguras de su influencia sobre el animal, y del afecto que estos les tienen, que creen que son incapaces de hacerles daño: se subestima al animal y se elogia la capacidad del humano por controlar al perro o gato, no necesariamente a través de la fuerza, sino del compartir. La cercanía hace que el humano olvide la naturaleza del animal en la que este se

defiende, y no espera a que lo hagan por él, lo que demuestra que no se reconoce al animal sino la capacidad de la persona por apaciguar y mantener relegado su instinto.

Entender este asunto es un tanto complejo, porque hay que tener varias cosas en cuenta. Si bien existen situaciones donde, por ejemplo, un perro ataca a un miembro de la casa porque se siente invadido o asustado, o puede reaccionar de forma impredecible si lo lastiman, para algunas personas esto no implica que el animal sea agresivo, no, sino que se toma como un recordatorio de su condición de animal que reacciona ante instintos, como se evidencia en esta situación:

Ese día fue horrible, mi mamá me llamó, yo estaba en la universidad y me preguntó que si me demoraba, yo le dije que por qué, que si había pasado algo que me dijera, y ella no me quería decir, hasta que dijo que Noto había mordido a Emiliano (sobrino) pero que no había sido grave. De una salí para la casa, cuando llegue se habían llevado al niño al hospital, y me contaron lo que había pasado, y es que Noto estaba en el corredor, afuera de mi cuarto esperándome, y ese pasillo estaba oscuro, entonces Emiliano salió corriendo rápido, haciendo ruidos fuertes y como que no lo vio y le pegó al perro con los pies, y el perro se asustó y le tiro a la cara, pero como que de una reaccionó, vio que era el niño y se corrió todo achicopado, pero ahí, el papá del niño de una le empezó a pegar y mi mamá tuvo que quitar al perro porque lo estaba lastimando mucho. Él estaba enloquecido porque es el hijo y uno entiende, pero ese man tampoco entendió que si el perro le hubiera querido hacer algo lo hubiera hecho, el perro se asustó y reaccionó y de una cuando se dio cuenta que era Emiliano se quitó, porque ellos se la llevan bien, y el niño lo trata con respeto, nosotros le hemos enseñado. Al final no le pasó nada al niño, sí lo raspo por la ceja, fue una experiencia muy horrible pero ahí es cuando uno ve que ellos no dejan de ser animales. Afortunadamente siguen llevándose bien y juegan (Entrevista a Miguel, 3 de marzo de 2019).

Lo anterior es una muestra de que el afecto hacia el animal no es garantía de la supresión de su condición natural, y que, aunque a la persona le sea difícil imaginar que estos puedan agredir

a la mano que le da de comer, puede pasar. Para los dueños se hace difícil desconfiar de él perro o el gato cuando comparten con ellos gran parte de su tiempo, les cuesta un poco marcar distancias de contacto y proximidad con el animal, en parte porque ellos mismos son los que buscan este contacto. Esta creencia también responde a lógicas culturales porque son ideas que se forman socialmente sobre esta relación, que se establecen con el tiempo y se basan en que ni el animal ni otro humano puede agredir la mano que le da de comer, pero, aunque el animal expresa respeto por el dueño, no significa que tenga presente estas razones, —como se expresó anteriormente—: si se siente agredido puede reaccionar, así esto no encaje en el ideal de esta relación desde el punto de vista humano.

Cuando se habla con las personas sobre lo que piensan de los perros, es notorio que su respuesta dependa del tipo de perro que sea, ya que existen ciertas diferencias si hablamos de razas grandes y pequeñas, o si hablamos de criollos. Esto ocurre en parte porque no todos los perros gozan de una misma jerarquía: esta varía dependiendo de la posición social, económica y ocupacional de sus dueños y de la condición del animal. Por esto, cuando se habla de animales domésticos no se hace referencia a los mismos tipos, la misma raza o la misma forma de jerarquizarlos en nuestra vida. Los seres humanos han trazado algunas distinciones sociales y culturales en torno a los animales, y estas diferencias se ilustran, por ejemplo, en la selección que se hace entre aquellos animales que comen y aquellos que no son aptos para el consumo. Lo que conlleva a que socialmente existan preferencias por unos y tabús por otros.

Los dueños de perros grandes —pitbull, bull terrier, rottweiler, pastor alemán, lobo siberiano, entre otros— creen y sienten que en ocasiones son discriminados por algunas personas que tienen perros de tamaño mediano o pequeño. Esto, debido a actitudes como impedir que jueguen los perros pequeños con los grandes, correr al perro o alejarlo cuando se acerca otro más

grande —como si lo fuera a contagiar de algo letal—, exigirle al dueño del perro grande que no lo puede dejar suelto —cuando la misma persona tiene suelto el suyo—, o que recoja el excremento cuando en ocasiones las personas de perros pequeños no lo hacen por ser poco o reducido, o al afirmar que solo los perros grandes deben llevar bozal como si los de tamaño pequeño no pudieran ser agresivos también.

Estas situaciones hacen pensar a los dueños que, desde hace tiempo, se han creado recelos hacia estas razas, basados en sus atributos físicos y su carácter temperamental, esto es, en el argumento de que suponen un peligro para las personas en caso de confrontación. Las instituciones y la sociedad han sido determinantes en esta situación, al catalogar y generalizar a los perros de esas características, obviando que es el ser humano el que condiciona la conducta de los animales domésticos. El trabajo etnográfico realizado evidencia que las personas que viven con ese tipo de animales piensan que la raza del animal no es la que determina su comportamiento, sino el ambiente y el contexto donde se críe. Por otra parte, esta posición no desconoce que han ocurrido casos donde perros de estas razas atacan a otros perros y hasta personas. Sin embargo, tampoco se ignora que personas que no conviven con perros ni gatos también demuestran su desconfianza a este tipo de razas, y en ocasiones demuestran su disgusto:

Me he dado cuenta que socialmente existe una estigmatización con ciertas razas, sí, lo he sentido, por ejemplo muchas personas cuando ven que voy con Dominica se cambian de acera, o cogen a sus perritos que son pequeños porque va a pasar uno con la perra, o a veces que yo quiero acariciar un perro pequeño la persona se enoja por hacer esto estando con Dominica, incluso hasta personas que no tienen perros, me han dicho cosas por la apariencia de la perra, como que ‘ese animal tan peligroso no deberían tenerlo’, aunque también hay gente que dice que tan bonita y la acarician (Entrevista a Valeria, 20 de mayo de 2019).

Debido a las situaciones que se han presentado de peleas y agresión con estas razas, —en parte porque han sido adiestrados para el ataque y la defensa—, los entes del Estado han establecido unas artículos que ponen límites y condiciones a la tenencia de las llamadas razas de perros consideradas como potencialmente peligrosas, bajo la Ley 1801 de 2016,³⁰ conocida como el Código de Policía, se promueven una actitud diferenciada con los perros denominados de razas potencialmente peligrosas. Estas han establecido ciertas exigencias para las personas que vivan o quieran hacerlo con estas razas, como registrarlos en la alcaldía, tener puesto el bozal, no transitar sin la correa por zonas comunes, entre otros.

Esto ha generado cierto estigma por parte de la población hacia estos perros. Además, si se tiene en cuenta que cualquier perro, independientemente de su raza puede expresar signos de agresividad, puede así convertirse en un animal potencialmente peligroso, lo que evidencia que los caninos identificados como peligros, pueden estar erróneamente calificados bajo esa categoría. La situación es compleja, teniendo en cuenta que en ocasiones existen personas que tienen este tipo de razas porque reconocen que, si se fomenta y enseña la agresividad y el ataque, estos perros tienen potencial para hacerlo. Por lo demás, esto expresa una identificación con ese aspecto rudo del animal. Sin embargo, las personas manifiestan que no es la raza la que determina el comportamiento de este, sino la persona:

He tenido problemas con la gente por el perro, porque ellos creen que por ser un bull-terrier entonces ya va a atacar a otros perros, niños y personas, me da una ira, porque es un tabú, que omite que los animales aprenden y hacen lo que les enseñen. Si a uno que le gustan este tipo de animales, debe aprender a canalizar sus energías, porque lo que sí es cierto es que los perros y gatos necesitan

³⁰ Véase artículos 108-E-108-M: <https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=5515>

ejercicio y socialización, más aún si son estas razas grandes. En la calle lo ven como todo malo, pero él es súper delicado con los niños, con mis primos pequeños, es puro amor, juega con todos los perros, como yo los he criado en manada, y con gatos, no son agresivos, ni los criollos ni los de raza, por eso digo que esos comportamientos van en la crianza. Pero la gente ni se toma el trabajo de tratar al animal, o bueno, no lo tienen que tratar, pero que vean cómo se comporta antes de juzgar y dejarse llevar por lo que dicen en la televisión y la gente que no sabe de animales (Entrevista a Isaac, 6 septiembre de 2018).

Lo anterior ilustra las ideas establecidas socialmente frente a estas razas, que las personas asumen sin tener presente las variables en estos casos. Aceptan esta postura porque es la que se presenta a través de los medios, de las instituciones y de los demás. El individuo lo toma y lo replica apoyado en el aspecto del animal que se asocia con la agresividad. No se trata de crear leyes que enfatizan en cómo tratar y actuar con estos perros, sino de fomentar espacios de debate y reflexión que desarrollen particularmente el tema, que tengan en cuenta los diversos elementos, entre esos, la influencia de la persona y en los casos donde el animal ya presenta estas conductas saber abordar la problemática. Se valora el avance de la Ley 1174, que reconoce a los animales como seres sintientes, sin embargo, hay aspectos que falta tener en cuenta e incluir, porque los perros potencialmente peligrosos han recibido un trato carente de las protecciones que se le deben a un sujeto sintiente y constitucionalmente protegido.

Por esto, la forma en que se educa al animal es un factor decisivo de la convivencia en los centros urbanos, pues las personas señalaron que cualquier animal es fundamentalmente resultado de la educación que se le haya brindado, lógica especialmente reforzada en los discursos de los movimientos que buscan reivindicar los imaginarios construidos sobre estas razas.

Siguiendo con las concepciones en la tenencia de animales domésticos, hay que decir que, con la llegada del animal a la casa, las personas se enfrentan a diversos cambios; por un lado están las modificaciones en las dinámicas, el espacio y el tiempo, y por otro están los cambios que según las personas ocurren a nivel interior, aquellos que no son físicos, ni son evidentes a simple vista. En la mayoría de los casos solo se perciben los primeros, en otros se tienen en cuenta ambos siendo más significativos los segundos. Por ejemplo, Estefanía resalta los cambios de tipo interno, más que los cambios en su rutina:

Desde que llegaron los perros ellos cambiaron mi vida desde todo punto de vista, me hicieron ver cosas que no uno no cree, la nobleza y la fidelidad de ellos son cosas que uno no tiene, definitivamente no tenemos y ellos se la enseñan a uno. Aparte, yo disfruto de la compañía con ellos: para mí, pasar una tarde no es un sacrificio, a mí me gusta y yo busco esos espacios. Ellos desde el principio fueron mi compañía, yo no creí que me fueran a cambiar tanto, me he vuelto una persona más tolerante, más consciente de los diferentes seres vivos. Yo soy de las personas que si tiene que dejar de salir en un diciembre porque están quemando pólvora, lo hago sin mente, yo no puedo descuidar mi responsabilidad (Entrevista a Estefanía, 5 de octubre de 2018).

Se repite la idea de creer que los animales tienen aquello que les falta a los humanos o que han perdido. Esta creencia refuerza el vínculo porque se encuentra en el perro o el gato aquello que la persona busca en sus congéneres humanos —nobleza, atención— pero que encuentra en otra especie. Los diferentes cambios que se dan al tener un gato o perro son recibidos de buena manera:

Sí se han dado cambios, pero tampoco han sido los súper cambios; la rutina sí le cambia a uno, porque antes me quedaba relajado en la cama hasta la hora de irme a trabajar, ahora no, me levanto temprano para salir con Amber. También hay cambios en la disposición del tiempo, uno se mide más para salir, porque está presente que hay alguien por quien responder, que lo espera en

casa, pero no son cambios malos o que me disgusten, por el contrario me gustan, me exigen ser disciplinado y eso me gusta, antes me siento mal cuando tengo poco tiempo para estar con ella (Entrevista a Juan, 13 de marzo de 2019).

Estas modificaciones son innegables, son parte del proceso de incluir otro miembro en la casa. Esta incorporación de los perros y gatos dentro del contexto familiar, y de estos como familia, genera cambios y transformaciones no solo dentro de las estructuras familiares, sino que a su vez cuestiona e incorpora nuevas nociones para entender esta interacción. La asimilación e identificación de estos cambios depende en gran medida del tipo de persona que sea, de sus rutinas, sus gustos y actividades, y de la aceptación que haga la persona del animal. En algunos casos la persona representa al animal como un ser que influye en su forma de asimilar la vida y las relaciones, uno con la capacidad de hacerlos ser «mejores humanos». Estos cambios significan para las personas vivir permeados por el perro o el gato y por lo que estos representan en su cotidianidad y en su percepción del mundo. En algunos casos, las problemáticas que se presentan con el animal generalmente se dan por la dificultad de la persona de afrontar los cambios que surgen con esta convivencia.

Para cerrar este apartado se abordan las creencias de las personas alrededor de la muerte de los animales. La muerte de un animal es un hecho doloroso, al punto de que las personas lo asemejan con la sensación de la muerte de un ser querido. Si bien, en un principio, no imaginan que pueda ser así, al vivirlo es un desborde de sentimientos. Cuando el perro o el gato mueren, algunas personas piensan y deciden no tener más, queriendo evitar volver a sentir esa sensación de dolor creyendo que lo mejor es ahorrarse sentimientos y perderse de otros con tal de no volver a sentir esa emoción. En ocasiones, sin embargo, esa misma sensación impulsa a la persona a tener de nuevo otro animal, como le sucedió a Byron: «Cuando se murió la gata, yo dije: no más gatos,

no quiero volver a tener animales en la casa, porque es muy duro que se le muera a uno, y sentir que no va a volver es muy maluco, pero después, a los meses quería volver a tener gatos; por esa misma sensación de dolor, de estar triste por lo de Astrid, decidí tener otro gato» (Entrevista a Byron, 9 de febrero de 2019).

La persona extraña esta interacción de vivir con otro animal y busca generar esta relación de nuevo.

Pese a sentir dolor, proyecta que se sentirá mejor teniendo otro animal en vez de quedarse sin él. Es significativo para estas personas volver a propiciar este trato, más aún después de haber afrontado una pérdida. De las personas con las que hablé que habían pasado por este suceso, la mayoría ha vuelto a tener animales en su vida luego de esto, pensando que la muerte también hace parte de vivir y compartir con estos seres: «Los primeros días fue muy duro, no tenía ánimos de hacer nada, muy triste por su muerte, extrañaba todo, pero poco a poco fui sintiendo que, aunque es doloroso, Danyi está bien y fui afortunada de compartir ese tiempo con él, igual yo también voy para allá, eso hace parte de la vida y del compartir con otro» (Entrevista a Cecilia, 22 de abril de 2019).

En algunos casos, el ser humano resignifica este suceso entendiéndolo como un aprendizaje, por más que en el momento mismo, por la tristeza, no lo vea así. Pero a medida que se reflexiona (si es el caso) la persona cree entender algo que va más allá de sentir un vacío:

A mí me dio muy duro cuando los perros mataron a la Negra, me dio durísimo, pero entendí que eso es lo que uno hace con los animales, y eso es lo que los animales hacen, ella mataba tortolitas y muy cruel por cierto y los perros fueron crueles con ella, pero ella también hacía eso; eso entendí, como la cadena que hay, todos lo hacemos, unos lo hacen más que otros pero todos lo hacen (Entrevista a Isabel, 6 de abril de 2019).

La muerte del perro o el gato implica para la persona darle un sentido (sea el que sea) a este hecho. Es un cambio brusco donde se pierde aquello que se había construido, en lo que se habían depositado esfuerzos; el individuo se enfrenta a la situación tratando de darle una interpretación, influenciado por la causa de muerte, sus creencias del individuo y el sistema cultural que dice cómo actuar y afrontar estas situaciones. En el caso de Isabel, en que unos perros mataron a su gata Negra, ella hace su reflexión diciendo que eso que sucedió es lo mismo que hacen los humanos todos los días, incluso su misma gata lo hacía. En este caso, la persona toma un suceso personal doloroso y lo enmarca en un contexto general, para descubrir cómo, al estar sumergidos en las dinámicas sociales, se ignoran otras estructuras que hacen parte de la realidad humana, donde unos matan a otros, animales y humanos.

Se vive con un animal, se genera un trato, y, en esa relación, la persona está sumergida y olvida que ese ser bonito y tierno para él —un gato—, caza a otros animales y en ocasiones omite que ambos seres están sujetos y sometidos a un sistema que funciona a modo de jerarquías. Entonces, por ejemplo, algunos perros adiestrados agresivamente pueden matar gatos, y los gatos a su vez son cazadores por naturaleza y el humano por su parte se considera que está por encima de los animales. En este caso, la muerte actúa como un elemento que permite concebir aspectos humanos y sociales de la existencia, donde el animal, más allá de su presencia física, implica para la persona una relación con la naturaleza —la del humano y la del animal—, donde su interacción permite aprender acerca de nosotros como criaturas sociales.

Siguiendo con las concepciones es importante saber cómo las personas entienden, definen y se expresan de sus lazos afectivos con el animal. Existe una idea generalizada y es que actualmente los animales domésticos son asumidos como integrantes de la familia, sin esperar que dejen de ser animales, sino por el contrario buscando compartir con una especie diferente:

Mis perros son mi fuerza emocional, aprendo constantemente de ellos, por la forma de ser de ellos y su manera de relacionarse. Son miembros importantes dentro de la familia pero no espero que dejen de ser perros o gatos, me gusta que sigan siendo fieras, salvajes, que mantengan sus instintos, y eso es tener un relación fuerte y en algunos momentos rudas, pero que es más balanceada, para ellos es mucho mejor mentalmente (Entrevista a Isaac, 6 de septiembre de 2018).

Las personas reconocen que los perros y gatos contribuyen a su estado anímico, afectando positivamente en la cotidianidad de las personas: «El gato influye mucho en el estado de ánimo, llegas y si no has tenido un buen día, el gato te alegra de cierta manera, él se hace querer, te hace sentir especial, es una energía muy bonita, es como otra persona más en la familia pero más especial porque no habla ni juzga, pero dice mucho con su comportamiento» (Entrevista a Juan Pablo, 13 de octubre de 2018).

Los animales domésticos llegan a ser importantes para los humanos, a tal punto que estos prefieren pasar tiempo con ellos. Al asumirlos como seres honestos, eligen su compañía a la de personas que, según ellos, en realidad no expresan lo que están pensando y sintiendo:

Los perros son miembros de la familia y del espacio propio, uno con ellos no se siente solo, les puedes decir lo que quieras y ellos no te van a juzgar, van a estar ahí, a tu lado, le puedes dar la peor paliza del mundo y van a estar ahí contigo, entonces es eso, yo no sé cómo hacen. Yo sé que son perros porque hacen cosas diferentes a los humanos, pero a veces digo, prefiero convivir con ellos a convivir con las personas, pues de estar en una oficina conviviendo con un montón de personas falsas, prefiero estar con los perros, por lo menos ellos son naturales, y son terribles, pero son naturales, y son como ‘Sí, es que yo soy así, me gusta hacer daños y comerme los cables y esconda sus zapatos y sus cosas’, pero no hacen el daño que las personas sí hacen (Entrevista a Carolina, 25 de septiembre de 2018).

Algunas personas creen que conviven con perros y gatos buscando relacionarse con la naturaleza, con una especie diferente —que a la vez transmite compañía—, en pos de algo que según estos no encuentran en la sociedad:

Creo que tenemos animales buscando compañía, buscando interactuar con seres diferentes, también lo hacemos buscando dónde depositar amor, que es algo muy importante y se vuelve un pilar fundamental porque ellos también lo hacen con vos, ellos depositan amor sobre vos, confianza, y es algo que en la sociedad es muy difícil de encontrar, una situación sentimental recíproca, juegan un papel fundamental para las personas, y uno disfruta de querer los animales (Entrevista a Cecilia, 22 de abril de 2019).

A medida que pasan los días, la persona va entablando una relación cercana con el perro o el gato, lo incorpora a las rutinas, en las actividades cotidianas, y hasta piensa en él: «Yo duermo con él, desde que esté en la casa él mantiene ahí conmigo, lo saco, no le cuento mis cosas porque tampoco hasta allá, pero sí le hablo, y lo molesto diciéndoles cosas como: ‘¡Ay, te amo!, tú eres el amor mío’, le hago ciertos cariños, y muchas veces estando por fuera pienso en como esta él» (Entrevista a Miguel, 3 de marzo de 2019).

La responsabilidad que se debe tener al convivir con una animal es una de las características de la experiencia de la tenencia; sin embargo, algunas personas creen que no es mucho lo que hay que hacer y que, por el contrario, es más importante lo que dan los animales:

Es una compañía enorme y a la vez es una responsabilidad grande, aunque ahora no me parece tan grande, pues yo pensaba que el proceso para que ella se adaptara iba a ser complicado, largo y eso, pero fue fácil. Lo que implica la responsabilidad con ella es básicamente darle comida y sacarla, entonces por el lado de la responsabilidad no lo veo complicado, diría que es más lo que

me ha dado ella que lo que hay que darle a ella, siento que recibo mucho a cambio de dar poco (Entrevista a Valeria, 20 de mayo de 2019).

Este ejemplo evidencia el lugar especial que se le da al animal: uno donde, aunque este no haga mucho, más allá de ser él y existir, la persona valora esto más que lo que ella hace para para suplir las necesidades del animal. En este sentido, para Valeria, es poco lo que ella hace en relación a lo que recibe, lo que implica que no importa lo que el humano haga, porque se aprecia más lo que este siente que lo que tiene que hacer. Las personas argumentan que, aunque no existe una retribución material por parte de sus perros, sí se da a través de la fidelidad y la incondicionalidad, lo cual es satisfactorio y suficiente para que un perro o un gato reciban cuidados y caricias. Se considera aquí, claro, el componente emocional que aportan estos animales dentro de la vida familiar. Sin embargo, algunas personas, como Juan, entienden su relación con el animal como si fuera la de dos amigos:

Yo diría que nuestra relación es de amigos, como par parceros, la mayoría de las personas dicen papá e hija, cuando se refiere a ella es como que ojo con el papá o cuida al papá, pero no sé si sea tanto una relación así de padre e hijo, aunque uno a veces la puede tomar así porque soy responsable de ella, pero no, no veo nuestra relación así, la veo y la asumo como una parcerera, una amiga con la que vivo bien y nos divertimos juntos (Entrevista a Juan, 15 de agosto de 2019).

Las personas que conviven con los animales asumen esta relación de diversas formas; para algunos, simplemente son animales que se quieren:

Para mí son animales, son animales que quiero mucho, que tienen un nombre, que no los llamo

'gato' porque tendría que llamar gato a cuatro, que ya que están en la casa tengo que hacerme responsable de ellos, darles de comer porque, pues, nadie me obligó, tengo que cambiarle

la arena, tengo que cuidarlo, pero si ellos no están ahí, no están ahí, que si llego y no me saludan, normal, a mí me gusta que lleguen y saluden pero si no, y están por allá, en sus rollos, no tengo problema; claro que sí, unos lo llama, los mima, pero hasta ahí y ya, no soy de hablarles tierno, mi novia sí (Entrevista a Sneider, 14 de febrero de 2019).

En otros casos la persona entiende esta interacción desde la emoción y el beneficio que trae consigo el vivir con un animal, otorgándole la capacidad inconsciente de mediar en las relaciones entre los miembros de la casa:

Es una buena relación, siento una conexión con el perro. Ha sido una relación muy emocional de momentos también de la vida, ha estado presente en momentos difíciles que atraviesa uno, el animal ha estado ahí con uno, entonces aporta mucho, o sea un animal en una casa me parece a mí que ayuda en muchos aspectos, si una persona tiene depresión, si una persona está enferma, no sé, el perro es algo especial que da equilibrio y balance a la relación entre los miembros, es un vínculo dentro de la casa, que a veces ayuda a mermar la tensión en ciertos momentos y hasta problemas que hay en la familia, el perro ayuda a eso, a ese tipo de cosas, sin intención de ellos de hacerlo, es como algo natural. Por ejemplo cuando estamos hablando todos en familia, nos hemos descuidado y la conversación ya gira en torno al perro (Entrevista a Felipe, 23 de septiembre de 2018).

Para otras personas, esta interacción entre animales y seres humanos se toma como una oportunidad para pensarse como sujetos sociales y reflexionar acerca de su posición frente a estos, teniendo en cuenta que en ocasiones no se tiene en cuenta el animal:

La relación con los animales también me ha llevado a reflexionar cosas. A mí me encantan los gatos, yo podría tener cinco gatos, pues, a futuro, teniendo un espacio apropiado porque no es

solo pensar en uno, y eso pasa, que a veces uno consigue el perro o el gato, como cumpliendo ese deseo de autosatisfacerse, entonces uno no piensa en el animal, uno piensa es en... 'Ay, tan lindo el animal', pero también se trata de que me dé algo, no sé qué le da a la gente, si llenará vacío, si le dará prestigio. También pienso que yo quisiera viajar, y que ellos se queden solos no me parece, porque no es cierto lo que dice la gente de que los gatos son súper independientes y que no necesitan la atención que necesita un perro, no, la necesitan de otra manera, entonces yo pienso que no, qué gracia yo dejar unos gatos solos en mi casa, para llegar y autosatisfacerme y verlos muy lindos, no, eso es como lo que me raya con las mascotas porque realmente muchas veces no se está pensando en el bienestar del animal, sino en uno, en su deseo (Entrevista a Soranny, 5 de marzo de 2019).

De lo anterior se observa cómo la relación entre humanos y animales tiene diversos matices, las personas no entienden o asumen esta interacción de la misma forma. Condiciones como una clase social determinada —para este caso se trata de barrios entre estrato 2 y 5—, se imponen en los vínculos que construyen los dueños con sus animales domésticos, sin embargo existen ciertas generalidades y similitudes. Se percibe que el individuo reconoce al animal como un ser del que puede aprender porque de cierta forma siente que encuentra en él cualidades que no percibe en los humanos, lo que implica representar al animal con atributos propios del humano que se creen «perdidos».

Estas atribuciones de «valores» humanos permiten a las personas establecer relaciones afectivas con los animales, pues al vivir en zonas urbanas, puede haber estrecha proximidad con perros y gatos. En las fincas, por ejemplo, el compartir está menos forzado y se hace esporádico, mientras que en las casas los animales están presentes en gran parte de las actividades que desarrollamos, y esa proximidad permite que las emociones que se construyen del uno con respecto al otro se favorezcan e influyan en cómo se producen las disposiciones en el individuo.

Estas concepciones e imaginarios evidencian la representación que hacen los propietarios de los animales, una en que el animal influye en su estado de ánimo, al estar presente en las situaciones buenas y malas que se presentan. Su presencia genera en la persona la posibilidad de ver al animal como algo neutro que no juzga ni se opone a la forma en que sea el humano o asuma esta interacción. Esto incide en que, por momentos, las personas prefieren pasar tiempo con su perro o su gato, y no con un humano. Para ellos es una forma diferente de relacionarse, con un ser vivo, uno que se comporta como alteridad del ser humano. El individuo incorpora al animal en sus rutinas, comparte sus actividades y gustos, hacen esto como muestra de la aceptación del perro o el gato como parte de las dinámicas cotidianas. Se evidenció que algunas personas entienden esta relación desde la emoción que produce el trato y desde el beneficio que percibe. Así, los animales y las personas, dentro de las viviendas, actúan y se apropian del espacio, de los objetos y de las formas en las que se relacionan uno a uno.

Estas relaciones, que se han construido con los animales en los contextos urbanos, están mediadas por el amor, el rechazo, protección y la explotación comercial, entre otros. Esto genera que, en ocasiones, los perros y gatos reciban un amor desmedido que implica desnaturalizar a los animales. A un punto en el que las personas creen que sus animales se parecen a ellos, porque estos ven representados sentimientos como: el amor, el odio o los celos en sus animales. Por esta razón, se puede plantear que estas características humanas, transferidas a los no humanos, permiten deducir por qué los animales se han humanizado e incorporado de una manera profunda en las estructuras familiares.

4.2 Imaginarios específicos

4.2.1 Comportamiento del animal

Las concepciones de las personas en relación al comportamiento del animal, abordan lo que significa y como interpretan las personas la conducta del animal. Son nociones que se forman en la medida que se da la interacción y son el resultado de cómo se entiende y se analiza el lenguaje corporal del animal.

Al convivir con un animal, observar su comportamiento se convierte en algo natural y necesario para conocerlo y vivir tranquilamente con él:

Aprendí a identificar las actitudes del gato con el tiempo, con la cotidianidad, con los mensajes que él te da, ellos te buscan, te ñarrearan, te miran por así decirlo y te hace un sonido ‘ñau, ñau’, entonces vos les prestas un toque de atención y ellos se van caminando hacia el lugar de interés, si va al baño quiere agua, si se acuesta al lado mío y da vueltas es porque quiere que lo mime, si con la patica agarra una tira o un cordón es porque quiere jugar (Entrevista a Juan Pablo, 13 de octubre de 2018).

Esta identificación no se reduce a los animales cercanos con lo que se vive, sino que se traslada a los demás animales de otros espacios y contextos: «Yo que he tenido tantos gatos y ya tantos años con ellos, reconozco muchas cosas del comportamiento de ellos, así no los conozca, así sea un gato desconocido para mí, ¿ya? Digamos que uno ya sabe qué miraditas extrañas pone, o si están asustados, enojados o si quieren que los acaricie, entonces creo que esto es una cuestión de tiempo y experiencia» (Entrevista a Laura, 26 agosto de 2018).

Saber identificar los diversos estados y actitudes de los animales les enseña a las personas que cuando estos están asustados, nerviosos o ansiosos, lo ideal es no acariciarlos en ese momento. Lo que ellas hacen es tratar de que estén en un espacio seguro donde no puedan hacerse daño. Creen que lo mejor es no hacer nada, para que el animal no haga asociaciones en esos momentos de estrés:

Cuando Ónix se asusta por los truenos, yo lo dejo en la sala, y si él me busca lo ignoro, no lo acaricio ni nada, porque eso hacía con una perrita que tuve —Maravilla— y a ella le daba mucho miedo cuando llovía, entonces yo la cargaba, la mimaba y le daba cositas, y la perrita fue empeorando: cada vez que llovía se colocaba mal, no me dejaba hacer nada, lloraba y no se calmaba con nada, entonces es peor cuando uno hace algo, es mejor dejarlos que se calmen solos, porque cuando uno no esté es peor para ellos esas cosas (Entrevista a Graciela, 6 de agosto de 2018).

Para las personas es importante identificar el comportamiento del animal porque esto facilita su interacción y control sobre este. Este reconocimiento, determina la actitud del individuo con el perro y el gato, el significado que le da a la conducta es un aspecto importante en esta relación, porque esto es lo que observa y toma la persona para referirse y tratarlo. Las personas no valoran a sus animales por el simple hecho de que lo sean, sino que lo hacen en la medida que se crean lazos y se reconocen. El comportamiento es reflejo de la crianza que el humano le da al animal y este a su vez responde a la idea o percepción que este tenga en general de la tenencia de perros y gatos.

Una de las ideas comunes que percibí es que los dueños, tanto de gatos como de perros, afirman que estos reconocen sonidos particulares dentro de los múltiples ruidos a los que está expuesto el animal constantemente. Generalmente, estos sonidos están asociados con un miembro

de la casa o con algún objeto de estos, como las gatas y perras de Lina que reconocen el ruido que hace la moto de la prima:

Ellas pueden estar por ahí escondidas o dormidas, pero cuando escuchan el sonido de la moto de mi prima, ahí mismo se ponen alertas, ellas saben que es ella, pueden entrar diez motos y les da igual, pero entra la de ella y las gatas ahí mismo se dan cuenta, se alborotan, paran las orejas. Las perras se van para la puerta, y las gatas se asoman por el balcón (Entrevista a Lina, 4 de mayo de 2019).

Aunque esto sea cierto, no significa que el animal pueda identificar todos los sonidos que tengan que ver con la persona o los miembros de la casa. Lo valioso de esta creencia es lo que esta conducta significa para las personas. Para ellos implica que el animal los reconoce, reconoce su olor, reconoce sonidos de ellos como su voz, o relacionados con ellos como el ejemplo de Lina. Esta identificación de sonidos alienta la idea de los dueños sobre el afecto que el animal siente hacia ellos.

Algunos de los dueños se toman en serio el hecho de hablarle al animal como se habla con otro humano, lo hacen por gusto y porque creen que ellos entienden. Hablarle de esta forma evidencia cómo el dueño representa al animal. Se puede decir que de cierta manera lo que sucede es que lo «igual» a una persona al creer que toma y entiende la información como nosotros.

Camila, por su parte, asegura que su gata identifica quién llega a la casa mediante el sonido de la llave entrando a la cerradura: «Cookie sabe quién mete la llave a la chapa, ella escucha y ya sabe quién viene, y sabe si uno viene solo o acompañado. Ello lo dice con su comportamiento, si

uno viene con extraños ella de una se esconde, no espera nada, pero si es cercano sale a saludar» (Entrevista a Camila, 10 de septiembre de 2018).

Otras personas consideran que los animales pueden incluso ser más inteligentes que las personas, al reconocer parte de nuestros códigos de comunicación: «Ellos aprenden el sonido y la forma en que le muestran, ellos son muy increíbles, antes ellos me parecen más inteligentes porque ellos aprenden a entender nuestra habla, nuestro comportamiento, nuestro lenguaje corporal» (Entrevista a Carolina, 25 de septiembre de 2018).

Aunque no todos piensan de esta manera: Elbar, por ejemplo, cree que los perros sí reconocen sonidos, pero no el lenguaje como tal: «Yo, que he trabajado con perros, he visto cómo ellos entienden los sonidos fuertes, no es como la gente cree que ellos entienden todo lo que uno dice, no, yo digo que atienden a algunos sonidos como un silbido, una orden o un llamado y también reconocen ciertas voces» (Entrevista a Elbar, 14 de agosto de 2018).

No se puede saber con exactitud hasta qué punto los animales pueden entendernos, pero lo que sí sabemos es que lo hacen de diferentes maneras. Ambas especies, humano y perro (o gato) han aprendido a través de los años a interactuar y se han adaptado a convivir. Las personas creen estar seguras de las interpretaciones que hacen de las actitudes del animal, porque esto valida la noción que este ha construido del perro o el gato; es la persona la que le da significado a la conducta, a las acciones del animal, además, es este significado el que autoriza el comportamiento de la persona hacia ese ser. Es una forma de validar el trato que el dueño le da. Por ejemplo, si el responsable del animal cree que este entiende mejor si le habla como a otro humano, es decir, explicando la situación y demás, esta persona constantemente va a comunicarse de este modo, creyendo que así debe ser porque la conducta del animal le ha demostrado que este comprende

mejor de esta forma. Hay unas ideas sobre la *comprensión* del comportamiento de los animales que no remiten necesariamente a su capacidad biológica y física, sino al sentimiento y la proyección que hace la persona de ellos.

Dentro de estas concepciones también se encuentran las personas que sostienen que, aparte de los sonidos, el animal puede reconocer ciertas situaciones y que, a su vez, estos entienden de alguna manera lo que está pasando:

Él siente cuando alguien de la casa se va a ir, lo digo porque si usted está organizando la maleta, empacando lo que se va llevar, el perro ve y se para al frente, se echa, pone cara de triste, y a veces hasta llora, entonces yo digo que él entiende que uno se va ir y lo va a dejar un tiempo solo, puede ser, uno acá especulando que él asocia esa acción de la maleta con que alguien se va (Entrevista a Felipe, 23 de septiembre de 2018).

Felipe habla de «cara triste» porque lee la actitud del perro a través de lo que él conoce e identifica como la tristeza o el desánimo. Le atribuye este rasgo humano a su perro porque esta es la herramienta que tiene la persona para entender y decodificar la conducta del animal. Es una forma de leer al animal, basado en la situación y en lo que la persona inconscientemente espera del perro. El hecho de saltar y mover la cola del perro no bastan para permitirnos discriminar bajo qué aspecto específico piensa en su dueño. Sin embargo, para el dueño esto dice mucho de lo que el animal siente hacia él.

Las personas no solo se refieren a identificar situaciones específicas, sino también a que el animal puede percibir los diferentes estados de ánimo de los miembros de la casa:

Descifra más fácil el estado de ánimo de las personas el perro que uno mismo. Si mi papá está triste porque se murió mi abuela, si mi mamá está orando y llorando o si uno llega y está triste,

él le mira a uno los ojos y lo siente y lo expresa con un quejido —con un mimo lo expresa—. Ningún ser acá de la familia se relaciona como se relaciona el perro con los de acá. Somos muy complejos, los animales son relativamente simples, uno se crea muchas necesidades (Entrevista a Guillermo, 15 de agosto de 2018).

Sobre los gatos también se obtienen testimonios sobre su capacidad para reconocer situaciones:

Yo empecé a notar que Demonio se queda en el cuarto de mi mamá cuando ella está triste, ¡más raro! Yo al principio no creía, pero le coloqué más atención y lo comprobé, cada vez que mi mamá está baja de ánimo —no tiene que estar llorando a los alaridos, no— el gato como que identifica niveles bajos de tristeza en ella y de una va y la busca, no sé qué hace que el gato quiera estar con ella, porque normalmente él duerme conmigo o escondido, pero si mi mamá está desanimada, ahí está el gato con ella (Entrevista a Danelly, 11 de enero de 2019).

Dentro de este reconocimiento de situaciones se puede incluir cuando los animales hacen cosas para expresar deseos o necesidades, como Sakura, que mueve la cola para señalar que tiene hambre: «Yo vivo enamorado de ella, porque parece un humano, por ejemplo, si se le acaba el cuido, ella pone la pata en la cola y la arrastra hasta donde mí, pues, no como un humano, pero sí es como ‘ve, esta le entiende a uno’, y se hace entender» (Entrevista a Byron, 9 de febrero de 2019).

Las personas se emocionan con este tipo de cosas, porque ven al animal buscando un medio para expresar un deseo o necesidad y porque, asimismo, creen descifrarlo. En esta relación no todo se basa en lo que el dueño quiere hacer con el perro o el gato: estos también pueden expresar algunos deseos como querer jugar, recibir mimos o comer:

Yo pienso que ellos también expresan sus deseos. Dominica, cuando quiere que yo la acaricie, se hace al lado mío y me roza con su nariz negra húmeda como diciendo: ‘acarícieme’, diferente a cuando quiere jugar, que va hasta donde yo esté, me mira directamente a los ojos, como llamándome y me lleva hasta donde quiere jugar, si es en la terraza, en el balcón, o con su juguete. Es saber leer sus gestos, también (Entrevista a Valeria, 20 de mayo de 2019).

Ambas especies expresan su sentir en niveles diferentes, interactúan y comparten lo que cada una es. El ser humano apela a los elementos de esta experiencia para construir sistemas simbólicos que validan y refuerzan esta relación. Es decir, los perros y gatos están inmersos en representaciones y simbolismos únicos que el humano hace de ellos, los cuales tienen su origen en construcciones discursivas y prácticas que han creado de los animales domésticos. Estas construcciones del mundo social y de los significados que se le dan al mundo se dan a través del uso de símbolos. Los sistemas simbólicos empiezan con el lenguaje y culminan con la simbolización de la relación de la persona con el mundo, las cosas y la naturaleza. Estos sistemas, creados por el humano, afectan y evidencian lo real y profundo de la persona y de su mundo. Así, por ejemplo, con los animales, donde generalmente sobran las palabras, estas son sustituidas por multitud de símbolos: caricias, juegos, gestos, acciones, símbolos que expresan cómo la gente representa al animal, como lo asimilan; expresan cómo los mundos humanos y animales emergen mutuamente a través de su relación y cómo, por medio de esas interacciones, el humano valida su posición social, expresa su noción de naturaleza, creando significados a partir de su interacción con otros seres. Estos sistemas simbólicos no son una creación individual así sea algo muy propio de cada quién, pues el símbolo precede al individuo, nace en el seno de una colectividad: de ella se nutre y en ella adquiere sentido.

La interacción entre la sociedad y la naturaleza involucra el campo simbólico y el campo social. Esta relación con el medio ambiente no se reduce a la utilidad o al uso que pueda brindarle

al ser humano, sino que en la medida en que le sea funcional a nivel material o ideológico, se constituye en un elemento con significado dentro de la sociedad humana, el cual responde a diferentes dinámicas, permitiendo distinguir en importancia, uso de relaciones y con el resto de la naturaleza y con la sociedad. Cada vez que el ser humano reconoce y objetiviza las propiedades de la naturaleza, animales y plantas, les está asignando significados específicos, y a su vez está configurándose como grupo humano con características sociales y culturales concretas.

Como las personas reconocen el comportamiento del animal y creen saber cuándo este entiende y cuando no, en ocasiones los cuidadores les hablan a los gatos y a los perros como explicando la situación. Esto ocurre cuando se van a quedar solos, cuando está pasando algo; en el contexto de un regaño, no se utilizan palabras como ‘¡no!’ o ‘¡basta!’, sino que se les dan las razones por las cuales no debe hacer algo:

Yo a ella le explico todo, uno no cree pero ellos entienden. Me acuerdo una vez que la gata se empezó a montar encima de la nevera, no sabemos por qué le dio, y a mi esposa le chocaba mucho porque no le gustaba que estuviera en la cocina, entonces ella le hablaba fuerte y la espantaba y la gata volvía y se montaba, entonces yo una vez me le arrimé y le dije: ‘Misha, no te montés ahí que ese lugar no es para vos y te podés lastimar, además a Hermelanda no le gusta que te montés ahí, bajate pues, que vos tenés donde hacerte’, y usted no me va creer, pero esa gata no se volvió a montar ahí. A los días mi esposa preguntándome que como había hecho con la gata, y yo: ‘¡Ay mija!, pues hablándole’ (Entrevista a Flórez, 15 de noviembre de 2018).

Incluso, las personas creen que el hecho de hablarles, explicando la situación, es una conducta necesaria que facilita la interacción entre el ser humano y el animal:

Yo siempre he creído que ellos son muy inteligentes, ellos no necesitan hablar, entienden todo y sienten todo; en la casa yo le digo a mi esposo y a mi hija que le hablen y le expliquen al perro lo que está pasando; a veces que mi hija se va de viaje, entonces yo le digo que se despida del perro bien, que le diga que se quede tranquilo, que se va quedar con nosotros y que ella vuelve en unos días; incluso cuando ella ha estado indispuesta, que lo saca, me dice: ‘Ay ma, ese Dilan tan juicioso, como que siente que estoy enferma, porque no me jaló, ni buscó juego y hasta andó despacio’, y yo le digo: ‘Claro, es que ellos entienden’, y uno ve la diferencia cuando uno no le explica al perro: se coloca ansioso, intenso, por eso digo que hablarle ayuda (Entrevista a Cecilia, 22 de abril de 2019).

Lo anterior es curioso, si se tiene en cuenta que lo que se recomienda profesionalmente, cuando una persona le va a hablar a un gato o a un perro, es que lo haga con pocas palabras que indiquen una acción o función, que sea un sonido certero y claro, no frases largas, porque se supone que así captan mejor la información. La situación cambia cuando la persona cree lo contrario y apela a los argumentos. Pensar esto le da otro sentido a esta relación, porque cuando la persona asume esto, le está atribuyendo cualidades humanas al animal relacionadas con la comunicación. A esas personas, su convivencia con el perro o el gato les ha dado a entender que si les hablan de esta forma ellos van a entender y van a estar tranquilos. El asunto no radica tanto en si la experiencia confirma esto o no, sino en la interpretación que se hace de la situación. No se trata de que el animal entienda todo lo que dicen, sino de lo que experimenta y sienta la persona al hablarle de este modo. Generalmente, hacer esto le produce gusto a la persona, porque al sentir que puede expresarse así con el animal, como normalmente lo hace con un humano, está nutriendo y reforzando ese vínculo que tiene hacia él. Detrás de esta idea de que al animal hay que explicarle las situaciones, está la persona asumiendo que esta actitud funciona y que es la ideal, que el perro o gato lo entienden y que además ambos lo disfrutan.

En este campo de los imaginarios sobre el comportamiento del animal, también entra la idea de que perros y gatos asumen conductas diferenciadas con cada miembro de la casa, o, dicho de otra manera, la idea de que cada miembro de la casa interactúa de manera particular con el animal:

La Cookie es muy diferente con cada uno; con mi papá es un amor: se deja acariciar de él todo lo que él quiera, con mi mamá es juiciosa y la respeta; una vez, hasta la despertó porque había dejado el fogón prendido con una aguapanela, y conmigo es a la única que se le monta en el pecho, solo me hace eso a mí, ah, y también solo a mí me pelea mucho, me raya, porque yo la obligo y la molesto (Entrevista a Camila, 10 de octubre de 2018).

Laura argumenta que este comportamiento se da a través de la interacción que pueda tener la persona con el animal, ya que todos no se relacionan de la misma manera. Se cree que el animal identifica ciertos patrones en cada miembro, lo que influencia o condiciona su actitud ante estos:

Ellos no tienen como ese respeto por todos, en todos estos años que llevamos con los gatos hemos visto que a todos los consideran como si estuviesen en diferentes grados de autoridad y afectividad en la casa, entonces ellos siempre tienen como ciertas selecciones con cada uno, y acá todos sabemos que es así, no sé realmente qué es lo que les hace a ellos comportarse de esa manera, pero sí, ellos lo saben (Entrevista a Laura, 25 de septiembre de 2018).

Este comportamiento selectivo se ve reflejado en diferentes actividades como la comida, el juego, los saludos, entre otros:

Yo creo que los perros manifiestan sus emociones para con uno, entonces yo he visto que cuando llega mi papá es un saludo especial por parte del perro para mi papá, es una felicidad

impresionante la de ese perro, es un saludo diferente y muy especial a cuando llega mi hermano o yo, entonces mi papá dice: ‘Vea, me quiere más el perro que usted’, a modo de chiste (Entrevista a Felipe, 23 de septiembre de 2018).

Cuando se convive con más de un perro o gato, se podría decir que esta particularidad se hace más notoria, como lo expresa Diego, quien vive con cuatro perros: «Yo he sentido que uno puede tener muchos perros, pero hay uno con el que uno siente una conexión, hay algo extraño, como un grado de empatía diferente a los otros, como que uno se ve reflejado a través de él y se siente más cercano al perro» (Entrevista a Diego, 3 septiembre de 2018).

Llegar a ese nivel de empatía y cercanía con un animal supone por parte de la persona, que esta se sienta de cierta manera identificada con este, al punto de percibir cosas de él como actitudes o características en el perro. Pero, ¿qué tiene que suceder para que una persona se vea reflejada en otro animal y sienta que ese ser se parece de cierta forma o tiene algo de él? Puede aducirse que lo que está en juego es la influencia de la crianza: al convivir con un animal desde cachorro, la persona, con los años, puede ver algunas características propias en el animal. Esto ocurre en parte porque, al compartir con el perro o el gato, el humano lo acostumbra y le enseña lo que quiere: sus gustos, actividades, rutinas, lo condiciona a lo que el haga, y en ese sentido el animal manifiesta esto, lo que se puede entender como el reflejo del dueño y en general de lo humano. Entonces, por ejemplo, una persona cariñosa va hacer de esta forma con el animal, le va a dar caricias, mimos, acostumbrándolo a esto a tal punto que el animal busque estos estímulos. De ahí que la persona piense que el animal es cariñoso, que se parece a ella porque le gusta que la soben y la mimen.

Este apartado recoge las ideas en relación a lo que el dueño entiende sobre el comportamiento del animal, sus gestos y actitudes; cómo la persona se comunica e interactúa con

él influenciado por la lectura que este hace de la actitud del perro o el gato, además del significado que tiene para estas. Estas ideas permiten reflexionar sobre cómo los elementos presentes en la tenencia de perros y gatos hacen parte de un sistema comunicativo y cultural, que condiciona esta relación.

La realidad se puede pensar como construcciones comunicativas que definen lo que es 'normal', dadas en un orden y una lógica, esta última referida a un hilo conductor que permite que dos elementos puedan estar juntos sin que ninguno de ellos desvirtúe al otro. En ese sentido, las relaciones comunicativas se asumen como una especie de condensación de las intersubjetivas. Es decir, una materialización en donde explicaciones racionales y emocionales entran en un escenario social y llegan a organizar un puente comunicativo como fundamento posibilitador en la relación con un animal determinado. Los apartados anteriores evidencian cómo para las personas la capacidad del perro y el gato de comprender códigos comunicativos representa una sensación de aprobación para con ella, puesto que les hace sentir en comunicación constante y acompañados, lo que hace que se mantengan conversaciones con estos, las cuales estimulan respuestas como sonidos o movimientos específicos. En las conversaciones es donde, sobre todo, el lenguaje adquiere una condición especial como práctica social intersubjetiva.

Así, estas interpretaciones que hacen las personas del animal con el que conviven son, de cierta forma, el reflejo de estos sobre su comprensión del mundo. Esto se evidencia cuando se representa al animal como una extensión del humano. Parece exagerado que a partir de la relación entre humanos y animales se pueda percibir la manera en que estos perciben la vida, pero su interacción con el animal expresa su noción de naturaleza, de cómo se entiende y se relaciona con la alteridad, lo diferente, de cómo esta naturaleza es incluida y asimilada en la cotidianidad de las personas a partir de su interacción con los animales domésticos. Se puede observar hasta qué punto

la persona construye esta relación influenciada por convenciones sociales que le dicen cómo tratar y entender a los animales, transmitiendo esto al perro o al gato.

Cuando la persona identifica la conducta del animal atribuyéndole características humanas, lo que hace es interpretarlo a partir de lo que él es como sujeto social; interpretarlo a partir de los códigos culturales que le han dicho qué es la tristeza y la euforia, y de qué manera se expresa el afecto y el enojo. Entonces, lo que hace la persona es trasladar su estructura y su sistema simbólico para poder interpretar el comportamiento del animal. Esto, a su vez, le genera una sensación agradable a la persona porque esta siente que identifica las diferentes conductas que se presentan: enojo, ansiedad, deseo, hambre o actitudes fuera de lo común. Ocurre así: por un lado, las personas se sienten perspicaces por identificar estas conductas, expresando que los animales no son explícitos ni fáciles de entender, y enaltecen su función por deducir que significa –según ellos– el comportamiento del perro o el gato. Pero, bien visto, en esto hay una contradicción, porque por un lado reducen al animal asumiendo que este no se expresa con claridad y que es gracias a la capacidad del humano para descifrar su comportamiento que se posibilita la relación, mientras que por otro lado, se presume de la inteligencia desbordada de estos al punto de reconocer diferentes situaciones, frases largas, sentimientos.

Así, esta sección de imaginarios refleja las construcciones simbólicas que hacen los dueños a raíz de la convivencia con el animal. Aunque estén argumentadas por la experiencia, no se trata de si son ciertas o no: esto es sólo lo que piensa y cree la persona, cómo concibe su relación. Lo que interesa es cómo estas ideas evidencian que esta relación no responde a hechos fortuitos sino que son el resultado de un proceso histórico de interacción con los animales y de las construcciones sociales que hacen las personas y que establecen para comprender el mundo que los rodea.

La persona asume cosas del comportamiento del animal, apoyada en lo que se espera y se quiere de este. Explica la conducta del perro o el gato validando su actitud frente a este. Es decir: le hablo a mi gato como a un humano porque yo he comprobado que él entiende de esta manera. O creo que él se parece a mí porque es cariñoso como yo. Estas situaciones reflejan la idea humana de que los animales pueden usar nuestros códigos comunicativos, omitiéndose que no es el animal sino la persona la que lo instala en esta categoría al darle significado a su comportamiento, apoyado en cómo ella quiere tratar al animal. Es el humano el que dispone y señala el rumbo de esta interacción a partir de lo que cree entender de la conducta del animal, sumergido en los códigos culturales y sociales que le dicen cómo y por qué hacerlo, atravesado por su propia percepción. Se observa y analiza la actitud del animal, pero se interpreta a la luz y al interés que tenga la persona.

Estos procesos comunicativos son claves en las características sociales de esta relación, pues la comunicación es la forma como se construye mediante símbolos y discursos la cosmovisión. Esta importancia que se da a la capacidad comunicativa y de lenguajes comunes se debe a que los seres humanos estructuran sus relaciones según complejas redes simbólicas que dependen de las significaciones, pues la realidad no comprende una objetivación externa al ser humano sino que, por el contrario, es producto de configuraciones comunicativas que le recrean constantemente.

Cuando las personas creen que los animales entienden de argumentos, pasan por alto que, mediante su comportamiento, los perros y gatos pueden actuar según la información que reciben de manera que favorezca su supervivencia. Es decir, si el animal identifica que cuando llora o hace algún truco le dan una recompensa, él va seguir haciéndolo no porque le guste a la persona, sino porque recibe algo que le agrada al perro o el gato: son las respuestas de los animales domésticos frente a los estímulos del medio, por medio del cual se adecuan a las exigencias que cotidianamente

se le van presentando. El lenguaje corporal del animal implica para el individuo conocerlo y predecirlo; se asume el control en tanto se pretende saber cómo es el otro y cómo va actuar.

Se sabe que el lenguaje permite a los seres humanos anticipar consecuencias de sus actos y organizar sus acciones sobre otros. Los animales no piensan en el sentido de que puedan ponerse ellos mismos en el lugar del otro. Los individuos actuamos por instinto, pero con la capacidad de decidir, y estas decisiones se toman cuando hay un sentido del pasado que permite identificar consecuencias relativas de las acciones. Creer ver esto en otros animales es una forma de humanizar. Los animales no piensan como nosotros lo hacemos, por ende ellos no le dan significado a sus comportamientos, sino que es el humano el que atribuye el sentido. Por supuesto, los perros y gatos pueden moldear su conducta y anticipar la de otro animal o individuo: cuando las condiciones están dadas por el humano, estos animales construyen su cotidianidad, resuelven sus problemas. Pero esto quizá no se corresponda con los sentidos que las personas atribuyen a ese comportamiento.

Esta realidad responde a un contexto urbano, uno donde las relaciones entre las posiciones de las personas que lo constituyen son realidades estructurales de un complejo político y social, el cual está sometido a unas condiciones propias de la ciudad. En este, se espera que haya un andamiaje relacional que regule la presencia de la persona y su animal en el espacio urbano. Los contextos transfieren a la persona las pautas de comportamiento sobre las que este puede desarrollar diversas formas de relacionarse con su perro o gato, dependiendo de la posición que el individuo ocupe en el contexto.

Al observar las dinámicas de las interacciones cotidianas que los seres humanos mantienen con este tipo de seres, y reflexionar acerca de sus imaginarios, se ve el papel que los animales

juegan como innegables articuladores de la vida social. Vivir con un animal tiene implicaciones que no pasan desapercibidas en la familia, su presencia permite que haya mayor interacción entre sus miembros y la exigencia de formas de cooperación que permitan que la presencia del animal no se convierta en una carga. Reiterativamente, mis interlocutores se refirieron a la importancia de la presencia del perro y el gato en la familia, pues parece ser que hay consenso en pensar que los animales domésticos fortalecen las relaciones de los miembros, e incluso la mayoría de los propietarios aseguraron que es importante que el niño, dentro de su primera socialización, conviva o interactúe con estos, pues, según los entrevistados, estas relaciones promueven procesos de empatía y responsabilidad valiosos.

4.2.2 Humanización

Este es un aspecto que siempre está ahí, implícito o explícito, en la tenencia de animales domésticos, es el tipo de límite, casi siempre delgado, que se traza entre el animal y el humano. Al ser un elemento que atraviesa toda la relación, está presente en otros apartados y se volverá a él en el capítulo de reflexión final.

Siguiendo los planteamientos de Acero (2018) es necesario aclarar la diferencia entre antropomorfizar y humanizar. El primer proceso tiene que ver con la forma material: dar forma humana a las representaciones animales, tal como se puede ver en ciertas figuras míticas y también en los dibujos animados, donde aparecen animales que hablan, van vestidos y cumplen roles humanos. Humanizar es poner atributos humanos donde no los hay y, en el caso de los animales reales, vestirlos y llevarlos al spa, al psicólogo, a peluquerías, almacenes de ropa y a todo tipo de lugares que comúnmente visitan las personas; es considerarlo como un hermano o hijo, también trasladar imaginarios humanos como por ejemplo pensar que a los animales machos no se les deben

castrar porque se frustran. En la práctica, antropomorfizar y humanizar pueden funcionar de manera simultánea.

Cuando indagué en las personas sobre lo que es para ellos, o cómo entienden el hecho de humanizar o de hacer con los animales cosas de humano, hubo un desacuerdo generalizado. Para algunas personas, en cierta medida, en la relación entre el ser humano y el animal está implícito humanizar a estos hasta cierto punto; otro, sin embargo, rechazaron ese tipo de actitudes:

No estoy de acuerdo con humanizarlos porque en la línea existente entre el ser humano y el animal tiene que haber una jerarquía como en toda manada o en cualquier relación de la naturaleza. Cuando un animal llega a la casa, nosotros, como miembros de esa manada, somos los alfa y líderes y tenemos que enseñarle a la mascota cuál es su lugar en la manada, no quiere decir que lo vamos a maltratar o ser indiferentes, no, lo vamos a querer y darle todo en cuanto su bienestar necesite, una alimentación, un techo, cariño, atención médica, espacio para esparcimiento, pero no le vamos a permitir que por ser el cachorro de la casa va hacer lo que quiere, ¡no! Para mí no hay sentido en generar en ellos cosas que ni siquiera entienden: el perro puede entender la dinámica de las salidas y de los juegos, la pelota, y los asocia con algo, pero él no va entender que le hicieron una fiesta de cumpleaños y que vinieron por él. Para mí, es convertir a la mascota en otro ser humano, así lo veo. La dominación como tal crea maltrato, pero la otra parte, ni que fuera una persona para disfrutar de una fiesta o para pintarle las uñas o tener una red social (Entrevista a Elbar, 14 de agosto de 2018).

Esta posición evidencia elementos del sistema cultural, el cual establece un orden de posicionamiento y relacionamiento con la naturaleza. Este orden implica para la persona delimitar su trato con el animal, asumir una actitud donde se responde y comparte con él, pero que no

significa que se reconoce como igual o que se va hacer con él cosas que se comparten con otras personas.

Entender este aspecto de humanizar o atribuir características humanas a los animales es complejo: requiere tener en cuenta que cada persona construye su noción de lo que puede ser humanizar, estableciendo límites de manera consciente o inconsciente entre lo que hace y lo que cree que hace, y el significado que le da a sus acciones. En ocasiones se incurre en esto pero no se identifica, no se tiene en cuenta porque no se cree que su comportamiento sea de esta forma. En algunas personas sí hay un reconocimiento de este comportamiento, y a la vez saben que hay una frontera:

A Coffee le celebramos el primer cumple. Fue muy divertido, hicimos un asado, compramos torta para todos, invité a la familia y a otros perros. Fue especial porque compartimos todos celebrando los años de vida del perro. Ellos son entre comillas mis hijos, porque tampoco, no se trata de humanizarlos; si bien soy consciente de que los tengo humanizados hay como un límite, todavía entiendo que son perros y que tienen un comportamiento de perros (Entrevista a Estefanía, 5 de octubre de 2018).

Sobre la manera en que piensa la diferencia entre los hijos y los perros y los gatos, dijo:

Me parece muy fuerte porque yo no quiero tener hijos, pero es por un motón de cosas que creo que no son sanas para el medio ambiente, y cuando asocian los hijos con perros a mí me parece que ya no, o sea un perro no es hijo; si un perro se cae no se muere, si un bebé se cae se muere, son un montón de cosas que no. Yo no tengo que amamantarlo, no tengo que llevarlo al colegio, son cargas de responsabilidad muy diferentes, es como quitarle mucho peso a lo que es ser madre de una persona y darle mucho peso a tener un perro, son muy diferentes y no son equiparables, no estoy preparando un niño para enfrentarse a la universidad. Son relaciones desde mi punto de vista

muy diferentes, no estoy teniendo un hijo a través de Coffee ni de África, entonces por eso para mí genera tanta distancia, pues no las leo igual; él es un compañero de la casa, él es el perrito, porque también olvidar que él es perro le quita también sus características. Ellos tienen su forma de ser, ellos quieren ser mis compañeros de vida, yo quiero ser su compañera de vida (Entrevista a Estefanía, 15 de agosto de 2018).

Es un asunto contradictorio, porque por un lado hay una aceptación por parte de la persona al referirse al animal como hijo “entre comillas”, pero cuando se ahonda en lo que significa referirse así al animal, la persona se detiene y expresa su inconformidad. Se trata de entender, entonces, por qué los humanos hacen esta asociación, si en la realidad no comparten las implicaciones culturales de ello. Por otro lado, hay personas que sí están de acuerdo y no tienen lío con decir y asumir que estos animales son como sus hijos:

Mis perros son mis hijos por la responsabilidad y porque son seres que requieren mucha atención, mucha dedicación, mucha constancia, mucha paciencia. Es como un hijo, porque mira que es lo que yo te decía ahorita, uno no les puede hablar ni con frustración, ni con miedo, ni con ira, ni con ansiedad, entonces es como un niño, porque uno a un niño tampoco debería hablarle y enseñarle así desde ese punto de vista, entonces es muy charro porque es como dotarse de mucha paciencia y dedicación, son hijos porque requieren de todo el tiempo estar, constantemente enseñándoles, constantemente pendiente, acompañándoles, uno para tener un perro no puede ser perezoso, igual que para tener un hijo (Entrevista a Isaac, 6 de septiembre de 2018).

Las personas asumen una actitud de madre o padre con el animal, pero teniendo presente que no lo son, aunque se actúe como tales: «Desde que Chava llegó a la casa, se volvió como mi hija, tome la posición de papá con ella, yo sé que no soy su papá, pero ella es mi hija, más charro» (Entrevista a Andrés, 26 de abril de 2019). Cuando se preguntó a Andrés sobre estas paradojas en

el trato lingüístico, expresó: «Digo que es como mi hija por la responsabilidad que implica tenerla, por el cariño que siento hacia ella, y porque de alguna manera soy el cuidador de ella, como lo fueron o son mis padres, porque siento que es un amor incondicional como el de la familia, porque en cierto sentido Chava depende de mí, para comer, para salir, para jugar, y esto lo relaciono con el papel de padre» (Entrevista a Andrés, 26 de abril de 2019).

Así, se observa que la asociación que se hace de los perros y gatos con los hijos se debe en parte a que la persona equipara su interacción con el animal con las relaciones sociales, al percibir en ambas similitudes. Entonces, como el animal requiere de atención, dedicación y el cuidador debe estar pendiente, el individuo lo asemeja con las necesidades de un pequeño. Sin embargo, es difícil decir qué es humanizar y qué no, cuando, incluso, el hecho de dormir con el animal puede entrar en esta categoría. Las personas saben esto, pero son ellas mismas las que deciden qué es y qué no, porque para unos el hecho de dormir con el animal puede ser un trato exagerado, pero para otros puede ser un simple acto de compartir. El asunto radica en hasta qué punto cree la persona que puede hacerlo, porque, aunque sea difícil categorizar lo que es humanizar y que no, sí hay claridad en lo que el animal necesita y lo que no, y en esa medida se puede comprender mejor esto, sin desconocer que los seres humanos hemos influido en las necesidades de los animales:

A veces nos hemos exagerado y de hecho mi papá en ocasiones nos dice que el hecho de dormir con ellas, de acobijarlas, también es humanizarlas, sino que dentro del vínculo que se establece con ellos uno disfruta dormir con ellas, pero no hemos sido tampoco de celebrarle el cumpleaños, que ropa y eso, no nos ha gustado porque nos parece que ya es demasiado, que sobrepasa los límites de lo que uno les puede dar. Hay gente que sí les gusta mucho, yo pienso que así uno no les ponga ropa ni nada, uno igual ha influido mucho en modificar el comportamiento de ellos y en volverlos dependientes, en que ellos tengan que esperar a hacer sus necesidades hasta que uno los saque, en que tengan que esperar la comida. Ha sido igual un proceso que ha creado

dependencia y cada quien ha construido ese vínculo de diferente manera, la mayoría lo han acogido como parte de la familia con diferentes manifestaciones: que el cumpleaños, que la fiesta, ya eso sí me parece como algo exagerado, pero finalmente ya ahora uno no puede ir en contra de un proceso que ha sido histórico y de tanto años y que hemos creado esa dependencia de ellos; claro, yo prefiero que le celebren el cumple a que esté abandonado y no le den comida (Entrevista a Lina, 16 de octubre de 2018).

En estas situaciones en que la persona reconoce su accionar, establece un límite de lo que puede brindarle al animal, y lo hace teniendo en cuenta que durante años hemos influido en sus necesidades. Aunque el individuo prefiere humanizar que abandonar, desconoce que el acto excesivo de humanizar también es considerado como una forma de maltrato. Las personas que se oponen a este comportamiento argumentan que esas son actitudes exageradas, que son de gusto exclusivo del ser humano y que lo único que logran es que el animal pierda su naturaleza:

No estoy de acuerdo con eso, porque esas actitudes lo que hacen es que el gato pierda su naturalidad como tal, la estética misma del animal, es obligarlo y someterlo a hacer algo que quizá no quiere ser, no me parece en lo más mínimo que un gato necesite un gorro, yo estoy a favor de que hay que dejarlo ser, que sea con naturalidad, con sus instintos, con lo que lo caracteriza como felino (Entrevista a Juan Pablo, 13 de octubre de 2018).

Otras personas, como Laura, creen que la humanización es un acto de violencia que atenta contra el ser del animal: «Aunque yo crea que todos de alguna manera somos animales de costumbres, me parece que esas actitudes violentan su naturaleza, el hecho de cargarlos, ponerles ropa, llevarlos a un spa, ese tipo de cosas lo que hacen al fin y al cabo es castrarlos; sabiendo que ellos viven de sus instintos, es como forzarlos a algo que no entienden (Entrevista a Laura, 26 de agosto de 2018). Por su parte, Miguel expresó:

Cada uno verá en qué gasta la plata, pero sí, pues no sé, me parece que eso no es necesario, porque más allá de ellos satisfacer sus necesidades básicas, ellos no piensan: ‘Ay, estoy descansando’, ‘Voy a ir a relajarme a un spa’; o ni que ellos digan: ‘Ay, estoy cumpliendo años’, no. Nosotros con Noto y Marco sí tenemos un detalle con ellos el día del cumpleaños, pero, más que todo para que él sea feliz comiendo algo, pero no que ‘celebrarlo’; le compramos un sobre de esa carne húmeda para ellos, pues como para que coman rico ese día, pero que nos guste hacer una fiesta o ese tipo de cosas, no: nos parece innecesario (Entrevista a Miguel, 3 de marzo de 2019).

Más allá de los gustos, hay algo complejo y es que, cuando se carga a los animales de este tipo de estímulos, el que padece las consecuencias es el animal. De acuerdo con Carolina:

Cuando los humanizan tanto el que sufre es el perro, el que sufre es el perro porque el perro va seguir siendo así si no se hace algo para cambiar ese comportamiento que el humano causó, y cuando la persona en algún momento, por algún motivo, ya no le sigue esos caprichos o no hay quien se los siga, el perro va a estar confundido, ansioso y muy inestable porque no va a entender porque ya no le dan a lo que lo que acostumbraron; se encuentra desbalanceado, y tristemente esto pasa mucho, demasiado (Entrevista a Carolina, 25 de septiembre de 2019).

Algunas personas creen que hay una falta de reconocimiento por parte de los seres humanos de que los animales sienten:

Ese cambio de tener un perro por tenerlo cuando, por ejemplo, antes, en el campo, tenían a los perros para cuidar, con el objetivo de cuidar, pero ahora las mascotas han suplido vacíos en personas, a tal punto que la polémica ha sido mucha. ¿Hasta qué punto humanizar a un animal? Yo pienso que nosotros no aceptamos que los animales también tienen sentimientos, y no aceptamos que los animales tienen inteligencia. Yo considero que el afecto que se le da aquí a Cookie es suficiente, eso es como cuando uno está criando a un niño, que si se cae hay que dejarlo y no pararlo del suelo, hay que dejar que tenga carácter (Entrevista a Marino, 10 de octubre de 2018).

En la relación con los animales, existen niveles de humanización, y estos dependen de la persona y su percepción sobre el animal. Son el resultado de querer incluir al animal en situaciones que no son necesarias para él, pero que el humano asume como tal en su deseo de compartir. Esto implica que la persona no hace una distinción entre sus necesidades y las del animal. Lo que sucede es que la persona traslada lo que ella disfruta al animal —creyendo que este también lo hace—, y en estos casos predomina el deseo de la persona, porque el animal no sabe lo que está pasando.

Lo anterior es reflejo del poder que se tiene sobre el animal, y como el perro o el gato no se opone, el humano hace lo que quiere porque tiene esa potestad. Esta actitud humanizadora tiene que ver con la representación que se hace del animal, una donde se niega su naturaleza y se trata de incorporarlo en una humana; por un lado, se le posiciona en una categoría especial, para a su vez utilizarla como una herramienta para someter y hacer lo que se quiere. Es decir, se la da un lugar valioso, pero es este lugar el que valida su actitud dominadora. La persona humaniza al animal al encontrarse con la naturaleza animal que los une pero, al mismo tiempo, inscribiéndola en la cultura.

Socialmente se observa una contradicción: por un lado, se rechaza ese tipo de actitudes y se cuestiona esta conducta, pero, por el otro, la industria y el comercio promueven constantemente esta imagen de seres que hacen parte de la familia y por ende hay que tratarlos como tales. Las personas reciben estos estímulos y actúan de acuerdo a esto. Aunque estas actitudes humanizadoras se concretan porque las personas quieren mucho a sus animales, esto no significa que sea un buen trato, porque al pretender que se comporten como personas se deposita en ellos expectativas fuera de contexto, que restringen su adecuado desarrollo y comportamiento. También es necesario entender que el apego excesivo le puede causar malestar al animal al generarle gran dependencia de los humanos y a los humanos malestar ante la ausencia, enfermedad o muerte del animal.

Humanizar a los animales significa que la persona quiere que este se aleje de su naturaleza, dejando de lado lo que es para convertirse en lo que la persona quiere que sea.

Si se hace una reflexión con detalle de la publicidad relacionada con los animales domésticos, podemos ver que el mercado humaniza esta relación y así introduce y masifica la tenencia animal y también genera nuevas necesidades de consumo de productos y servicios. Lo curioso de este fenómeno es que las familias, movidas por la publicidad y por lo que se convierte en norma van adquiriendo animales sin tener el suficiente conocimiento de lo que implica y muchas veces se llevan sorpresas que pueden terminar en una situación de difícil manejo, que en casos extremos produce descuido de los animales y hasta su abandono.

Ese imaginario que desvincula al perro y a gato de su naturaleza animal se logra en la medida en que se somete a un exitoso proceso de domesticación, que como se señaló anteriormente, es la capacidad que adquiere un animal para ser socializado y ser acceder a códigos y prácticas que le permiten habitar en sociedades humanas. Esto, teniendo en cuenta que algunos dueños no ven a su perro o gato como un animal, argumentando diversas razones que en su mayoría buscan hacer un acercamiento con la condición humana, al resaltar prácticas y actitudes aprendidas y desarrolladas por el animal que se piensan exclusivas del hombre. Es importante también señalar que tampoco se les consideraban personas sino seres cuyas características les hacían merecedores de respeto, cariño y, en general, de la generosidad de su propietario; las personas dejaron claro que, si bien no son humanos, son más fiables y mejores como compañía que los seres humanos.

4.2.3 Beneficios

Al preguntarle a los dueños qué cosas creen o piensan que se han posibilitado debido a la convivencia con animales domésticos, o si identifican beneficios —entendidos como los elementos valiosos que los cuidadores resaltan de esta relación— que se hayan dado a partir de la convivencia con el animal, hubo quien se expresara así:

Desde que tengo a los perros son mi vida, son mi estilo de vida, yo siento que me han permitido estar en otro nivel con la vida y con ellos, uno ya está en una sintonía con la naturaleza, uno tiene presente cada cosa que hace y cómo esto afecta el entorno, soy consciente de cómo mis actitudes impactan sobre ellos, entonces es otro estado mental de conexión que siento que logré gracias a convivir con los perros, he aprendido a entenderlos y esto ha creado una comunicación bilateral muy fuerte y es un vínculo muy especial que nunca se va perder así se mueran en algún momento (Entrevista a Santiago, 22 de marzo de 2019).

Pareciera que la cercanía a estas especies influye en la forma que una persona entiende el mundo, lo que la rodea, la otredad, las relaciones y lo natural, propiciando cierta aceptación hacia el otro. Piensan que crecer con animales influye positivamente en la capacidad de las personas para asimilar lo diferente, para respetar y cuidar la naturaleza: «Estar con animales desde pequeña fue algo que nos ayudó mucho a mí y a mis hermanas para formarnos como persona, nos enseñó a ser sensibles frente al otro, a respetar otras formas de vida, y en esa medida voy a tratar de que el bebé también tenga esa oportunidad y genere ese vínculo tan especial» (Entrevista a Lina, 4 de mayo de 2019).

Existe un consenso en creer que la convivencia con animales genera cierta empatía hacia otras especies, hacia otras formas de relación, al interactuar con una especie diferente se aprenden otras maneras de comunicación, afecto y cuidados:

Total, yo pienso que sí hay beneficios de esta relación, de hecho, eso le enseña a uno a considerar que el hecho de que seamos unos animales racionales hay muchos aspectos diferentes que valorar, especialmente a mí que me gustan tanto los gatos ellos con su independencia y con sus mínimas muestras de afecto que te derriten total y eso genera digamos cierta consciencia animal que pienso que deberían tener todos, o sea, para mí todo mundo debería tener una mascota, es aprender a convivir con otro ser que no va tener las mismas discusiones ni la misma manera de discutir por así decirlo, o de mostrar que algo le gusta o le disgusta, entonces sí genera como una sensibilidad bonita, me parece muy necesaria. No sentirlos como inferiores, de hecho para mí no lo son, son diferentes, son maneras de vivir y de ver el mundo muy diferentes que le ayudan a uno en realidad (Entrevista a Laura, 26 de agosto de 2018).

Durante años, la relación con los animales se ha basado en lo útil que estos puedan ser para el ser humano. Pero ahora, con los animales domésticos, no se piensa solo desde una utilidad sino también desde un beneficio, siendo la primera la capacidad de una cosa para para servir o ser aprovechada, y siendo la segunda como el bien que se le hace a alguien. Sin embargo, se tiene en cuenta que en la tenencia de perros y gatos estos conceptos se cruzan:

Más que utilidad es un beneficio, está lo de la compañía, el vínculo que se crea con ellos, porque se convierten en algo súper incondicional con uno, es un vínculo, una conexión y es algo donde uno no está esperando algo, porque cuando uno quiere recibir utilidad de algo es porque está esperando algo, y yo de ella no espero nada. Ella estaba buscando un hogar, yo le doy un hogar, y yo estaba buscando una compañía para salir a caminar, para estar acá porque estaba viviendo solo,

para hacer un proceso de introspección hacia uno y esas cosas, y ella me lo da, pero es por lo que me puede brindar siendo ella, pero siendo ella, pero no es que yo esté esperando a que Amber sea algo, o que si no, entonces cómo le saco yo provecho; no, nada de eso. Vivir con ella me ha servido como un proceso de ver cómo me relaciono con las personas, porque yo creo que como uno se relaciona con las animales también se relaciona con las personas, pues si uno se mete en la conciencia eso no es muy distinto. Somos diferentes, pero merecemos el mismo trato (Entrevista a Juan, 13 de marzo de 2019).

Algunas personas no están de acuerdo con el concepto de beneficio, porque lo relacionan con el de utilidad, y aunque estas no desconocen que haya alguna, prefieren decir que el asunto va más allá de un beneficio y que son enseñanzas que brinda la convivencia con el animal:

Hay cosas muy especiales cuando uno vive con animales, no sé si sean beneficios porque también esa palabra la siento como la de *dominar*, pero sí siento que es una energía muy bonita, y a la vez neutral porque ellos no juzgan, y cuando estoy estresado o digamos hay algo malo en la casa o hay cualquier factor de tensión y llegas donde ellos y te sonríen, te saludan, te transmiten eso que son los animales, algo mágico. Además, ellos siempre están ahí para uno, te enseñan mucho la paciencia, a ser más comprensible con otros seres, de que todos tenemos construcciones diferentes también, responsabilidad, disciplina, nada de pereza, estabilidad, le enseña a uno a madurar demasiado, a cuidar a un ser vivo (Entrevista a Andrés, 26 de abril de 2019).

Virtudes como la paciencia, la tranquilidad y simpleza las aprenden las personas, según creen, de sus animales, y resaltan la nobleza de ambas especies: reconocen que cada animal es un mundo y tiene sus características específicas así sea de la misma especie, y también identifican que esa convivencia les genera sensibilidad hacia su entorno y otros seres vivos.

Generalmente (con excepciones) las personas creen que el hecho de convivir con un animal posibilita relacionarse con personas desconocidas a través del animal, y no solo con las personas que tienen perro y gato, sino con las que no tienen pero les gustan:

Es bonito salir con la gata y que la gente se acerque, pregunte cosas, la acaricie... así he conocido a más de uno por acá, los que también tiene gatos preguntan varias cosas y siempre terminan mencionando al animal de ellos, y los que no tienen animales se sorprenden mucho de que yo salga con ella, entonces nos ponemos hablar, a mí me gusta conversar con la gente y si es sobre animales me gusta más (Entrevista a Juan Carlos, 20 de marzo de 2019).

Es una oportunidad para interactuar con otros dueños:

Se vuelve como un tema de conversación, claro, si otra persona sale también con su mascota uno asume que es una persona que le gusta, que los cuida, entonces uno manifiesta el gusto por el perrito o la mascota que tenga la otra persona, y es entrar a conversar, no en sí de la persona, sino de hablar del animal, que si hace esto, que si le gusta comer aquello, entonces sí se vuelve como una excusa para uno interactuar con otras persona de cualquier edad; los niños también lo ven a uno, le preguntan y les gusta acariciarlas (Entrevista a Isabel, 6 de abril de 2019).

Esto significa que la presencia de animales domésticos facilita, en un sentido, el desarrollo de relaciones sociales con otras personas que tienen animal. Esto teniendo en cuenta que vivir con un perro o un gato es una realidad inscrita en un espacio social determinado: lo urbano, cuyas lógicas influyen en la forma como se estructura la relación en cuestión, por esto, la tenencia de animales domésticos es un fenómeno que está inscrito en un espacio social y que no afecta únicamente a sus propietarios, sino que sus efectos pueden alcanzar a otros sectores sociales.

Si por un instante pensamos en lo que ha pasado entre los perros/gatos y los seres humanos para llegar a este punto de identificar beneficios en esta relación cuando los animales ya no cumplen un función específica de trabajo, es necesario reflexionar sobre los elementos que han permitido entablar esta relación cercana. Para esto, se trae a colación la opinión de Diego sobre lo que para él ha posibilitado la relación entre animales y humanos:

He pensado en el porqué de la sensación de cercanía que siento hacia Ícaro, es muy loco porque veo en él algo de mí y creo que puede ser por su estructura de manada como la que tenemos nosotros, esa estructura que les permite conectarse con uno. Desde mi percepción esa sensación de manada les gusta, estar en compañía, porque en manada sobreviven más, entonces yo entiendo que puede ser más fácil hacer ese vínculo con nosotros, y como ellos no difieren de formas, no hacen ese análisis, de que él es un perro, él es un humano, entonces es fácil, digo yo, relacionar la estructura del líder y eso es muy de nosotros; nos parecemos mucho en esas costumbres, digamos que esa similitud hace que sea muy fácil relacionarnos los unos con los otros, y somos mamíferos, venimos de la mamá, la manera en la que crecimos, tomamos de una teta como los perros, del calor, nosotros los primeros meses sentimos el calor; son cazadores, nosotros también, y pese a que la sociedad ha cambiado tanto venimos conservando ese lado salvaje, así le digan ahora núcleo o familia es nuestra manada (Entrevista a Diego, 3 de septiembre de 2018).

Los seres humanos y animales compartimos ciertos rasgos similares entre sí, como tener una gran memoria, poseer la capacidad de recordar el pasado y pensar en el presente, e igualmente, al ser ambos mamíferos, la infancia es un aspecto crucial para el crecimiento. Ambos desarrollan un sentir hacia los de la especie, generando empatía con las situaciones de quienes los rodean. Aunque se cree que ninguna especie protege y cuida tanto a su familia como el ser humano, algunos animales muestran este tipo de conducta parental o enseñanza a sus crías. Por esto, no es descabellado creer que, gracias a las características biológicas que poseen los perros y gatos, han

permitido su domesticación y una especie de afinidad con las estructuras humanas. Estas similitudes influyen y dan como resultado ese trato especial que se la he venido dando a los perros y gatos en los últimos años.

Que la persona reconozca beneficios en esta relación, valida el afecto que siente hacia el animal, como resultado de la incorporación de estos en las estructuras sociales, donde el humano a través de la significación saca provecho a lo que lo rodea. Antes era una utilidad enfocada a una labor — cazar, cuidar—, ahora se asocia a un beneficio más simbólico. Uno que está representado en compartir lo que cada especie es, y que varía dependiendo de la concepción y el tipo de actividades que se realizan con el animal. Para este contexto que la persona perciba un beneficio en esta relación implica para el individuo reconocer al perro o el gato como un ser del que puede recibir y obtener algo que es agradable para él, así sea el hecho de vivir juntos.

4.2.4 Restricciones

Ser responsable de un animal implica hacerse cargo de su manutención y estar disponible para resolver cualquier imprevisto que se pueda presentar; es una relación demandante que para algunas personas puede generar ciertas restricciones en su vida. Sin embargo, la creencia en las restricciones es similar a la idea de los cambios; existen, las personas lo reconocen, en ocasiones lo expresan, pero no es algo que se asuma de manera trascendental. Es decir, se dan ciertas restricciones con la tenencia de un animal, pero no significa que limiten la vida. Aunque para algunos no existe algún tipo de restricción, como es el caso de Alexander:

No siento que haya restricciones por tener a Camus, ni es algo que me haya implicado sacrificios o que sienta que me complica la vida, no, siempre he sido entregado a la responsabilidad del perro, y hago las cosas con cariño, para mí no son inferiores, yo lo mantengo limpio, bien presentado y eso implica peinarlo casi diario, y eso es tiempo, pero no es tiempo que yo sienta que sacrifico, sino un tiempo que comparto con gusto con Camus (Entrevista a Alexander, 27 de enero de 2019).

Otras personas sí afirman identificar limitaciones debido a la convivencia con animales:

Total, sí hay restricciones, uno no puede hacer nada: no me puedo quedar por fuera, y cuando salgo no me puedo demorar, o sea, yo me podría ir tranquila a amanecer a otro lugar por una semana, e ir a trabajar desde allá y podría decirle a mi mamá que todo bien, pero no, está la responsabilidad de sacarlos todas las noches, de darles comida, de limpiarlos a ellos y el espacio, de que ellos corran y se desestresen, son los hijos, ¡literal! (Entrevista a Carolina, 25 de septiembre de 2018).

La noción de límites o restricciones a causa del animal depende en cierta medida de las dinámicas de la persona. Por ejemplo, si el individuo es hogareño y no disfruta mucho estando por fuera — prefiere estar en su casa—, no va creer que el perro sea una restricción para salir, y menciono al perro porque esta idea de no poder quedarse por fuera de la casa mucho tiempo por el animal se asocia al perro, sin decir que el gato se puede quedar solo. A diferencia de si es una persona que sale con mayor frecuencia, que le gusta quedarse por fuera de casa, y que puede sentir que el perro restringe sus salidas. No se puede desconocer que la tenencia de animales implica un trabajo ‘sucio’, no todo en esta relación se basa en afecto: esta interacción implica una serie de actividades y cuidados (véase capítulo de prácticas) que implican tiempo, dinero y hasta sacrificios dependiendo de la situación y de la condición del animal.

4.2.5 Propiedad

Si bien es la persona la que toma la decisión de vivir con un animal, su decisión está influenciada por los elementos sociales que promueven una imagen y unas pautas de comportamiento de estos, incluso por la forma en que la persona concibe al animal. Se accede a esta relación y se va generando un trato cordial, en algunos casos afectuosos. Entonces, ¿cómo entiende la persona el concepto de propiedad en esta relación, teniendo en cuenta que al adoptar o comprar un animal este automáticamente pasa a ser propio, y la persona se convierte en su dueño? ¿Cómo asume la persona que es el dueño y que a su vez este hace parte de la familia? Veamos como ocurre esto.

Las personas creen que no asumen el concepto de propiedad como comúnmente se hace, en el sentido de tener algo que les pertenece que pueden manejar y controlar a su antojo; al contrario, entienden lo propio como estar a cargo del animal, de responder; es de la persona porque ella cuida de él como un ser que hace parte de su vida, más por el afecto que por ser suyo:

Más que propiedad, uno asume el compromiso de cuidarlos muy bien, de que se encuentren a gusto, la idea de propiedad, de que es de uno, es por el hecho de que uno es el responsable, pero no se ve como propiedad de decir que lo voy a obligar a hacer esto, o por ejemplo que por ser de mi propiedad lo voy a vender, no, realmente no es como un objeto del cual uno puede recibir una ganancia económica, es decir si mi perra tiene cachorritos yo por qué le voy a poner un precio: mi responsabilidad ahí es garantizar que esté en un lugar que lo cuiden, no tanto de propiedad ni de yo ser la dueña, por eso te decía que la palabra mascota me suena como raro porque sí trata de decir una inferioridad que no comparto; uno asume una responsabilidad y un compromiso de cuidarlos y de garantizar que ellos estén bien (Entrevista a Lina, 4 de mayo de 2019).

Las personas se reconocen como los propietarios del animal no para mandar y someter, sino porque es necesaria esa figura que responde y se hace cargo: «Yo me reconozco como el dueño, pero Saku es la gatita de la casa, yo no la mando, es mi gata, pero no como algo mío donde yo hago lo que sea con ella o la obligo, no, es mía en el sentido de que yo la traje a la casa, soy el responsable de ella, además creo que ella también me asume como su dueño, ella me identifica» (Entrevista a Byron, 9 de febrero de 2019).

Para Guillermo no se trata en lo absoluto de poseer, sino del sentido que los animales le dan a la vida de uno:

Con todos los animales que he tenido nunca los he visto como míos. Lo entiendo como que yo permito y he buscado que estén conmigo, pero es por el sentido que tienen ellos y que yo les doy también, porque es importante ver esas vidas ahí al lado tan distintas y tan cercanas e iguales a la vez, además lo propio es como si uno fuera superior, o como si se tuviera el control de algo y yo no me veo así con ellos; antes nosotros deberíamos de ser más humildes en ese sentido, no necesitamos todas esas cosas que nos hacen creer (Entrevista a Guillermo, 15 de agosto de 2018).

Otras personas, como Felipe, creen que el término de *propiedad* sí aplica: «Uno en la vida no tiene nada, todo es prestado, pero el perro está con uno, aunque yo pienso que sí aplica el término de propiedad porque si alguien te dice a vos que si le regalas el perro o se lo quiere llevar, obviamente uno dice que no, entonces ahí creo que sí aplica el término de propiedad» (Entrevista a Felipe, 23 de septiembre de 2018). Sin embargo, saber que de cierta manera sí hay un uso de lo que significa algo propio, no significa que se trate exclusivamente como tal:

Los perros de la casa los siento como algo propio, como algo mío, no de propiedad de mandar y someter, sino que es un reflejo de uno pero en otro cuerpo, como una extensión de lo que

uno es, porque los animales al no razonar como nosotros actúan por instinto y yo pienso que nosotros aunque podamos hacerlo (razonar), somos muy parecidos a ellos, impulsivos. Yo los siento a ellos como un hermano, y uno ahí no posee como si fuera un objeto, sino que quiere y cuida (Entrevista a Diego, 3 de septiembre de 2018).

La idea de propiedad toma otro sentido en la tenencia de mascotas, aunque parte de su significado se aplique a la tenencia, al referirse al derecho de él ser humano para tomar posesión de una determinada cosa —en este caso un animal— y controlarla según crea. Sin embargo, este concepto toma otro sentido cuando se contextualiza en los animales domésticos, porque en este caso la persona no asume la pertenencia como controlar o poseer algo, aunque esto lo haga implícitamente. Estas personas asumen la propiedad como estar a cargo del animal, siendo los responsables de suplir las necesidades y de que estén bien. Algunos tienen en cuenta que de alguna manera son ellos los que los acostumbran a vivir de cierta forma, con las cosas que hacen con ellos como el juego, las salidas, el afecto que les brindan; entonces, en esas situaciones la persona sabe que es la encargada de que continúe así, de que estén bien.

Las personas tratan de alejarse de las nociones que evidencian la posición de poder que tienen sobre el animal. Expresan que están en desacuerdo, pero al hacerlo estarían negando la base de esta relación y una parte crucial en esta. Aunque las personas no reconozcan su posición, no se puede omitir su actitud controladora y dominante, al condicionar al animal a los tiempos y a la rutina que este tenga. Ideas como que los animales no se poseen en el sentido de que alguien sea su ‘amo’, sino de que son de la responsabilidad de alguien, que están a su cargo, dan a entender que la persona sabe que tiene el poder, pero no sobre algo que somete, sino de algo que dirige y por lo que responde.

4.2.6 ¿Perro o gato?

Al interior del fenómeno de la tenencia de animales domésticos se observó que es común que los dueños piensen y digan cosas sobre el animal con el que no viven: es decir, si viven con un gato, creen y se refieren al perro de una manera, y si tienen perro viceversa. Son los imaginarios que tienen las personas sobre el otro animal doméstico. A continuación se exponen las ideas de los cuidadores respecto a esto.

Los dueños de perros creen que los gatos no son mimados, no buscan al amo, no se dejan ver, son huraños y no juegan. Algunas personas, como Margarita, expresan que no les gustan por autónomos: «Para mí los gatos, no diría que son desagradecidos, sino que son demasiado independientes, no son de manada, el gato sale y uno es el que queda preocupado, yo los tendría pero en la finca para control de roedores» (Entrevista a Margarita, 6 de noviembre de 2018).

No se trata de que el gato no necesite atención o cuidado al ser independiente, sino que requiere de otro tipo de cuidados de acuerdo a su comportamiento esquivo y reservado. Por otro lado, los que conviven con gatos creen que los perros carecen de voluntad y que están detrás de las personas todo el tiempo, como expresó Juan Carlos: «Los perros siempre están pendientes de lo que hace la persona, para mí son intensos y nunca se niegan a jugar o a salir, en cambio con los gatos, ellos hacen las cosas cuando quieren, no cuando uno les diga (Entrevista a Juan Carlos, 20 de marzo de 2019). Otra persona, que convive con los dos animales, cree que el perro es más dócil y sumiso:

Creo que los gatos y los perros son muy diferentes, incluso como individuos una alcanza como a percibir que tienen... es muy extraño uno decir 'personalidades', porque eso sería como de la persona... ¿gatunidades?... Yo no sé, pero ellos sí tienen, o sea ambos son individuos pero son

muy diferentes, cada uno tiene sus particularidades: los perros más fácil se dejan poner ropa, aunque no estoy diciendo que les guste, estoy diciendo que yo he molestado a mis perros poniéndoles camisas o gorras y ellos se dejan —si uno les dice—, en cambio con los gatos uno no puede ni intentar, ellos como que de una sienten las intenciones de uno y se van (Entrevista a Isabel, 6 de abril de 2019).

Otros resaltan la diferencia en la tenencia entre gatos y perros en cuanto a dinero, espacio y manejo de los residuos:

Los gatos, para mí, tienen una ventaja frente a otros animales y es el manejo: finalmente, uno les da la comida, les hace el aseo y ellos se desentienden de la vida, en cambio los perros no, porque uno tiene que salir en la mañana o en la tarde, tiene uno que jugar con ellos al aire libre, ellos están más humanizados, entonces se comportan de otra manera, aunque si tuviese un espacio más grande, como en el campo o una casa con solar, tendría perro (Entrevista a Sneider, 14 de febrero de 2019).

La demanda de tiempo que se le atribuye al perro es uno de los argumentos más comunes en las personas para no tenerlo:

No he vuelto a tener perro porque necesita mucho tiempo, aunque en ocasiones me dan ganas de perro, pero no, porque es muy demandante, todo el tiempo hay que estar sacándolo, el aseo es más complicado, son más intensos, más dependientes, en cambio el gato, ellos son los dueños de uno, ¿no? Te buscan si quieren comida, si quieren jugar, o si quieren estar cerca de uno los gatos son más hogareños. El perro es de más atención y de mucho gasto y también con el manejo de los residuos considero más fácil recoger en la arena que en la calle, donde nadie quiere que el perro defeque (Entrevista a Byron, 9 de febrero de 2019).

Las personas argumentan una responsabilidad mayor en la convivencia con perros:

Las necesidades de ellos son muchas más, la compañía es más constante, el apego es mucho más, la responsabilidad es mayor porque los gatos son muy independientes desde que tengan comida están bien y arena, todo está bien, de resto no necesitan nada más, en cambio los perros sí hay que estar demasiado pendiente todo el tiempo, y tampoco me gusta mucho eso, pues como que sentiría una responsabilidad tan grande que no podría irme a viajar equis cantidad de meses, porque entonces, ¿quién me va cuidar al perro o cómo me lo voy a llevar? Entonces de pronto por eso, porque me gusta viajar y mi mamá no me va a aguantar eso, porque ella tendría que sacarlo, recogerlo y ella no está en condiciones de eso, aparte ella le aterra el olor a perro (Entrevista a Danelly, 11 de enero de 2019).

Los dueños de los gatos creen que socialmente está más aceptado tener perro que gato:

Siempre he creído que el pelo del perro está más normalizado, pero con el del gato hay como un tabú, la gente dice que el pelo del gato hace daño, que las heces de los gatos huelen horrible y son lo peor, que transmiten enfermedades, y no es así, antes ellos son muy aseados, nosotros solo bañamos a la Cookie la noche que mi papá la trajo y fue porque estaba negra del mugre, y usted a ella no le siente ningún olor, antes huele mejor que uno (Entrevista a Camila, 10 de octubre de 2018).

Por otro lado, se cree que estas preferencias o ideas que se tienen de ambos animales tienen que ver con el gusto de la persona y sus dinámicas:

Creo que en el momento de decidirse por qué y por cuál animal —en caso de que uno pueda elegir, porque a veces llegan sin uno pensarlo—, uno tiene en cuenta qué busca, pues si yo quiero un animal para que me acompañe a caminar, no me voy a conseguir un gato, el gato es más

independiente y no va disfrutar de caminar al lado de uno, en cambio si yo quiero un animal para vivir y no tener mayor responsabilidad, me consigo un gato (Entrevista a Santiago, 22 de marzo de 2019).

Otros atribuyen estas inclinaciones a la forma histórica como nos hemos relacionado con estos animales:

Yo digo que puede ser algo más histórico, el perro y el gato han sido como la compañía del ser humano, el perro le ayuda a cazar y lo protege, esto sucede hace cientos de años, el gato también siendo un hábil y experto cazador, está más asociado con la parte mística y sagrada, entonces cada uno con sus cualidades le ha aporta al ser humano y se ha interactuado con él de diferentes maneras, los perros son los guardianes físicos y los gatos los espirituales (Entrevista a Jaqueline, 15 de agosto de 2018).

La historia, la cultura, el gusto, el contexto y el manejo como tal que implica cada animal son aspectos que influyen y permean la manera en que las personas creen que es la relación con un perro o un gato, y su preferencia por uno u otro. Cada individuo forma sus ideas, toma una postura y actúa de acuerdo a estas, sumergido en un proceso de interacción que se ha dado con los animales desde tiempos remotos, el cual ha dejado ciertas ideas respecto al lugar que ocupan y las actividades que hace un perro y un gato. Algunas de ellas se basan en que los gatos son seres solitarios, cazadores, activos en la noche, en contraste con los perros que se cree que son sociables, trabajan en grupos y son activos entre el amanecer y el atardecer. Estas nociones han sido asimiladas socialmente, y de cierta forma determinan la elección de uno u otro, además de otros elementos como la personalidad y la imagen que tenga de él mismo y que proyecta en el animal. Así, los humanos se identifican con sus animales y reflejan en ellos la percepción que tienen de sí mismos, se corresponda o no su carácter con el de su animal.

4.2.7 Concepto de mascota

Los perros y gatos, y en menor medida otros animales de compañía, son conocidos como *mascotas*: esa es la denominación social que se les ha dado. En español, la palabra *mascota* tiene tres significados: se refiere a una persona, un animal o una cosa que sirve de talismán atrayendo buena suerte; a un tipo de sombrero flexible; y a un animal de compañía (*Diccionario de la Real Academia Española*, 2014). La lengua española lo tomó del francés *mascotte*, préstamo tardío (de 1867) del provenzal *mascoto*, que en francés significa «brujería, embrujo», y que se difundió a partir de la opereta de Audran *La Mascotte* de 1880, que giraba en torno a una joven que atraía buena suerte. En inglés, *pet*, se asocia con diversas acepciones, pero aquella que se refiere al animal de compañía lo define como un animal domesticado o amansado, que es mantenido por placer o compañía (Díaz, 2017, p. 57).

Una definición comúnmente aceptada de la mascota como animal de compañía la describe como aquel animal que se encuentra bajo control humano, vinculado a un hogar, compartiendo intimidad y proximidad con sus cuidadores, y recibiendo un trato especial de cariño, cuidados y atención que garantizan su estado de salud. Si bien los humanos han mantenido como mascotas una gran variedad de animales —incluyendo grillos, tigres, cerdos, vacas, ratas, cobras, caimanes, águilas— los animales prototípicos que identifican la categoría *mascota* son los perros y los gatos (Ídem).

Esta definición pareciera que encierra lo que es esta relación; sin embargo, al conversar con las personas, percibí una idea general en ellas, y es que, actualmente, el término *mascota* no goza de mucha aceptación. Los interlocutores argumentan que esa palabra no define lo que es la relación, o no como ellos la entienden: afirman que se aleja de lo que ellos sienten. Ocurre así, por

ejemplo, en la casa de Estefanía, donde el papá le dijo que la apoyaba para tener el perro con la condición de que no lo fuera a ver como una mascota:

Mi papá me dijo: ‘Yo le alcahuteo adoptar al perro, pero tiene que tener la condición de que no es una mascota en la casa, él es parte de nuestra familia. No es la mascota que uno va a dejar al lado velando, que no vamos a sacar, no, él va estar con vos, vos vas a cuidar de él, como si fuera tu familia, no una mascota que le das el cuidado y te vas, no, es un ser que ya hacer parte de la familia y como tal hay que tratarlo’. Y así fue, Coffee y África son la compañía, mascotas no, yo no los veo como algo para tener en la casa mientras llego, no, ellos son parte de mí, ellos me producen alegría, disfruto de lo que ellos son (Entrevista a Estefanía, 4 de mayo de 2018).

Las personas creen que la palabra *mascota* es extraña para referirse al vínculo que ellos sienten hacia el animal; creen que esta palabra no concuerda con el sentimiento, así su definición describa parte de la relación:

Nosotras las hemos acogido como parte de la familia; de hecho yo, cuando por ejemplo las peino, uno dice: ‘Vaya muéstrole a la mamá como quedó’, y así, uno usa esos términos porque lo siente y se vuelve como algo natural para uno, y se siente bien de estar pendiente. Hay gente que no, que no entiende como lo que uno siente por estos animales, por no decir mascotas, siendo ‘mascota’ como una palabra que no sé, como rara, como lejana, que uno siente que no significa lo que uno vive, porque uno establece un vínculo importante con ellos, de querer que ellas estén bien, de hacerlas sentir cómodas, son igual un apoyo y cuando uno llega por ejemplo estresada, aburrida, es como sentir algo neutro, por eso creo que la palabra mascota como que no define lo que siento por las perras y las gatas (Entrevista a Lina, 16 de octubre de 2018).

La persona asume al animal como un ser que sin querer puede hacerlo sentir mejor, como si lo abstrajera por momentos de las dificultades que se pueden presentar diariamente. Al

considerar a los animales como parte de la familia, las personas no aceptan que sean encasillados en la definición de mascotas porque creen que esta se queda corta:

Yo considero que son partes de la familia totalmente, no son un valor agregado como siento que define la palabra 'mascota', sino que hacen parte total, es como si fueran mis hijos, no te digo pues que Coper es mi sobrino literal, o sea él es mi sobrino y Jack es mi hijo. He tenido visitantes mascotas que los siento como mascotas pero porque yo sé que no van a estar conmigo digamos que de manera incondicional, pero con los gatos no los veo como mascotas (Entrevista a Laura, 26 de agosto de 2018).

Esta sensación de que los perros y gatos son algo más que mascotas se da en algunas personas incluso antes de tener un animal. Otras personas apenas lo piensan cuando ya conviven con ellos:

Antes veía a mis perros como una mascota, pero con los años, la vivencia y el compromiso que implica, los siento como parte de la familia; sino que antes, cuando teníamos a Oriana y Estrella, yo no estaba pendiente de ellas, me gustaba tenerlas pero no las veía como parte de mí, seguramente porque yo era pequeña. En cambio, cuando adoptamos a Pepper y a Lola esto cambió, se convirtieron en mi responsabilidad, pero no como esas cosas que uno hace porque debe o le toca, sino cuando se hacen las cosas con gusto, con cariño. Ya no los veo como mascotas sino como miembros de la casa, como seres muy especiales que alegran los días (Entrevista a Ana, 9 de noviembre de 2018).

Este trato diferenciado que reciben los animales domésticos implica asumir al animal como un miembro de la casa, el cual necesita atención y cuidados. Incluirlo en el núcleo familiar valida

el trato especial que el humano quiere y le da. Otras personas relacionan el concepto y la idea de “mascota” directamente con el mercado y el consumo, no al animal directamente porque las

relaciones con los animales son múltiples y siempre las vamos a tener:

Yo sí tengo como rayos con eso, me parece que la mascota... o sea, porque la relación que hay entre la gente del campo por ejemplo y la gente de la ciudad respecto a los animales es muy diferente, por ejemplo sobre los perros y los gatos, y yo siento que si bien nosotros influimos en ellos todo el tiempo tanto en la ciudad como en el campo, la mascota es una total creación humana para mí y también una creación desde esa ideología del mercado y del consumo, porque pues es como ‘Esta es mi mascota’, yo lo compro, y qué raza quiero y lo quiero así, y lo visto de esta manera, y se llama así, y compórtate así porque así quiero que te comportes, y tan linda mi mascota y entonces el cuidado para mi mascota, el gimnasio para mi mascota... Entonces sí creo que más allá del animal, que obviamente uno genera relaciones con ellos de muchos tipos y en muchos espacios, la mascota es una creación particular como de ese mercado, del consumo y de pronto de la ciudad diría yo. ¡Mascota no! a mí no me gusta, son gatos y están en mi casa, convivimos y los adoro pero no son mi mascota, ni me refiero a ellos en estos términos (Entrevista a Soranny, 5 de marzo de 2019).

Esta postura es una crítica a la imagen que la industria quiere vender sobre los animales, y a su vez se puede ver como una invitación a cuestionar cómo entendemos nuestra relación con los animales. Las personas extienden cuidados de manera excesiva a los perros y gatos, influenciados por la idea que el capitalismo ha propiciado, produciendo y promoviendo un sinnúmero de marcas comerciales que ofrecen ropa, cepillos de dientes, colegios, guarderías, servicios funerarios para llevar el duelo por la muerte de sus animales queridos, entre otros. Los animales son amados,

protegidos y educados, lo que implica la continuidad del sistema capitalista de dominación: como objetos de afecto elegidos, garantiza a las personas como consumidores especiales. Es el humano el que asegura la prosperidad de las industrias alimentarias, las clínicas y toda la gama de servicios específicos para su cuidado. Ahondar en esta discusión es pensar que la tenencia de animales domésticos significa el control que el ser humano tiene y ha buscado tener de la naturaleza, siendo una muestra de su capacidad al tomar aspectos de esta, para modificarlos e introducirlos en la cotidianidad.

Otras personas, como Miguel, no tienen dificultad en referirse a sus perros como “mascotas”, lo que no significa, para él, que este concepto omita que son parte de la familia:

Yo lo entiendo como un animal, como alguien que no es como un humano, que no tiene la misma capacidad de estructurar pensamientos, pero que lo acompaña a uno, pues para mí la mascota es como eso, alguien que está acá en la casa, con la que uno puede, si quiere, hablar, salir con él, hacer cosas; para mí es una mascota pero eso no quiere decir que una mascota no sea parte de la familia, ellos son igualmente parte de la familia, son todo también, porque genera unas dinámicas en la familia, en el hogar, genera unas relaciones con la familia y con otras personas (Entrevista a Miguel, 3 de marzo de 2019).

Elbar tampoco tiene problema con este término: debe ser porque, además de vivir con dos perros, también trabaja con ellos en seguridad canina. Él reconoce que hay un trato diferenciado para los animales de trabajo y los de la casa: «Los perros que he tenido los he adoptado del trabajo cuando ya terminan de prestar su servicio, entonces cuando llegan a la casa, ya no es mi compañero de labor, ya es mi mascota ya hace parte de mi núcleo familiar, ya sé que es papá, mamá, hija y mascota» (Entrevista a Elbar, 15 de agosto de 2018).

Lo anterior evidencia que, aunque esta es la denominación social que se le ha dado, no hay una aceptación generalizada del término *mascota* por parte de las personas, pues lo consideran rígido para una relación flexible que se escapa de esta casilla. Muchas creen que este término permite resaltar la asimetría y jerarquía que existe en la relación entre humanos y estos animales, favoreciendo el hecho de que, socialmente, no sean vistos como individuos con entidad propia. Para esas personas, la palabra deja de lado la «dignidad» de los animales y no connota una relación igual. Lo curioso es que no ven al perro o el gato como un igual, así rechacen palabras e ideas que hagan alusión a esto. Esta situación destaca la posición paradójica que estos ocupan, siendo productos de mercado y a la vez siendo incluidos en la esfera humana como miembros de la familia. Así, los perros y gatos de compañía pueden ser pensados como criaturas que hacen equilibrio entre la naturaleza y la cultura, simultáneamente incluidas y excluidas de un *nosotros* humano, que a la vez refleja la manera dual en la que estos animales son considerados y tratados.

Las personas ubican al animal en una categoría diferente y especial dentro de la familia, le atribuyen cualidades humanas con la intención de darle sentido a su comportamiento y a las sensaciones que este causa en ellos. Rechazan el concepto de *mascota* porque resalta su posición dominante, sin embargo esto desconoce que es difícil para la persona evadir el sistema cultural que ha delimitado e influenciado su relación con la naturaleza y por ende con los animales. Es decir que, aunque la persona no esté de acuerdo con esta palabra y rechace las ideas que aluden a jerarquías entre humanos y animales, no puede negarse que estos elementos se superponen y han sido claves en esta relación. La persona no advierte que el solo hecho de disponer a qué hora come y dónde duerme el animal es un ejemplo del control que tiene sobre esta relación. Por otro lado, legalmente, los animales de compañía son considerados propiedades, porque en tanto las personas compren o adopten animales legítimamente son sus dueños o propietarios, lo que refleja esa relación subjetiva que existe con el animal.

Algunos individuos desestiman la palabra *mascota* porque le han asignado un lugar especial al animal, uno que no entra en esa definición de animal de compañía, que se encuentra bajo control humano. Lo curioso es que no hay una identificación con la palabra, aunque esta presente una definición cercana a la realidad. Esto implica ver al animal como algo alejado de su naturaleza, donde no solo se convive con él como alude la expresión *animal de compañía*, sino que es ubicado como un miembro más de la familia. Así, las personas apelan a palabras que simbólicamente se alejan del modelo de propiedad hacia uno más bien familiar, lo que implica que se tiende a ubicar la cuestión en un territorio parental, que puede aportar a la infantilización de estos animales. A diferencia de quien tiene la custodia de un niño, quien ejerce la custodia sobre un animal está autorizado a deshacerse de ella, venderla, castrarla o sacrificarla.

Términos como *animal de compañía* y *custodio* se pueden entender como alusiones lingüísticas que aparentan que no se poseen a los animales con los que se vive. Que las personas asuman a estos animales esencialmente como una clase de seres vivos que existen para brindar placer y compañía a los humanos, hace que sea cuestionable su posesión y tenencia, independiente de que los llamemos *mascotas* o *animales de compañía*. Si no se está de acuerdo con la palabra *mascota* porque niega cómo las personas perciben esta relación, resulta paradójico asumir que estos animales existen para brindar placer a los humanos, pues desconoce el proceso histórico y cultural que existe con estos. Así, dentro de los elementos que dan pie a esta relación, el animal se desvincula de los imaginarios excluyentes que se construyen sobre lo animal y entra en una especie de puente entre la bestia y el humano, sometiéndose a un proceso de humanización dentro de la permanente ambivalencia por humanizar y animalizar.

Este debate sobre cómo referirse a estos animales plantea una reflexión sobre la objetivación que se hace de la naturaleza, donde los animales, las plantas y el medio ambiente son

una cosa en su estado natural, pero cuando entra en las dinámicas del ser humano se convierten en otra cosa: cambian, se transforman y adquieren otro sentido, dado por el humano y sus lógicas sociales.

De estas narraciones, imaginarios, prácticas y actitudes (disposiciones) de los propietarios de animales se plantea una noción de los animales domésticos. El animal es un ser vivo que vive en espacios determinados con un hombre o mujer cotidianamente conformando un complejo cultural, y que mediante la interacción regular con estos y la construcción de un lenguaje común, logra adoptar las prácticas necesarias para vivir en una sociedad humana, siempre que esa proximidad facilite una vinculación afectiva particular y que se le gestione óptimamente sus modos de vida, esto acorde a los capitales y posición que posea su propietario. Los animales domésticos son, pues, una construcción social.

4.2.8 Unos a la mesa, otros a la casa

Abordar las diferentes creencias e ideas que tienen las personas sobre la tenencia de animales y no abordar lo que piensan estas de los demás animales es suponer que no hay un enlace entre ambos o que no es necesario entender cómo el ser humano se relaciona con la naturaleza y la cultura, sabiendo que el tema de los animales abarca y contiene estos dos aspectos.

Por eso, indagar por la tenencia de perros y gatos implica también acercarse a lo que las personas piensan de los animales en general, sabiendo que existe una gran brecha cultural entre unos y otros. Las personas viven con perros y gatos, pero esto no implica que haya una empatía generalizada hacia las otras especies; por el contrario existe un límite demarcado entre los animales

domésticos y lo demás. ¿Cómo entender que se comen a unos, pero se adoran a otros? ¿En qué radica esto?

Al indagar en las personas por lo que ellas creen y piensan de la razón de esto, se argumentan diversas posturas que pasan por las emociones, la historia, el uso y la cultura. Relacionado con esto, Lina expresó:

Yo siento que en esa cuestión hay un elemento emocional importante que hace que uno tenga una inclinación hacia otras especies; yo por ejemplo siento que los perros y los gatos, con esa cercanía inmediata de tenerlos en la casa y compartir, se vuelven parte de uno por la forma de ser de ellos, que te atrapa —como habrá gente que le gustan los caballos por la tranquilidad y porque transmiten fuerza y fortaleza—. Entonces siento que sí hay una inclinación hacia unos y no hacia otros, es algo que yo no sabría cómo explicar: como una afinidad por las características de la especie que de cierta manera lo hacen sentir identificado y sentir afinidad por una especie y no otra (Entrevista a Lina, 4 de mayo de 2019).

En ese sentido, los humanos asumen esta relación mediados por su gusto y por su capacidad de sentir empatía hacia los animales. Para otros es más complejo, pues creen que la misma naturaleza es la que dice cómo relacionarse con ellos: «El cariño es por todos los animales, aunque la naturaleza nos ha guiado a que hay que eliminar a unos porque si no, soy yo, por ejemplo con un zancudo, y con los otros tiene que ver más con el afecto, que dentro de ese afecto hay preferencias como yo que prefiero un perro a un gato» (Entrevista a Guillermo, 15 de agosto de 2019).

En este caso se entiende la naturaleza desde la conciencia de quien siente tener la capacidad de categorizar y expresar cómo relacionarse con los animales, como si la naturaleza sobrepusiera al ser humano por encima de otras especies y lo facultara para hacer lo que desee. Otras personas

creen que la forma en que actualmente se interactúa con los animales no es la más viable, en especial con los que se usan en la industria alimenticia, pero aun así, al ser un hábito tan arraigado, no se piensa en cambiarlo:

Consumir la carne de ciertos animales, y sacar beneficio de ellos no es algo válido ni necesario, pero uno está acostumbrado, pues, uno lo sigue haciendo después de saber que no es necesario y que hay otras alternativas de alimentación, otras opciones más dignas que no implican el maltrato generalizado que hoy padecen los animales. La manipulación del ser humano, sobre todo, siempre te ha hecho odiar unas cosas y querer otras; con los animales, dependiendo de su utilidad, pero quién dice que las vacas y los cerdos no son re-humanos, re-cariñosas y afectuosas (Entrevista a Alexander, 10 de marzo de 2019).

En este sentido, se reconoce el papel del ser humano sobre la naturaleza para usufructuarla, determinando cómo debe relacionarse con los animales y la fauna, desconociendo la capacidad de los animales para interactuar con el ser humano de otras formas menos arbitrarias. Para Laura, nuestra forma de relacionarnos con la naturaleza es con una doble moral, porque la mayoría de la gente dice entender y saber lo que pasa con los animales, los bosques y los ríos, pero no se hace mucho para cambiarlo, porque debido al fácil acceso a esos alimentos se naturaliza todo el proceso, hasta el punto de saber lo que pasa y no importar:

Yo creo que querer a unos y comerse a otros es una doble moral total, una que todos cargamos, por más animalistas que terminemos creyéndonos en alguno momento, a menos que seas un vegano radical; de resto, todos caemos ahí, por ejemplo con la carne yo la cargo, total, a mí me encanta comer carne, pero, si me dejan en un lugar y me dicen: ‘Si no matas el animal no comes’, no como, ni loca, no sería capaz de hacerlo, ahí si me volvería la más vegetariana del mundo. Es como el fácil acceso el que genera esa doble moral para mí o al menos con la carne; en cuanto a la

violencia con otros animales, se me hace muy difícil entenderlo, ¿cómo vas a tener un perro en tu casa y patear otro en la calle? (Entrevista a Laura, 26 de agosto de 2018).

Otras personas resaltan la influencia del contexto en la forma de relacionarse con la naturaleza, teniendo en cuenta algunas de las razones como, necesidad, beneficios y protección:

Yo creo que todos tendemos a relacionarnos con los animales de distintas maneras, depende de los contextos; es una cuestión más antropológica, más arqueológica, siempre nos hemos relacionado con los animales de distintas especies; digamos que lo hemos interiorizados más porque llevamos con perros y gatos y con perros mucho más que con gatos, y los gatos han estado mucho más relegados, más en su espacio, un gato se va y se vuelve feral y se va criando, pero un perro puede que se muera de hambre si no sabe que comer, y más si los han humanizado, si les ponen zapaticos. Pero que nos hemos relacionado con los animales, ¿nos hemos relacionado pues!: por compañía, por necesidad, por beneficios, los gatos por los ratones en el campo (por ejemplo los gatos y los ratones es fijo), los perros en los campos por cuidado, por protección, porque ladren y espanten a la gente, pero muchos otros animales la gente los tiene... Recuerdo las imágenes cuando llegaron los soldados secuestrados que traían algunas mascotas, monos, cusumbos, entonces siempre nos hemos relacionado con los animales por distintas razones, y cada vez hay más, se va generando como una industria económica en Medellín con todo esta onda de lo *pet-friendly* (Entrevista a Sneider, 14 de febrero de 2019).

El papel de la industria en la manera de entender lo natural y lo no humano es importante: por un lado dice qué animales debes consumir, con cuáles vivir y cuáles adorar, según su conveniencia. Te vende la idea de lo natural dentro del turismo, pero contamina y extrae recursos del medio ambiente para hacer más productos que te harán usar, sean animales o plantas. Que esto suceda desde hace tanto tiempo nubla la posibilidad de escapar y afrontar esta noción utilitarista.

Más complejo resulta cuando las personas creen que esto es algo cultural e histórico que así debe ser, o que no debe de ser pero que es:

La historia y la cultura influyen en la forma de ver a los animales, eso pesa, uno lo hace, sin pensar muchas veces, porque está dado, uno nace y te dicen cómo vivir, que hacer y que comer, y uno no va en contra de eso, uno lo hace. Así es con los animales: unos son para comer, otros para trabajar y otros para compartir de otra manera, el aspecto cultural está ahí presente 100%; aquí no se comía ganado pero se comía otro tipo de animales. Pienso que es la convención que se establece de qué animal se come y cuál no, eso está establecido, yo no lo puedo cambiar, que si esté de acuerdo o no, hum, mera pregunta (Entrevista a Juan Carlos, 20 de marzo de 2019).

De lo anterior se derivan varias ideas. Por un lado, las personas entienden la cultura como aquello que socialmente dice cómo actuar, qué hacer, cómo procesar el mundo, qué contienen las costumbres y lo que está establecido. Las personas dicen frecuentemente «eso es cultural, esto es cultural», pero no hay una reflexión de lo que esto significa. Las personas están sumergidas en unas lógicas que determinan su accionar, pero que en ocasiones no se perciben. El humano naturaliza las estructuras del sistema cultural que establecen cómo el individuo va a relacionarse con los animales, con lo que lo rodea y con las demás personas. Esto se da porque lo que hace y piensa la persona es parte de los elementos inscritos socialmente a la cultura que el individuo asume y fomenta.

Esta actitud de sentir afecto por unos animales y por otros no también tiene que ver, siguiendo a Descola (1998), con que las manifestaciones de simpatía por los animales se ordenan en una escala de valor donde la cima es ocupada por aquellas especies que son percibidas como las más próximas al humano en términos de comportamiento, fisiología, facultades cognitivas y

capacidades que les atribuyen en torno a las emociones. En este sentido los animales domésticos se han venido ubicando cercanos a las personas y aunque el trato hacia estos ha cambiado, teniendo en cuenta que en los inicios de esta relación estos representaban un ayuda para el humano, hasta el momento no han sido pensados como especies para consumo, lo que les ha dado una posición privilegiada incluso antes de ser considerados como miembros de la familia. A diferencia de los animales que han sido destinados por el humano para el consumo. Estos papeles otorgados a los animales, hacen partes de lógicas muy arraigadas en la sociedad y la cultura, que acompañan la posición del humano como él que puede tomar lo que necesite del ambiente y la naturaleza para sobrevivir. Aunque esta realidad se viene cuestionando desde diferentes personas y grupos ambientalistas es difícil desarraigar este tipo de actitudes y prácticas que ni siquiera son tomadas como aspectos que son necesarios pensar y reflexionar.

4.3 Balance

Con los anteriores casos y reflexiones se pretende tener un acercamiento a lo que las personas que conviven con animales domésticos sienten y piensan de esa relación. Se trata de comprender cómo la gente representa al animal y como su interacción está anclada a ideas sobre la naturaleza y la cultura.

Desde la disciplina antropológica se abre un panorama para contemplar, dentro de la reconfiguración de la estructura familiar, a los miembros no humanos, pues las personas han acogido a los perros y gatos como parte de su historia familiar, es decir, como integrantes a los que corresponden una posición y un rol. Las personas no solo han adaptado a los animales en sus familias, sino que a su vez los han pensado desde la idea de la humanización, la cual se busca

mantener a partir de esfuerzos financieros y en ocasiones físicos, con los consiguientes cambios en el estatus del animal y en lo que significa afectivamente. De acuerdo con lo anterior, se observa que esto ha generado en algunas situaciones una sobrevaloración de los animales que se han inscrito en la familia. Por esto, es necesario pensar esta domesticación actual dentro de un proceso continuo de construcción y análisis que permita reflexionar los cambios y posiciones que se vienen dando en esta relación. Esto nos permite abrir el panorama antropológico para entender la multiplicidad de formas que se identifican cuando hablamos de las relaciones que hemos construido con los animales dentro de la familia. Pero que merecen ser leídas e interpretadas teniendo en cuenta el lugar, la época y las condiciones materiales desde donde surgen estas relaciones.

La tenencia de animales no constituye un concepto global y único, sino que emerge de un conjunto de valores, creencias y percepciones que dependen y varían en diversos contextos. Explorar estas ideas y concepciones de un diverso grupo de personas de la ciudad, y cómo estos representan, clasifican, usan y se relacionan con sus perros y gatos posibilitó reflexionar sobre cómo la cultura determina las nociones que construyen los individuos sobre los animales. Estas construcciones no son resultado del azar sino de intereses humanos y de la capacidad reflexiva para pensar el entorno.

Por esto, no todas las relaciones humano-animal se construyen bajo las mismas características; factores como la percepción, la interacción y la simpatía que construyen los humanos con los animales varían dependiendo de las dinámicas, gustos, posición económica, entre otros. Cada individuo piensa y siente cosas diferentes porque cada quién vive esta interacción de formas particulares. Sin embargo, existen ciertas generalidades en esta relación. Como que las

personas manifestaron que saben lo que implica tener un animal en la casa, desde los gastos, el tiempo y el espacio. También está presente la responsabilidad que exige esta relación, los individuos la asumen con cariño y disposición. Otro elemento común es que el perro o el gato se asume como un miembro de la familia; unos lo entienden haciendo la analogía con un hijo, otros lo sienten como amigos, para otros simplemente es un animal que se quiere y se vive con él.

Reflexionar alrededor de estos imaginarios y concepciones evidencio que un animal doméstico no es, simplemente, un animal que vive con un ser humano. La cohabitación es mucho más que compartir físicamente un espacio, pues consiste en que dos seres, al convivir, conviertan ese espacio en un escenario donde se adquieren roles específicos, y donde se establecen un tipo de relaciones y la posibilidad de que ellas se estrechen y desarrollen. Así, se adquiere un compromiso con el animal, otorgándole un papel y unas prácticas ineludibles día tras día, que no desconocen que el individuo espera del animal cierta reciprocidad en sus comportamientos, tales como saludarlos al llegar a casa, dejarse acariciar, entre otros. Se analiza que, más que sometimiento, lo que busca la persona es que el animal acepte estar bajo tutela y sea receptivo a señales que harán referencia a intenciones y deseos de su propietario.

Se observó que esta cohabitación parte de los imaginarios construidos sobre los perros y gatos y sobre la manera en que debe desarrollarse la convivencia con ellos, que implica brindarle al perro o al gato las condiciones de vida socialmente entendidas como idóneas para ellas. Así, los animales y las personas dentro de las viviendas actúan y se apropian del espacio, de los objetos y de las formas en las que se relacionan uno a uno, todo esto como «un asunto de ceder y volverse otro» (Salcedo, 2002, p.219). Estos animales son asumidos como una alteridad del ser humano, como aquello contrario a la persona con la que se convive, que va generando cierto afecto producto de esta diferencia.

Por otro lado, se tiene en cuenta que la domesticación puede entenderse como una técnica social que ha determinado la forma en que las personas deben socializarse, pues esta no sólo fue aplicada a animales y plantas sino que fue principio organizador de la civilización, la cual logró un proceso en el cual se crearan las actitudes necesarias para la transmisión de información y prácticas sociales deseadas. Para que esa transmisión se diera fue necesario que se desarrollaran códigos comunes para la comunicación entre el dueño y su animal. Los animales domésticos se formaron como un integrado de dimensiones humanas, condicionadas por relaciones sociales y culturales particulares, lo que ha generado la formación de los imaginarios y concepciones desarrolladas en este capítulo.

De este modo, parece evidente que hay, en el humano, una lógica utilitarista que pone al animal como un producto que hay que producir en el ámbito de un discurso que promueve la socialización, lo que les hace susceptibles al ejercicio de una técnica de poder presente en esta convivencia. La complejidad de esta interacción permite plantear que las relaciones entre el individuo y los animales domésticos también pueden ser entendidas como relaciones de poder, asumiendo la domesticación como un mecanismo que permite crear relaciones de dominación. En esa relación dueño-animal están presentes jerarquías y dominaciones, sin omitir sus propios matices, pues la cohabitación dentro de ese sistema vivo exige una relación de poder. Sin embargo, al percibir ese utilitarismo en el que están inscritos los animales domésticos, no se desconoce que también existe una reciprocidad en la medida que esta genera modos de vida a sus propietarios, haciendo hincapié a esa idea tradicional y estructural donde todo lo que hay en el mundo debe estar subordinado a la voluntad del humano, alejándole de su entorno, influenciado la interacción de los individuos que en ellas participan.

Reflexionar sobre estos imaginarios y concepciones evidencia cómo estas hacen parte de un sistema cultural y un contexto urbano que está en el espacio social. Este contexto tiene como elementos una estructura objetiva de relaciones entre las posiciones ocupadas por las personas que tengan o no animales, y las instituciones. Estas estructuras se pueden entender como lógicas de dominación simbólica que mantienen un orden jerarquizado, en este caso como la prolongada división entre animal y ser humano y la necesidad de dar prioridad a las necesidades de este último. Sin suponer con esto que las estructuras sean dadas por el contexto, sino que son discursos significantes ya establecidos en la sociedad.

Las personas interiorizan estas nociones sociales, al punto que se evidencia un acuerdo en relación a que las fuentes más creíbles son investigaciones o recomendaciones dadas por el veterinario o revistas científicas, es decir que se da una legitimación y producción de discursos hegemónicos como estructura objetiva de poder que configura las disposiciones de los dueños de animales domésticos. Existe un interés por la producción de discursos que justifiquen las necesidades de consumo de las personas para suplir las exigencias que el «bienestar» de su animal conlleve. Esas ofertas del mercado hacen parte de un discurso sobre una lógica de poder donde el especialista tiene la verdad y lo ideal es hacer lo que plantee.

Muchas de las personas con quienes conversé sostuvieron que, entre ellos y sus animales, hay una relación especial, sin embargo resaltaron que era importante que estos aceptaran las reglas y el trato que los dueños quisieran dar. Es decir, existen unas lógicas de poder donde la forma en que se eduque el animal es determinante para aceptar o no esta dominación, y las maneras como dichas estructuras de dominación se naturalizan, interiorizan y legitiman están circunscritas a la ambivalencia entre la animalización y la humanización, como dos dispositivos discursivos latentes en las estructuras mentales que funcionan acorde al fin buscado por la persona en un espacio social.

El éxito para que se puede dar esa sumisión por parte del animal tiene que ver con las herramientas que la persona posea, los cuales no pasan tanto por lo económico, sino por la economía de saberes y lo simbólico que permitan hacer del adiestramiento del animal una práctica social acorde al fin buscado: el buen comportamiento del perro o el gato. La forma en que se desarrolla contiene tensiones de poder en las que se le otorga una posición tanto al propietario como al perro y el gato, y a su vez a los dos, con relación a otros elementos presentes.

Es decir, el ser humano no solo es productor del entorno donde se desarrolla el perro y el gato, sino que es el productor de las formas como se configuran las relaciones del animal con el medio, ya que busca dar solución a las necesidades y exigencias de esa relación fomentando sus modos de vida. El que los propietarios sean los posibilitadores de esos modos de vida es el escenario donde se logra evidenciar ese poder.

Aunque generalmente las concepciones e imaginarios abordados en este capítulo sobre los perros y gatos, se encaminan a ubicar a estos animales como seres únicos con capacidades para reconocer elementos de la comunicación y comportamiento humano, ubicándolos cada vez más en el ámbito doméstico; también se observó que algunas personas abogan por reconocer a los perros y gatos como animales que aunque influyen directamente en el aspecto emocional del dueño no se puede desconocer que son fieras, salvajes a las que no se les debe apaciguar sus instintos a la totalidad, sino que se trata de que sea una relación fuerte, un tanto ruda si se quiere pero balanceada, sin olvidar que son una especie diferente de la nuestra, que no están para llenar vacíos emocionales o para descargar las tensiones (aunque esto sea lo que suceda) porque al hacerlo se propicia el ambiente para tener problemas de conducta que también son considerados como una forma de maltrato, ya que un perro inestable va estar sometido a mas situaciones de estrés.

5. Análisis: Relación humano-animal

Investigar por la relación entre seres humanos y animales es entrar en un fenómeno que evidencia cómo la naturaleza y la cultura están imbricadas en unas estructuras sociales —aunque históricamente se hayan abordado en términos duales—. Acercarse a este fenómeno es indagar por una de las manifestaciones culturales que responden a un interés y una necesidad del ser humano por relacionarse e interactuar con la naturaleza. Por esto, es comprender parte de cómo las personas asumen y entienden lo natural, lo animal, su interacción y cómo esto responde a unas lógicas histórico-culturales y sociales que se han desarrollado a lo largo de las relaciones entre las personas, la naturaleza, los animales; su uso, su domesticación. En fin, todo un complejo que es abordado aquí desde un contexto específico, como lo es la tenencia de gatos y perros en la ciudad de Medellín. Esta investigación permitió acercarse a las realidades particulares de los individuos que interpretan y dan significado a su vida individual y colectiva por medio de su subjetividad, por lo cual no hay verdades generales sino interpretaciones que las personas hacen de estas para comprender su relación con los animales

Este capítulo presenta un análisis sobre lo investigado, leído, presenciado y reflexionado sobre el tema. Busca exponer cómo los conceptos trabajados en el capítulo teórico, y lo evidenciado en los capítulos de las prácticas y las creencias, se entrelazan para tratar de explicar por qué los humanos asumen ciertas características, crean relaciones y ejercen creencias sobre los animales. Igualmente se busca comprender sus motivaciones, actitudes y conductas de esta población, para lo cual este capítulo se desarrolla en cinco ítems: naturaleza y cultura, humanización, el mercado, la ciudad, para cerrar con aspectos generales alrededor de la tenencia.

Así, para entender lo que significan estas actividades e imaginarios se llevó a cabo un análisis en torno a los elementos simbólicos de este fenómeno cultural. En este caso, los imaginarios y las prácticas cotidianas de las personas que comparten el espacio doméstico con gatos o con perros, pero, también, cómo estas responden a unas normas y a una industria. No sólo se trata de identificar actitudes, imaginarios y prácticas acerca de los animales, sino de entenderlas en el contexto en que se producen y reproducen buscando comprender la complejidad de las relaciones humano-animal ligadas a la cultura y a la realidad social. Es así que analicé los significados del animal y sus actividades de cuidado, prestando atención a lo que la gente dice y hace en esta interacción. Parto de la reflexión de la vida cotidiana —ámbito doméstico— como espacio social en donde confluyen tanto prácticas privadas (cuidados, juegos, afecto) como públicas (mercado, ciudad) que se encuentran ligadas a una serie de representaciones sobre los perros y gatos.

La antropología se ha interesado por comprender las dinámicas por las cuales el ser humano, como sujeto social, se relaciona con los elementos de su entorno a partir de prácticas diferenciadas espacial y temporalmente. Por esto, las diversas manifestaciones culturales —religiosas, sociales, políticas y simbólicas— ligadas con las especies naturales son cuestiones de interés antropológico al ser el resultado de la articulación de diferentes factores a partir de las necesidades, intereses, gustos, problemáticas, contextos y motivaciones humanas. Nuestras construcciones culturales son consecuencia de la experiencia cotidiana, de los hábitos extendidos en el tiempo, de las necesidades y de nuestras creencias, por esto hemos encontrado formas diferenciadas de incorporar a los animales a nuestra vida social para que realicen diferentes funciones que nos facilitan y complementan en diversas actividades, que pueden ir desde lo utilitario hasta lo afectivo y simbólico.

Así, los perros y gatos han representado un papel relevante en la historia tanto de la humanidad como de la animalidad misma. A través del tiempo se han establecido construcciones sociales y culturales acerca de estos animales y de su relación con los humanos, construcciones que señalan una representación de la evolución de las ideas de naturaleza. Por esto, entender la complejidad de estas aproximaciones se convierte en un aspecto valioso, no con el fin de establecer acuerdos, sino de reconocer la riqueza y la profundidad que existe cuando de animales se trata.

5.1 Naturaleza y Cultura

Acercarse a la interacción entre especies humanas y no humanas es remitirse a la naturaleza y la cultura, la primera como la creadora, como el escenario donde interactúan, donde históricamente el humano ha aprendido y se ha servido de ella, y la segunda como el medio por el cual se introducen los animales en la vida social. En ella se encuentran los modos de uso y representaciones simbólicas que se han consolidado.

En este caso se trata de ubicar el sentido de los animales y las actitudes hacia ellos en la discusión sobre la frontera entre lo humano y lo animal, que a su vez se inscribe en el debate de los límites entre la naturaleza y la cultura. Conocer lo que dicha relación significa e implica para las diferentes personas en su cotidianidad, dinámicas, prácticas, contradicciones y formas de convivencia, es acercarse a la percepción que tiene cada individuo de la naturaleza: su noción del otro, la alteridad, lo diferente, y cómo responden a esa cercanía. En algunos casos, esta relación implica para las personas pensar sobre su posicionamiento antropocéntrico dentro del mundo, fomentando un acercamiento hacia los animales y el mundo natural.

Cada grupo humano tiene diferentes concepciones de naturaleza, que varían y se encuentran influenciadas de acuerdo a instituciones sociales, nociones, ideologías y prácticas. Siguiendo los planteamientos de Ulloa (2002), la interacción de las diferentes nociones de naturaleza implica el reconocimiento de esta como una construcción social que se va transformando de acuerdo a condiciones históricas y sociales especiales. Así, para comprender los modos de relacionamiento con la naturaleza en la tenencia de perros y gatos, se reflexionó acerca de las formas de ordenar y de clasificar los componentes de esta relación, que se dan a través de la cultura. En la interacción con los animales domésticos, las manifestaciones de la cultura surgen en las representaciones de lo que es un animal, de cómo se cuida y de cómo se trata.

La construcción cultural actual de los perros y de los gatos, está en parte determinada por los cambios en las actitudes hacia los animales en sentido general. Estas variaciones dependen del lugar que el humano ha tomado con respecto a la naturaleza, vista esta como naturaleza externa y dominada por la cultura. En el caso de los felinos y de los caninos, estas especies lograron transformarse de animales salvajes a animales domésticos evidenciando un tipo de interacciones entre naturaleza y cultura que marcan algunos aspectos del comportamiento humano. Sin embargo, la posición de las personas frente a la naturaleza en este caso es contradictoria: por un lado, las personas reconocen en el instinto la naturaleza del perro y el gato, pero esta es negada en ocasiones cuando se controla los comportamientos naturales del animal, incluso cuando es tratado como si fuera una persona. En esta relación humano-animal se cruzan las dos naturalezas: la del humano que busca tener un control del ambiente que lo rodea y la del animal que busca sobrevivir. En este sentido, las personas hacen saber y expresan quién es el que lleva el mando en esta relación; así no sea con intención de sometimiento, se tiene presente que el solo hecho de incluir al animal implica

cierta imposición sobre este, lo que no desconoce que también sea ubicado y tratado de manera especial.

Esta clasificación del animal permite al individuo comprender el entorno que lo rodea y ser parte de él en la medida en que participa de códigos culturales colectivamente construidos y aceptados. Como plantea Acero (2017), aunque es el dominio el que se destaca en esta relación, existen aspectos propios de la cultura que hacen cuestionar el sentido del dominio; es el caso del trato que reciben estos animales, las actividades que realizan, la forma de referirse a ellos, entre otros, pues hacen creer que a diferencia de lo que sucede con otras especies, con los perros y gatos se han configurado una serie de imaginarios y representaciones que vienen cuestionando el dominio desde la práctica.

Además, en esa relación, el ser humano se vincula con la naturaleza de una forma ajena a la idea tradicional que la consideraba un ámbito diferenciado: construye relaciones sociales y culturales apoyadas en un conjunto de prácticas que, sin ser utilitaristas, componen sistemas simbólicos que participan de la construcción de significados y representaciones que los incorporan en la vida social humana. En el contexto de ciudad, se observa una acción social y cultural por la cual los animales se relacionan con los seres humanos, a partir de prácticas sociales, que difumina en ocasiones la distinción entre naturaleza y cultura.

En ese sentido, socialmente existe una serie de prácticas generales establecidas y aceptadas en esta relación, como se evidenció. Sin embargo, la forma de desarrollarse, de entenderse y asumirse varía dependiendo del animal, de la persona, de la clase social, de su percepción del mundo o de la interacción que el individuo haya tenido con el animal desde pequeño. Estos

aspectos, actividades y concepciones establecen las maneras de percibir, representar, interpretar, usar e interrelacionarse con los perros y gatos. En esa medida las actitudes hacia lo no humano cambian de acuerdo a los intereses culturales y el contexto histórico y están determinadas por relaciones simbólicas y utilitarias. Partiendo de que el humano procesa y ordena la información percibida a través de los sentidos, define las categorías, establece jerarquías y relaciones de exclusión e inclusión que definen la manera de tratar y percibir al animal según su cosmovisión.

A través de la cultura, el individuo construye la percepción del mundo, de la sociedad, e incluso de la naturaleza; esta hace parte, determina y moldea cada una de las interacciones sociales. Además, ha definido desde los principios de la humanidad los modos de interacción y apropiación de la naturaleza. En ella se construyen los imaginarios acerca de las personas y del mundo que los rodea. Por esto, los ámbitos de lo humano y de lo no humano se encuentran en mediación continua mediante diversas formas de relacionamientos que derivan en la construcción de formas de pensamientos y de acciones determinadas por contextos culturales e históricos.

El ser humano se relaciona con los animales mediante la mezcla de condiciones simbólicas y materiales denominadas *praxis social* (Descola, 1989). Esta praxis social hace alusión, entre otras cosas, a las actividades e imaginarios de las personas hacia los animales. La naturaleza es incorporada a la vida social a partir de un proceso de mediación cultural en el que intervienen tanto las modalidades de utilización como las modalidades de representación, es decir, tanto el uso y utilidad del animal, como también las elaboraciones simbólicas que ocupan un lugar en la sociedad.

En ese sentido, el comportamiento cultural del ser humano señala que las características de las sociedades no responden a hechos fortuitos o al azar, sino que son el resultado de

configuraciones influenciadas y organizadas en diferentes contextos por diversos fenómenos. Uno de estos es la convivencia con animales domésticos. Los vínculos con animales han sido valiosos en el proceso evolutivo de la especie humana, pues la cultura ha sido moldeada a través del contacto con aquellos. Ancestralmente, los animales han sido respetados como compañeros esenciales para la supervivencia y salud de las personas, y actualmente constituyen un componente natural de significado socioeconómico, científico y cultural porque en su relación con el humano han sido integrados a diversos aspectos de la sociedad, influyendo en la modificación de normas, estructura familiar y en los relacionamientos entre grupos humanos.

Las personas pueden sentir afinidad y gusto por gatos y perros, igual que otros individuos sienten por las plantas u otros animales, y expresar un sentimiento de afinidad y en algunos casos de identificación. Alrededor de esas especies se configuran prácticas por las cuales son urbanizados en la medida en que participan de la experiencia del individuo más allá de cuestiones utilitarias. La relación con los animales domésticos representa la posibilidad de análisis de una situación social que permite identificar lo que en términos antropológicos implica la relación del ser humano con una especie que ha tenido múltiples posibilidades de relación y representación, más allá del ámbito utilitarista, en el contexto de una relación dual de pertenencia y dependencia entre ambos.

La sociedad humana es el resultado de la evolución natural y del desarrollo social. En consecuencia, las actividades propias del ser humano y los procesos de interacción con el ambiente pueden considerarse desde una perspectiva de integración recíproca de lo natural y lo social, aspectos que simultáneamente se contraponen y se identifican, pero en donde la parte social juega el papel determinante al analizar estas relaciones, para que así den cuenta de la diversidad de procesos de objetivación de la naturaleza.

5.1.2 Humanización

Como se evidencia en el transcurso de esta investigación, la humanización es un aspecto complejo que se presenta en la relación humano-animal. Se manifiesta en la forma de percibir y tratar al animal, determinando la manera de interactuar. Esta se da a través del reemplazo de las necesidades e instintos de los caninos y felinos, lo que implica una negación de su naturaleza al asumir que estos necesitan o disfrutan de actividades que son del gusto de la persona, sometiendo al animal a la complacencia de las necesidades humanas. Se humaniza al animal a través del cuidado excesivo, la inclusión en los espacios funerarios, en los relacionamientos sociales, en las celebraciones humanas, en los ritos y preferencias de consumo, entre otras prácticas que parecían ser exclusivas de la condición humana.

La humanización está ligada a todo aquello que pretende reducir los instintos de los perros y los gatos. Quienes originalmente se desempeñaban como cazadores, guardianes y pastores, hoy en día son considerados por algunas personas como extensiones de ellos, argumentando que aparentemente se han adaptado muy bien en los espacios humanos, tanto que en ocasiones son considerados sujetos de derecho, además de miembros activos y determinantes de la vida familiar. Esto, en parte, se debe a la reconfiguración de las relaciones entre las personas y sus animales que se ha dado en los últimos años, donde se los ha venido ubicando en categorías cercanas al humano. Estas representaciones surgen cuando las personas les otorgan características humanas a sus perros y gatos, lo cual puede ser reconocido a través de prácticas como: la manera de habitar y apropiarse de los mismos espacios, ponerles ropa, alzarlos para impedir que caminen, hablarles esperando una respuesta, cuidarlos en ocasiones como niños e incluirlos en todo aquello relacionado con la cultura. Así mismo, sus comportamientos naturales como ladrar, gruñir, maullar, mover la cola, parar las orejas, son asimilados y significados a través de expresiones humanas como pereza,

sueño, celos o temor. Con lo cual se establece una presunta comunicación directa, un nuevo lenguaje que se incorpora al ambiente social y ha de ser reconocido como las demandas o necesidades expresadas por los animales.

Socialmente, se trata una actitud cuestionada y rechazada porque se asocia con una forma de maltrato, en la que se sobrecarga de estímulos al animal, al incluirlo en todo tipo de situaciones propias de la persona. Aunque no se desconoce que la relación humano-animal debe estar atravesada por este aspecto (humanización), hemos observado que, actualmente, el trato y la inclusión lo están siendo de un modo particularmente acusado, en el sentido de que esas acciones no se basan en solo cumplir las necesidades básicas del animal, sino que han tomado otros rumbos que se alejan de la sola manutención. Estas actitudes hacen alusión a una relación más estrecha que se puede explicar desde diferentes aproximaciones. Una común es la carencia afectiva; otra, la moda, impulsada por la industria para mascotas al fomentar una imagen e invitar a un trato excesivamente especial de los animales como miembros de la familia y como tal a consumir más productos. Sin embargo, se observó que las personas no son conscientes de los elementos que las llevan a actuar de esa forma: lo hacen de forma natural y espontánea sin percatarse de lo que implican sus acciones.

Pensar en la humanización de los animales en los contextos familiares permite entender cómo el individuo convive y se apropia de otro no humano. Cuando el humano extiende los cuidados al animal —su opuesto—, lo hace bajo la idea de que este está a su cargo y debe responder por él, dándole la potestad del poder sobre este. Las personas hacen, del comportamiento del animal, una interpretación que sirve para justificar el trato excesivo y especial que se le da. El trato y el afecto se crean a partir de quién es la persona y cómo reconoce al animal. Cuando los humanos

cuidan a sus perros y gatos, lo hacen como si cada persona construyera su propia noción de lo que puede ser humanizar, estableciendo límites de manera consciente o inconsciente entre lo que hace y lo que cree que hace, además del significado que da a sus acciones.

Todo aquello que permite a los dueños entender las necesidades de los perros y gatos se asume como si hicieran una lectura «natural» de la forma en la que estos se comportan. Más allá de si son acertadas, dejan aflorar la posición que se revela ante su opuesto. El significado que el individuo le da a la conducta del animal valida la forma en que este lo trata, y, así, si la persona cree que al animal le gusta ir al *spa*, lo seguirá haciendo sin advertir necesariamente que lo está humanizando. Por esta razón, el relacionamiento entre animales y personas continúa de cierta manera mediado por el instinto, porque cuando el individuo se relaciona con estos animales lo hace por medio de su interpretación instintiva: el tenedor adjudica a los movimientos y acciones de sus mascotas una interpretación por medio de sus instintos, que a su vez están influenciados por el entorno que lo rodea.

Los humanos hacen uso del lenguaje verbal y no verbal para expresar emociones y sentimientos, necesitan nombrar y hablar con los perros y gatos para expresarse, y en este caso no se está humanizando, sino que es una parte de la relación en la que el individuo participa con sus propias características e intereses. Por otro lado, la humanización no es un hecho generalizado: también se presentan situaciones en las que, por ejemplo, se deja todo el día amarrado a un perro en un patio porque la persona cree que ese es su lugar, asumiendo que dejarlo entrar a la casa es humanizarlo. En esta acción se desconoce la naturaleza social de estas especies y su acostumbramiento a compartir con grupos humanos y también con otros de su misma especie.

Por eso, el aspecto de la humanización es complejo, su significado es amplio y abarca diferentes ideas y actividades. Existe una línea delgada entre lo que es y lo que no, porque aunque hay unas actitudes e ideas evidentes, hay otras que no los son, pues dependen y varían de dónde se está hablando; cada individuo tiene nociones diversas sobre esto, al igual que el mercado y las instituciones gubernamentales. Por esto, no se puede entender que este aspecto suceda en todas las casas de la misma forma, no, en algunos casos observamos que más que humanizar lo que está pasando es una relación humano-animal más cercana, que a veces puede llegar a humanizarse dependiendo de la persona, su contexto, su posición económica, su percepción sobre el animal, entre otros. Esto no deja de lado que se trata de una relación genuina, singular, afectuosa y muy compleja.

5.1.3 El mercado y la industria

Las representaciones e imaginarios de lo que es y lo que debe ser una “mascota” están atravesados por varias dimensiones, entre ellas la dimensión económica. El papel de la industria es crucial en esta relación al fomentar un trato privilegiado hacia los caninos y felinos. Se ha vuelto un negocio generar productos de todo tipo para ellos, justificados en una supuesta necesidad. En esas situaciones, donde los animales son humanizados, alimentos de «alta calidad», dulces, juguetes, camas y productos para el cuidado son demandados por las personas en los mercados especializados, donde estos animales son considerados parte de la familia. Algunos dueños buscan y compran productos, conscientes de la seguridad, la salubridad y la funcionalidad de los artículos que compran para sus perros y gatos.

El mercado y la industria no solo se favorecen del trato especial que se les da a los perros y gatos, sino que se encargan de generarlo a través de diferentes estrategias. Una de ellas es promover la imagen de que al comprar y usar los diversos productos, la persona le está dando al animal el trato que merece y necesita. Se vende la creencia de que es una práctica «natural», necesaria e incluso beneficiosa al promover esta acción como el medio que expresa el afecto que la persona pueda sentir. En palabras de Acero (2017):

El mercado explica su auge desde el vínculo afectivo y la tendencia de la sociedad a humanizar a los animales. [...] esto no ocurre en una sola vía, sino que el mercado también se encarga de crear necesidades de consumo y moldearlas. Las estrategias publicitarias, dirigidas a despertar emociones y a normalizar y estandarizar formas de cuidado muchas veces fomentadas desde las mismas disciplinas encargadas de la salud animal, son responsables de la masificación y popularización del fenómeno de la tenencia de mascotas (p.173).

En ese sentido, se plantea que las compañías productoras de alimentos y objetos para animales han contribuido a cambiar el significado de esta relación, fomentando la idea de que el animal necesita el tipo de cosas que estos ofrecen. Ocurre así: La persona ubica al gato (o perro) en una categoría especial, una merecedora de atenciones, esto en parte por influencia de la publicidad, por la industria que dice cuál es la forma de hacerlo, pero, a la vez, la persona le da valor a esa información, al reconocer a estos entes como los especialistas, los que saben del tema. El mercado responde ante la situación y, a la vez, promueve un trato particular que propicia el consumo de estos productos. La industria ha tasado precios elevados para todos los rubros y necesidades de felinos y caninos, pues este sector de la economía ha entendido —y lo explota muy a su beneficio— que los dueños de animales no escatiman en gastos.

El mercado cosifica a los perros y a los gatos a la vez que fomenta la humanización. Las personas invierten dinero para mantenerlos como piezas «dignas» de exhibir en la ciudad y dignas de recibir amor al interior del hogar, un amor que suele conjugarse entre el romántico y el maternal (ambos ideológicos), y es por eso que la industria (y por ende el capitalismo) se nutre de esta relación. Se lucra por múltiples vías materiales en forma de accesorios y alimentos, y por vías afectivas simbolizadas en las prioridades de tiempo invertido en las rutinas de perros o gatos.

Socialmente, estas actitudes han tomado fuerza en cierta población de la ciudad que, además de estar de acuerdo, cuentan con el poder adquisitivo que les permite participar de esas lógicas. En ellas confluyen tanto significados de los animales como representaciones de su tenencia. Estos significados y representaciones, así como la tendencia a la humanización de los animales que se identificaron como elementos del ámbito doméstico, se complejizan en su relación con el ámbito económico. Sin embargo, esta interacción no se presenta como un asunto de determinismo de la economía sobre la cultura sino que, reconociendo el valor afectivo y emocional que representan los animales para las personas, se muestra la influencia del mercado y de sus estrategias publicitarias en su definición. Se observó que, en algunas situaciones, tanto la decisión de tener un perro o un gato como las formas de cuidar de ellos se encuentran influenciadas por el mercado. Estas son prácticas que salen del plano individual para tomar carácter social y cultural, en su interacción con prácticas económicas que pueden definir a estos animales como mercancías. Esta tenencia refleja las interacciones del lugar en donde se produce esta práctica social y de quienes en ella intervienen, ceñidos a un modelo económico con espacialidades y temporalidades específicas que la moldean. La construcción cultural del afecto hacia los animales de compañía se puede analizar como parte y consecuencia de una sociedad y cultura del consumo, donde se consumen espacios, se consumen actividades, se consumen productos.

La industria se conecta con la naturaleza en tanto se está haciendo un negocio variado con la relación humano-animal, y la cultura refuerza toda la parte ideológica que hace del círculo de estas relaciones una cosmovisión cada vez más arraigada a patrones de conducta orientados a apegar al ser humano a los animales, y a la inversa. Todo esto hace que la relación entre humanos sufra de interferencias, a veces para bien y a veces para mal, y que la relación con los perros y gatos pueda entenderse como un veneno o antídoto en la evolución social de la vida animal en la urbe. Sin embargo, lo anterior no desconoce que hay productos que son útiles y facilitan la cotidianidad con estos animales.

Las personas influenciadas por aspectos culturales y de la industria han clasificado a los animales por medio del uso y la relación que han construido con estos a través de los años. El animal doméstico ha adquirido una consideración cercana, frente a la consideración de mero producto que tiene aquel que se consume de un modo constante bajo unos procedimientos cuestionables. Por esto, no todas las relaciones humano-animal se construyen bajo las mismas características: para comprender estas cualidades es necesario contemplar que factores como la percepción, la interacción, el uso y hasta la simpatía que construyen los humanos con los animales varían dependiendo de elementos culturales y sociales. Existe una separación entre los animales que se han incluido en los espacios humanos para el consumo y aquellos que a lo largo del tiempo se han integrado a la familia, con los que se han reconfigurado unas relaciones específicas medidas por el cariño y el afecto. Sobre este hecho, Turbay (2002) considera que:

La alternativa de integrar o consumir los animales se encuentra en la base de la asimilación de los animales a la sociedad humana, en tanto la voluntad de domesticar reposa sobre el establecimiento de nuevas relaciones, tanto de proximidad como de distanciamiento. La relación individualizada entre el ser humano y el animal desarrolla un lazo personal, los buenos tratos

permiten el aprendizaje de comportamientos sociales elementales (higiene, espacios reservados) y no tienen como fin la producción de carne. Cuando la intervención humana se orienta más hacia la especie que hacia el individuo, cambia el estatus animal y se permite entonces criar para obtener carne (p.102).

Este aspecto refleja cómo las personas, por un lado, resaltan la naturaleza de los animales para ser destinados para el consumo, argumentando que ese es el propósito de estos animales, y que comerlos es una actitud cultural; y cómo, por otro lado, se niega la naturaleza de los animales domésticos cuando se les da un trato especial excesivo, pues han sido incorporados a través de la cultura en categorías muy cercanas a la interacción con las personas. En ese sentido, se establece una diferenciación concreta de los animales que son para consumo y los domésticos por su valor simbólico, que da como resultado un trato privilegiado hacia ellos, impulsado además por la intención de cuidar de otro, aunque no exento de infringir un poder sobre estos.

5.1.4 Lo urbano

La ciudad y el barrio son componentes activos y materiales, dotados de su propia dinámica cultural y de equipamientos o amueblamientos que favorecen o entorpecen la manera de asumir la tenencia de perros y gatos. La clase social representa un aspecto determinante para entender la reconfiguración de estos vínculos, y su influencia en la manera de habitar la ciudad. Puesto que, aunque en la ciudad de Medellín existan muchas personas que tienen perros y gatos, no en todas las clases sociales se les trata igual, se les atiende de la misma manera o se les cuida bajo los mismos parámetros. Las personas lo expresan y sus prácticas lo evidencian. Como se observó en el capítulo de prácticas, aunque las dinámicas e imaginarios varían dependiendo del lugar y sus condiciones, las personas se desviven por tener a sus animales lo mejor que puedan.

En un barrio estrato dos es común que se presenten agresiones hacia los animales y los dueños, ya sea por el manejo de los residuos o por los lugares que estos habitan. Esto se debe en parte al deficiente amueblamiento con que están dotados estos sectores de la ciudad, además de las diferencias en los imaginarios individuales, familiares y colectivos de las personas. Puede plantearse que en estos sectores se cuenta con otra clase herramientas urbanas, afectivas y educativas para enfrentar la convivencia con los animales domésticos, y ello da como resultado una percepción y un trato diferente a estos.

En un barrio estrato cinco no es tan común este tipo de situaciones. Se dan menos conflictos por la tenencia de animales, ya sea por factores culturales, formativos, como también por estar mejor dotados de amueblamientos urbanos. Estos espacios de la ciudad cuentan con lugares destinados para los animales, dotados de bolsas y canecas para depositar los residuos. Además, los dueños de perros y gatos de esa clase social asumen al animal como un ser que necesita atención y cuidados más allá de los básicos y necesarios. Se incluye al animal en actividades que no son propias de él, solo porque la persona lo disfruta, argumentando que lo hace por el animal cuando en realidad está satisfaciendo su propio deseo.

Lo anterior evidencia cómo la tenencia responde a unas lógicas sociales, de ciudad y de interacción con el espacio que influyen en la percepción y el trato que el humano tiene y le da de estos animales. La construcción social asociada al animal y a su cuidado está mediada por el poder adquisitivo y por los intereses de las personas.

La ciudad responde a este fenómeno a través de espacios para compartir con los perros y gatos: las zonas *friendlypets*, que hacen alusión a lugares que permiten el ingreso de estos animales,

como espacios recreativos, restaurantes, zonas específicas en centros comerciales, cafés, entre otros, donde además se propician eventos, charlas, campañas de esterilización, vacunas, implantación de chips, charlas y adiestramiento. Los animales están llegando a negocios en que, unos años atrás, nadie se imaginó que estarían. Tal es el caso del sector financiero, que ahora cuenta con todo un mercado de seguros para protegerlos, o de los servicios funerales, que incluyen planes completos, con una asimilación y una oferta idéntica a las ofrecidas a los humanos.³¹ Estos servicios se basan en que es una forma de demostrar el afecto que las personas sienten hacia los perros y gatos, y en que es importante en el duelo del individuo asistir a los rituales sociales, argumentando que con la muerte de la mascota también es necesario hacer el proceso.

Por su parte, el Estado no es indiferente al incremento en la tenencia de perros y gatos en la ciudad, y por esto ha regulado unos lineamientos y unas leyes (746-2012 y 1774-2016) para la tenencia responsable de animales doméstico. Estos definen, entre otros aspectos, las responsabilidades de la comunidad en general, aunque sin mayor claridad sobre la participación de las entidades institucionales. También, en 2017, empieza a regir el Código Nacional de Policía y Convivencia,³² mediante el cual se regula la tenencia de perros y gatos. Allí se dictan disposiciones acerca de las responsabilidades de los propietarios de estos animales, así como también se estipulan las corresponsabilidades para el resto de la ciudadanía respecto al maltrato animal y sus respectivas posibles sanciones para quienes infrinjan la norma.

³¹ Véase: <https://www.funerariaesperanza.com/plan-mascotas/>

³² Véase: <https://encolombia.com/derecho/codigos/policia-convivencia/relacion-animales/>

Sin embargo, como lo plantea Carreño (2017), los lineamientos y leyes que buscan regular la protección y el bienestar de los animales no son claros porque:

[...] no han considerado el hecho de qué entidades o autoridades del estado deben regular estas normas, dadas las competencias de ley que le establecen las funciones a las diferentes entidades estatales, que no les permiten extralimitar sus competencias; situación que ha motivado el no cumplimiento de las normas en materia de protección y bienestar animal; sumado al hecho de que no se reconoce la responsabilidad y participación de la población en estos temas (p.5).

Sin embargo, no se puede desconocer que la sociedad avanza gradualmente respecto al reconocimiento de los animales domésticos como seres sintientes que merecen protección legal. Lo desarrollado hasta ahora evidencia cómo la tenencia de perros y gatos en la ciudad de Medellín se caracteriza por ser un fenómeno que funciona en un espacio de sentidos disputados en el que intervienen diferentes actores: el Estado, encargado de regular tanto el bienestar humano como el bienestar animal; la comunidad, con su libre albedrío para accionar prácticas como el cuidado animal; el mercado, que orienta y estimula prácticas de consumo, y la sociedad que interpreta e interpela las prácticas de los anteriores actores.

5.2 Aspectos generales que caracterizan la tenencia

Luego de presentar la tenencia de animales como una manifestación cultural ligada a lo natural, como resultado de la articulación de diferentes factores a partir de la necesidad de interactuar con esa naturaleza y ejercer control sobre ella —reconociendo que a través del vínculo

con lo natural se percibe y estructura el mundo—, se desarrollará un balance general de elementos que caracterizan esta relación, sin desconocer que esos aspectos atraviesan toda la relación.

A pesar de que inicialmente la relación con los animales se constituyó como ayuda para cazar y controlar las plagas, con el tiempo su importancia adquirió un nivel simbólico e ideológico y se constituyó en la base sobre la cual se ha sostenido y reproducido la relación humano-animal en diferentes contextos históricos y socioculturales. Su presencia permanece, más que como una necesidad material, como una elección personal fundada en la formación de un individuo social que ha construido una identidad a través de instituciones y de prácticas que sostienen y reproducen la tradición que representa la relación con estas especies.

Se pensaría que para las personas es sencillo responder a la pregunta de qué es un animal de compañía. Sin embargo, las conversaciones expresaron un conjunto de respuestas y de actividades que demostraron la complejidad de esta pregunta inmersa en una aparente sencillez. Y es que no es una pregunta tan simple como parece: implica definiciones de animalidad que a su vez remiten a la frontera con la humanidad. En la tenencia y el cuidado de los perros y gatos no se trata solo de asuntos individuales o cuestiones de gustos, sino que se están representando fenómenos condicionados por cambios en las relaciones de las sociedades y por la reconfiguración de nuevos órdenes al interior dicha sociedad. Esta afirmación queda demostrada en el aumento del cuidado de estos animales; en la oferta de servicios alrededor de su cuidado, mantenimiento y disposición final, lo cual se ubica como consecuencia de estos cambios en las actitudes y significados hacia los animales.

La tenencia de animales responde a un interés de las personas por darles un lugar donde vivir, tener con quién salir, entre otras razones. En algunas situaciones esto puede estar condicionado por un interés para estar a tono con las condiciones sociales modernas o también en la necesidad de sentir compañía. Dar, recibir afecto y expresar emociones como una característica de las personas, permite reflexionar acerca de las necesidades individuales y colectivas que reflejan a su vez cambios que se pueden explicar desde el orden cultural y social. No se trata de afirmar que haya preferencia por la compañía animal por encima de la humana, pero el hecho de que las personas la resalten como un aspecto importante para decidir compartir su espacio con unos seres tan diferentes y que esta sea una tendencia generalizada, deja ver que algo está sucediendo. Los humanos asignan a los animales ciertas características simbólicas de acuerdo a cómo son percibidos por su dueño o por el contexto social al cual pertenece. En el análisis de la relación humano-animal sobresale el reconocimiento de estas especies como compañía para los humanos; significación que representa una función útil y a la vez simbólica, por el imaginario que se forma en la aceptación de un animal como compañero.

De este modo, algo particular en la tenencia de animales en la ciudad es que es una interacción que no deja beneficios materiales para las personas, porque los perros y los gatos no parecen realizar ningún trabajo «útil» —en el sentido del trabajo que hacían en los inicios de la domesticación, como cazar y ayudar en la defensa—, y por el contrario, vivir con estos implica costos que generalmente no son menores. Sin embargo, las personas permiten a estos animales vivir con ellos en sus hogares, más allá de las consideraciones económicas, además de que se refieren a estos como miembros de su familia y buscan mantener esta relación a través de su manutención, juegos, salidas, caricias, entre otros.

La inclusión de un animal en una casa implica para la persona o la familia que ese ser debe adaptarse a las reglas concertadas o impuestas al interior del hogar, como también que ellos deben modificar ciertos aspectos de sus vidas para permitir la integración. Esta se ve influenciada por las particularidades del perro o el gato, por sus preferencias, porque no se desconoce que estas terminan expresándose, y de cierta forma la familia puede adaptarse a ellas. La incorporación del perro y el gato al hogar se evidenció en prácticas como: hablarle a los animales y esperar que entiendan, permitirles dormir en las camas, atribuirles sentimientos humanos, jugar con ellos, incorporarlos a las rutinas humanas, hacerles celebraciones (darles torta de cumpleaños, disfrazarlos en Halloween o llevarlos de pajecitos a las bodas), entre otros roles que les asignan.

También, al considerarlos como si fueran niños o «amigos peludos» y al asumir al perro como animal de manada, las personas re-conceptualizan su noción de familia, dando importancia al establecimiento jerarquías y reglas claras. Este aspecto varía con los gatos porque estos no se suelen asociar con manada, y aunque sí hay reglas, en algunos casos suelen omitirse, porque la persona no las considera necesarias.

El cuidado animal tiene diferentes consideraciones: puede ser visto como una práctica, pero también, como una disposición. Es decir, como una actividad de cuidar que incluye a quien lo hace, cómo y por qué. De modo tal que cuidar tendría, además de su dimensión práctica, una dimensión que considera todo lo que contribuye a mantener y preservar la vida. El cuidado animal, en esta investigación, no se identificó exclusivamente en el ámbito individual sino en la organización social que involucra al mercado, al Estado y a la sociedad. En el caso de las prácticas y cuidados que se dan en torno a estos animales, se refuerzan y legitiman en los parques o en eventos donde la interacción con otras personas permite el compartir de experiencias por medio de conversaciones que giran alrededor de los animales.

Para las personas, los perros y gatos se comportan más que animales que deben encajar en una rutina a la cual son obligados a acomodarse. Cuando se indagó por lo que significan los animales para las personas y el entorno familiar, una de las respuestas más comunes fue que era un miembro más de la familia, «mi compañía», «es como mi hijo(a)» o «es como mi amigo(a)». Una lectura inicial de estas prácticas y percepciones quedan como evidencias de la humanización animal. Sin embargo, el asunto va más allá: existen diferencias entre estas categorías. A través de las prácticas, los dueños establecen relaciones cercanas que evidencian la identificación de estas especies como parte de la familia. Ser como un hijo(a) ubica al animal en una posición dentro de la familia que le brinda cierto nivel de protección y cuidado especial. Ser compañero(a) resalta su función y le da cierto sentido de «igualdad». Y ser miembro de la familia le otorga un lugar en la sociedad, aunque uno cuestionado en ocasiones por la incorporación de estos en algunas actividades del ser humano.

Las personas están seguras de que los perros y los gatos son animales y no personas, sin embargo la emocionalidad es un asunto que atraviesa el desarrollo y el establecimiento de la relación con los animales domésticos. La emocionalidad, a causa del contacto cercano con ellos, hace que se establezcan vínculos afectivos, expresados de la misma manera como los humanos expresan sus afectos a otros humanos: a través del lenguaje, de las caricias, de las concesiones. Los significados y los afectos hacia los animales se indican con las mismas expresiones que se usan cuando se habla de la relación entre humanos: sentimientos de amor y de amistad hacia otros miembros de la familia, amigos o la pareja. La dimensión afectiva es muy marcada y atraviesa las demás dimensiones: simbólica, económica y política.

Quienes interactúan con animales domésticos los ven como seres individuales, capaces de emociones e interacciones sociales, a pesar de no tener capacidad lingüística. Los perros y gatos no son solamente construcciones sociales antropomórficas y humanizadas, sino que son vistos por sus dueños como seres únicos capaces de respuestas subjetivas, lo que es una demostración de interacción simbólica.

Estas maneras de percibir a los animales se encuentran en ocasiones en tensión, por ejemplo en decisiones del día a día como dejarlos solos en casa, dejarlos con alguien o llevarlos a un lugar para que los cuiden u otras decisiones mayores, como cuando llega un bebé, cuando se enferman o envejecen y una de las alternativas es hacer aplicar la eutanasia. Es en estas decisiones del día a día o en las decisiones mayores cuando se confronta hasta qué punto, si las percepciones sobre los animales como miembros de la familia se llevan a cabo, también son una manera de poner a prueba la cohesión y el lazo afectivo que se ha creado alrededor de ellos. Estas decisiones dejan ver que la frontera humano-animal es contradictoria según la situación que se presente, y que puede variar dependiendo del contexto.

Los animales no solo son no humanos —las clasificaciones las construye el individuo—, sino que sus cuerpos y hábitos resisten a las representaciones, intereses e intenciones que se hacen de ellos. No se trata de clasificaciones fijas, sino que los perros y los gatos adquieren roles que puede cambiar a lo largo de su vida. Las significaciones y actitudes culturales hacia estos difícilmente se pueden ubicar en una sola categoría, no siempre tienen un solo significado: en ocasiones se asumen como amigos, o hijos, son sustitutos de compañía humana, pero se les aprecia por su característico valor como animales y en otras ocasiones son mascotas. Son fuente de placer, pero también de problemas: hay quienes les expresan miedo o desprecio. Las personas expresan

de formas diferentes su relación con sus animales de compañía según la edad, el género y experiencias pasadas, y también los significados son distintos para cada hogar: dependen de la región, la idiosincrasia, la cultura, el grado de formación de sus propietarios, entre otros.

Una categoría no excluye a la otra: están en constante movimiento y dependen de cada contexto específico y de ciertas características de los grupos sociales. Estos dualismos, en los que se significan a los perros y gatos, son un ejemplo de la complejidad inmersa en la relación humanoanimal; son como compañeros, pero también son animales transitando entre el dominio y el afecto humano, lo que hace que perros y gatos sean tratados de diversas maneras en la sociedad.

En ese sentido, cada persona asume una interacción con el animal, una en particular que se diferencia de la otra persona, en especial cuando conviven varias personas con uno o varios animales. Estas nociones pueden chocar y generar discusiones en la casa, por las diferentes formas que tienen los miembros para tratar al animal, algunos de manera dócil, tranquilos, sin exigir. Otros, por el contrario, son estrictos, les gusta marcar límites específicamente frente a la manera de habitar el espacio. Algunos fijan unas pautas que para otros no deben existir.

También existe una relación diferente según se trate de la tenencia de perros o de gatos. En el trabajo de campo se pudo observar que hay diferencias al respecto. Así como no a todas las personas les gustan los animales, tampoco a todas les gustan los gatos o los perros. Se observó varias tendencias en la elección del tipo de animal; teniendo en cuenta que en muchas ocasiones las personas no hacen una elección consciente, sino que, como algunos lo expresaron, el perro o el gato llega porque «me la regalaron», «me la encontré» o «mis hijos la adoptaron».

El accionar individual de los perros y gatos se puede entender como un aspecto que genera ciertas dinámicas entre los miembros de la familia, como hacer comentarios sobre el animal, ponerse de acuerdo para repartirse las labores, discutir acerca de qué es lo más adecuado para su salud, su bienestar, su seguridad, su crianza, etc. A partir de este accionar las personas definen el papel del animal en la casa, llegando en ocasiones a desempeñar importantes roles en la configuración familiar. Estos roles evolucionan para adaptarse a los cambios y necesidades de la familia, y a medida que esta avanza a través del ciclo vital se les reconocen a estos animales funciones específicas y distintivas que dan forma a reglas y prácticas de la vida. No es igual cuando están pequeños, crecen o envejecen, pues cada etapa exige diferentes abordajes y cuidados.

Estos animales parecen ocupar un lugar —aunque diferente de los humanos en la familia— donde pueden satisfacer algunas necesidades que los vínculos humanos suplen, pero también ofreciendo beneficios a través de su presencia sin juicios, lo cual los humanos no pueden brindar; en ocasiones, como lo expresa Díaz (2017), «ensanchando la familia más allá de las relaciones biológicas para incluir relaciones más que humanas forjadas a través de la cohabitación y la interacción» (p. 63).

El rol en la familia de estos animales se evidencia por la clase de cosas que la gente hace con ellos. Por ejemplo, se observó que entre las actividades cotidianas que las personas comparten con sus animales domésticos están: hablarles, jugar con ellos, acariciarlos, hacerles regalos, fotografiarlos y, en algunos casos, permitirles dormir en sus camas o muebles. Pero con la misma flexibilidad con la que fueron incorporadas, estas actividades pueden también ser descartadas.

Como se evidenció en el capítulo anterior, las personas obtienen de esta relación ciertos beneficios, al punto tal de colocarlos en una categoría especial que va más allá de consideraciones económicas. Un animal doméstico puede ser funcional en un entorno, cumpliendo unas funciones específicas, guiadas por su dueño, generando un beneficio en doble vía: tanto para el animal al canalizar su energía y explotar sus habilidades, como para el humano que saca provecho, ya sea emocional o de diversión. En esta situación se da una relación de lealtad por parte de los animales y de retribución en los dos sentidos, porque el ser humano convive con un animal de forma útil y práctica, y el animal recibe protección, afecto y manutención.

Cuando las personas manifestaron que se sentían cómodas con su perro o gato porque este no las juzga, las acepta como son o les da algo que hacer, significa que el animal puede pensarse como una especie de medio en el que se puede descargar y manifestar sentimientos o vacíos. Esto implica que la persona asuma que a través del animal puede hacerlo, pues el hecho de que sean sistemas vivos susceptibles a la socialización los hace seres sobre quienes se pueda proyectar emociones, que es una característica de la condición social.

Por otro lado, debido a la necesidad de ejercitación de los perros, de realizar salidas y paseos con ellos, se observó que esto implica para las personas exponerse a encuentros con extraños. Estos en ocasiones pueden resultar en iniciar una conversación teniendo como tema los animales, aprendizajes y experiencias personales, así como consejos útiles y poder compartir actividades relacionadas con la actividad física y la experimentación de la naturaleza cuando las salidas son extensas a las veredas, cerros, morros, entre otros. Esta situación puede facilitar, de cierto modo, el establecimiento de «confianza» entre ellos, lo que permite entender al perro como facilitador en la creación de redes sociales. Claro, esto depende de otros aspectos, entre ellos la raza del perro: si se trata de un pitbull o rottweiler, por ejemplo, ya no representa mediación sino peligro, inseguridad

o poca sociabilidad de la persona que lo tiene. Sin embargo, la raza del animal en este caso sirve como un punto de encuentro para personas con razas similares.

Por su parte, algunos gatos, con su actitud solitaria y displicente en ocasiones, pueden fomentar en el individuo paciencia y tolerancia a este tipo de conductas. La flexibilidad a cambios y el interés por valores no comunes pueden dar lugar a una adaptación hacia el accionar autónomo y característico del animal, lo cual favorece la conexión entre especies y la percepción del dueño de mayores beneficios derivados de esta. Se observa una relación que a primera vista no integra ni establece acuerdos mutuos de satisfacción. Sin embargo, dicho beneficio está materializado en la satisfacción de necesidades y cuidados recibidos por la mascota y en la armonía mental experimentada por su dueño al poseer y compartir su vida con un ser sintiente, que le prodiga un cariño verdadero.

No obstante a las bondades referidas, se considera que los perros y gatos pueden ser beneficiosos para las personas, aunque no son la solución a todo. No se puede desconocer que existe una sobrevaloración de los beneficios de estos animales influenciada por la industria de mascotas, teniendo en cuenta que la estrategia de mercadeo se sustenta en la promoción de beneficios sociales y para la salud que permiten la convivencia con estos animales.

Por otra parte, en el interés del humano por dar un trato privilegiado y adecuado a los animales, se observa la constante transacción alrededor de lo que significa el animal. Además de ser categorizados como personas, los perros y los gatos también son significativos como animales. Esto se reflejó en varios momentos de la investigación: en el interés que mostraron algunos participantes en conocer más acerca del comportamiento y necesidades de los animales; en el gusto

por la relación con los perros y gatos, porque con ellos se establece una relación diferente a la humana; en el placer que les produce la contemplación del comportamiento animal y, especialmente, porque las personas tienden a reconocer en cada animal individualidad y una serie de singularidades que atribuyen a cada animal como únicas.

Esta significación del animal como animal también se registra cuando los perros y los gatos se comportan como lo que son: ellos muerden, arañan, orinan, gruñen, ladran, maúllan y expresan sus conductas sexuales, sin reconocer los códigos humanos, de modo que ellos mismos se encargan de recordar su condición natural, de conservarla a pesar del encuadre pretendido por los humanos. Los animales, como parte de la naturaleza salvaje en su separación de la cultura, tienen comportamientos instintivos que no siempre son aceptados por la sociedad. En ocasiones esta situación lleva a conflictos que pueden causar su abandono.

Aunque la tenencia de animales domésticos se incrementa día a día con una variada oferta para obtenerlos —mediante adopción, compra, regalo o rescate, entre las más destacadas— y aunque sea una relación que está atravesada por determinantes culturales y sociales, se percibe un desconocimiento sobre los caninos y felinos desde sus necesidades, su educación y su alimentación adecuada. Pese a estar tan cerca de las personas, se ignoran elementos de su comportamiento instintivo, en parte porque esta relación se ha construido sobre los intereses del humano, condicionando al animal. Estos han modificado sus características para su beneficio. Así, pasaron de ser animales de trabajo a ser animales de compañía —en ocasiones enclaustrados y humanizados—, generando otras maneras de relacionarse, ya no enfocadas a su labor, sino en el compartir espacio y actividades muchas veces no propias de ellos.

Aunque perros y gatos reciban un trato diferencial por ser animales de compañía, esto no significa que en todos los casos la relación establecida con ellos se enmarque en la responsabilidad y el respeto. El trato diferenciado implica también sumisión y objetivación. En su relación con la sociedad humana, los perros y los gatos se ubican en un lugar que puede ser moldeado por el humano. Por esto, es una relación compleja que en ocasiones puede causar conflicto. Así como los animales son representados en ocasiones como integrantes de la familia, a la par son humanizados, son infantilizados y son civilizados. La idealización de la tenencia animal puede llevar a circunstancias no deseables para humanos y para animales: desconocimiento de la naturaleza animal, negligencia, maltrato, abandono o problemas de convivencia. Las personas expresan una actitud condescendiente, tolerante y en ocasiones afectuosa con los animales, pero en ciertas situaciones dicha conducta se nubla dependiendo de lo que pueda presentarse. Situaciones como la llegada de un bebé, mudanzas, cambios en la rutina de las personas, un nuevo empleo, entre otras, hacen que la persona deje de lado esa supuesta comprensión y aceptación que se profesa por el animal y, así, tome decisiones desfavorables para este como dejarlo de lado (abandonado, dado en adopción, o sujeto a eutanasia) si el animal se convierte en una carga.

Otro aspecto importante que caracteriza esta relación es el poder. Desde las significaciones de los animales como animales hasta los imaginarios de los animales significados como un hijo o amigo, el poder atraviesa la relación humano-animal. Ya sea que se consideren como miembros de la familia, amigos, o animales, el poder está siempre presente, aunque con diferentes matices. En la manera como se corrigen los animales ante una conducta considerada como no educada, se observa dominio e inquietud por demostrar quién es el que manda en la relación.

También es importante tener en cuenta que las expresiones humanas acerca de los animales son delicadas y complejas, y por esto no deben ser generalizadas. No se puede afirmar que siempre estas expresiones sean literales, sino que muestran cómo los animales domésticos están en permanente transición con la familia y la sociedad. La frontera entre humanos y animales domésticos en ocasiones es frágil y puede transgredirse. La aceptación de los perros y gatos como cercanos a las sociedades humanas y como miembros de ella a través de lo social, lo familiar y el establecimiento de relaciones particulares con cada uno de ellos, también evidencia la permeabilidad de la frontera cultura/naturaleza y de su sentido socialmente construido.

El hecho de comprar un animal de raza o adoptar a alguno refleja en cierta medida el doble sentido sociocultural respecto a cómo son considerados los animales, los cuales, por un lado, son seres que se utilizan y, por otro, seres con capacidades y características como para establecer un vínculo emocional. Su posición resulta compleja, porque a la vez que se incorporan al ámbito humano como miembros de la familia, son también productos que se comercializan en el mercado. En algunos casos la concepción del mundo propia de cada persona se puede encontrar en conflicto con su vinculación emocional con el perro o el gato la cual existe más allá de lo humano. Como lo expresa Díaz (2017), «estos animales comparten intimidad con los humanos y reciben atención, cariño y cuidados, convirtiéndolos en animales excepcionales que pueden confrontarnos con el trato indiferente que prodigamos hacia los demás animales, cuestionando nuestra tradición antropocéntrica» (p. 64).

Esta contradicción en ocasiones es resuelta por las personas a través de la cultura, argumentando que estas actitudes diferenciadas hacia los animales responden a aspectos culturales que establecen la relación del humano con la naturaleza, lo que a vez refleja las contradicciones que la cultura presenta al considerar sus actitudes y prácticas respecto de los animales y el mundo

natural en general. Estas inconsistencias parecen dar lugar a contradicciones que no tienen solución desde una postura antropocéntrica, y acaban siendo en ocasiones ignoradas (Acero, 2017).

Por otro lado, y continuando con los planteamiento de Acero, parte del desacuerdo social respecto a si se debe dar prioridad al bienestar humano o al bienestar animal surge de un ejercicio de jerarquización entre especies que deja ver diferencias en la interpretación de lo que es humano y de lo que es animal. Estas diferencias surgen como expresión de la dimensión cultural y simbólica en la ciudad: «Estas posturas sociales e institucionales interactúan a su vez con debates ideológicos que se posicionan como vertientes en disputa por la priorización en el primer caso» (p. 251). Así, la interpretación de lo que para ellos significa un animal y cómo debe tratarse, hacen parte del mundo simbólico de las percepciones y representaciones humanas acerca de lo animal y de sus fronteras con lo humano.

Tener animales domésticos ha sido una práctica que se ha sostenido y reproducido sobre la base de la identidad que ha representado su posesión, conocimiento y manejo. Se puede plantear que es diversificada, porque como práctica cultural la tenencia de perros y gatos se ha ajustado a diferentes contextos socioculturales, así como a los intereses y búsquedas individuales, configurándose como una práctica dinámica que, para cada situación, cuenta con diferentes matices en su relación, representación, percepciones e imaginarios de las personas que se relacionan con los perros y gatos.

No existe un solo tipo de relación con los animales de compañía, sino que estas son diversas pero a la vez específicos para quien los vive. Cuidar de un animal es una experiencia subjetiva, cultural y vivencial para la persona. El significado de los animales cambia a través de la historia y en las vidas individuales, lo que evidencia no sólo lo que se piensa y cree acerca de ellos, sino

también lo que se piensa acerca de uno mismo, como cultura y como individuos. Por esto, la relación humano-animal de compañía es un complejo histórico, social y específico.

Así, los perros y gatos han recibido su significado y su valor, uno que varía dependiendo del contexto y la persona. Han ocupado diferentes lugares. Se han convertido en instrumento, objeto de adoración, amenaza o símbolo. Los humanos han dispuesto de ellos en su creación de imágenes, metáforas y representaciones de sus temores, de sus anhelos o sus ensoñaciones. Amenaza, instrumento, juguete o adorno, sacralizado o demonizado, el animal siempre estará sujeto a lo que el humano haga de él. Estos se encuentran a merced de las personas, en especial los perros, a quienes les cuesta sobrevivir solos —el gato puede cazar su alimento— cuando están en la calle se alimentan de sobras que encuentren o, si son afortunados, de lo que les den.

El animal es el otro en el sentido de una alteridad. La mirada del humano lo convierte en un ser que está bajo su control, lo ubica en una interpretación de la que difícilmente puede escapar. Esa mirada lo sitúa, lo cosifica, lo clasifica a él, a sus actos, a las diferencias y parecidos que ha encontrado en él. Las personas proyectan su mirada sobre el animal y sus valoraciones en una acción de poder que le exige que sea un ente con el que sea posible algún tipo de relación. (Atencia, 2014, p.62). En esta relación surge un valor que puede ir desde la utilización y el sometimiento, hasta solidaridades, complicidades o afectos.

Siempre cercano, nunca deja de ser el otro. Incluso cuando se pretende descubrir y mostrar una asimilación de lo humano y lo animal, no se omite del todo su alteridad. Solo desde su humanidad, desde su distancia respecto de los animales, le es posible al humano apreciar una cercanía y afecto que lo vuelve, en cierto sentido, próximo y cercano a ellos.

6. Conclusiones

La tenencia de perros y gatos en la ciudad de Medellín es una manifestación social, ligada a la percepción de la naturaleza; es el resultado de la articulación de diferentes factores a partir de la necesidad de interactuar con esa naturaleza, y ejercer un control sobre esta; es la consecuencia del vínculo que se ha desarrollado gradualmente a través de los años con lo natural, que permite entender y estructurar el mundo mediante la creación de construcciones sociales. El ser humano ha encontrado formas diferenciadas de incorporar a los animales a su cotidianidad, por mediación de la cultura, pues por medio de ella es que se construyen las percepciones de los ámbitos (religioso, político, económico y simbólico) que hacen parte del ser humano, incluida la naturaleza. Estas construcciones sociales y culturales sobre estos animales, y su relación con los humanos, expresan y representan la evolución de las ideas de naturaleza, y las diferentes objetivaciones que se hacen de esta. La incorporación de los perros y gatos en la cotidianidad se da en el contexto de la reconfiguración de relaciones entre humanos y no humanos y la posición del individuo con respecto a estos.

Esta concepción acerca de lo que es natural hace parte de la definición que construye cada persona sobre la naturaleza, que a su vez está culturalmente mediada. Toda visión sobre lo humano supone una construcción cultural. Aquellas nociones que permean la experiencia cotidiana, a pesar de ser parte de construcciones culturales particulares, constantemente son vividas, pensadas y sentidas como extensiones a los distintos colectivos humanos. En ese sentido, el individuo puede influir en el destino y en el tipo de vida que tengan estos animales, sin desconocer que estos también influyen en él; la vida de estos animales está determinada por como los humanos piensan y sienten acerca del mundo animal. Esta relación entre un ser humano y un

animal (gato o perro) puede entenderse como un sistema formado por dos especies cuyas relaciones tienen diversidad de formas y características. Es un sistema donde las lógicas de funcionamiento son de naturaleza relacional y social propias de las sociedades humanas.

Socialmente se ha creado una serie de prácticas que caracterizan la tenencia de animales, que responden a las necesidades del animal y los intereses de las personas. Los individuos las aceptan, son asumidas y realizadas. Estas actividades varían dependiendo del contexto, del animal y de la percepción que haya construido el individuo del perro o el gato influenciado por la cultura y la forma de interactuar con lo natural. Las relaciones que se han construido con los animales en la ciudad están mediadas por el interés, el afecto, el rechazo, la protección y la explotación comercial, entre otros aspectos. Esto se relaciona con los discursos sociales que se han hecho entorno a los animales, influyen en la percepción y en la interacción, son diversos y ubican al animal en diferentes categorías.

Al mismo tiempo, se observó que los perros y gatos hacen parte de la sociedad, tienen un nombre (en ocasiones apellido), se les reconoce como parte de las estructuras familiares, se relacionan en los espacios sociales, reciben educación, cariños, cuidado, afectos, se peinan, bañan y su muerte se contempla bajo un ritual de enterramiento. Los humanos, con sus necesidades de expresar y también de recibir afecto, ponen en cuestión la frontera histórica entre humanos y animales; frontera que se trasgrede y se ha ido disipando en esta relación, al recibir el animal un trato especial y ser incluido en la cotidianidad. Al seguir rigurosamente unos cuidados e imaginarios, pareciera que existe una especie de subordinación del ser humano, contrario a lo que comúnmente se ha pensado y establecido. Las personas se interesan por cuidar a sus animales, significar su comportamiento, seguir sus caprichos, velar porque que estén cómodos. Estas

actitudes dan cuenta de la posición privilegiada en la que han sido ubicados los perros y gatos, plantea un cambio en la manera de ver y tratar a los animales. Esto partiendo de que lo no humano, en ocasiones, puede representar una extensión más de las personas, como se ha evidenciado con los perros y gatos dentro de los espacios familiares.

En este sentido, las personas asumen y perciben a los perros y gatos de diferentes maneras. Se reconocen como animales, compañeros y en algunos casos son considerados miembros de la familia. Esto evidencia que estos animales adquieren y son ubicados en diferentes categorías a lo largo de su vida, porque sus significaciones y actitudes varían dependiendo del contexto, de la percepción de la persona y de las características sociales. Una categoría no excluye a la otra, sino que están en constante dinamismo y en dependencia. Esta dualidad en los significados animales es un ejemplo de la complejidad en esta relación en que los animales transitan entre el dominio y el afecto humano.

Se observó que existe un gusto por esta relación al ser una interacción diferente a la humana. Las personas llegan a disfrutar de ella, de observar el comportamiento del animal porque estas tienden a reconocer en cada animal una individualidad que se puede entender como una «personalidad». La emocionalidad, producto del contacto cercano con ellos, hace que se establezcan fuertes vínculos afectivos, expresados de la misma manera como los humanos expresamos nuestros afectos a otros humanos: a través del lenguaje. Los significados y los afectos hacia los animales se denotan con las mismas expresiones que se usan cuando se habla de la relación entre humanos: sentimientos de amor y de amistad hacia otros miembros de la familia o amigos.

El mercado y la industria no solo responden a las necesidades individuales y colectivas, sino que las crean. Humanizar, infantilizar y civilizar a los animales es una tendencia de las personas, pero también es el resultado de estrategias publicitarias que condicionan las emociones y maneras de actuar de los consumidores.

Los perros y los gatos reciben un trato diferencial por ser animales domésticos, pero esto no implica que en todos los casos la relación que se establece con ellos se enmarque en el compromiso y la tolerancia: este trato diferenciado implica también sumisión y objetivación. Este reconocimiento de los perros y de los gatos, además de miembros de la familia como parte de la sociedad, pone a estas especies en una condición diferenciada de las demás, aunque no exenta de dominio. Teniendo en cuenta que el poder atraviesa esta relación, ya sea que sean considerados animales o compañeros, el poder está presente aunque con diferentes rasgos.

Considerar socialmente a estas especies como miembros de la familia, también las hace vulnerables porque es en el espacio privado donde más ocurre maltrato y abandono, situación que de la mano del hecho de ser cosas sintientes y ser propiedad exenta de derechos, propicia el escenario para que, en la separación de lo público y lo privado, la impunidad también sea socialmente aceptable.

Por otro lado, se tiene en cuenta que algunas personas prefieren a los perros y otros a los gatos, como también existen personas que no les gustan estos animales; al fin y al cabo, como apunta Salcedo (2002), «Los animales no dejan de producir diferentes sensaciones y reacciones en los humanos. No a todos despiertan las mismas emociones de ternura y afecto, ni siquiera dentro de la misma cultura, la misma clase social, o la misma familia» (p.255). La presencia de los perros y gatos permanece, más que como una necesidad material, como una elección personal fundada en

la formación de un individuo social que ha construido una identidad a través de instituciones y de prácticas que sostienen y reproducen la relación con estas especies. Por esto, se trata de entender a los animales como actores de las relaciones con los humanos y no simplemente como portadores de una proyección simbólica. Porque se percibe que algunas investigaciones, aunque pretendían evidenciar las relaciones humano-animal, omitían la postura del otro, no humano, y simplemente lo convertían en un vehículo para entender un hecho cultural particular.

La vida puede ser entendida como una realidad que depende de sí misma, sin que se pueda suponer que existe una realidad absoluta igual para todos los seres vivientes. La realidad no es una cosa única y homogénea, sino que se halla inmensamente diversificada, posee esquemas y aspectos diferentes como cuantos diferentes organismos hay. Las experiencias, y por lo tanto, las realidades de dos organismos diferentes, son inconmensurables entre sí. Por esto no se puede generalizar que lo observado, evidenciado y analizado en la tenencia de mascotas ocurra de manera global. Lo investigado responde a un contexto particular, a unos individuos, pero incluso ahí existen diferencias y particularidades para cada caso.

Referencias

- Acero, M. (2017). *La Relación Humano-Animal de Compañía como un fenómeno sociocultural. Perspectivas para la salud pública* (tesis doctoral). Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, D.C.
- Acero, M. (2018, septiembre). ¿Por qué tratamos a los animales como humanos? *Semana*. Recuperado de <https://www.semana.com/>
- Acosta de Samper, S. (1883). *Biografías de hombres ilustres o notables, relativos a la época del descubrimiento, conquista y colonización de la parte de América denominada actualmente EE.UU de Colombia*. Bogotá, D.C. Colombia. Editorial imprenta de la luz.
- Agudelo, A. (2017). *Políticas públicas de zoonosis en Colombia, 1975-2014. Un abordaje desde la ciencia política y la salud pública* (tesis doctoral). Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, D.C.
- Atencia, J. (2014). Aspectos del simbolismo animal: El animal y sus máscaras. En A. Diéguez (Ed.), *Naturaleza animal y humana* (pp. 39-72). Buenos Aires: Argentina: Siglo veintiuno editores.
- Beron, M., Prates, L., y Prevosti, F. (2015). Una historia de perros: Mitos y certezas sobre su origen y dispersión en América. *Ciencia hoy*, 25(146), 39-45.
- Borona, Callado, E. (2016). *Introducción al estudio de las interacciones humano-animal (HAS)* (Trabajo de fin de Máster). Universidad Nacional de Educación a Distancia. España.
- Briceño, Duque, C. J. (2014). *La tenencia de mascotas en Bogotá D.C. complejos biopolíticos* (Tesis de pregrado). Universidad Santo Tomás. Bogotá. D.C.
- Castro, Jiménez, N. (2014). El gato en el antiguo Egipto. Recuperado de <http://egiptologia.com/elgato-en-el-antiguo-egipto/>.

- Descola, P., y Palsson, G. (2001). Construyendo naturalezas. Ecología simbólica y práctica social. *Perspectivas antropológicas*. México D.F. Editorial siglo XXI.
- Descola, P. (2002). La antropología y la cuestión de la naturaleza. En A. Ulloa (Ed) *Repesando la naturaleza. Encuentro y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental*. (155-171).
- Descola, P. (1989). *La selva culta. Simbolismo y praxis en la ecología de los achuar*. Quito, Ecuador. Editorial Abya-yala.
- Díaz Videla, M. (2015). El miembro no humano de la familia: las mascotas a través del ciclo vital familiar. *Revista Ciencia Animal*. 9(1), 83-98.
- Díaz, Videla, M. (2017). ¿Qué es una mascota? objetos y miembros de la familia *revista ajayu de psicología*, 15 (1), 53 – 69.
- Driscoll, C. A. (2009). La domesticación del gato. *Investigación y ciencia*. Vol 395, 50-57.
- Gómez, Gómez, M. (2010). Legislación e higiene veterinaria: Medellín 1913-1926. *Historia Crítica*, Vol 41, 184–207.
- Guber, R. (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Bogotá D.C. Colombia. Editorial Norma.
- Gutiérrez, Quevedo, M. (2011) Método de investigación etnográfica: observación participante. *Cátedra de Investigación Científica del Centro de Investigación en Política Criminal*. Vol 4, 127-143.
- Gutiérrez, G., Granados, D. R., y Piar, N. (2007). Interacciones humano-animales: características e implicaciones para el bienestar de los humanos. *Revista Colombiana de Psicología*, Vol. 16, 163-184.

- Jurado, J. C. (1998). La zoonosis antioqueña en los siglos XVIII y XIX. Relaciones simbólicas de hombres y animales en la Colonia y la República. *Credencial Historia*. Vol 97, 12-14.
- Milesi, A. (2013). Naturaleza y Cultura: una dicotomía de límites difusos. *Prácticas y Discursos. Cuadernos de Ciencias Sociales.*, 2(1), 1-15.
- Ministerio de Salud. (2017). *Lineamientos para la política de tenencia responsable de animales de compañía y de producción*. Recuperado de <https://www.minsalud.gov.co/sites/rid/Lists/BibliotecaDigital/RIDE/VS/PP/SA/lineamientos-tenencia-responsables-acy.pdf>
- Morgado, García, A. (2011). La visión del mundo animal en la España del siglo del siglo XVII: el Bestiario de Covarrubias. *Cuadernos de Historia Moderna*, Vol 36, 67-88.
- Montenegro, Martínez, L. (2011). *Más allá de la naturaleza y de la cultura*. Bogotá D.C. Colombia. Editorial Jardín Botánico José Celestino Mutis.
- Ley 746 de 2002 «Por la cual se regula la tenencia y registro de perros potencialmente peligrosos». Congreso de Colombia (19 de julio).
- Ley 1774 de 2016 «Por medio de la cual se modifican el código 284 civil, la ley 84 de 1989, el código penal, el código de procedimiento penal y se dictan otras disposiciones». Congreso de Colombia (6 de enero).
- Ley 1801 de 2016 «Por la cual se expide el código nacional de policía y convivencia». Congreso de Colombia (29 de julio).
- Padilla A. (2016, febrero). Los vacíos que deja la ley contra el maltrato animal. *El tiempo*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/>

- Parada Ramírez A. (2017). *Perros que hablan - humanos que ladran: análisis antropológico de la reconfiguración de relaciones entre animales humanos y (no humanos) en el contexto familiar bogotano* (trabajo de grado). Pontifica Universidad Javeriana. Bogotá D.C.
- Real Academia Española. (2014). Mascota. En *Diccionario de la lengua española* (23 a ed.).
- Ritvo, H. (1987). *The animal estate: The English and other creatures in the Victorian age*. EE.UU. Editorial Harvard University Press.
- Salamanca, C. A., Polo, L. J., y Vargas, J. (2011). Sobrepoblación canina y felina: tendencias y nuevas perspectivas. *Revista de la Facultad de Medicina Veterinaria y de Zootecnia*, 58(1), 45-53.
- Salcedo, M. (2002). Mimetismo e inurbanidad en espacios urbanos de Bogotá. En: *Rostros culturales de la fauna. Las relaciones entre los humanos y los animales en el contexto colombiano* (pp. 217-239) Colombia: Bogota Colombiano de Antropología e historia –Icanh
- Tovar, P. (2002). El insólito mundo de las mascotas. En A. Ulloa. (Ed), *Rostros culturales de la fauna: Las relaciones entre los humanos y los animales en el contexto colombiano*. (pp. 441-257). Bogotá D.C. Colombia. Instituto Colombiano de Antropología.
- Turbay, S. (2002). Aproximaciones a los estudios antropológicos sobre la relación entre el ser humano y los animales. En A. Ulloa. (Ed), *Rostros culturales de la fauna: Las relaciones entre los humanos y los animales en el contexto colombiano*. (pp. 87-111). Bogotá D.C. Colombia. Instituto Colombiano de Antropología.
- Ulloa, A. (2002). De una naturaleza dual a la proliferación de sentido: la discusión antropológica en torno a la naturaleza, la ecología y el medio ambiente. En Palacio y A. Ulloa. (Ed) *Repensando la naturaleza. Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental*. (pp. 139-155). Bogotá D.C. Colombia. Instituto Colombiano de Antropología.

Ulloa, A. (2002). ¿Ser humano? ¿Ser animal?. *Rostros culturales de la fauna. Las relaciones entre los humanos y los animales en el contexto colombiano.* (pp. 9-29). Colombia. Editorial

Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Ulloa, A. (2001). Transformaciones en las investigaciones antropológicas sobre naturaleza, ecología y medio ambiente. *Revista colombiana de antropología.* Vol 37, 188-232.

Valadez, Azúa, R. (2000). El origen del perro. *¿Cómo ves?*. 15-19.

Valadez, Azúa, R. (2003). Y los gatos. ¿Qué sabemos de su domesticación? *Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM*, 14 (5) 164-172.

Von Arcken Cancino, B. C. (2011) Interacción entre humanos y animales. *Revista de la Universidad de la salle.* (54), 149-159.

Zax, D. (2007). A brief history of house cats. Recuperado de

<https://www.smithsonianmag.com/history/a-brief-history-of-house-cats-158390681/>